



# BARBARA DELINSKY

*Nuestro secreto*

Lectulandia

Deborah y su hija Grace regresan en coche a su casa en las afueras de un pueblo de Nueva Inglaterra. Es noche cerrada, está lloviendo y, aunque conducen despacio, no les da tiempo a reaccionar cuando un hombre aparece de repente en medio de la carretera.

Deborah llama rápidamente a la policía para pedir una ambulancia y luego, en un impulso, decide que Grace se vaya a casa. Cuando más tarde le toman declaración, todos dan por supuesto que Deborah conducía... y ella calla: jamás confesaría que era su hija quien iba al volante.

Hasta esa noche, Deborah Monroe siempre creyó que todo en su vida estaba bajo control. Sin embargo, ahora empieza a darse cuenta de las fisuras que se han abierto en los últimos tiempos: un divorcio que aún no ha superado, la sobreprotección que ejerce sobre sus hijos, un padre con una depresión que ella hasta ahora no había percibido... Pero, sobre todo, la constatación de que ella misma ha sido incapaz de pedir ayuda cuando más la necesitaba.

Cuando la investigación se complica, cuando el «secreto» que ambas comparten amenaza la relación entre madre e hija, llega el momento de corregir los errores del pasado para emprender un nuevo futuro.

Barbara Delinsky

# Nuestro secreto

ePub r1.0

Titivillus 20.02.2024

Título original: *The Secret Between Us*  
Barbara Delinsky, 2018  
Traducción: Gemma Moral Bartolomé

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

## Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

*Para Ruby, con vivo cariño*

## Capítulo 1

Segundos antes del impacto estaban discutiendo. Más adelante, Deborah Monroe se atormentaría preguntándose si, de haber estado atenta a la carretera, habría podido ver algo que le hubiera permitido impedir lo que ocurrió, porque la discusión la había distraído casi tanto como la tormenta. Su hija y ella nunca discutían. Se parecían mucho, no solo en el aspecto, sino también en el carácter y en las aficiones. A su hijo Dylan tenía que regañarlo a menudo, pero a Grace casi nunca. Por lo general, Grace entendía lo que se esperaba de ella y por qué.

Esa noche, sin embargo, la joven se había rebelado.

—Te estás poniendo histérica por nada, mamá. No pasó nada.

—Me dijiste que los padres de Megan estarían en casa —le recordó Deborah.

—Eso fue lo que me dijo Megan.

—Me lo habría pensado dos veces antes de darte permiso si hubiera sabido que iba a haber toda esa gente.

—Estábamos estudiando.

—Megan, Stephie y tú —dijo Deborah, y en efecto, los libros de texto estaban allí, mojados después de que Grace hubiera tenido que correr hasta el coche bajo la lluvia—, pero también Becca y Michael, Ryan, Justin y Kyle, que no deberían haber estado con vosotras. Tres chicas estudian. Cuatro chicas y cuatro chicos montan una fiesta. Cariño, está lloviendo a cántaros y a pesar del ruido se oían vuestras risas desde el coche.

Deborah no sabía si Grace tenía o no cara de culpable. Sus largos rizos castaños ocultaban los ojos, bastante separados, la nariz recta y los labios carnosos. Oía el ruido que hacía al mascar chicle; el olor a menta tapaba el tufo a libros húmedos. Rápidamente volvió la vista hacia la carretera, o hacia lo poco que veía de ella, a pesar de que los limpiaparabrisas funcionaban a toda velocidad. La visibilidad en esa parte de la carretera era escasa incluso en noches despejadas. No había farolas, y la luz de la luna raras veces conseguía filtrarse entre las copas de los árboles.



Esa noche la carretera era un embudo. La lluvia se precipitaba sobre el coche, engullendo la luz de los faros y azotando el parabrisas. Aunque abril era el mes de las lluvias, aquello era una exageración. Si hubiera hecho tan mal tiempo cuando salieron, Deborah jamás habría permitido que Grace llevara el coche, pero Grace se lo había pedido y su marido —exmarido— la acusaba a menudo de ser demasiado protectora con ella.

Circulaban despacio, repetiría Deborah infinidad de veces en los días posteriores, y los resultados forenses lo confirmarían. Se encontraban a menos de un minuto de casa y conocían bien aquella parte de la carretera. Pero la oscuridad era impenetrable y la lluvia tenía una fuerza inusitada. Sí, Deborah sabía que su hija tenía que ponerse al volante para aprender a conducir de verdad, pero temía que fuera demasiado pronto, dadas las circunstancias.

Deborah detestaba la lluvia. Grace no parecía inquieta.

—Habíamos terminado de estudiar —explicó Grace, moviendo el chicle por la boca. Tenía el volante bien sujeto, con las manos perfectamente colocadas—. Hacía calor y aún no tenían puesto el aire acondicionado, así que hemos abierto las ventanas. Nos estábamos tomando un descanso. ¿Y qué tiene de malo reír? Ya es bastante humillante que mi madre venga a buscarme...

—Perdona —la interrumpió Deborah—, pero ¿qué otro remedio me queda? No puedes llevar el coche tú sola hasta que tengas el carnet definitivo. Y aunque Ryan y Kyle lo tengan, la ley no les permite llevar menores en el coche si no es en compañía de algún adulto; además, vivimos en la otra punta de la ciudad. ¿Y qué tiene de malo que tu madre te recoja a las diez de la noche en un día entre semana? Cariño, solo tienes dieciséis años.

—Exacto —dijo Grace con sentimiento—. Tengo dieciséis años, mamá. Me darán el carnet definitivo dentro de cuatro meses. ¿Y qué ocurrirá entonces? Iré yo sola a todas partes con el coche porque, no solo vivimos en la otra punta de la ciudad, alejados de todo el mundo, vivimos en medio de ninguna parte, porque papá decidió que tenía que comprar tropecientas hectáreas para construir su gran mansión en el bosque, que luego decidió que no quería, así que nos abandonó y se fue a vivir a Vermont con su antiguo amor de hace veinticinco años.

—Grace... —Deborah no se sentía con fuerzas para abordar aquella conversación. Sin duda Grace se sentía abandonada por su padre, pero el varapalo había sido aún peor para ella. Su matrimonio no tenía que haber acabado, no era así como había planeado su vida.

—Vale, olvida a papá —prosiguió Grace—, pero cuando me den el carnet, conduciré yo sola y tú no podrás ver con quién estoy o si hay padres con nosotros, o si estamos estudiando o montando una fiesta. Tendrás que confiar en mí.

—Confío en ti —le aseguró Deborah, poniéndose también a la defensiva, pero en tono suplicante—. Es en los demás en quienes no confío. ¿No me dijiste que Kyle llevó un paquete de cervezas a la fiesta en la piscina de Katherine el pasado fin de semana?

—Pero no nos las bebimos. Los padres de Katherine le obligaron a marcharse.

—Los padres de Katherine. Exacto.

Deborah oyó resoplar a su hija.

—Mamá. Solo estábamos estudiando.

Deborah estaba a punto de enumerar todas las cosas que podían ocurrir cuando unos adolescentes solo estaban estudiando —cosas que había visto cuando ella misma era adolescente y su padre era el único médico de cabecera en la ciudad, y seguía viendo ahora que trabajaba con él y trataba a docenas de adolescentes—, cuando captó un súbito movimiento por la derecha. Con inusitada rapidez se sucedieron un fuerte golpe contra el parachoques del coche, un frenazo y el chirrido de los neumáticos. Su cinturón se bloqueó, sujetándola cuando el vehículo patinó sobre el asfalto mojado, dio un bandazo y giró, todo en apenas unos segundos. Cuando el coche se detuvo, miraba en la otra dirección.

Durante unos instantes, los latidos de su corazón no dejaron que Deborah oyera el sonido de la lluvia. Después le llegó el grito aterrorizado de su hija.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Estás bien?

—¿Qué ha sido eso? —repitió Grace, esta vez con voz trémula.

También Deborah empezaba a temblar, pero comprobó que su hija estaba sentada y con el cinturón puesto, por lo que claramente no había sufrido ningún daño. Se quitó a tientas el cinturón de seguridad, se caló la capucha del impermeable y salió corriendo en busca de lo que había golpeado el coche. Los faros se reflejaban en el asfalto mojado, pero más allá de esa escasa luz reinaba una completa oscuridad.

Volvió a meterse en el coche y buscó la linterna en la guantera. De nuevo en el exterior, iluminó la cuneta, pero no vio nada que remotamente se pareciera a un animal abatido.

Grace apareció a su lado.

—¿Era un ciervo? —preguntó con voz aterrorizada. Deborah tenía aún el corazón acelerado.

—No lo sé. Cariño, vuelve al coche. No llevas chaqueta. —La noche primaveral era bastante cálida, pero no quería que Grace viera lo que habían atropellado.

—Ha tenido que ser un ciervo —exclamó Grace—, ni siquiera estará herido, habrá vuelto corriendo al bosque. ¿Qué otra cosa podía ser?

Deborah no creía que un ciervo llevara un chándal con una raya a un lado, que era lo que juraría haber visto en el instante previo al impacto. Un chándal significaba que se trataba de un ser humano.

Recorrió la cuneta, iluminando los arbustos con la linterna.

—¡Eh! —gritó a quienquiera que estuviese allí—. ¿Está herido? ¿Hola? ¡Dígame dónde está!

Grace la seguía de cerca.

—Ha salido de la nada, mamá. Nadie andaría por aquí con esta lluvia, así que a lo mejor era un zorro o un mapache... o un ciervo. Sí, ha tenido que ser un ciervo.

—Vuelve al coche, Grace —repitió Deborah.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando oyó algo, y no era el ralenti del coche. Tampoco era el silbido del viento entre los árboles, ni la lluvia que lo empapaba todo.

El sonido volvió a oírse; definitivamente, era un gemido. Lo siguió hasta un poco más allá en la cuneta, pero tardó un rato en encontrar el origen de los gemidos. Una zapatilla deportiva asomaba apenas entre la maleza empapada, a un metro aproximadamente de la carretera, y la pernera de unos pantalones negros con una raya azul se hallaba semioculta bajo la rama de una cicuta. La otra pierna estaba doblada en un ángulo extraño —rota, supuso—, y el resto del cuerpo estaba tirado al pie de un árbol.

Estando boca arriba no corría el riesgo de ahogarse con la maleza del bosque, pero tenía los ojos cerrados. Sus cabellos, cortos y oscuros, estaban pegados a la frente. Deborah se abrió paso entre unos helechos y apuntó a la cabeza con la linterna, pero no vio más sangre que la de un feo rasguño en la mandíbula.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Grace.

Deborah le buscó el pulso en el cuello. Solo cuando lo encontró volvió a latirle el suyo.

—¿Puede oírme? —preguntó, acercándose un poco más—. Abra los ojos. El hombre no reaccionó.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Grace histéricamente—. ¿Sabes quién es? ¡Es mi profesor de historia!

Tratando de pensar con rapidez, Deborah condujo a su hija de vuelta a la carretera y al coche. Notó que Grace estaba temblando y, con toda la serenidad de la que fue capaz, dijo:

—Quiero que vayas corriendo a casa, cariño. Falta poco más de medio kilómetro y de todas formas ya estás empapada. Dylan está solo. Se asustará si no llegamos. —Imaginó su carita en la ventana de la cocina, con grandes ojos asustados y aumentados por sus gafas de Harry Potter.

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó Grace con la voz aguda y temblorosa.

—Llamar a la policía y luego quedarme aquí sentada con el señor McKenna hasta que llegue la ambulancia.

—No lo he visto, te lo juro, no lo he visto —gimoteó Grace—. ¿No puedes hacer nada por él, mamá?

—No mucho. —Deborah apagó el motor y encendió las luces de emergencia—. No veo ninguna hemorragia y no me atrevo a moverlo.

—¿Morirá?

—No íbamos deprisa —contestó Deborah, sacando el móvil—. No hemos podido darle muy fuerte.

—Pero ha salido disparado hasta allí.

—Debe de haber rodado.

—No se mueve.

—Puede que tenga una conmoción. —Había muchas otras posibilidades, y, como por desgracia ella bien sabía, eran peores.

—¿No debería quedarme aquí contigo?

—Aquí no puedes hacer nada. Vete, cariño. —Acarició la mejilla de su hija, intentando ahorrarle al menos lo peor—. Yo iré enseguida a casa.

Grace tenía el pelo separado en largos tirabuzones mojados. El agua le chorreaba por el suave mentón.

—¿Tú lo has visto? —preguntó, con los ojos muy abiertos y la voz apremiante y asustada—. Porque ¿qué hace alguien caminando por la carretera con esta lluvia? A ver, es de noche, ¿cómo iba a verlo? ¿Y por qué él no nos ha visto a nosotras? No había más luces por aquí aparte de los faros.

Deborah marcó el 911 con una mano y cogió a Grace por el brazo con la otra.

—Vete, Grace. Te necesito en casa con Dylan. Ahora. —Contestaron al primer timbrado. Deborah reconoció la voz. Carla McKay era paciente suya. Trabajaba de telefonista varias noches a la semana.

—Policía de Leyland. Esta llamada se está grabando.

—Carla, soy la doctora Monroe —dijo Deborah, echando a Grace con un ademán—. Ha habido un accidente. Estoy en la carretera de circunvalación, aproximadamente a unos 800 metros al este de mi casa. Hemos atropellado a un hombre, necesitamos una ambulancia.

—¿Está malherido?

—Está inconsciente, pero respira. Diría que se ha roto una pierna, pero no estoy segura de si tiene otras lesiones. Solo veo un corte superficial, pero no puedo saber nada más sin moverlo.

—¿Hay algún otro herido?

—No. ¿Cuánto tardarán en llegar?

—Ahora mismo llamo.

Deborah cerró el móvil. Grace no se había movido. Calada hasta los huesos, con los largos rizos empapados, parecía muy joven y atemorizada.

Aunque también estaba asustada, Deborah apartó el cabello de las mejillas de su hija.

—Grace —dijo en voz baja, pero en tono apremiante—, te necesito en casa con Dylan.

—Conducía yo.

—Serás de más ayuda si te quedas con Dylan. Por favor, cariño.

—Ha sido culpa mía.

—Grace. ¿Podemos no discutirlo ahora? Toma, ponte mi chaqueta.

Empezó a quitársela, pero Grace dio media vuelta y echó a correr. Enseguida desapareció bajo la lluvia.

Deborah volvió a calarse la capucha y regresó rápidamente al bosque. El olor a cicuta y tierra mojada impregnaba el aire, pero conocía el olor de la sangre y le pareció que también lo percibía. Una vez más examinó a Calvin McKenna por si tenía algo más que el rasguño de la mandíbula, pero no vio nada.

McKenna seguía inconsciente, pero su pulso era constante. Podía seguir su evolución y, si le fallaba, hacerle un masaje cardíaco. Al examinar el ángulo de la pierna sospechó que la cadera también estaba afectada, pero eso podía arreglarse. Lo peor sería que tuviera alguna lesión en la columna vertebral; por eso no podía moverlo. Los del servicio de emergencias tendrían una tabla y le inmovilizarían la cabeza. Era mucho mejor esperar a que llegaran.

Pero era más fácil decirlo que hacerlo. Transcurrieron diez minutos interminables durante los cuales se censuró a sí misma por haber dejado

conducir a Grace, le tomó el pulso a Calvin McKenna, trató de descubrir si tenía alguna otra herida, volvió a tomarle el pulso, y maldijo la ubicación de su casa y la irresponsabilidad de su exmarido. Por fin vio las luces del coche patrulla. No llevaba la sirena puesta. Se hallaban en una zona apartada de la ciudad, por lo que no era necesaria.

Deborah salió corriendo a la carretera agitando la linterna; llegó a la puerta del coche patrulla cuando Brian Duffy la abría y se apeaba. Era un hombre de cuarenta y tantos años, uno de los doce agentes de la policía de la ciudad. También era entrenador de la liga infantil de béisbol. Su hijo Dylan había estado dos años en el equipo.

—¿Está usted bien, doctora Monroe? —preguntó, colocándose la gorra cubierta con plástico sobre el pelo cortado al rape. También llevaba puesta una chaqueta impermeable.

—Estoy bien, pero el coche ha golpeado a Calvin McKenna. —Condujo al agente hacia el bosque—. No sé si es grave.

Cuando llegó a los helechos, se arrodilló y volvió a tomarle el pulso al herido. Seguía siendo regular. Entonces dirigió la linterna hacia el rostro; el agente hizo lo mismo con la suya.

—¿Cal? —llamó inútilmente—. ¿Cal? ¿Me oyes?

—¿Qué hacía por aquí con este tiempo? —preguntó el agente.

Deborah se echó hacia atrás.

—No tengo la menor idea. ¿Caminar? ¿Correr?

—¿Bajo la lluvia? Es muy raro.

—Sobre todo aquí —dijo ella—. ¿Sabe usted dónde vive? —Desde luego no podía vivir por allí cerca. Había cuatro casas en un kilómetro y medio a la redonda y ella conocía a todos sus habitantes.

—Su mujer y él viven junto a la estación de tren —contestó Brian—. Está a unos cuantos kilómetros de aquí. ¿No es paciente suyo, entonces?

—No. Este año Grace lo tiene de profesor, así que le oí hablar en la jornada de puertas abiertas de otoño. Es un hombre serio, un profesor duro. Eso es todo lo que sé sobre él. —Estaba de nuevo tomándole el pulso cuando de pronto la carretera se inundó de luz. Llegó un segundo coche patrulla lanzando vivos destellos azules y blancos, seguido de cerca por una ambulancia.

Deborah no reconoció a los técnicos sanitarios; eran jóvenes, seguramente novatos. Pero conocía al hombre que bajó del segundo coche patrulla. John Colby era el jefe de policía. Con sus casi sesenta años, en cualquier otro sitio se habría jubilado, pero era natural de Leyland y se daba por supuesto que

seguiría en su puesto mientras la salud se lo permitiera. Deborah estaba segura de que aún daría mucha guerra. Su mujer y él eran pacientes suyos. La mujer tenía problemas de alergia —al pelo y a las escamas de animales, al polen, al polvo—, que habían terminado en asma, pero el mayor problema de John, aparte de la barriga, era el insomnio. Trabajaba día y noche. Afirmaba que tanta actividad mantenía baja su tensión arterial y Deborah no podía rebatírselo, puesto que siempre la tenía baja.

Los técnicos sanitarios inmovilizaron a Calvin, iluminados por la linterna de John. Deborah esperó con los brazos cruzados y las manos metidas bajo las axilas. Calvin no hizo el menor movimiento ni emitió sonido alguno.

Deborah los siguió cuando salieron del bosque. Estaba observando cómo metían a Calvin en la ambulancia, cuando Brian la cogió por el brazo.

—Metámonos en el coche patrulla. Esta lluvia es un asco.

Una vez sentada en el interior del coche, Deborah se quitó la capucha y se abrió la chaqueta. Tenía la cara mojada y se la secó con las manos. También el pelo estaba húmedo y encrespado. Aún se sentía rara llevándolo corto después de toda una vida de lucir una melena hasta la cintura recogida en la nuca. Vestía una camiseta sin mangas y pantalones cortos, relativamente secos bajo la chaqueta, y chancletas. Tenía las piernas húmedas y sucias.

Detestaba la lluvia. Caía en el peor momento, alteraba cualquier previsión y complicaba la vida de cualquiera.

Brian se sentó al volante y sacudió la gorra fuera del coche antes de cerrar la puerta. Cogió un cuaderno de notas y un bolígrafo de la bandeja que había entre los asientos.

—Tengo que hacerle algunas preguntas. Es solo una formalidad, doctora Monroe. —Miró su reloj—. Las diez cuarenta y tres. ¿Y su nombre es D-E-B-O-R-A-H?

—Sí. M-O-N-R-O-E. —A menudo la llamaban doctora Barr, que era su apellido de soltera y el de su padre, toda una leyenda en la ciudad. Ella utilizaba el apellido de casada desde el último año en la universidad.

—¿Puede contarme qué ha ocurrido? —pidió el agente.

—Veníamos por...

—¿Venían? —le interrumpió Brian, alarmado—. Pensaba que iba sola.

—Grace está en casa ahora, pero la había recogido de casa de una amiga, Megan Stearn, y volvíamos juntas muy despacio, a no más de cuarenta por hora, por culpa de la lluvia. Y de repente ha aparecido él.

—¿Corriendo por la cuneta?

—Yo no le he visto correr. Simplemente ha aparecido delante del coche. Ha sido completamente imprevisto, sin tiempo para dar un golpe de volante. Solo hemos oído un golpe horrible.

—¿Circulaban pegadas a la cuneta?

—No. Íbamos por el centro. Yo miraba la línea. Nos era útil para guiarnos con tan poca visibilidad.

—¿Ha frenado?

Deborah no había frenado, lo había hecho su hija. Ahora era el momento de dejarlo claro. Pero le pareció irrelevante, un mero tecnicismo.

—Demasiado tarde —contestó—. Hemos patinado y el coche ha dado un trompo. Ya ve dónde está ahora el coche. Ahí hemos acabado.

—Pero ha llevado a Grace a casa...

—No. Le he dicho que se fuera corriendo. Estamos a poco más de medio kilómetro y ella forma parte del equipo de atletismo. —Deborah extrajo el móvil del mojado bolsillo de la chaqueta—. Necesitaba que se ocupara de Dylan, pero debe de estar preocupada por mí. ¿Le importa si la llamo?

Brian asintió y ella marcó el número.

Grace contestó al teléfono sin darle apenas tiempo a sonar.

—¿Mamá?

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Cómo está el señor McKenna?

—De camino al hospital.

—¿Está consciente?

—Todavía no. ¿Está bien Dylan?

—Si encontrarlo dormido como un tronco en el sofá significa estar bien, sí. No se ha movido desde que he llegado.

«Y yo pensando que estaría pegado a la ventana», se dijo Deborah. Le pareció oír a su exmarido quejándose de que se preocupaba siempre demasiado. Pero cómo no iba a preocuparse por un niño de diez años con una grave hipermetropía y distrofia reticular, lo que significaba que lo veía todo a través de una especie de bruma. Tampoco eso era lo que Deborah había planeado.

—De todos modos me alegro de que estés con él —dijo—. Grace, ahora mismo estoy hablando con la policía. Puede que me acerque al hospital cuando acabemos. Será mejor que te acuestes. Tienes examen mañana.

—Mañana estaré enferma.

—Grace.



—Estoy enferma. No puedo pensar en biología ahora mismo. Mira, esto es una pesadilla. Si estas cosas ocurren por conducir, no pienso hacerlo nunca más. No dejo de preguntarme de dónde ha salido. ¿Tú habías visto que estuviera en la cuneta?

—No. Cariño, el agente me está esperando.

—Lláname luego.

—De acuerdo. —Deborah cerró el móvil.

La puerta de atrás del coche patrulla se abrió y John Colby se sentó detrás.

—Ya podía dejar de llover un poco —dijo, y añadió—: No se ve casi nada en la carretera. He hecho fotos de todo lo que he podido, pero dentro de poco no quedará ninguna huella si sigue lloviendo así. Acabo de llamar a la policía estatal. Están en camino.

—¿La policía estatal? —preguntó Deborah, asustándose.

—La policía estatal tiene un equipo de reconstrucción de accidentes —explicó John—. Lo dirige un prestigioso experto. Él sabrá mejor que nosotros lo que debe buscar.

—¿Y qué es lo que hay que buscar?

—Puntos de impacto, marcas en el coche. En qué punto de la carretera golpeó el coche a la víctima, dónde aterrizó. Marcas de frenazo. El experto reconstruye lo que sucedió y por qué.

Deborah sintió deseos de exclamar que solo había sido un accidente. En cierto modo, el hecho de que interviniera la policía estatal hacía que pareciera algo más grave.

Brian debió de ver la consternación en su cara, porque añadió:

—Es el procedimiento habitual cuando hay daños personales. Si esto hubiera ocurrido a mediodía y a plena luz del sol, quizá habríamos podido resolverlo nosotros, pero con un tiempo como este, es importante trabajar deprisa, y ellos están mejor preparados. —Eché un vistazo a sus notas—. ¿A qué velocidad dice que iba?

Una vez más, Deborah podría haber respondido que no era ella quien conducía, sino su hija, y que iba muy despacio. Pero le pareció que daría la impresión de querer escabullirse, de querer echarle la culpa a otro; además, Grace era su primogénita, su *alter ego*, y estaba sufriendo mucho con lo del divorcio. No necesitaba más problemas. Calvin McKenna había sufrido un accidente, no se había quebrantado ninguna ley.

—El límite aquí es de setenta —contestó finalmente—. No debíamos de ir a más de cincuenta.

—¿Ha tenido algún problema con el coche últimamente?

—No.

—¿Funcionan bien los frenos?

—Perfectamente.

—¿Llevaba puestas las largas?

Deborah frunció el ceño, esforzándose por recordar. Recordaba que le había dicho a Grace que las pusiera, pero bajo una lluvia tan intensa, ni las luces cortas ni las largas iluminaban mucho.

—Aún están encendidas —confirmó John desde el asiento de atrás—. Los dos faros funcionan. —Volvió a ponerse el sombrero—. Voy a cerrar al tráfico el carril. Solo nos faltaría que pasara algún coche y borrara las huellas.

Deborah sabía que se refería a las huellas del accidente, pero estando la policía estatal de por medio, no hacía más que pensar en «huellas del delito». La cuestión de quién conducía seguía atormentándola, pero tuvo que concentrarse para responder al resto de preguntas. ¿A qué hora había salido de casa para ir a buscar a Grace? ¿A qué hora habían salido Grace y ella de casa de Megan? ¿Cuánto tiempo había pasado entre el accidente y la llamada de Deborah al número de emergencias? ¿Qué había hecho durante ese tiempo? ¿Había recuperado la conciencia Calvin McKenna en algún momento?

Deborah comprendía que todo aquello formaba parte de la investigación, pero habría preferido irse al hospital o a casa con sus hijos.

Miró su reloj. Eran las once pasadas. Si Dylan se despertaba, se asustaría al ver que aún no había vuelto; estaba muy apegado a ella desde el divorcio, y su hermana no le serviría de mucha ayuda. Grace debía de estar mirando por la ventana, esperando ver llegar a su madre, aunque no desde la cocina, que consideraba territorio de Dylan, sino desde el asiento de la ventana de la sala de estar, que apenas usaban ahora. Había fantasmas en aquella habitación: retratos familiares de un tiempo más feliz, un montón de fotografías enmarcadas como un arrogante despliegue de perfección. Grace debía de sentirse desconsolada.

Un nuevo estallido de luz anunció la llegada de la policía estatal. En cuanto Brian salió del coche patrulla, Deborah abrió el móvil y llamó al hospital, pero no a la centralita, sino directamente a urgencias. Podía acceder al servicio libremente y había acompañado a más de un paciente, por lo que conocía a la enfermera del turno de noche. Por desgracia, la enfermera solo sabía que la ambulancia acababa de llegar.

Deborah llamó a Grace, que respondió al instante.

—¿Dónde estás?

—Aún estoy aquí, sentada en el coche patrulla mientras ellos lo examinan todo. —Trató de aparentar despreocupación—. Están reconstruyendo el accidente. Es el procedimiento habitual.

—¿Qué buscan?

—Cualquier cosa que explique por qué el señor McKenna estaba donde estaba. ¿Qué tal Dylan?

—Sigue durmiendo. ¿Cómo está el señor McKenna?

—Acaba de llegar al hospital. Ahora deben de estar examinándolo. ¿Has hablado con Megan o alguno de los demás? —Grace había subido al coche por el lado del conductor, y era posible que alguno de sus amigos lo hubiera visto. Razón de más para aclarar las cosas con la policía cuanto antes.

—Me están enviando mensajes —respondió Grace con voz temblorosa—. Stephie me ha llamado, pero no he contestado. ¿Y si muere, mamá?

—No morirá. El golpe no ha sido tan fuerte. Es tarde, Grace. Deberías acostarte.

—¿Cuándo volverás a casa?

—Espero que pronto. Voy a enterarme.

Deborah cerró el móvil, se lo metió en el bolsillo, se puso la capucha y salió del coche. Se tapó bien con la capucha y la sujetó bajo la barbilla con una mano que goteaba.

Buena parte de la carretera estaba acordonada con cinta amarilla que aún era más visible a la luz de los reflectores. Dos hombres con guantes de látex peinaban el asfalto, deteniéndose de vez en cuando para recoger lo que hallaban y meterlo en bolsas. Un fotógrafo tomaba instantáneas del coche de Deborah; tanto de su posición en la carretera como de la abolladura frontal. La abolladura era pequeña. El faro hecho añicos era más evidente.

—Oh, Dios mío —dijo Deborah, fijándose en él por primera vez.

John se acercó y se agachó para examinar lo que quedaba del cristal del faro.

—Parece que no hay más daños —dijo, lanzando a Deborah una mirada de reojo—. ¿Podría sacar los papeles del coche para que anote los datos?

Deborah se sentó tras el volante, ajustó el asiento, abrió la guantera y entregó los papeles a John, que hizo las correspondientes anotaciones. Tras volver a guardar los documentos, Deborah salió del coche.

—No me había fijado en los daños —dijo, volviendo a ponerse la capucha—. Solo me preocupaba saber contra qué habíamos chocado. Pensaba que sería un animal. —Miró a John—. Querría ir al hospital, John. ¿Cuánto van a tardar?

—Un par de horas quizá —respondió él, observando el trabajo que realizaban—. No tendrán más oportunidad que esta. Si sigue lloviendo así, mañana habrán desaparecido todas las pruebas. Pero de todas formas no podrá llevarse el coche. Tenemos que remolcarlo.

—¿Remolcarlo? Pero si funciona perfectamente...

—Nuestro mecánico tiene que revisarlo. Debe asegurarse de que no tenga ninguna avería que pudiera haber causado el accidente: mal funcionamiento de los frenos, limpiaparabrisas que fallaran, neumáticos gastados... —Miró a Deborah—. No se preocupe, nosotros la llevaremos a casa. Tiene otro coche, ¿verdad?

Sí, tenía el BMW de Greg, el que usaba él para ir a trabajar, el que aparcaba en la plaza reservada para el presidente y mantenía siempre perfectamente limpio y encerado. Greg adoraba aquel coche, pero también lo había abandonado. Se había ido a Vermont en el viejo Escarabajo Volkswagen que había permanecido en el garaje, bajo una lona, durante muchos años.

A Deborah no le gustaba el BMW. Greg se lo había comprado cuando estaba en la cima de su éxito. *A posteriori*, resultó ser el principio del fin.

Deborah se cruzó de brazos y observó el trabajo de los investigadores, que cubrieron hasta el último centímetro de la carretera, la cuneta, y la zona del bosque en la que había aterrizado Calvin McKenna. En más de una ocasión, sintiéndose inútil y despreciando la lluvia, se preguntó por qué estaba allí y no en el hospital.

Conocía la respuesta perfectamente, claro está. Ella era médico de cabecera, no especialista. Y era su coche el que había provocado el accidente.

La realidad se imponía con toda su crudeza. Ella era la responsable; responsable del coche, de Grace, del accidente, de las heridas de Calvin McKenna. Si no podía hacer nada por él ni por el coche, quería volver a casa con sus hijos.

Grace permanecía acurrucada en la oscuridad. Cada vez que sonaba el móvil, daba un respingo, lo levantaba y examinaba la pantalla. Respondía si era su madre, pero no podía hablar con nadie más. Megan ya lo había intentado dos veces, igual que Stephie. Ahora le enviaban mensajes.

«¿dnde stas? ctesta!»

«stas ai? ola??»

En vista de que Grace no respondía, los mensajes fueron más explícitos.

«t mdre s a dado cnta? a olido la crveza?»

«stas cstigada? slo as tmado 1»

Pero Grace no había tomado solo una cerveza, sino dos, y aunque se las había bebido en un intervalo de tres horas y seguramente no habría dado ni un 0,01 por ciento si le hubieran hecho soplar, no debería haber conducido.

No sabía por qué lo había hecho. No sabía por qué sus supuestas amigas —a esas que se tienen como tales, pero aún está por demostrar— hablaban de la cerveza en sus mensajes. ¿No sabían que todo eso quedaba registrado?

«stas bn?»

«n qres hblar?»

No quería hablar porque su madre estaba aún con la policía y el señor McKenna estaba en el hospital y todo era culpa suya, y nada de lo que pudieran decir sus amigas haría que se sintiera mejor.

## Capítulo 2

Transcurrió otra hora antes de que los agentes de la policía estatal desmontaran los reflectores, y luego unos minutos antes de que llegara la grúa. Deborah conocía al conductor. Trabajaba en la estación de servicio del centro de la ciudad y era cliente habitual de la panadería de su hermana. Eso significaba que Jill se enteraría del accidente poco después de que abriera a las seis de la mañana.

Brian la llevó a casa. Enfiló la entrada circular y, siguiendo sus indicaciones, pasó de largo la casa de piedra y aparcó frente al garaje de tejas. Deborah estaba exhausta y completamente empapada, pero en cuanto bajó del coche patrulla, salió corriendo con su maletín de médico y los libros de Grace, abrió el móvil y llamó al hospital. Mientras esperaba a que respondieran, tecleó el código para abrir la puerta del garaje. La puerta estaba subiendo con un ruido sordo cuando por fin le contestaron.

—¿Joyce? Soy Deborah Monroe otra vez. ¿Alguna noticia sobre Calvin McKenna?

—Espere, doctora Monroe, voy a preguntar.

Deborah dejó caer su carga y colgó el impermeable en un colgador que había cerca del lugar donde debería estar su coche. Dejó las chancletas en el descansillo y entró corriendo en la cocina, que atravesó en dirección al lavadero.

—¿Doctora Monroe? Se ha estabilizado. Le están haciendo pruebas, pero el neurólogo no ha encontrado indicios de fractura vertebral ni de parálisis. Tiene una cadera rota. Se la operarán en cuanto le hagan el último escáner.

—¿Está consciente? —preguntó Deborah, de vuelta en la cocina, secándose los brazos con una toalla.

—Sí, pero no ha dicho nada.

—¿No puede hablar?

—Sospechan que sí puede, pero no quiere. No han encontrado ninguna explicación física.

Deborah se pasó la toalla por la cara. Al bajarla, vio a Grace en un rincón.

—¿El trauma, quizá? —especuló—. Gracias, Joyce. ¿Podrías hacerme un favor? Infórmame si se produce algún cambio.

Vestida todavía, Grace la miraba mordiéndose las uñas, encorvada. Deborah le apartó la mano de la boca y la atrajo hacia sí.

—¿Dónde estabas? —preguntó la joven mansamente.

—En el mismo sitio.

—¿Todo el rato?

—Ajá.

—¿Por qué te ha traído la policía?

—Porque no quieren que use el coche hasta que lo hayan examinado a la luz del día.

—¿El poli que te ha traído no va a entrar?

Deborah se echó un poco hacia atrás para examinar el rostro de su hija. Grace no era tan alta como ella, pero casi.

—No, ya han terminado por hoy.

—¿Cómo es posible que hayan terminado? —exclamó Grace, y su voz se hizo más aguda.

—Ya han preguntado todo lo que querían saber.

—Te lo han preguntado a ti, no a mí. ¿Qué les has dicho?

—Que volvíamos a casa conduciendo bajo la lluvia, que apenas había visibilidad y que el señor McKenna ha aparecido de pronto de la nada. Tendrán que volver a repasar la carretera por la mañana por si se han dejado algo que la lluvia no haya borrado. Rellenaré un formulario mañana en comisaría y me darán el coche. ¿Dónde está Dylan?

—Se ha acostado. Debía de creer que ya estabas en casa. ¿Qué vamos a decirle, mamá? Se dará cuenta de que pasa algo cuando vea que tu coche no está; además, era el señor McKenna. Qué mala suerte que fuera profesor mío. Se me da tan mal la asignatura de historia americana que ahora todo el mundo va a pensar que lo he hecho a propósito.

—No se te da mal la historia americana.

—No debería estar en el curso avanzado. No tengo la menor posibilidad de pasar el examen de junio. Me va de pena.

Era la primera noticia que tenía Deborah.

—Pues les dices que no pudimos ver al señor McKenna por culpa de la lluvia y que no íbamos muy deprisa.

—¿Por qué usas el plural todo el rato?

Sí, Deborah se había dado cuenta.

—Yo soy la persona adulta. Yo soy la responsable.

—Pero era yo quien conducía.

—Estabas bajo mi responsabilidad.

—Si hubieras conducido tú, no habríamos tenido ningún accidente.

—No es cierto, Grace. Yo tampoco vi al señor McKenna, y miraba la carretera con tanta atención como si fuera yo quien tuviera el pie en el acelerador.

—Pero no eras tú.

Deborah hizo una breve pausa antes de continuar.

—La policía ha dado por sentado que sí —dijo lentamente.

—¿Y no les has dicho la verdad? Mamá, eso es mentir.

—No —replicó Deborah, argumentando sobre la marcha—. Ellos han sacado sus propias conclusiones. Yo simplemente no les he corregido.

—Mamá.

—Eres menor, Grace —dijo Deborah, prosiguiendo con su argumentación—. Conducías con un carnet provisional, bajo la supervisión de un adulto con carnet, lo que me convierte a mí en la persona responsable. Hace veintidós años que conduzco y tengo un historial intachable. Saldré de esta situación mejor que tú. —Cuando Grace abrió la boca para protestar, Deborah le puso una mano sobre los labios—. Es lo correcto, cariño, lo sé. No podemos controlar la meteorología y no podemos controlar lo que hacen otras personas. Cumplíamos escrupulosamente con las leyes e hicimos todo lo posible por detener el coche. No hubo negligencia por nuestra parte.

—¿Y si muere?

—No morirá.

—Pero ¿y si muere? Será un asesinato.

—No —afirmó Deborah con determinación, aunque la palabra asesinato le había provocado un escalofrío—, sería una muerte por atropello, pero como nosotras no hemos hecho absolutamente nada malo, no nos acusarán de nada.

—¿Eso ha dicho el tío Hal?

Hal Trutter era el marido de Karen, la amiga de Deborah, y aunque ni él ni Karen tenían en realidad parentesco alguno con los Monroe, se conocían desde antes de que nacieran los niños. Su hija, Danielle, tenía un año más que Grace.

Deborah y Karen se veían a menudo. Últimamente no se sentía muy a gusto con Hal, pero esa era otra historia.

—Aún no he hablado con él —contestó a Grace—, pero sé que estará de acuerdo conmigo. Además, el señor McKenna no va a morir.

—¿Y si se queda inválido?



—Te estás dejando llevar por los nervios, Grace —le advirtió Deborah, a pesar de que ella sentía los mismos miedos que su hija. La diferencia estaba en que ella era la madre y no podía dejarse dominar por el pánico.

—He visto la pierna —gimió la joven—. Estaba completamente torcida, como si se hubiera caído de lo alto de un edificio.

—Pero no ha sido así. Está vivo y coleando, me lo acaba de decir la enfermera, y los huesos rotos se curan.

El rostro de Grace se contrajo en una mueca.

—Ha sido horrible. Jamás olvidaré ese sonido.

Tampoco lo olvidaría Deborah. Aún resonaba en sus oídos aquel golpe sordo, a pesar de las horas transcurridas. Buscando apoyo, rodeó los hombros de Grace.

—Necesito una ducha, cariño. Estoy helada y tengo las piernas muy sucias.

Rodeando con el brazo a su hija, subió la escalera y recorrió el pasillo. Además de las tres habitaciones para los niños —la tercera era para el hijo que habrían podido tener—, había un salón con algunos escritorios empotrados, un sofá, butacas a juego y un televisor de pantalla plana. Tras la marcha de Greg, Deborah había pasado allí tantas noches con sus hijos, que finalmente había acabado por trasladarse a la tercera habitación.

Grace se mordía de nuevo las uñas cuando llegaron delante de la puerta del dormitorio. Deborah le apartó la mano de la boca y miró a su hija en silencio durante un rato.

—Todo irá bien —le susurró, antes de soltarla.

Los mensajes habían cesado antes de que su madre llegara a casa, por suerte. ¿Qué podía decirle a Megan? ¿O a Stephie? ¿O a Becca? ¿Que su madre iba a cargar con la culpa por algo que había hecho ella? ¿Que su madre mentía para que a ella no la arrestaran? ¿Que su madre podía acabar en la cárcel si moría el señor McKenna?

Grace había creído que el divorcio de sus padres era malo, pero aquello era todavía peor.

Deborah esperaba que la ducha la tranquilizara, pero una vez caliente, limpia y seca, pensó con mayor claridad, y su mente despejada no hizo más que magnificar lo ocurrido. El sonido de la lluvia no la ayudó mucho. Golpeaba el

tejado igual que había golpeado el coche, igual que la noche en la que había muerto su madre. También entonces diluviaba.

Se metió en la habitación de Dylan sigilosamente y se arrodilló junto a la cama. Su hijo tenía los ojos cerrados; sus negras pestañas descansaban sobre unas mejillas que pronto dejarían de ser lisas. Era un buen niño con más preocupaciones de lo normal, y aunque Deborah sabía que existían curas para sus problemas de visión, sufría por él.

No quería despertarlo, pero no pudo resistir la tentación de tocarlo y le acarició los cabellos de color rubio rojizo. Luego se fue a su habitación, se metió en la cama y se tapó hasta la barbilla. Apenas se había arrebujado, cuando oyó los pasos de Dylan, amortiguados por los viejos peúcos que se ponía siempre por la noche. Era el último par que había tejido Ruth Barr antes de morir, demasiado grandes para Dylan al principio, y tan gastados ahora que estaban a punto de deshacerse. Dylan no permitía a Deborah que los tirara. Afirmaba que mantenían a la abuela Ruth viva en su recuerdo. En aquel momento, también Deborah necesitaba a su madre.

—He intentado quedarme despierto hasta que llegaras —musitó Dylan.

Deborah lo atrajo hacia sí y esperó a que su hijo dejara las gafas sobre la mesita de noche para arroparlo. Se quedó dormido casi al instante. Momentos después se les unió Grace, que se acostó al otro lado de su madre. La cama era un poco estrecha para los tres, pero Deborah lo prefería a estar sola. Cogió la mano de su hija.

—No voy a poder dormir en toda la noche —susurró la joven.

Deborah volvió la cabeza hacia ella en la oscuridad.

—Escucha —respondió—, lo hecho, hecho está. No podemos cambiarlo. Sabemos que el señor McKenna está en buenas manos y que nos llamarán si se produce algún cambio. ¿De acuerdo?

Grace emitió un sonido dubitativo, pero no dijo nada más. Al cabo de un rato su respiración se hizo más regular, pero dormía intranquila. Deborah se dio cuenta porque estuvo despierta mucho rato escuchando el golpeteo de la lluvia en el tejado. Pero no era culpa de la lluvia; no hacía más que ver el chándal con la raya azul y revivía una y otra vez la sacudida del impacto.

Sin embargo, apretujada entre sus dos hijos, sabía que no iba a dejarse dominar por el pánico. Se había hecho una promesa después del divorcio. Sus hijos no iban a sufrir nunca más. No iban... a sufrir... nunca más.

El teléfono sonó a las seis de la mañana. Deborah llevaba menos de tres horas durmiendo y sus hijos le impedían moverse, por lo que tardó en reaccionar. Luego recordó lo que había ocurrido y sintió un nudo en el estómago.

Temiendo que Calvin McKenna hubiera empeorado, se incorporó de golpe y descolgó el teléfono alargando el brazo por encima de Dylan.

—¿Sí?

—Soy yo —dijo su hermana—. He pensado que ya estarías despierta. Mack Tully acaba de irse. Me ha dicho que anoche atropellaste a una persona.

—Oh Jill.

Deborah dejó escapar un suspiro de alivio. Su hermana y ella estaban muy unidas, aunque eran muy distintas. Jill tenía treinta y cuatro años frente a los treinta y ocho de Deborah, medía uno sesenta frente al metro sesenta y cinco de su hermana, era rubia en lugar de morena y la consideraban la inconformista de la familia. No se había casado a pesar de haber mantenido dos largas relaciones, y mientras Deborah había seguido la vocación médica de su padre, Jill se había negado a ir a la universidad. Después del instituto, y tras un año de aprendiz en una panadería de Nueva Jersey, otro año en Nueva York y cuatro más como chef repostera en la Costa Oeste, había vuelto a Leyland para abrir su propia pastelería. En el transcurso de diez años, desde su regreso, había ampliado el negocio tres veces... con gran pesar de su padre. Michael rezaba aún para que su hija abriera un día los ojos, volviera a estudiar e hiciera algo «de verdad» en la vida.

Deborah siempre había querido mucho a su hermana pequeña; sobre todo desde la muerte de su madre, hacía tres años. Jill era igual que Ruth. Vivía con sencillez, pero también con inteligencia, y desprendía calor, igual que su pastelería. El mero sonido de su voz reconfortaba. Hablar con Ruth por teléfono evocaba el olor a pan caliente y recién hecho, a deliciosos bollos con trocitos de nueces por encima.

Esta imagen aplacó los vivos temores de Deborah.

—Ha sido una pesadilla, Jill —musitó con voz cansada—. Acababa de recoger a Grace, llovía y estaba muy oscuro. Íbamos despacio. Salió de la nada.

—¿Estaba borracho?

—No lo creo. No olía a nada.

—El vodka no huele.

—No podía preguntárselo, Jill.

—Es profesor de historia, ¿verdad? ¿Está grave?

—Le operaron anoche. Seguramente tendrán que ponerle un clavo en la cadera.

—Marty Stevens dice que es un tipo raro, un solitario que no se relaciona con nadie.

—Creo que sería más apropiado decir que es serio. No sonríe mucho. ¿Te ha dicho algo más Marty?

—No, pero Shelley Wyeth sí. Vive cerca de los McKenna. Dice que su mujer también es rara. No tienen mucho trato con los vecinos. —Se produjo una breve pausa—. Vaya. Has atropellado a una persona. No sabía que fueras capaz de algo así.

Deborah tardó un poco en reaccionar, pero luego dijo:

—¿Perdona?

—¿Habías estado implicada antes en algún accidente?

—No.

—El resto de nosotros sí.

—Jill.

—No pasa nada, Deborah. Te hace más humana. Y te quiero más aún por ello.

—Jill —protestó Deborah, pero Dylan se había despertado y buscaba a tientas sus gafas—. Mi hijo está aquí y necesita una explicación. Te veré en cuanto deje en clase a los niños.

—No pensarás conducir el BMW, ¿verdad? —preguntó Jill. Compartía el desdén de Deborah hacia aquel coche, aunque más por su precio que porque fuera el recuerdo de un matrimonio roto.

—Qué remedio.

—Nada de eso. Estaré ahí a las siete y media. Luego papá puede dejarte su coche. No quiero ni imaginar cómo se pondrá cuando le cuentes lo del accidente. No le va a hacer ni pizca de gracia. Le gustan los historiales impecables.

Deborah no necesitaba que se lo recordaran. Se puso mala solo de pensar en hablar con su padre del accidente.

—A mí también me gustan los historiales impecables, pero no siempre conseguimos lo que queremos. Te aseguro que todo esto no lo tenía previsto. Mi coche se encontraba en mal momento en el lugar equivocado. Tengo que dejarte, Jill. A las siete y media. Gracias. —Deborah colgó y miró a Dylan. Con diez años, Dylan era más introvertido que Grace a su edad. También era más sensible, rasgo de su personalidad que habían exacerbado tanto su mala visión como el divorcio de sus padres.

—¿Has atropellado a una persona? —preguntó con sus ojos marrones desorbitados tras las gafas.

—Ha sido en la carretera de circunvalación. Estaba muy oscuro y llovía mucho.

—¿Ha quedado despanzurrado en la carretera? —preguntó el niño con un rápido parpadeo.

—Memo —musitó Grace al otro lado de su madre.

—No se ha despanzurrado —le regañó Deborah—. No íbamos a suficiente velocidad como para hacerle tanto daño.

Dylan se frotó un ojo.

—¿Habías atropellado antes a alguien?

—Por supuesto que no.

—¿Y papá?

—No, que yo sepa.

—Voy a llamarle para contárselo.

—Ahora no, por favor —pidió Deborah. Estaba segura de que Greg insistiría en que Dylan le pasara el teléfono a su madre y entonces la acosaría a preguntas. Miró el despertador y añadió—: Además, ahora estará durmiendo y tú tienes que vestirte. La tía Jill va a venir a buscarnos.

—¿Por qué? —preguntó Dylan volviendo a parpadear.

—Porque la policía se ha quedado mi coche.

—¿Por qué?

—Tienen que asegurarse de que todo funciona correctamente.

—¿Hay sangre en el parachoques?

—No. Levántate, Dylan —ordenó Deborah dándole un ligero empujón.

Dylan se levantó de la cama con la intención de dirigirse hacia la puerta, pero se dio la vuelta y preguntó:

—¿A quién has atropellado?

—Tú no lo conoces —respondió Deborah y señaló la puerta.

Apenas había salido Dylan, cuando Deborah tenía ya a su hija pegada al hombro.

—Pero yo sí que lo conozco —susurró Grace—, y todos mis amigos también. Puedes apostar a que Dylan llamará a papá, y él pensará que no sabemos cuidarnos solos. Como si alguien fuera a cuidar de nosotros porque nosotros no pudiéramos hacerlo; además, para lo que a él le importa... Mamá, ¿y si el señor McKenna ha muerto en la mesa de operaciones?

—Me habrían llamado del hospital.

—¿Y si te llaman hoy? Tengo que quedarme en casa.

Deborah la miró a la cara.

—Si te quedas en casa, tendrás que recuperar el examen, y te perderás el entrenamiento de atletismo. No te conviene si tienes competición el próximo sábado.

—No puedo correr después de lo que ha ocurrido —dijo Grace con expresión horrorizada.

Deborah sabía cómo se sentía su hija, porque también ella, cuando se marchó su marido, había deseado meterse en la cama y no volver a salir. Tenía el mismo impulso ahora, pero así solo conseguiría empeorar las cosas.

—Tengo que trabajar, Grace, y tú tienes que correr. Nos hemos visto implicadas en un accidente, pero no podemos dejar que eso nos paralice.

—¿Y si deja parálítico al señor McKenna?

—Me han dicho que no será así.

—¿De verdad irás a trabajar hoy?

—Debo hacerlo. Tengo que atender a mis pacientes. Y tú también tienes tus obligaciones. Eres la esperanza del equipo para ganar la carrera. Además, si te da miedo lo que pueda decir la gente, lo mejor es que te comportes como siempre.

—¿Y qué se supone que debo decir?

Deborah tragó saliva.

—Lo que acabo de decirle a la tía Jill. Que estábamos en medio de una terrible tormenta y que el coche se encontraba en mal momento en el lugar equivocado.

—Suspenderé el examen de biología si lo hago hoy. Otra asignatura que debería olvidar para la universidad.

—No vas a suspender. Te estás preparando para estudiar medicina y la biología se te da estupendamente.

—¿Cómo voy a hacer un examen si apenas he dormido?

—Te sabes la materia. Además, cuando estés en la universidad te pasarás la vida haciendo exámenes sin apenas haber dormido. Tómatelo como un entrenamiento. Refuerza el carácter.

—Ya, pero si se trata de eso ¿no debería ir contigo a la policía para aclarar las cosas?

Deborah sintió una punzada de orgullo, seguida de otra punzada de remordimiento. Ambos sentimientos se transformaron en miedo cuando pensó en las posibles consecuencias si dejaba que Grace cargara con la culpa del accidente. Las repercusiones no iban a hacerle ningún bien a ella ni servirían para arreglar nada.

Negó con la cabeza muy lentamente, luego sostuvo la mirada de su hija un momento antes de sacarla de la cama de un tirón.

Como siempre, Deborah empezó a cuestionarse lo que hacía mientras se daba una ducha. Se sentía a menudo agobiada por la pesada carga de tratar a docenas de pacientes cada semana, ayudar a su padre a llevar la casa sin Ruth, ser madre divorciada y tomar decisiones trascendentales a cada momento. Con la cabeza agachada, dejó que el agua caliente cayera como múltiples agujas sobre su espalda, tan hirientes como otras tantas elecciones, hasta que sintió deseos de llorar.

Con un profundo sentimiento de soledad, cerró el agua y se vistió rápidamente. Su ropa para trabajar estaba hecha a medida; era una ropa que se adaptaba perfectamente a su esbelta figura y le devolvía una sensación de profesionalidad. El maquillaje añadió algo de color a su pálido rostro y suavizó la inquietud de sus ojos castaños muy separados, una versión adulta de los ojos de Grace. Pero cuando trató de recogerse el pelo con un pasador para darle la pulcritud que su vida no tenía, el pelo se rebeló. Le llegaba casi hasta el hombro y sus oscuras ondas parecían tener vida propia. Aceptando finalmente que no había modo de volver a su vida ordenada, dejó que se ondularan a su aire y dio la espalda al espejo.

Gracias a Dios, la lluvia había cesado. El sol empezaba a abrirse paso entre las nubes, derramando oro sobre los árboles, cuyas ramas aún mojadas empezaban a echar brotes. Más animada al ver que había mejorado el tiempo, bajó a la cocina, sirvió los cereales para los chicos y luego llamó por teléfono al hospital. Calvin McKenna se hallaba en la sala de recuperación y pronto lo enviarían a una habitación. Aún no había hablado, pero su estado era estable.

Más tranquila, echó una ojeada a los *Post-its* pegados en la nevera: «Pagar contribución», «Llevar Dylan dentista a las 4», «Pagar depósito campamento tenis». Luego comprobó su correo electrónico y llamó al servicio de contestador telefónico por si había alguna emergencia. Los mensajes que escuchó —un rebrote de una infección crónica del oído, una migraña persistente y un intenso ardor de estómago— eran de pacientes a los que la recepcionista daría hora cuando llegara a las ocho. La enfermera examinaría a los primeros en llegar.

Deborah solía llegar a la consulta hacia las ocho cincuenta, después de acompañar a los chicos a clase, de pararse a tomar un café con Jill y de pasar

a ver a su padre, que solía visitar a su primer paciente a las ocho y media. Últimamente, Deborah tenía que asegurarse de que llegara a la hora.

Jill lo respetaba, aunque no se llevaba bien con su padre. Llegó a casa de Deborah a las siete y media en punto. Venía del trabajo, así que vestía una camiseta y vaqueros. La camiseta, siempre roja, naranja o amarilla para combinar con los colores de la pastelería, ese día era roja. Al quitarse el delantal, se había despeinado el pelo, muy corto y rubio. Tenía los mismos ojos brillantes de color avellana de su madre, y un leve rastro de pecas infantiles, pero las finas líneas de su barbilla eran iguales que las de Deborah.

En cuanto Grace y Dylan se sentaron en la parte de atrás de la furgoneta, Jill les entregó unas bolsas con sus dulces preferidos. También había una bolsa para Deborah, y un café caliente en el reposavasos del salpicadero.

Deborah cogió el café con ambas manos e inhaló su reconfortante olor.

—Gracias —dijo—. Siento mucho haberte apartado de tu trabajo.

—¿Bromeas? —replicó Jill—. Llevo en el coche a mis personas favoritas. ¿Estáis bien ahí detrás? —preguntó mirando por el espejo retrovisor.

Dylan estaba encantado. Comía su bastón de canela glaseado como si no hubiera desayunado un cuenco lleno de cereales. Grace no había comido muchos cereales y apenas había probado el bollo con arándanos. Emitió un agudo gemido cuando pasaron por el lugar donde habían tenido el accidente.

—¿Fue aquí? —adivinó Jill—. Nadie lo diría.

No, pensó Deborah, era cierto. Solo quedaba un pequeño trozo de cinta amarilla atada a un pino para mostrar a la policía dónde debían seguir buscando por la mañana. Si habían quedado marcas de neumáticos en la carretera, la lluvia las había borrado.

Buscó la mirada de su hija, pero Grace rehuyó mirarla y, al final, Deborah no tuvo fuerzas para insistir. Volvió a sentarse bien, siguió bebiéndose el café y dejó que su hermana parloteara. Fueron diez minutos de respiro sin responsabilidades.

Pero pronto llegaron al colegio y Dylan se bajó de la furgoneta.

—Yo también me bajo aquí —anunció Grace, recogiendo su chaqueta y sus cosas—. No te ofendas, tía Jill, pero lo último que quiero es que vean aparecer una furgoneta amarilla con el nombre de la pastelería en los lados. Todo el mundo sabría que soy yo.

—¿Tan malo es eso? —preguntó Jill.

—Sí. —Grace se inclinó hacia delante y dijo en voz baja y apremiante—: Por favor, mamá, de verdad preferiría no ir a clase hoy. Apenas he faltado dos días en todo el curso. ¿No puedo quedarme con la tía Jill?



—¿Y que luego vengan a pedirme cuentas a mí? —replicó Jill antes de que Deborah pudiera hablar.

—Hoy va a ser un día muy duro para mí —dijo Grace en tono lastimero, volviéndose hacia su tía—. Se habrá enterado todo el mundo.

—¿De qué? ¿De que tu madre ha tenido un accidente? Ocurren accidentes cada día, Grace. No es un crimen. Si vas a clase, podrás decirles a todos lo mal que te sientes.

—Sí, claro —musitó Grace, después de mirarla fijamente durante un rato.

Luego bajó de la furgoneta, pero cuando parecía que Jill iba a llamarla, Deborah puso una mano sobre el brazo de su hermana y Grace se alejó. Al principio caminaba con la espalda rígida, pero poco a poco se fue relajando hasta encorvarse tanto sobre los libros que quedó encogida.

—¿Debería haber dejado que se quedara en casa? —preguntó Deborah, preocupada.

—Desde luego que no —contestó Jill—. Necesita estar ocupada. —Puso primera y arrancó—. ¿Estás bien?

Deborah suspiró, se apoyó en el reposacabezas y asintió.

—Sí.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Bien. Porque tengo una noticia que darte. Estoy embarazada.

Deborah parpadeó.

—Fantástico. Una nota de humor para animarnos el día.

—Lo digo en serio.

—No, ni hablar: porque, *a*, no hay ningún hombre en tu vida ahora mismo; *b*, trabajas como una esclava en la pastelería, y *c*, sería la gota que colma el vaso y tú no quieres ser tan cruel conmigo. —Deborah miró a su hermana. Jill no reía—. ¿Lo dices en serio? ¿Y quién te ha dejado embarazada?

—Donante de esperma número TXP334. Tiene el pelo rubio, mide uno setenta y cinco y se dedica a escribir libros para niños. Un tipo así seguro que es compasivo, creativo e inteligente, ¿no crees?

Deborah trataba de digerir la información.

—Necesito que te sientas feliz por mí —la advirtió Jill.

—Lo soy. Creo. Es que... no esperaba... ¿un bebé?

Jill asintió.

—En noviembre —dijo.

La fecha lo hizo todo más real. A Deborah le encantaban los bebés y quería a Jill, así que no podía hacer otra cosa que abrir los brazos, inclinarse hacia su hermana y abrazarla.

—Realmente quieres tener un hijo, ¿verdad?

—Siempre he querido. Ya lo sabes.

—¿Y qué hay del trabajo?

—Tú también trabajabas.

—Pero tenía a Greg. Tú estás sola.

—No estoy sola. Te tengo a ti, a Grace y a Dylan. Tengo a... papá.

—Papá. Oh, Dios mío. —Una grave complicación—. Y no se lo has dicho.

—No.

Un secreto más que guardar.

—Si vas a tenerlo en noviembre...

—Estoy embarazada de dos meses.

—Dos meses. —Deborah se sintió ofendida—. ¿Por qué no me lo habías contado?

—No confiaba en que me dejaras seguir adelante.

—¿Dejarte, yo? Jill, tú siempre has vivido la vida a tu manera.

—Pero quería tu aprobación.

Deborah escudriñó el rostro de su hermana.

—Te veo como siempre. ¿Tienes náuseas?

—A veces. Pero sobre todo por la emoción.

—¿Y estás totalmente segura?

—Ya he tenido dos faltas —respondió Jill—, y he visto el bebé en la ecografía. Deborah, he visto su corazoncito latiendo. Me lo señaló la doctora en el monitor.

—¿Qué doctora?

—Anne Burkhardt. Es de Boston. Por favor —ahora Jill se puso seria—, no me digas que estás enfadada porque no te pedí a ti que me recomendaras un médico; quería que fuera decisión mía. Las dos sabemos que papá será un problema. Pero, mira, le he decepcionado en tantas cosas... ¿qué más da otra? Pero tú no has tenido nada que ver con esto, y eso pienso decirle a papá. De todas formas, no se lo voy a contar a nadie hasta que llegue a las doce semanas.

—Acabas de decírmelo a mí —le discutió Deborah—, así que ya tengo algo que ver, al menos en guardar el secreto. ¿Qué contesto si me pregunta?

—No te lo preguntará. No sospechará absolutamente nada hasta que yo se lo ponga delante de las narices. No me considera capaz de mantener una relación estable con un hombre, y mucho menos de tener un bebé, y quizá tenga razón en lo que a los hombres se refiere. Lo he intentado, Deborah, lo sabes, pero en los últimos años no he conocido a un solo hombre con el que remotamente pudiera pensar en casarme. Papá preferiría que me casara con alguien a quien detestara con tal de tener el bebé del modo convencional. Pero, Dios mío, mírate. Tú cumpliste con todas sus normas y ahora eres una madre divorciada.

Deborah no necesitaba que se lo recordara. Le hizo pensar en sus fracasos, y de nuevo le vino a la cabeza el accidente. Se apartó el pelo de la cara.

—¿Por qué me lo cuentas ahora? ¿Por qué en estos momentos tan terribles, cuando tengo tantos problemas?

—Porque —contestó Jill en un tono que de pronto era suplicante—, como te he dicho por teléfono, eres más humana después de lo de anoche, así que he pensado que justamente ahora podrías comprenderlo sin dejar de quererme.

Deborah miró a su hermana. Jill había añadido una complicación más a su ya suficientemente complicada vida, pero un bebé seguía siendo un motivo de alegría. Cogió la mano de Jill.

—¿Tengo alternativa?

Grace permaneció junto a la verja del instituto, sin entrar, mordisqueándose las pieles de los dedos hasta que por fin sonó el timbre. Entonces, ciñéndose la chaqueta, enfiló corriendo el sendero de entrada, se unió a los demás rezagados, subió corriendo la escalera y entró en el instituto. Ocupó su asiento en el aula, siempre con la cabeza agachada, y apenas escuchó los anuncios por megafonía, hasta que el director dijo que un coche había atropellado al señor McKenna, que estaba en el hospital y que le dedicaban una plegaria silenciosa. Grace rezó en silencio y así permaneció hasta que volvió a sonar el timbre instantes después. Salió sigilosamente del aula, se acuclilló frente a su taquilla y trató de volverse invisible. Corrillos de amigos se detenían unos instantes para charlar. «¿Sabías que Jarred tiene mononucleosis?». «¿Por qué se presenta Kenny Baron a presidente de la junta de estudiantes?». «¿Vas a ir a la fiesta de Kim el sábado por la noche?». Grace solo se levantó cuando faltaban unos segundos para su primera clase. Megan y Stephie la alcanzaron y se colocaron una a cada lado antes de que llegara a la puerta.

—Te hemos estado llamando —susurró Megan entre dientes.

—¿Dónde estabas? —preguntó Stephie.

—Kyle me ha dicho que fue el coche de tu madre el que atropello al señor McKenna.

—¿Estabas tú también? ¿Qué viste, Grace? ¿Te dio asco?

—No puedo hablar de eso —respondió Grace.

—Pensaba que me moría cuando vi a tu madre sentada fuera —musitó Stephie.

—¿Cuánto sabe? —preguntó Megan a Grace—. ¿Se dio cuenta de algo?

—No —contestó Grace.

—¿Y tú no se lo dijiste? —preguntó Stephie.

—No.

—Y no se lo vas a decir, ¿verdad? —le ordenó Megan.

—No.

—Bueno, eso está bien. Porque si llega el rumor a mis padres, me castigarán sin salir hasta otoño.

¿Sin salir hasta otoño? Grace podría vivir con eso. Sería un castigo leve para ella.

## Capítulo 3

A Michael Barr lo reverenciaban en Leyland. Médico de cabecera antes de que estos se hubieran vuelto a poner de moda, había desarrollado toda su carrera en la misma localidad. Había sido el médico de tres generaciones de familias y, como recompensa, disfrutaba de su inquebrantable lealtad.

Poseía una casa victoriana de color azul claro que se alzaba junto al prado comunal. Era la misma casa en la que habían crecido Deborah y Jill. Michael siempre había pasado consulta en la casita contigua, y ambas estructuras se habían ido ampliando con los años. La última reforma del anejo se había realizado ocho años atrás como aliciente para convencer a Deborah de que se uniera a la consulta de su padre.

En realidad, no había necesitado que la animaran. Adoraba a su padre y fue feliz viendo el orgullo en su rostro cuando la aceptaron en la facultad de medicina y de nuevo cuando accedió a trabajar con él. Deborah era como el hijo varón que no había tenido y, además, Greg y ella vivían en Leyland, por lo que ni siquiera tuvieron que mudarse. Grace, que había nacido poco antes de que Deborah iniciara sus estudios de medicina, tenía entonces seis años, y cuando Deborah acabó la residencia, estaba embarazada de Dylan. Ruth, una verdadera matrona, la habría ayudado con los niños en todo momento, de no ser porque Deborah y Greg ya habían contratado a los Sousa. Livia les hacía de canguro y Adinaldo se encargaba del mantenimiento en general; además, siempre había algún pariente de los Sousa para ocuparse del jardín, del tejado y de la fontanería. Livia seguía yendo a casa de Deborah para limpiar y preparar la comida, y desde la muerte de Ruth, ella y su marido se ocupaban de las tareas domésticas en casa del doctor Barr. A él no le gustaban tanto como a su hija, pero, claro, nadie podía compararse con Ruth Barr.

Haciendo malabarismos con el maletín médico, la bolsa de la pastelería y el café, Deborah recogió el periódico de la mañana y entró en casa de su padre por la puerta lateral. Sin duda el semanario local del jueves informaría del accidente. Pero no creía que apareciera en el *Boston Globe*, o al menos eso esperaba.

Su padre no estaba en la cocina. Tampoco había café preparado, ni el tazón, el bagel y la servilleta esperándole. Deborah supuso que se había dormido. Desde la muerte de Ruth, se había aficionado a quedarse viendo películas antiguas hasta que estaba lo suficientemente cansado para quedarse dormido sin ella.

Deborah dejó sus cosas sobre la mesa de la cocina y deseó una vez más que su padre se aviniera a aceptar uno de los dulces de Jill. Acudía gente de varios kilómetros a la redonda para comprar sus bollos con nueces, los SoMa Stickies, pero Michael prefería café y un bagel del supermercado. Nada más.

Deborah no quería ni pensar en lo que diría sobre el embarazo de Jill.

—¿Papá? —llamó desde el vestíbulo, acercándose a la escalera—. ¿Te has levantado?

Al principio no oyó nada, luego llegó a sus oídos el crujido de una silla. Atravesó la sala de estar y encontró a su padre en el estudio, sentado con la cabeza entre las manos, vestido con la misma ropa del día anterior.

Desanimada, se arrodilló junto a él.

—¿No te has acostado?

Él la miró con los ojos enrojecidos, desorientado.

—Supongo que no —consiguió decir atusándose los cabellos, que se habían vuelto completamente blancos desde la muerte de su esposa. Afirmaba que le daban más autoridad ante sus pacientes, pero a Deborah le parecía más bien un autócrata.

—Tienes un paciente a primera hora —le recordó—. ¿Quieres ducharte mientras te preparo el café? —Al ver que su padre no se movía, se preocupó—. ¿Estás bien?

—Me duele la cabeza, eso es todo.

—¿Quieres una aspirina? —le ofreció ella dócilmente. Era una broma entre ellos. Conocían los medicamentos más recientes, pero la aspirina seguía siendo la primera opción.

Él le dedicó una sonrisa que era más bien una mueca, pero cogió su mano y dejó que le ayudara a levantarse. En cuanto salió de la habitación, Deborah vio la botella de *whisky* y el vaso vacío. Rápidamente volvió a meter la botella en el armario de los licores y se llevó el vaso a la cocina.

Mientras esperaba a que se hiciera el café, troceó el bagel y luego llamó al hospital. Calvin McKenna seguía estable. Era una buena noticia, igual que, como descubrió a continuación, que no mencionaran el accidente en el *Globe*.

Al oír pasos en la escalera, volvió a doblar el periódico y sirvió el café. Estaba extendiendo el queso de untar sobre el bagel cuando su padre entró en

la cocina. Volvía a ser el hombre bien vestido de siempre. Rodeó a Deborah con un brazo para darle un breve apretón y luego cogió su taza de café.

—¿Mejor? —preguntó Deborah cuando su padre había tomado varios sorbos.

—Ya lo creo. —Aparte de tener los ojos inyectados en sangre, parecía encontrarse bien—. Gracias, cariño. Eres mi salvavidas.

—No de todo —dijo ella, y aprovechando la oportunidad, añadió—: Grace y yo tuvimos un accidente anoche. Las dos estamos bien, no nos hicimos ni un rasguño, pero atropellamos a un hombre.

Su padre tardó un momento en asimilarlo. Luego su rostro expresó preocupación, seguida de alivio y finalmente incertidumbre.

—¿Atropellado?

—Apareció de repente delante del coche. Fue en la carretera de circunvalación. La visibilidad era realmente mala. —Al darse cuenta de que su padre no comprendía, añadió—: Por la lluvia, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo. Es horrible, Deborah. ¿Le conocemos?

—Es profesor de historia en el instituto. Da clases a Grace.

—¿Es uno de los nuestros?

¿Uno de sus pacientes?

—No.

—¿Es grave su estado?

Deborah le contó lo que sabía.

—Entonces su vida no corre peligro —decidió su padre, igual que antes había hecho ella, y tomó un sorbo de café. Deborah empezaba a pensar que saldría todo mejor de lo que había creído, cuando de pronto, con cierta brusquedad y el rostro un poco sonrojado, su padre preguntó—: ¿A qué velocidad ibais?

—Muy por debajo del límite.

—Pero ¿cómo es posible que no lo vierais?

—Diluviaba y estaba muy oscuro. No llevaba ropa reflectante.

Su padre se apoyó en la encimera.

—No es precisamente la imagen que debería dar un buen médico. ¿Y si a alguien le diera por pensar que habías bebido? —Sus ojos se encontraron—. ¿Habías bebido?

«Yo no conducía», estuvo a punto de contestar Deborah.

—Por favor —se limitó a decir en voz baja.

—Es normal que te lo pregunte, cariño. Motivos no te faltan. Tu marido te dejó con muchas responsabilidades, una casa enorme y una bodega igual de

grande.

—También me dejó una abultada cuenta bancaria, lo que me permite mantener la casa, pero esa no es la cuestión. No bebo, papá. Ya lo sabes.

—¿La policía te ha entregado una citación?

A Deborah le dio un pequeño vuelco el corazón, posiblemente por lo que implicaba la palabra, o más bien por la creciente dureza del tono de su padre.

—No. De momento no han encontrado ningún motivo. Todavía tienen que terminar el informe.

—Bien —comentó Michael secamente—. ¿Tiene familia ese hombre?

—Esposa, sin hijos.

—Y si acaba con una cojera permanente, ¿crees que te demandará?

La mención de una posible demanda judicial tras la palabra citación, prueba en ambos casos de la decepción de su padre, provocó un nuevo nudo en el estómago de Deborah.

—Espero que no —dijo.

Michael Barr emitió un sonido desdeñoso.

—Las demandas judiciales tienen muy poco que ver con la realidad, es todo codicia. ¿Por qué pagamos un seguro por posibles negligencias? Aunque hagamos lo correcto, el proceso para demostrarlo podría costar miles de dólares. La ingenuidad no sirve de nada, Deborah. —Soltó un bufido—. Conversaciones como esta esperarías tenerlas con tu hermana, no contigo.

«Pues adivina lo que ha hecho ahora», quiso gritar Deborah en un momento de pánico silencioso.

—Le va estupendamente —dijo finalmente.

—¿Como pastelera? —le espetó Michael—. ¿Sabes qué horario tiene?

—No es peor que el nuestro. —Deborah había contratado una niñera. Jill también podía hacerlo, bueno, en realidad no sería necesario, porque ella vivía sobre la pastelería. Podía instalar el cuarto del niño en la parte de atrás y tenerlo siempre a su lado. Incluso podía pedir ayuda a alguna de sus empleadas. Eran todos casi como de la familia.

—Apenas llega a fin de mes —arguyó Michael—. No sabe nada de negocios.

—La verdad es que gana bastante —protestó Deborah.

Pero su padre ya estaba iniciando otra conversación.

—Habrás llamado a Hal, ¿verdad? Es el mejor abogado de por aquí.

—No necesito un abogado. Hoy mismo firmaré una declaración y ya está.

—¿Firmarás una declaración en una comisaría? ¿Lo pondrán por escrito y luego podrán usar contra ti tus propias palabras? —El rostro de Michael se



congestionó—. Por favor, Deborah. Escúchame bien. Has atropellado a una persona, lo que te convierte en la infractora. Si hablas con la policía, necesitas tener al lado a un abogado.

—¿No sería eso una señal de culpabilidad?

—¿Culpabilidad? Caramba, no. Es medicina preventiva. ¿No es eso lo que hacemos nosotros?

Deborah visitaba a domicilio. No era lo que tenía pensado cuando estudiaba medicina, ni cuando empezó a pasar consulta, y esas visitas estaban descartadas cuando era necesario hacer pruebas; para ello enviaba a los pacientes a la consulta o al hospital.

Pero no todos los pacientes necesitaban pruebas y, unos años atrás, cuando una de sus pacientes habituales la llamó por teléfono porque unos dolorosos espasmos en la espalda le impedían conducir, le pareció absurdo no acudir a su casa. La paciente era una madre soltera con un bebé recién nacido y una tía discapacitada. Deborah no podía soportar la idea de que sufriera.

El hecho de verla en su propia casa cambió por completo su diagnóstico. El apartamento —cinco habitaciones en el segundo piso de una casa para dos familias— era un caos. Había ropa de la mujer y del bebé por todas partes, así como platos sucios. Cuando Deborah había hablado con ella por teléfono, la mujer le había asegurado que los espasmos le venían al levantar al bebé. En realidad, Deborah vio a una mujer abrumada con su vida, a la que los servicios sociales podían ayudar, pero no habría sabido que debía llamarlos de no haber visitado la casa.

Tratar a los pacientes era como resolver un rompecabezas. A veces una visita a la consulta proporcionaba pistas suficientes. A veces se necesitaba más. A Deborah le atraían los rompecabezas, y dado que a ella le gustaba más que a su padre salir de la consulta, era ella quien hacía todas las visitas a domicilio. Así tenía menos pacientes y más flexibilidad, lo que agradecía particularmente desde la marcha de Greg.

Aquel día, desesperada por mantener la mente ocupada, salió poco después de las nueve para visitar a una anciana que se había caído de la cama hacía una semana y se había dado un golpe en la cabeza. La conmoción era leve comparada con el miedo que tenía de volver a caer. Una barandilla para la cama y un bastón, que enseñó a Deborah con orgullo, le habían devuelto parte de la confianza.

La segunda parada de Deborah se encontraba en la misma calle, en el hogar de una familia con cinco hijos, en la que los tres más pequeños tenían fiebre alta. Los padres podrían haberlos llevado a la consulta, pero ¿por qué arriesgarse a contagiar a otros pacientes en la sala de espera? Deborah no lo veía necesario, sobre todo cuando tenía que pasar cerca de su casa de todas maneras.

Otitis los tres. Un diagnóstico sencillo con un mínimo riesgo.

Su siguiente paciente vivía en el pueblo de al lado. Darcy LeMay era una mujer cuyo marido, asesor de gestión empresarial, estaba de viaje tres semanas de cada cuatro y la dejaba sola en su bonita casa; era un grave caso de osteoartritis. La trataba un especialista, del que Deborah recibía informes regularmente. Aquel día, la mujer se quejaba de un dolor tan intenso en el tobillo que temía haberse roto un hueso.

Deborah llamó al timbre, pero entró tras descubrir que la puerta estaba abierta.

—En la cocina —gritó Darcy.

No era necesario; siempre estaba en la cocina. ¿Y por qué no? Era una cocina preciosa, con unos bonitos armarios de madera de cerezo, encimeras de granito, el último modelo en vitrocerámica y electrodomésticos empotrados que eran casi invisibles. En un estante había platos de cerámica en tonos dorado, oliva y teja. Deborah los había alabado en una visita anterior y Darcy le había contado que estaban pintados a mano y procedían de la Toscana.

Darcy estaba sentada a la mesa hexagonal del rincón para el desayuno. Llevaba una sudadera grande de algodón y unas mallas, y apoyaba el pie malo en una silla. La mesa estaba cubierta de papeles.

—¿Qué tal el libro? —preguntó Deborah, mirando los papeles con una sonrisa, al tiempo que dejaba su bolso sobre la mesa.

—Despacio —contestó Darcy, que echó la culpa al tobillo por distraerla, al especialista en artritis de indiferencia, y a su ausente marido de desinterés.

Deborah sabía que todo eran excusas. No tenía que examinar el tobillo de Darcy para darse cuenta de cuál era el problema; aun así, lo palpó debidamente.

—No está roto —concluyó, tal como ya suponía—. Es solo el dolor de la artritis.

—¿Tanto?

—Has engordado —dijo Deborah con suavidad.

—Me mantengo —dijo Darcy, negando con la cabeza.

La negación acompañaba a las excusas. Deborah decidió abordar el problema sin rodeos y miró debajo de la mesa.

—¿Eso que hay en el suelo es una bolsa de patatas fritas?

—Son bajas en grasa.

—Siguen siendo patatas fritas —dijo Deborah—. Ya lo hemos hablado. Eres una mujer guapa que pesa veinte kilos de más.

—Veinte no, quince como mucho.

Deborah no discutió. Darcy pesaba quince kilos de más la última vez que la había visitado en la consulta, pero de eso hacía dos años. El especialista era una excusa muy cómoda para no tener que enfrentarse con la implacable báscula del médico de cabecera.

—Mira, las cosas están así —dijo Deborah de nuevo en tono amable—. La artritis es una enfermedad real. Sabemos que la padeces. La medicación te ayuda, pero tú también tienes que poner de tu parte. Imagina que cargaras todo el día con un peso de veinte kilos en los brazos. Piensa en la tensión que deben soportar tus tobillos.

—En realidad no como mucho —dijo Darcy lastimeramente.

—Puede, pero lo que comes es malo para ti y no haces ejercicio.

—¿Cómo voy a hacer ejercicio si no puedo andar?

—Adelgaza un poco y podrás caminar. Instálate en el estudio, Darcy. Trabajando aquí, en la cocina, lo tienes demasiado fácil para picar. Empieza poco a poco. Sube y baja la escalera tres veces al día, o ve hasta el buzón y vuelve. No te pido que corras la maratón.

—Mejor —replicó Darcy—. La velocidad no es buena. Ya me he enterado de lo del accidente.

El comentario pilló desprevenida a Deborah.

—¿Accidente?

—Es lo que ocurre por ir a demasiada velocidad.

Deborah podía haberle dicho que la velocidad no había tenido nada que ver, pero habría sido un error.

—Estábamos hablando de tu peso, Darcy. Puedes echarle la culpa a la artritis, a tu marido, al doctor Habib o a mí, pero solo tú puedes cambiar tu vida.

—No puedo curar la artritis.

—No, pero puedes hacer que sea más llevadera. ¿Has pensado en trabajar fuera de casa? —Habían hablado de ello largo y tendido durante la anterior visita de Deborah.

—Si trabajo fuera, no acabaré nunca mi libro.

—Podrías trabajar a tiempo parcial.

—Dean gana dinero de sobra.

—Lo sé. Pero necesitas más actividad, sobre todo cuando él está fuera.

—¿Cómo voy a trabajar si no puedo andar? —preguntó Darcy. Deborah se impacientó; sacó un bloc de notas de su bolso y escribió un nombre y un número de teléfono.

—Esta mujer es fisioterapeuta. Es la mejor. Llámala. —Volvió a meter el bloc en el bolso.

—¿Visita a domicilio?

—No lo creo. Puede que tengas que ir tú —dijo Deborah con una satisfacción perversa, aunque esta se había desvanecido cuando abandonó la casa.

Como tantos otros de sus pacientes, Darcy LeMay tenía problemas que iban más allá del aspecto puramente físico. La soledad era uno de ellos; se le añadían el aburrimiento, la no aceptación y una baja autoestima. En un día normal, tal vez Deborah habría dedicado más tiempo a abordarlos, pero ese día no era en absoluto normal.

Apenas había regresado a la consulta cuando telefonearon del instituto para decirle que Grace había vomitado en el cuarto de baño y que debía ir a buscarla. ¿Cómo iba a negarse? El examen de biología ya habría terminado, y sí, Grace se perdería el resto de clases y el entrenamiento de atletismo, pero si a Deborah se le hacía un nudo en el estómago cada vez que pensaba en el accidente, imaginaba cómo debía de sentirse su hija.

Grace estaba pálida y le ardía la frente. Deborah la estaba ayudando a bajar de la camilla de la enfermería cuando oyó que la enfermera decía:

—Nos hemos enterado de lo del accidente. Seguro que los comentarios no le han hecho ningún bien.

Deborah asintió, pero no quería hablar delante de su hija. Una vez en el coche, Grace recostó la cabeza y cerró los ojos.

Deborah puso el coche en marcha.

—¿Te ha ido mal el examen?

—El examen no era el problema.

—¿Cómo se han enterado de lo del accidente?

—Lo han anunciado por megafonía.

—¿Han dicho que lo atropello nuestro coche?

Grace no contestó, pero Deborah imaginaba la respuesta. El director no iba a decir una cosa así por megafonía, pero Mack Tully se lo habría dicho a Marty Stevens, que se lo habría contado a sus hijos, quienes a su vez se lo

habrían contado a los otros chicos en el autobús escolar, y estos a todos los demás en la entrada del instituto. Eso sin contar las llamadas de teléfono que habría hecho Shelley Wyeth de camino al trabajo desde la pastelería. Incluso Darcy LeMay se había enterado, a pesar de que vivía en otro pueblo. Los chismes se extendían con la alarmante velocidad de una virulenta gripe.

—¿Te han hecho preguntas?

—No hacía falta. He oído lo que decían.

—Fue un accidente —dijo Deborah, tanto para ella misma como para su hija.

Grace abrió los ojos.

—¿Y si te retiran el permiso de conducir?

—No lo harán.

—¿Y si te acusan de algo?

—No lo harán.

—¿Te han dicho eso en la comisaría?

—Aún no he ido. Iré después de dejarte en casa. —Viendo la expresión de su hija, añadió—: No, tú no puedes venir.

Grace volvió a cerrar los ojos y, esta vez, Deborah la dejó en paz.

El departamento de policía de Leyland se encontraba en un pequeño edificio de ladrillo contiguo al ayuntamiento, y disponía de tres amplias oficinas y una única celda. Lo componían doce hombres —ocho de ellos a tiempo completo—, y era todo lo que necesitaba una pequeña localidad de diez mil habitantes. Peleas domésticas, conductores ebrios y pequeños hurtos constituían los únicos delitos.

Al entrar Deborah en comisaría, personas a las que conocía prácticamente de toda la vida la saludaron cordialmente. Intercambiaron comentarios sobre los hijos, los padres ya mayores, y la iniciativa de una votación popular sobre la venta de vino en los supermercados, pero también advirtió que un par de personas eludían su mirada.

John Colby la condujo hasta su despacho. A pesar de que era un hombre brillante y de un físico que imponía, John era tímido, más proclive a afrontar las investigaciones con sagacidad que a abordarlas frontalmente. También era un hombre modesto, que se sentía más cómodo acordonando el lugar de un accidente que colgando distinciones de sus paredes. Su despacho no tenía más adornos que un reloj grande y algunas fotos enmarcadas de excursiones de la policía.

John cerró la puerta, cogió unos impresos de su mesa y se los entregó a Deborah.

—Es muy sencillo —dijo—. Se lo lleva a casa, lo rellena y me lo trae cuando esté listo.

—¿No tengo que hacerlo aquí?

—No —respondió él, haciendo un gesto con la mano—. Ya sabemos que no se irá de la ciudad.

—No, claro —musitó Deborah, echando un vistazo al formulario. Tenía tres páginas en las que se solicitaban todo tipo de detalles. Sería mucho mejor rellenarlo con tiempo en casa—. ¿Tienen ya los resultados de las pruebas?

—Solo las del coche. Parece ser que todo funcionaba a la perfección. No hay negligencia alguna por ese lado.

Al menos el garaje había hecho bien su trabajo, pensó Deborah, pero lo que le preocupaba de verdad era el informe de la policía estatal.

—¿Y cuándo tendrán el resto?

—Dentro de una semana, quizá dos, si el laboratorio tiene demasiado trabajo. Algunos análisis requieren cálculos matemáticos. Pueden resultar bastante complejos.

—Solo fue un accidente —dijo ella.

—No es más que una formalidad —le aseguró él, apoyándose en la mesa—. Se nos pide que investiguemos, así que investigamos.

—He dedicado toda mi vida a ayudar a la gente, no a hacerle daño. Me siento responsable por lo que le ha ocurrido a Calvin McKenna. —Era cierto, pero aquello no cambiaba la impresión errónea de que era Deborah quien conducía. A pesar de que conocía a John Colby y confiaba en él, Deborah no tuvo valor para mencionar el nombre de Grace. Preocupada, añadió—: ¿Qué demonios hacía allí?

—Aún no hemos podido preguntárselo —dijo John—, pero lo haremos. Mientras tanto, rellene ese impreso. Hay tres copias.

—¿Tres? —preguntó ella, consternada.

—Una para nosotros, otra para su compañía de seguros y otra para el Registro de Vehículos. Es la ley.

—¿Se reflejará esto en mi historial de conductora?

—El Registro de Vehículos lo incorporará a su expediente.

—Hasta ahora, nunca había tenido un accidente. Ya vio que el coche apenas tenía daños. Incluso dudo que la reparación exceda la franquicia.

—Aun así tendrá que rellenar una copia para la compañía de seguros. Es obligatorio cuando se producen daños personales. Si Cal McKenna no tiene

seguro, podría demandarla para que su compañía de seguros le pague los costes médicos.

Deborah había pensado que su padre era un alarmista cuando le había mencionado una posible demanda. Pero si lo mencionaba John Colby, el asunto podía ser serio.

—¿Realmente cree que me demandará? —preguntó—. ¿No cuenta la lluvia? ¿Y que él no llevara chaleco reflectante? ¿Qué posibilidades tendría de ganar?

—Eso depende de lo que averigüe el equipo de reconstrucción del accidente —respondió el jefe de policía, mirando el teléfono de reojo—. Se lo diré cuando reciba el informe. —Su redondo rostro se suavizó—. ¿Qué tal lo lleva su hija?

—No muy bien —respondió Deborah, aliviada de poder ser sincera al menos en eso—. He tenido que ir a buscarla al instituto hace un rato. Está traumatizada y las habladurías no han hecho más que empeorarlo.

—¿Qué dicen los demás chicos?

—No lo sé. No ha querido hablarme mucho de ello.

—Es la edad —dijo John, inclinando la cabeza—. Resulta difícil. Quieren responsabilidades hasta que se les echan encima. Por cierto —añadió, rascándose encima del labio superior y alzando luego la mirada—. Debería advertirle que la mujer de McKenna me ha llamado esta mañana. Podría causarle problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Está muy alterada. Quiere asegurarse de que no vamos a olvidarlo todo sin más solo porque usted sea una persona muy respetada. Por eso debe acelerar los trámites con su compañía de seguros. Está muy enfadada.

—Yo también —le espetó Deborah—. El señor McKenna no debería haberse ido a correr en medio de la noche. ¿Ha dicho su mujer qué hacía allí?

—No. Al parecer no estaba en casa cuando él se fue. Pero no se preocupe. Llevaremos a cabo nuestra investigación y nadie dirá que hemos favorecido a uno o a otro. —Dio unos golpecitos en la mesa y se puso en pie—. No la entretengo más, o se me echarán encima mis hombres. Esta tarde tiene que visitar al hijo recién nacido del agente Bowdoin. Está muy emocionado con su hijo.

—Y yo —dijo Deborah, esbozando una sonrisa—. Me encanta visitar a los recién nacidos.

—Es muy amable por su parte.

—Será lo mejor del día. —Deborah se levantó con el parte de accidentes en la mano—. ¿Cuándo necesita que se lo traiga?

Tenía cinco días desde el momento del accidente para entregar el parte, pero en cuanto abandonó la comisaría solo pensó en acabar con ello. Hizo fotocopias y esa misma noche le dedicó varias horas. Antes de dar su informe por bueno hizo unos cuantos borradores. Luego lo copió en los tres impresos: para la policía, para el Registro y para la compañía de seguros. Las dos últimas las metió en sendos sobres. Escribió la dirección, les puso el sello y los guardó en el bolso. Pero aunque no los viera, no por ello se le fueron de la cabeza. Al despertarse temprano a la mañana siguiente, fue lo primero en lo que pensó.

Dylan fue lo segundo. Nada más salir de su habitación, oyó el suave sonido del teclado de su hijo. Estaba tocando «Blowin' in the Wind» con tan conmovedora simplicidad que a Deborah se le hizo un nudo en la garganta. No se emocionó por la canción, sino por su hijo, que aún no se había puesto las gafas y tenía los ojos cerrados. Tocaba de oído desde los cuatro años; sacaba las melodías él solo en el espléndido piano de la sala de estar mucho antes de empezar a recibir clases. Incluso ahora que tenía un profesor que le hacía aprender solfeo, le interesaban mucho más las melodías preferidas de su padre.

Deborah no necesitaba estudiar psicología para saber que Dylan adoraba la música precisamente porque podía tocar sin utilizar la vista. A los tres años de edad ya tenía hipermetropía, y a los siete se le había desarrollado una distrofia reticular. Las gafas corregían la hipermetropía, pero con la distrofia, la visión del ojo derecho sería borrosa hasta que tuviera edad suficiente para un trasplante de córnea.

Deborah entró en la habitación de su hijo y le dio los buenos días con un abrazo.

—¿Por qué estás tan triste?

Dylan apartó las manos del teclado y se puso las gafas, ajustándoselas cuidadosamente.

—¿Echas de menos a papá?

Dylan asintió.

—Lo verás dentro de dos fines de semana.

—No es lo mismo —replicó él en voz baja.



Deborah ya lo sabía. Un fin de semana al mes no bastaba para compensar cuatro semanas sin padre. Greg y ella siempre habían sabido que tendrían que esforzarse mucho para combinar la familia con sus carreras respectivas, pero no habían contado con el divorcio.

Con tristeza sacó una camiseta de los Red Sox del cajón, pero oyó la voz de Dylan, que con consternación preguntaba:

—¿Dónde está la de Bob Dylan?

—En el cesto de la ropa sucia. La llevaste ayer.

—Puedo llevarla hoy también.

—Cariño, está manchada de la salsa de espaguetis de Livia.

—Pero es mi camiseta de la buena suerte.

Aquella camiseta se la había regalado su padre en su último cumpleaños, junto con un iPod lleno de canciones de su tocayo, de ahí que antes estuviera tocando «Blowin' in the Wind». Deborah comprendía que Greg intentara compartir con su hijo algo que a él le gustaba, pero había que lavar la camiseta.

—¿Qué opina papá de la salsa de espaguetis de Livia? —preguntó.

—La detesta.

—¿Crees que le gustaría verla ensuciando tu camiseta?

—No, pero la lavas demasiado. Está perdiendo el color.

—Desteñida es mejor —le aseguró Deborah, improvisando—. Papá estaría de acuerdo conmigo —añadió, para ganarse a su hijo, aunque no estaba tan segura como aparentaba.

A pesar de que no era mucho más alto que Deborah, Greg siempre había tenido un aspecto muy elegante con sus espesos cabellos de color rubio rojizo y su ropa de diseño. Pero todo eso había desaparecido, ya no conocía a su marido, no sabía qué tipo de hombre podía abandonar a su mujer y a sus hijos de un día para otro.

—¿Puedo llamarle ahora? —pidió Dylan.

—No. Es demasiado temprano. Llámale por la tarde. —Deborah alborotó los espesos y sedosos cabellos de su hijo—. Hoy ponte la camiseta de los Red Sox y lavaré la otra para que te dé suerte mañana.

—¿Vendrá papá algún día a ver uno de mis partidos? —preguntó él con la mirada triste.

—Él dijo que sí.

—Sé por qué no viene. Detesta el béisbol. Nunca ha jugado conmigo. Yo también lo detesto. No veo la bola.

—¿Ni siquiera con las gafas nuevas? —preguntó Deborah, acongojada.

—Bueno, más o menos. Pero de todas formas estoy en el banquillo casi siempre.

—El entrenador Duffy dice que jugarás más el año que viene. Cuenta con que seas su *fielder* derecho cuando Rory Mayhan cambie de categoría. ¿Cariño? Tenemos que irnos o llegaremos tarde.

Deborah estaba en la ducha cuando sonó el teléfono. Grace entró en el cuarto de baño y mostró el teléfono inalámbrico a su madre.

—Tienes que cogerlo —gritó con voz aguda.

Deborah cerró la ducha y cogió el teléfono. Era del hospital, para decir que Cal McKenna había muerto.

## Capítulo 4

Deborah sintió que se le paraba el corazón. Cuando por fin logró hablar, se podía palpar el pánico en su voz.

—¿Ha muerto? ¿Cómo?

—De una hemorragia cerebral —respondió la enfermera.

—Pero le hicieron un escáner cerebral al ingresarlo. ¿Cómo no lo vieron?

—Entonces no había ninguna hemorragia. Suponemos que empezó ayer. Cuando los signos vitales empezaron a fallar y nos dimos cuenta, era demasiado tarde.

Deborah no comprendía qué podía haber ocurrido. Ella misma había examinado al señor McKenna en la carretera, no le había encontrado ninguna herida grave y su pulso era constante. Había superado una primera operación y había recobrado el conocimiento. No tenía sentido que hubiera muerto.

—¿Está segura de que se trata de Calvin McKenna? —preguntó, aferrando la toalla con la que se había envuelto.

—Sí. Más tarde le harán la autopsia.

Deborah no podía esperar.

—¿Quién estaba de guardia cuando ha muerto?

—Los doctores Reid y McCall.

—¿Puedo hablar con alguno de los dos?

—Tendrán que llamarla ellos. Acaban de ingresar los heridos de un accidente de varios coches. ¿Les doy el mensaje?

—Sí, por favor. —Dio las gracias a la enfermera y colgó.

—Dijiste que no iba a morir —exclamó Grace con los ojos llenos de lágrimas.

Desconcertada, Deborah le tendió el teléfono.

—No sé qué ha podido pasar —dijo, sintiendo deseos de llorar ella también.

—Dijiste que sus heridas no eran graves y que su vida no corría peligro.

—Y no lo eran. Grace, esto es un misterio para mí. —Deborah estaba muy afectada; aún no había asimilado lo ocurrido—. Sus constantes vitales eran

estables. No vieron nada en las pruebas. No tengo la menor idea de cómo ha podido ocurrir.

—No me importa cómo haya ocurrido —replicó Grace entre sollozos—. Ya era horrible cuando pensaba que tendría que verlo en clase después de haberlo atropellado, pero ahora ya no habrá clases con él. Lo he matado.

—Tú no lo has matado. Matar implica intencionalidad. Lo ocurrido fue un accidente.

—Pero está muerto —gimió Grace.

La muerte era una compañía constante en el trabajo de Deborah. La veía a menudo, la combatía a menudo. Pero la muerte de Calvin McKenna era algo distinto.

No se le ocurrió qué decirle a su hija para ayudarla, así que se limitó a rodearla con sus brazos, tanto para consolarla a ella como a sí misma.

Deborah no tuvo valor para obligar a Grace a ir a clase. Su hija alegó con razón que la noticia se habría extendido ya, y le pareció injusto que Grace atrajera toda la atención, al menos hasta que supieran algo más. Pero ninguno de los dos médicos de guardia la llamó, de modo que no pudo decir nada a Grace para que se sintiera mejor.

No tenía ninguna explicación para la muerte del señor McKenna, y así se lo dijo a Mara Walsh, la psicóloga del instituto, a la que llamó por teléfono. Mara y ella trabajaban juntas a menudo con los alumnos que tenían problemas de drogas o de anorexia, y ambas habían formado parte de un equipo de apoyo cuando un alumno había muerto de leucemia durante el curso anterior.

La noticia pilló por sorpresa a Mara. Hizo algunas preguntas que Deborah no pudo responder y arrojó escasa luz sobre la personalidad de Calvin McKenna, aparte de decir que tenía un doctorado en historia, lo que sorprendió a Deborah, porque no usaba el título ni constaba su doctorado en la página web del instituto.

Cuando por fin Deborah colgó, descubrió que Dylan había estado escuchando.

—¿Ha muerto? —preguntó pálido y con los ojos muy abiertos tras las gafas. A pesar de su edad, conocía el significado de esa palabra desde que había muerto su abuela hacía tres años.

Deborah asintió.

—Estoy esperando que me llamen del hospital para explicarme el porqué.

—¿Era viejo?

—No mucho.

—¿Más viejo que papá?

Deborah sabía adónde quería ir a parar. El divorcio, apenas un año después de la muerte de Ruth Barr, había aumentado su sensación de pérdida.

—No, no era más viejo que papá.

—Pero papá es más viejo que tú.

—Un poco.

—Mucho —dijo el chico.

Se le veía casi tan alterado como cuando los padres de Deborah se enteraron de que su hija de veintiún años se había casado con un hombre de treinta y ocho. Pero Deborah no había sentido nunca la diferencia de edad. Greg había sido siempre un hombre joven y vital, un espíritu libre durante la adolescencia y la primera juventud, que no había madurado hasta la treintena, como él mismo admitía, lo que significaba que Deborah y él se sentían más próximos en edad de lo que en realidad eran.

—Papá tiene cincuenta y cinco —dijo Deborah—, no es viejo y no se está muriendo. Al señor McKenna lo ha atropellado un coche. De lo contrario seguiría vivo.

—¿Y van a arrestarte por matarlo?

—Por supuesto que no. Fue un terrible accidente debido al aguacero.

—¿Como la noche en la que murió la abuela Ruth?

—La abuela Ruth no murió en un accidente, pero sí, también hacía mal tiempo.

Llovía y hacía un viento huracanado la noche en la que murió Ruth. Deborah no olvidaría jamás el trayecto en coche para estar junto a ella en sus últimos momentos.

—¿Van a enterrarlo?

—Por supuesto que sí.

Sin duda habría un funeral y también saldría en los titulares de la prensa local. Deborah imaginaba la noticia en primera página junto con una descripción del accidente y el nombre de los ocupantes del coche.

—¿Lo enterrarán cerca de la abuela Ruth?

—Buena pregunta —dijo Deborah, recobrando la compostura—. Pero el señor McKenna no llevaba mucho tiempo viviendo aquí, por lo que es posible que lo entierren en otro lugar.

—¿Por qué no se ha vestido Grace todavía?

Grace estaba sentada en un taburete de la cocina. Llevaba la camiseta y los pantalones cortos con los que había dormido, y se mordisqueaba la uña del

pulgar con los hombros caídos.

—¿Grace? —dijo Deborah en tono suplicante, y cuando vio que su hija apartaba el pulgar de la boca, se volvió otra vez hacia Dylan—. Hoy no irá a clase. Se quedará en casa mientras nosotros intentamos averiguar algo más.

Deborah tecleó en su ordenador portátil. Los pacientes le enviarían *e-mails*. Sería mejor mantenerse ocupada intentando solucionar sus problemas.

—Yo también quiero quedarme en casa —dijo Dylan.

—No es necesario —dijo Deborah, tecleando su contraseña.

—Pero ¿y si te arrestan?

—No van a arrestarme —le aseguró Deborah con un leve tono de reprimenda.

—A lo mejor sí. ¿No es eso lo que hace la policía? ¿Y si vuelvo a casa y resulta que te han metido en la cárcel? ¿Quién cuidará de nosotros entonces? ¿Volverá papá?

Deborah aferró a su hijo por los hombros y se inclinó para que sus ojos quedaran a la misma altura que los suyos.

—Cariño, no voy a ir a la cárcel. El mismísimo jefe de policía me dijo que no había ningún motivo para preocuparse.

—Eso fue antes de que ese hombre muriera —objetó el chico.

—Pero los hechos del accidente no han cambiado. Nadie va a ir a la cárcel, Dylan. Te doy mi palabra.

Sin embargo, Deborah también estaba preocupada. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para concentrarse en sus pacientes y contestar a sus mensajes: «No te preocupes, Kim, no hace ni un día que tu hija ha empezado a tomar los antibióticos». «Sí, Joseph, pediremos el recambio para el inhalador». «Gracias por mantenerme informada, señora Warren, me alegro de que se encuentre mejor».

El día anterior, cuando su padre le aconsejó que llamara a Hal Trutter, Deborah se había resistido. Ni siquiera ahora estaba segura de que necesitara asesoramiento legal, pero lo que sí necesitaba era que alguien la tranquilizara.

—Karen —dijo, cuando su amiga contestó al teléfono—. Soy yo.

—¿Qué yo? —replicó Karen, dolida—. ¿Mi amiga Deborah, que no se molestó en llamar ayer ni siquiera para decirme que no iría al gimnasio, y dejó que me enterara del accidente por mi hija, que no deja de llamar a Grace, aunque ella no contesta?

Deborah se arrepintió al instante. No podía responder por Grace, que quería a Danielle como a una hermana, pero Karen era su mejor amiga. La

habría llamado antes de no ser por Hal, otra cosa de la que echarle la culpa, pero eso no podía decírselo a su amiga.

—Lo siento. No llamé a nadie, Karen. Fue un mal día. Estábamos muy alterados.

—Precisamente por eso deberías haber llamado. Si yo no hubiera podido lograr que te sintieras mejor, lo habría hecho Hal.

Deborah se aclaró la garganta.

—Por eso llamo ahora. Calvin McKenna ha muerto.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Karen, ahogando una exclamación.

—Sí. No conozco los detalles, pero he pensado que sería mejor hablar con Hal. ¿Se ha ido ya?

—Está hablando por la otra línea. Espera un momento, cariño, y te lo paso.

Por su voz, Hal parecía casi tan dolido como Karen.

—Te lo has pensado mucho antes de llamar, Deborah. ¿Por algún motivo en particular?

«Para empezar, seguro que lo habrías interpretado de forma equivocada», pensó en decirle Deborah, pero Grace había entrado en el estudio tras ella y no sabía si Karen seguía a la escucha, de modo que se limitó a responder:

—Fue un accidente. Solo necesito información. No creo que me haga falta un abogado.

—Me necesitas a mí —dijo él, poniendo mucho énfasis en las palabras, y seguramente guiñándole el ojo a su mujer.

Por desgracia, no lo decía en broma. Hacía años que amaba a Deborah en secreto, o al menos eso le había manifestado poco después de que la abandonara Greg, y por mucho que ella insistiera en que no tenía nada que hacer, que no le correspondía y que estaba casado con su mejor amiga, Hal no había desistido. Al contrario, aprovechaba cualquier ocasión —reuniones de padres, eventos deportivos, fiestas de cumpleaños— para recordárselo. Jamás la había tocado, pero sus ojos decían que la deseaba.

La situación se había vuelto insostenible. Karen y Deborah habían compartido embarazos, problemas de los hijos, el cáncer de mama de Karen y el divorcio de Deborah. Ahora Deborah sabía algo sobre Hal que Karen no sabía. Mantener el secreto estaba resultando casi igual de doloroso que imaginar lo que podía ocurrir si lo divulgaba.

Deborah odiaba a Hal por haberla convertido en su cómplice.

—No creo que haya ningún problema —dijo—, pero quiero estar segura. Ayer fui a la comisaría.

—Lo sé. He hablado con John. Él no cree que haya motivo alguno para preocuparse.

Deborah podría haberse enfadado porque Hal hubiera decidido hablar con la policía por su cuenta, pero sabía que su padre estaba en lo cierto; Hal era el mejor abogado de la zona, y también jugaba a póquer a menudo con Colby, por lo que su afirmación tenía cierto peso. Sin embargo, ahora todo había cambiado.

—Calvin McKenna ha muerto —anunció Deborah—, y no me preguntes cómo porque todavía no lo sé. ¿Crees que eso cambia las cosas?

Se produjo una pausa; sin duda Hal estaba reflexionando sobre el asunto como abogado; eso debía reconocérselo.

—Depende —respondió al fin con prudencia—. ¿Hiciste algo en el momento del accidente que pueda indicar que fue culpa tuya?

Deborah tenía una oportunidad de oro para aclarar quién conducía. Sabía que obraba mal al mentir. Pero el parte sobre el accidente ya estaba escrito y la muerte del señor McKenna hacía todavía más importante proteger a Grace. Además, Deborah había repetido la misma explicación tantas veces que le salía sin pensar.

—Mi coche estaba en un mal momento en el lugar equivocado. Si no pensaban acusarme de conducción temeraria antes de que muriera el señor McKenna, ¿crees que lo harán ahora?

—Depende de lo que descubra el equipo de reconstrucción —contestó Hal, ofreciéndole una respuesta mucho menos esperanzadora de lo que ella esperaba—. También depende del fiscal.

—¿Qué fiscal? —preguntó Deborah con nerviosismo.

—De nuestro fiscal. Tal vez intervenga al haberse producido una muerte.

—¿Qué significa eso? —preguntó Deborah, angustiada. Y ella que había llamado para que la tranquilizaran.

—Te estás dejando llevar por el pánico. Cálmate, cielo. Sea lo que sea, yo lo arreglaré.

—Pero ¿qué es este lo que sea? —preguntó Deborah, que necesitaba saber lo peor.

—Cuando se produce una muerte —contestó él en tono mesurado—, se examinan todas las posibilidades. Una muerte accidental puede ser declarada como muerte por atropello o incluso como homicidio por negligencia. Depende de la investigación del equipo de la policía estatal.

Deborah respiró hondo; temblaba.



—No descubrirán gran cosa —consiguió decir. Desde luego en ningún momento había imaginado que Calvin McKenna fuera a morir.

—Entonces no habrá ninguna acusación penal —dijo Hal—, pero no se necesita gran cosa para presentar una demanda civil. El nivel de exigencia de las pruebas es más bajo. John me ha dicho que le llamó la mujer de McKenna por teléfono. Dice que busca a alguien a quien echarle la culpa. Y eso era antes de que su marido muriera.

—No íbamos ni siquiera a cincuenta por una zona en la que está permitido ir a setenta.

—Podríais haber ido a treinta, y si esa mujer contrata a un abogado famoso que convenza al jurado de que deberíais haber circulado a veinte con esa tormenta, podría sacar algo. Pero oye —Deborah intuyó la sonrisa de Hal—, tú también tienes a un abogado famoso. Voy a llamar a John. Quiero saber si se le hicieron análisis a ese tipo para comprobar si había alcohol o drogas en su sangre. John dice que te llevaste los impresos para el parte del accidente a casa. ¿Ya los has rellenado?

—Anoche.

—Me gustaría verlos antes de que los entregues a la policía. Una palabra equivocada podría indicar culpabilidad. ¿Vas a estar en casa?

—La verdad es que no. —Deborah dio gracias por tener una excusa para no verlo en casa—. Tengo que llevar a Dylan al colegio, y ahora que la policía ya ha terminado de examinar mi coche, quiero dejarlo en el taller. ¿Nos encontramos en la pastelería de Jill, digamos en veinte minutos?

La Sugar-On-Main de Jill Barr era una alegre pastelería situada en el centro de la ciudad. Tras dejar el coche en el taller, Deborah se dirigió hacia allí a pie con el maletín colgado del hombro. Manteniendo la vista clavada en la acera de imitación de enladrillado, trató de no pensar en la mujer de Cal McKenna. Trató de no pensar en aquella muerte por atropello ni en que la gente que la veía ahora caminando por Main Street podía haber cambiado de opinión sobre ella.

El dulce aroma de la pastelería llegó a su nariz unos segundos antes de que llegara a las pequeñas mesas de hierro de la terraza. De las cuatro, tres estaban ocupadas. Tras saludar con una inclinación de cabeza a varios de los clientes habituales, sintió que aquel aroma familiar disipaba parcialmente su miedo.

El interior de la pastelería estaba decorado en dorado, naranja y rojo: paredes, mesas de cafetería, butacas, divanes. Deborah solía sentarse siempre en el mismo sitio, y, en circunstancias normales, hacia él se habría encaminado, pero la gente solía acercarse a ella para hacerle alguna que otra consulta como: «¿Le parece que esto es hiedra venenosa?». Era uno de los inconvenientes de ser médico de cabecera en una localidad pequeña. Por lo general no le importaba, pero ese día no quería hablar con nadie.

Media docena de clientes aguardaban haciendo cola; otra docena ocupaban diversos asientos. Con la cabeza gacha por si alguno de ellos cruzaba la mirada con ella, Deborah siguió andando hasta la puerta giratoria de la cocina y entró en el despacho de Jill. Apenas acababa de sentarse en la silla, cuando llegó su hermana con una bandeja en la que había tres cafés y tres SoMa Stickies.

—Supongo que querrás que me quede —dijo Jill.

—Desde luego. —Deborah cogió una de las tazas de café y miró a su hermana. ¿Embarazada? Con sus cortos cabellos rubios, sus pecas, su corta camiseta naranja y sus vaqueros ceñidos, la propia Jill parecía una niña—. No te imagino con un bebé —dijo, extrañamente perpleja—. ¿Estás bien?

—Perfectamente.

—¿Te hace ilusión?

—Más de lo que habría podido soñar.

—Serás una madre fabulosa —dijo Deborah, cogiéndole la mano.

—Entonces, ¿no estás enfadada conmigo?

—Por supuesto que sí. No será fácil pasarse la noche en vela con un bebé llorando sin nadie que te ayude. Estarás agotada y no tienes un trabajo al que puedas llamar para decir que estás enferma.

Jill retiró la mano.

—¿Por qué no? Asómate ahí fuera y verás.

Deborah no tenía que asomarse, acudía a la pastelería con la suficiente frecuencia como para saber que había tres personas trabajando tras el mostrador; alternaban hábilmente el servicio de las mesas y la venta de dulces que los clientes podían escoger entre los que se anunciaban en unas grandes pizarras, donde se mencionaban además especialidades como SoMa Shots, Smoothies y Batidos. En la cocina habría dos reposteros hasta media tarde; irían sacando hornadas de todo tipo de dulces, desde bollos hasta cruasanes. Y luego estaba Pete, que ayudaba a Jill con las comidas de mediodía.

Evidentemente, Jill podía ausentarse cuando fuera necesario y Deborah lo sabía. Aun así, su hermana añadió:

—Tengo una plantilla fantástica que he elegido personalmente y a la que he entrenado con esmero. ¿Quién crees que se ha ocupado de todo cuando he tenido que ir al médico? Tengo una vida, Deborah. No todo es trabajo.

—Yo no he dicho que lo fuera.

—Y me encanta lo que hago. Hace un rato estaba ahí dentro amasando. Los SoMa Stickies son una receta mía. ¿Y qué me dices de la Ensalada de Repollo SoMa? Si crees que no disfruto preparando la receta de mamá cada día, estás muy equivocada. En serio, a veces hablas igual que papá. Está convencido de que este trabajo es pesado y rutinario y que estoy completamente sola. No conoce a Skye ni a Tomás, que vienen a las tres de la mañana para preparar el pan, ni a Alice, que los releva a las siete. No sabe que tengo a Mia, a Keeshan y a Pat. No sabe nada de Donna ni de Pete.

—Lo sabe, Jill —dijo Deborah—. Se lo dice la gente.

—¿Y no se da cuenta de que la pastelería es un éxito? Se me daban bien las clases de piano cuando tenía ocho años, así que decidió que tenía que ser concertista de piano. Gané un premio en el concurso de ciencias cuando tenía doce, así que decidió que tenía que ganar el premio Nobel. Que fuera yo misma no le parecía lo bastante bueno, siempre esperaba algo más. —Se llevó una mano al pecho—. Quiero tener este bebé. Me hará feliz. ¿No debería hacer eso feliz a papá?

En realidad no hablaban de su embarazo, sino de una problemática más amplia: las expectativas que los hijos generaban en los padres. Jill tenía treinta y cuatro años, pero seguía siendo una niña para Michael Barr.

—Dile que estás embarazada —la animó Deborah, tal vez egoístamente, porque detestaba tener que guardar también el secreto de su hermana.

—Lo haré.

—Ahora. Díselo ahora.

—¿Sabías que Cal McKenna daba algunas de las clases avanzadas? —preguntó Jill a modo de respuesta.

Deborah miró a su hermana durante un rato, hasta que se convenció de que no iba a ceder. Suspiró y tomó un sorbo de café.

—Sí. Lo sabía. —Y también Jill, puesto que Grace lo tenía de profesor en la clase avanzada de historia americana.

—Ayer por la tarde estuvieron aquí algunos de sus alumnos. Hablaban del accidente.

Deborah cogió un trozo de nuez de su bollo, se lo acercó a la boca y luego volvió a dejarlo.

—Y eso fue antes de que muriera. Hoy he dejado que Grace se quedara en casa. ¿He hecho bien?

—Papá diría que no.

—No se lo pregunto a papá, te lo pregunto a ti.

—Sí, has hecho bien —afirmó Jill sin vacilar—. El accidente debió de ser terrible, pero ahora será todavía más duro para Grace, ya que lo tenía de profesor. ¿Sabes de qué ha muerto?

—Todavía no. —Deborah abrió la boca, dispuesta a soltar la verdad. Ansiaba desesperadamente compartir esa carga, y si había alguien en el mundo en quien pudiera confiar era Jill, pero antes de que pudiera hablar, entró en el despacho Hal Trutter.

Hal no tenía nada de sutil. Con su elegante traje azul marino y su corbata roja, llevaba la palabra «abogado» escrita en la frente. Deborah pensó que todos los que estaban en la pastelería se habrían dado cuenta también y adivinarían el motivo de su visita.

Cogió un café de la bandeja y miró a Jill.

—¿Testigo o carabina?

A Jill no le gustaba Hal. Se lo había dicho a Deborah en más de una ocasión, sin saber siquiera que había intentado seducir a su hermana. Tal vez fuera simplemente porque desconfiaba de los hombres arrogantes. En respuesta a la pregunta, Jill se cruzó de brazos y sonrió.

—Ambas cosas.

Sintiéndose algo más protegida, Deborah sacó del bolso el parte del accidente. Hal lo desdobló y empezó a leer.

Deborah estaba segura de que no encontraría ningún desliz en la primera página, donde se limitaba a señalar el lugar del accidente, su nombre, dirección, número de matrícula, modelo del coche y los datos de su seguro y su carnet. Se puso más nerviosa cuando Hal pasó a la segunda página, donde había una línea para escribir el nombre del «Conductor».

Luchando contra el sentimiento de culpa, mantuvo la vista fija en Hal, que mordisqueó un bollo y siguió leyendo.

—No irás a manchar el informe, ¿verdad? —dijo Jill.

Justo entonces sonó el móvil de Deborah. Lo sacó del bolsillo, vio quién llamaba, soltó un taco y se levantó.

—Vuelvo enseguida —dijo, y cruzó la cocina—. Sí, Greg.

—Acabo de recibir un mensaje de Dylan. ¿Qué ha pasado?

A Deborah no le sorprendía que Dylan hubiera llamado a su padre. Habría preferido que esperara un poco, pero de todas formas no cambiaría el hecho

de que Cal McKenna había muerto, y que Greg tenía que enterarse tarde o temprano.

Encontró un lugar a la sombra de un contenedor saliendo por la puerta de atrás y le contó a su exmarido lo del accidente. A continuación él hizo las preguntas que cabía esperar. Aunque Greg se hubiera ido a Vermont para redescubrir al artista que llevaba dentro, para Deborah seguía siendo el empresario que sin querer había convertido su pequeño negocio en todo un éxito.

En cualquier caso, tuvo el detalle de preguntar antes que nada por Grace y por el estado de ambas. Luego le lanzó una retahíla de preguntas: «¿A qué hora saliste de casa, a qué hora recogiste a Grace, a qué hora fue el accidente? ¿Exactamente en qué punto de la carretera ocurrió, a qué distancia salió despedida la víctima, cuánto tiempo tardó en llegar la ambulancia? ¿En qué hospital estaba, qué médico ha llevado su caso, ha intervenido algún especialista?».

—No, ningún especialista —contestó Deborah—. Estaba recuperándose. Su muerte ha sido inesperada.

Se produjo una breve pausa.

—¿Por qué he tenido que enterarme por mi hijo de diez años? —preguntó al fin Greg—. Tuviste un accidente en el que ha muerto una persona, ¿y no te pareció lo bastante importante para decírmelo?

—Estamos divorciados, Greg —le recordó ella con tristeza. Greg parecía dolido de verdad. Le recordó tanto al hombre comprensivo con el que se había casado que Deborah sintió una punzada de nostalgia—. Me dijiste que habías acabado con tu vida aquí. Intentaba ahorrarte problemas. Además, hasta primera hora de esta mañana no había ninguna muerte, y desde entonces he estado bastante preocupada.

Greg se tranquilizó.

—¿Está alterada Grace?

—Mucho. Iba en un coche que atropello a un hombre.

—Debería haberme llamado. Podríamos haber hablado.

—Oh, Greg —dijo Deborah exhalando un suspiro de cansancio—. Grace y tú no habéis hablado, hablado de verdad quiero decir, desde que te fuiste.

—Quizá va siendo hora de que lo hagamos.

Deborah no sabía si su exmarido se refería a hablar por teléfono o en persona, pero no creía que fuera el mejor momento para proponerle a Grace cualquiera de las dos opciones. La joven veía a su padre muy de vez en cuando, y solo porque Deborah insistía en ello.

—Ahora no es buen momento —dijo—. Grace ya tiene bastante con lo que ha pasado.

—¿Cuánto tiempo va a seguir enfadada conmigo?

—No lo sé. Intento ayudarla a superarlo, pero sigue sintiéndose abandonada.

—Porque tú también te sientes así, Deborah. ¿Le estás imponiendo tus propios sentimientos?

—Desde luego que no. Yo no hago nada para que se sienta así —replicó Deborah, enfurecida—. Eres su padre y has permanecido alejado de ella durante los dos últimos años. Literalmente. No has venido a verla ni una sola vez. Quieres que los niños vayan allí a verte, y puede que eso esté bien para Dylan, pero Grace tiene una vida aquí. Tiene deberes, tiene que entrenar, tiene amigas. —Deborah consultó su reloj—. Mira, ahora no puedo hablar, Greg. Estaba ocupada cuando has llamado y tengo que irme a trabajar.

—Esa fue la causa, ¿sabes?

—¿La causa de qué?

—De que nuestro matrimonio terminara. Siempre tenías que trabajar.

—Perdona —exclamó Deborah—. ¿Habla el mismo hombre que trabajaba dieciséis horas al día hasta el momento en el que decidió abandonarlo todo? Para que lo sepas, Greg, yo voy a ver a Grace cuando compite y asisto a los partidos de béisbol de Dylan. Voy a los recitales de piano y a las obras escolares. Tú eras el que nunca tenía tiempo para nosotros.

—Te pedí que te vinieras aquí conmigo —replicó Greg en voz baja.

Deborah sintió deseos de llorar.

—¿Cómo iba a hacer eso, Greg? Aquí tengo mi consulta. Mi padre depende de mí. Grace está en el instituto, y tenemos uno de los mejores sistemas educativos del estado, tú mismo lo dijiste. —Deborah se enderezó—. Y si me hubiera ido al norte contigo, ¿habríamos formado un trío, tú, Rebecca y yo? Oh, Greg, me hiciste una oferta que no podía aceptar. Así que si quieres hablar de lo que destruyó nuestro matrimonio, podríamos empezar por eso, pero hoy no y menos ahora. Tengo que dejarte.

Asombrada por lo vivo que seguía siendo su dolor después de tanto tiempo, Deborah colgó antes de que Greg pudiera decir nada más. Contempló la furgoneta amarilla de su hermana con el logotipo: una estilizada magdalena con varios «Sugar-On-Main» escritos como simulando azúcar glaseado, y respiró profundamente varias veces para tranquilizarse. Cuando consiguió recobrar en parte la compostura, volvió a entrar.

Hal había acabado de leer el parte y la esperaba con los brazos en jarras. Jill no se había movido.

—¿Está bien? —preguntó Deborah, nerviosa.

—Sí. —Hal le tendió los papeles—. Si lo que dices aquí es exacto, tenemos suficientes razones para preguntarnos qué hacía ese tipo en medio de la noche bajo la lluvia, y si estaba ebrio o drogado. Cualquiera en su sano juicio se habría apartado hacia la cuneta al ver que se acercaba un coche. Así que el gran interrogante es él, no tú. No veo nada que se te pueda echar en cara.

Deborah volvió a doblar los impresos, sintiéndose algo más aliviada.

—Voy a enviar copias al Registro y a la compañía de seguros. ¿Te parece bien?

—Debes hacerlo. Simplemente no vuelvas a hablar con John sin que yo esté presente, ¿de acuerdo?

—¿Por qué no?

—Porque la víctima ha muerto. Porque soy tu abogado. Porque conozco a John; sabe cómo se juega y juega bien. Además, no hables con la prensa. Seguramente te llamarán del *Ledger's*.

Por supuesto que llamarían ahora que había una víctima mortal. A Deborah le entró miedo.

—¿Qué digo?

—Que tu abogado te ha aconsejado no hacer declaraciones.

—Pero entonces pensarán que oculto algo.

—De acuerdo. Diles que la muerte de Calvin McKenna ha sido una sorpresa y que no harás comentarios por ahora.

Deborah se sintió más cómoda con esta propuesta.

—Tú no crees que vaya a tener problemas, ¿verdad? —preguntó con inquietud.

—Bueno, has matado a un hombre con el coche. ¿Ha sido intencionado? No. ¿Ha sido el resultado de una conducción temeraria? No. ¿Se ha producido alguna negligencia por tener en mal estado tu coche? No. Si el equipo de reconstrucción de accidentes dictamina todo lo anterior, no tendrás nada que temer de la justicia penal. Ahora debemos esperar a ver qué hace la esposa.

Deborah asintió despacio. No era exactamente la imagen tranquilizadora y perfecta que ella deseaba, pero había muerto un hombre y no había nada que fuera ni remotamente perfecto en esas circunstancias.

## Capítulo 5

Deborah llegó tarde a casa de su padre. Al oír la ducha, puso en marcha la cafetera y preparó un bagel. Cuando escuchó que el agua seguía corriendo, pensó en irse a la consulta para adelantar papeleo, pero la sala de estar la atrajo de manera irresistible.

En la esquina más alejada había un sillón de orejas tapizado en brocado de color rosa pálido. Se instaló en él, doblando las piernas debajo del cuerpo como había hecho docenas de veces cuando vivía con sus padres. Originalmente, los sillones de orejas se fabricaban para proteger a quien se sentara en ellos de las corrientes de aire o del calor del fuego. Deborah lo había usado también como protección, pero de otro tipo, cuando intentaba estar a la altura de lo que sus padres esperaban, que era más a menudo de lo que podía recordar. Sus padres habían dado por supuesto que era fuerte y que podía cuidar de sí misma, contrariamente a su hermana pequeña, que era incapaz de cuidarse. Pero aunque Deborah representaba su papel, a menudo estaba completamente aterrorizada. Cuando se sentaba en aquel sillón era como si se pusiera anteojeras, como si solo viera el problema que tenía en ese momento entre manos.

Podía ocuparse solo de una cosa. Si tenía que enfrentarse con la muerte de Calvin McKenna, no podía estar pendiente del embarazo de Jill, de las acusaciones de Greg, o de la traición de Hal a su mujer, que era la mejor amiga de Deborah.

Por tanto, apartó estos tres últimos problemas de su mente y revivió el accidente por enésima vez, en un desesperado intento de descubrir si podría haber hecho algo de manera distinta. Repasó lo que había hablado con la policía y más tarde con Grace, pero ya no había vuelta atrás. Grace era su hija y debía protegerla. Eso era lo que hacían los padres, sobre todo los que habían hecho sufrir a sus hijos a causa de un divorcio.

Arriba, la ducha dejó de oírse. Deborah se levantó con intención de volver a la cocina, pero se detuvo y regresó al estudio para recoger un vaso y una



botella de *whisky* vacía. Metió el vaso en el lavavajillas, echó la botella a la basura y abrió el periódico.

En la edición de la mañana no se informaba de la muerte de Calvin McKenna. Tal vez saldría en la edición del día siguiente. Pero el semanario local también saldría al día siguiente. Deborah temía ese momento. Aunque aún temía más tener que decirle a su padre que la víctima del atropello había muerto.

Finalmente resultó que ya lo sabía. Su paso era impaciente cuando entró en la cocina y fue directamente hacia la cafetera. Llevaba su pelo blanco pulcramente peinado y estaba pálido. La decepción que expresaba su rostro le envejecía.

—Ha llamado Malcolm —explicó, llenándose la taza de café. Malcolm Hart era jefe de cirugía y amigo personal de Michael Barr desde hacía mucho tiempo—. Parece que tenemos un problema.

—¿Sabe algo más Malcolm? —preguntó Deborah.

—¿Sobre la causa de la muerte? —Su padre bebió un sorbo de café—. No. La viuda rechaza la autopsia. No quiere que profanen el cuerpo de su marido. Al final, claro está, no tendrá más remedio que aceptarla. Es la ley en caso de muerte violenta. Solo conseguirá retrasarla.

—¿No quiere saber la causa de la muerte de su marido?

Michael Barr se encogió de hombros y dio otro sorbo de café.

—Pero si está pensando en demandarme, necesitará saber la causa exacta de la muerte —razonó Deborah—, a menos que exista alguna razón para que no quiera saberla. O no quiera que nosotros la sepamos.

—¿Como qué? —preguntó Michael, y en ese instante Deborah agradeció haber hablado con Hal.

—Como que hubiera tomado alcohol o drogas. Insistiremos en que le hagan pruebas para averiguarlo.

Su padre no pareció impresionado.

—Yo que tú —dijo mirándola por encima de la taza—, me preocuparía por el seguro. ¿Cubrirá los gastos en caso de demanda?

—Sí. —Greg, el hombre de negocios, se había encargado de contratar la máxima cobertura.

Michael suspiró y meneó la cabeza.

Deborah sabía lo que estaba pensando: que todo aquello arrojaría una fea mancha sobre la reputación de la familia. Para evitar oírsele decir, añadió:

—Esta es una de esas ocasiones en las que haría cualquier cosa por volver atrás en el tiempo.

—¿Para hacer qué? —preguntó él con gentileza, bajando la taza—. ¿Qué harías de manera distinta?

Jamás habría permitido que Grace se pusiera al volante con un tiempo tan horrible. Jamás habría dejado que Grace condujera. Pero no podía contarle eso a su padre, sin habérselo dicho a la policía; lo convertiría en su cómplice. Sería tan injusto como lo que Hal le había hecho a ella.

—Ir aún más despacio —respondió—. Quizá incluso ponerme las gafas.

—¿No las llevabas? —Su padre se sobresaltó.

—No estoy obligada a hacerlo. No figura en mi carnet de conducir. —Eran de baja graduación, por lo que solo las llevaba de vez en cuando para ver alguna película, nada más.

—¿No deberías haber tomado todas las precauciones posibles en una noche como esa?

—Visto lo ocurrido, sí.

—Tu madre habría llevado puestas las gafas.

Era un golpe bajo.

—¿Alguna vez tuvo un accidente?

—No.

Deborah sabía que no era cierto. Sin sentir la menor satisfacción, tan solo cierta ira, puntualizó:

—Echa un vistazo a su talonario y busca el año en el que yo me casé. Verás un cheque por varios miles de dólares que extendió a nombre del garaje de Russo. Conduciendo por West Elm, se despistó mientras buscaba una cosa en el asiento del copiloto y le hizo una rascada a un coche aparcado.

—Eso es ridículo —dijo su padre haciendo una mueca—. Me habría enterado.

—Su coche necesitaba una puesta a punto. Tenía que llevarlo al taller de todas maneras. Pregúntaselo a Donny Russo.

—Tu madre jamás me habría mentido.

—No te mintió. Simplemente no te dijo toda la verdad.

—¿Por qué habría de hacer una cosa así?

Deborah suspiró.

—Porque tú exiges la perfección —respondió con delicadeza—, y nosotros no siempre logramos alcanzarla. ¿Acaso habría que querer menos a mamá porque le hizo una rascada a un coche? ¿Hay que quererme menos a mí porque mi coche ha atropellado a un hombre? Me afectó muchísimo cuando atropellamos a Calvin McKenna y lamento de todo corazón que muriera, pero fue un accidente. —De repente los ojos se le llenaron de lágrimas—. Fue solo

un accidente, pero al parecer yo soy la única que lo dice. Se lo digo a mi hija, a mi hijo, a Hal, a la policía, a mi exmarido, a ti. Sería realmente agradable que alguien me lo dijera a mí, porque, sorpresa, papá, no estoy hecha de acero. Y tengo sentimientos. Ahora mismo, lo que necesito es apoyo.

Deborah no había planeado soltarle todo aquello a su padre de sopetón, pero tampoco se disculpó.

Michael la observó con una extraña expresión en la cara.

—¿Me has contado ese accidente de tu madre para que no me enfade contigo?

—No se trata de enfadarse, sino de comprender.

—Entonces a ver si comprendes esto —dijo él, dejando la taza a un lado—. Yo amaba a tu madre. Estuvimos casados durante cuarenta años, y en todo ese tiempo jamás tuve motivos para dudar de ella. Me parece que lo que intentas es encontrarnos defectos a ella y a mí para esconder los tuyos. Has matado a un hombre, Deborah. Sería mejor que lo aceptaras de una vez.

A Deborah le sorprendió el ataque de su padre y tardó demasiado en encontrar una respuesta. De no haberse ido su padre, podría haberle preguntado por qué mostraba una compasión infinita hacia sus pacientes y no tenía ninguna con ella. Por supuesto la respuesta era que ella era de la familia y que, para la familia, las expectativas eran distintas.

Para los pacientes, las expectativas eran siempre las mismas. Los médicos de cabecera no se ponían enfermos, no se tomaban largas vacaciones, no jugaban al golf los miércoles por la tarde, ni, en el caso de Deborah, se sentaban a charlar con Grace. Entre los diez pacientes que acudieron a su consulta y las cuatro visitas a domicilio, Deborah no paró de trabajar ese miércoles. Al regresar a la consulta, encontró a la última paciente del día esperándola: Karen Trutter.

—Si la montaña no va a Mahoma... —dijo su amiga, esbozando una sonrisa. Llevaba ropa de gimnasia, pero lo bastante elegante para que combinara con los pendientes de diamantes que le había regalado su marido y que no se quitaba jamás.

Deborah cerró la puerta y, al mirar a Karen, se sintió agradecida por aquella amistad verdadera que duraba ya dieciocho años.

—Lo siento —dijo finalmente, acercándose para abrazar a su amiga—. Merecías algo más.

—Estás ocupada.

Deborah acercó una silla y se sentó.

—Lo que intento es hacer la mayor cantidad de trabajo posible antes de que lo que tú ya sabes se haga del dominio público.

—Fue un accidente.

—Gracias. Aun así... —Deborah sabía que, aun dejando de lado quién condujera el coche, existía un engaño. El hecho de que Karen no supiera nada no hacía más que empeorar las cosas.

—Danielle dice que Grace no ha ido a clase.

—¿Cómo iba a enviarla al instituto? —preguntó Deborah—. Está deshecha.

—Quizá le convendría hablar con el psicopedagogo.

—No. Solo necesita tiempo. Todo es muy reciente. ¿Sabes algo sobre el funeral?

—Será el viernes por la tarde, aquí, en la ciudad.

—¿Aquí? —dijo Deborah, decepcionada. Esperaba que el funeral se celebrara lejos—. Me sorprende. No hacía mucho que vivía aquí.

—Suspendarán las clases para que asistan los alumnos que lo deseen. Y habrá una ceremonia de despedida en el instituto el viernes por la noche. ¿Te ha ayudado Hal esta mañana?

—Todo lo que ha podido. Hay demasiadas incógnitas todavía. Se me encoge el estómago cuando lo pienso.

—John Colby no va a acusarte de nada —le aseguró Karen—. Sabe lo que representas para esta ciudad.

—Eso podría volverse contra mí —señaló Deborah—. Ya le han avisado de que no puede dejarlo correr sin más. Precisamente por ser quien soy, es posible que ponga más empeño en la investigación.

—¿Basándose en qué?

Deborah no quería enumerar de nuevo las posibles acusaciones que podían recaer sobre ella.

—Que te lo cuente Hal. Ha sido muy amable viniendo a hablar conmigo.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Te quiere mucho.

Por segunda vez ese día, Deborah se sintió una impostora, con uno de los miembros de la familia Trutter.

Karen frunció el entrecejo y pareció querer decirle algo más. Por un instante, Deborah temió que Hal le hubiera confesado sus sentimientos. Pero Karen cerró la boca y carraspeó.

—En realidad he venido para consultarte como médico. El codo me está matando desde hace dos semanas. Me dijiste que te informara si tenía algún

dolor que me durara tanto.

—¿Te está matando? —preguntó Deborah, repentinamente preocupada—. ¿Qué codo?

Karen le señaló el derecho con la cabeza y Deborah le cogió el brazo y empezó a palpar.

—¿Te duele aquí?

—No.

—¿Y aquí?

—No.

Deborah apretó en diversos puntos para descartar que su amiga tuviera un hueso roto. Sin soltar el codo de Karen, le hizo realizar los movimientos normales con la muñeca, con lo que finalmente consiguió arrancarle un grito. Karen protestó de nuevo cuando Deborah repitió el movimiento que le causaba dolor. Deborah volvió a palpar el codo, centrándose ahora en el tendón lateral.

—Ahí —dijo Karen, y soltó un gemido ahogado.

Deborah se echó hacia atrás.

—¿Cuántas veces has jugado a tenis esta semana?

—Todos los días, pero...

—No ha sido solo por diversión. Karen, tienes codo de tenista.

—Las mujeres de mi equipo no tienen codo de tenista.

Deborah rio aliviada.

—Tienes codo de tenista.

—Pero juego todos los días desde hace cinco años. ¿Por qué me duele de repente?

—Porque llevas cinco años jugando todos los días.

—Creía que quizá sería algo del hueso. Ya sabes, seno derecho, brazo derecho...

—Lo sé, cariño —la interrumpió Deborah—. El año pasado fueron las costillas, y el año anterior el hombro. Te sucede cada año por estas fechas.

—¿Cada año? —dijo Karen, haciendo una mueca.

—Bueno, los tres últimos años. ¿Cuánto hace ya, seis años desde la mastectomía?

—Sí. —Karen tragó saliva—. Y sigo teniendo miedo.

—Siempre tendrás ese miedo, por eso vienes a verme.

—Pero si es psicossomático, ¿por qué me duele?

—Karen, no es psicossomático. La lesión es real. El tendón exterior del codo está inflamado. En otro momento del año, tal vez no le harías caso. Pero

ahora mismo es un problema.

—No recuerdo conscientemente que se acerca el aniversario de la operación.

—No es necesario. Tu subconsciente ya lo sabe.

Karen pareció relajarse al fin.

—¿Codo de tenista? ¿Estás segura?

—Totalmente.

—¿No necesitas hacer radiografías?

—No hasta que lleves un par de días sin jugar, te apliques hielo en el codo y dejes que el antiinflamatorio haga efecto. Si no mejoras, haremos las radiografías.

—Crees que soy una tonta por venir corriendo a verte, ¿verdad?

—Por supuesto que no —la regañó Deborah—. Fui yo quien te dijo que vinieras. Lo mejor de sobrevivir al cáncer de mama es que los médicos deben tomarte en serio y, créeme, yo lo hago. Hay una buena razón para que el tendón esté inflamado, pero te comprendo perfectamente.

—Eres la única. A Dani no puedo contarle nada. Ella ya tiene sus propios miedos.

—¿Y Hal?

—No quiere oír hablar de ello. Se pone muy nervioso. —Karen se mordió el labio inferior antes de añadir—: Al menos eso había creído siempre. Deborah, necesito preguntarte una cosa. ¿Crees que Hal sería capaz de tener una aventura?

Deborah guardó la compostura.

—¿Te refieres a estar con otra mujer?

Karen asintió.

—El lunes por la noche llamaron a casa. Era una mujer. Me preguntó si sabía dónde estaba mi marido.

—¿Y lo sabías? —preguntó Deborah con los ojos muy abiertos por el asombro.

—Sabía dónde se suponía que estaba: en el despacho. Pero el tono de aquella voz daba a entender que podía no estar allí.

—¿Le preguntaste quién era?

—No. Colgué.

—¿Viste el número de teléfono desde el que llamaba?

—No, era un número privado. Hal llegó a casa una hora después. Me dijo que la reunión le había ido bien. Pero estaba empapado por la lluvia, así que

no era fácil saber si la reunión se había celebrado en una cama del Embassy Suites y acababa de salir de la ducha.

—Oh, Karen.

—No es la primera vez.

—¿Esa mujer ya había llamado antes?

—Una vez, hace un par de meses. Al principio me pareció reconocer la voz. Luego me di cuenta de que era porque recordaba a menudo aquella otra llamada. —Se toqueteó uno de los pendientes de diamantes—. Bueno, ¿qué? ¿Crees que Hal podría tener una aventura?

Deborah deseaba decirle que no, pero habría sido una mentira flagrante.

—Creo que es el tipo de hombre que atrae a las mujeres —musitó finalmente, sintiendo de todas maneras que engañaba a su amiga—. Es posible que alguna mujer del trabajo se haya enamorado de él y que, al ver que no tenía la menor posibilidad, quiera vengarse llamándote con la esperanza de que le hagas preguntas.

—No pienso preguntarle nada. Le destrozaría si creyera que dudo de él.

—Pero quizá preferiría que le hablaras de la llamada para poder hablar con quienquiera que la haya hecho.

—No, no. Solo quería que me dieras tu opinión. —Alargó el brazo sano para acariciar la barbilla de Deborah con cariño—. Tienes razón. Sin duda se trataba de alguna mujer que desearía que mi marido estuviera disponible, pero no lo está. —Tocó el pelo de Deborah, echándole hacia atrás unos cabellos sueltos—. Llevas un corte precioso, ¿sabes? Cuando pienso en ti, todavía te veo con el pelo largo. Así queda más libre.

—A mí me da la impresión de que siempre lo llevo despeinado.

—Te imprime carácter. Eres una nueva Deborah.

Deborah se recostó en la silla. Su nuevo yo era una mentirosa.

—Carácter, ¿eh? Mi padre opina que es poco profesional.

—Bien. Deja que opine lo que quiera —la aconsejó Karen, e hizo una pausa—. ¿Cómo se ha tomado lo del accidente?

Deborah no contestó.

—Eso significa que mal —interpretó Karen, y a pesar de lo dolida que se había sentido con su padre por la mañana, Deborah se apresuró a defenderlo.

—Para ser justos, lo está pasando mal.

—¿Aún echa de menos a tu madre?

—Continuamente.

—Y tú también.

—Pero es más duro para él. Vuelve todos los días a una casa vacía. Ella era su alma gemela. Era su compañera. Ahora no sabe qué hacer consigo mismo todas las noches, los fines de semana...

—Podría ayudar en la pastelería. A Ruth le encantaba.

—Él jamás lo aceptaría —dijo Deborah, con un bufido. Se preguntó si su padre acabaría cambiando de opinión cuando tuviera un nieto al que visitar en la pastelería.

—Podría llevar a pescar a Dylan —propuso Karen.

Las dos amigas ya habían hablado de ello en otras ocasiones. La pesca era sin duda una actividad perfecta para un niño con una grave hipermetropía. Dylan era tranquilo, le gustaba pensar, y disfrutaría del paisaje a pesar de sus problemas de visión. Tal vez incluso se le daría bien poner los cebos.

—Ya se lo he propuesto a mi padre —explicó Deborah—, pero siempre tiene una larga lista de cosas por hacer.

—¿Cosas necesarias?

—Algunas. Otras solo las hace para mantenerse ocupado.

—Que haga la guardia de noche un par de veces a la semana. ¿Por qué eres tú la única que tiene que salir siempre corriendo hacia el hospital a mitad de la noche?

—No tengo por qué hacerlo, pero me gusta, sobre todo con los pacientes habituales. En esos momentos es cuando mejor me siento como doctora. Mi padre hace tiempo que dejó de necesitarlo.

—Razón de más para que lo haga. Tal vez haya olvidado esa sensación.

—Quizá —concedió Deborah—, pero la verdad es que no serviría de gran cosa. Ni siquiera me acuerdo de cuándo fue la última vez que me llamaron en mitad de la noche.

Naturalmente, por haber hablado, a Deborah la despertó a las tres de la madrugada el servicio de recepción de llamadas. La paciente era una mujer de veintisiete años de edad que había ido a la consulta un par de veces en las últimas semanas porque le dolía el estómago. La primera visita se la había hecho Michael y la segunda Deborah. En ninguna de las dos ocasiones se había detectado un aumento de los glóbulos blancos en los análisis de sangre, por lo que no podía ser apendicitis.

Ahora la mujer estaba fuera de sí. El dolor era insoportable, tenía fiebre y vómitos.



Deborah se vistió rápidamente, despertó a Grace para avisarla de que debía irse y salió disparada hacia el hospital. Llegó al mismo tiempo que la paciente, a la que acompañaba su marido en coche. Deborah agilizó los trámites en Urgencias para que realizaran una serie de pruebas y luego les puso en contacto con el cirujano que llevaría a cabo la apendectomía. Acompañó a la mujer hasta el ascensor y se quedó sentada un rato con el marido. Luego fue a buscar a los médicos que estaban de guardia la noche anterior.

Una de ellos, Jody Reid, estaba visitando a un paciente en el posoperatorio. Se reunió con Deborah en el pasillo.

—Preguntas por Calvin McKenna, ¿verdad? —dijo, indicando a Deborah el ordenador más cercano. Introdujo el nombre e indicó a Deborah que mirara la pantalla.

Era el informe del laboratorio. Deborah no tuvo más que echar un vistazo para que una palabra le llamara la atención.

—¿Sintrom? No sabía que lo tomara.

—Tampoco nosotros, y yo estaba aquí cuando lo trajeron.

—¿No llevaba un brazalete de alerta médica?

—No. No llevaba cartera ni identificación alguna, y no podía hablar. Le preguntamos sobre posibles alergias y medicamentos que estuviera tomando, pero no respondió. Su mujer tampoco nos ayudó. Sacudió la cabeza cuando le preguntamos, y no mencionó que tuviera un problema de corazón, ni cualquier otra cosa que justificara el uso de un anticoagulante como el Sintrom.

—Pero hay una advertencia en el prospecto —insistió Deborah—. «Adviértaselo a su médico». ¿Cómo no iba a saberlo su mujer?

—No tengo la menor idea. Pero eso explica por qué sufrió la hemorragia.

Deborah no podía creerlo. Su padre y ella entregaban tarjetas específicas a los pacientes que tomaban medicamentos como Sintrom para que las llevaran en la cartera, aunque eso solo servía si el paciente llevaba cartera.

—¿Había algo más en la sangre? ¿Drogas? ¿Alcohol?

—No. Solo Sintrom.

## Capítulo 6

—Legalmente, eso significa que puede existir una duda razonable sobre que fuera el accidente lo que provocara la muerte —interpretó Hal, cuando Deborah le llamó por teléfono poco después del amanecer—. Es una buena noticia, Deborah. Habría preferido que estuviese borracho, así argumentaría que se tambaleó y se precipitó contra el coche, causando el accidente él mismo. Pero el Sintrom da pie a nuevas dudas. Por ejemplo, si hubo negligencia por su parte o la de su mujer al no alertar a los médicos del hospital de que corría un grave riesgo de hemorragias. ¿Qué opinas tú?

—¿Como médico? —preguntó Deborah—. Creo que es frustrante. Ha sido una muerte innecesaria. Como esposa, estoy confusa.

—Exesposa —la corrigió Hal.

—Si mi marido tomara un medicamento de esas características —prosiguió Deborah sin hacer caso del comentario—, sería lo primero que contaría a cualquier médico que tuviera que tratarlo.

—¿Cómo te sientes como conductora del coche que lo atropello? ¿Aliviada?

Deborah reflexionó un momento.

—No. Un hombre ha muerto.

—Pero tú no provocaste su muerte.

—Sí que lo hice. Le atropelló mi coche y eso lo desencadenó todo.

—¿Sería posible que la hemorragia no estuviera relacionada con el accidente?

—¿Quieres decir que si podría haber sufrido una hemorragia casualmente el día después de que un coche lo lanzara por los aires y lo estampara contra un árbol? —preguntó Deborah irónicamente.

—Eso es exactamente lo que quiero decir —contestó Hal sin ceder un ápice.

—La coincidencia es demasiado sospechosa.

—Tú eres médico —insistió él—. Médicamente hablando, ¿es posible?

—Yo no soy especialista en traumatología.

—Deborah...

—Sí. Es posible.

Hal suspiró.

—Gracias. —Satisfecho con su interrogatorio, añadió en tono más suave —: Das mucha importancia a los detalles, Deborah Monroe.

—Desde luego —admitió Deborah, reaccionando con vehemencia—, sobre todo cuando se trata de hacer lo correcto. ¿Puedo preguntarte algo, Hal?

—Lo que quieras, cariño.

—Dijiste que querías tener una aventura conmigo. ¿Has tenido otras?

—¿Qué tipo de pregunta es esa? —comentó él en tono divertido, tras una breve pausa.

—Una pregunta que me ha estado rondando desde que lo mencionaste la primera vez.

—¿Estás considerando mi oferta?

—En absoluto.

—Entonces, ¿por qué me preguntas eso ahora? —replicó él, volviendo a su tono profesional—. Soy el mejor abogado que vas a encontrar por aquí y ni siquiera te cobraré si llegamos a juicio, aunque tendría que dedicarle un tiempo considerable. Por cierto, he hablado con Bill Spelling. —Bill era el redactor jefe del periódico local. Deborah trataba a sus hijos desde recién nacidos—. No va a mencionar a Grace en el artículo de hoy sobre el accidente. Esas son las cosas que hago yo por la gente a la que quiero.

—¿Sintrom? —repitió Grace con cautela cuando Deborah mencionó el medicamento.

—Es un anticoagulante que se receta a menudo tras un ataque al corazón —explicó Deborah—. Impide la formación de coágulos que podrían provocar un nuevo ataque o un derrame cerebral.

—¿Papá ha tenido un derrame cerebral? —preguntó Dylan, horrorizado, desde la puerta de la cocina. Deborah no le había oído.

—No —contestó en tono de leve reprimenda—. Papá no ha tenido ningún derrame cerebral. Es un medicamento que tomaba el señor McKenna. —Alargó el brazo para estrechar a Dylan contra sí—. Los anticoagulantes también pueden provocar hemorragias —añadió, dirigiéndose a Grace—. Es posible que anoche el señor McKenna sufriera una hemorragia por culpa del medicamento. Si los médicos de Urgencias hubieran sabido que lo estaba tomando, tal vez habrían podido evitar su muerte.

—¿Cómo?

—Contrarrestando la acción del anticoagulante con otros medicamentos. Y vigilándolo constantemente.

Dylan alzó sus grandes ojos hacia su madre.

—Eso es lo que hace mi médico conmigo.

—Son problemas muy distintos, cariño. Tu médico vigila tu visión para asegurarse de que sigues el tratamiento correcto. No tienes nada en los ojos que ponga en riesgo tu vida.

—Pero y si la córnea sigue empeorando y no lo sabe nadie más que yo, ¿qué ocurrirá?

Deborah sintió una punzada de inquietud. Las gafas corregían la hipermetropía de su hijo, pero el problema reticular no tenía nada que ver con eso y solo podía arreglarse con un trasplante.

—¿Has notado algún cambio?

—No, pero ¿y si lo notara?

—Me lo dirías a mí y yo te llevaría al médico. ¿De verdad no notas nada? —volvió a preguntar, porque en su caso no se trataba de una dermatitis, que se veía en la piel, o de un oído inflamado. No había modo de saber lo que pasaba en la córnea de Dylan.

—No, pero si no se lo dijéramos al médico ¿qué pasaría?

—Sencillamente que no verías muy bien.

—¿Me quedaría ciego?

—Cariño, ¿ves las cosas más borrosas? —insistió Deborah, inclinándose hacia su hijo.

—Solo lo pregunto, mamá. ¿Me quedaría ciego?

—No, ya hemos hablado de eso. En primer lugar, solo tienes distrofia en un ojo. Y en segundo lugar, en cuanto hayas dejado de crecer, arreglaremos el problema definitivamente.

—Mamá —la interrumpió Grace bruscamente—, ¿por qué corría el señor McKenna si tenía mal el corazón?

Deborah miró a Dylan, que parecía bastante satisfecho con su respuesta, antes de contestar a Grace.

—Hay mucha gente con problemas de corazón que corre. El ejercicio es muy importante.

—¿Como haces tú en el gimnasio? —preguntó Dylan—. ¿Y qué hace papá?

«Tu padre se dedica a andar de arriba abajo», pensó Deborah inmediatamente, pero por supuesto no lo dijo. Desde que había abandonado el

mundo empresarial, su marido ya no andaba de arriba abajo.

—Yoga —respondió. Era tan adecuado a la nueva imagen de Greg, que se habría echado a reír. De todas formas, Deborah creía en los beneficios del yoga. Y pensaba que a Grace le iría bien probarlo. Aprender una técnica de relajación tal vez la ayudaría a dejar de morderse las uñas.

Apartó la mano de su hija de la boca con suavidad, pero no estaba segura de que su hija se diera cuenta siquiera.

—¿Crees que el señor McKenna tuvo un ataque al corazón y salió corriendo? —preguntó Grace—. Porque a lo mejor no sabía lo que hacía o quizá estaba desorientado y trataba de pedir ayuda.

—Los médicos no han hallado indicio alguno de que tuviera problemas de corazón.

—Entonces, ¿qué significa para nosotros que tomara Sintrom?

—Significa —dijo Deborah, agradeciendo aquel pequeño rayo de esperanza—, que no fuimos directamente responsables de su muerte.

—¿Sintrom? —preguntó el padre de Deborah mientras se tomaba el café de la mañana.

Solo entonces miró a su hija a la cara. Tenía los ojos inyectados en sangre y se había tomado un par de aspirinas antes de servirse el café. A la botella de *whisky* del estudio —una botella nueva que al parecer había abierto la noche anterior— le quedaban dos tercios, y aunque sin duda eso inquietaba a Deborah, la necesidad de redimirse ante su padre era más acuciante.

—En el hospital están aliviados —dijo—. La cuestión ahora ya no es por qué murió sino por qué nadie sabía que estaba tomando ese medicamento. Todos formularon las preguntas pertinentes, pero no obtuvieron respuesta. El paciente no podía hablar y la mujer no les dijo nada. Ni siquiera dio el nombre del médico que visitaba a su marido.

—El Sintrom no puede comprarse sin receta. Alguien tuvo que dársela. La mujer tiene que saber quién es, a menos que su marido le ocultara cosas, como dices que hacía tu madre conmigo.

Pillada por sorpresa, Deborah vaciló.

—Solo te lo conté porque has puesto a mamá en un pedestal que los demás no podemos alcanzar. Era un ser humano. Y los seres humanos cometen errores.

—Está muerta, no puede defenderse.

—Ella no querría defenderse, papá. Lo admitiría todo y tú la perdonarías inmediatamente. Así que ahora yo lo admito. Tuve un accidente que lamento de todo corazón. Ojalá pudiera ser perfecta para ti, pero no lo soy.

—Oh, vamos, Deborah —gruñó él—. ¿Cuándo te he pedido yo que seas perfecta?

—No con esas palabras, pero tu nivel de exigencia es muy alto. Piensa en Jill. No cumple con tu nivel de exigencia, pero adora su trabajo, papá, de verdad, y su negocio es un éxito. ¿No podrías pasarte un día por allí y... echarle un vistazo? O piensa en Dylan. Puede que no sea un atleta fuera de serie, pero le encantaría que fueras a ver uno de sus partidos.

—Lo haré. Lo haré.

—Hoy juega.

—Hoy no puedo. Otro día.

Deborah estaba al tanto de las citas que tenía su padre para ese día y no entendía por qué «no podía», pero si se lo preguntaba, tal vez su padre se pondría furioso.

—¿Y Jill? Le encantaría que fueras a su pastelería. Si vieras las colas que se forman...

—Ahora mismo —le dijo Michael en tono cortante—, me preocupas más tú que tu hermana. ¿Le has contado a Hal lo del Sintrom?

—Está encantado. Cree que se podría argumentar que fue ese medicamento lo que causó la muerte de Cal y no el atropello.

Michael contempló su café.

—También confirma mi diagnóstico inicial —prosiguió Deborah—. Cuando lo examiné vi que sus heridas no eran graves. Al menos ahora entiendo por qué murió. —Al ver que su padre seguía sin responder, añadió—: Hal mantiene un estrecho contacto con la policía.

—Eso es bueno —dijo Michael dejando a un lado la taza—. Así obtendrá más información. Cuantas más respuestas tengamos, mejor. La mitad de los pacientes que vinieron ayer me preguntaron por el accidente, y eso que el *Ledger* ni siquiera ha salido aún.

A mediodía, el periódico se hallaba en todos los porches de la ciudad. Deborah lo vio a la hora de comer sobre la encimera blanca de la pequeña cocina del consultorio.

El artículo no era tan perjudicial como podía haber sido. Salía en primera página, pero en la parte inferior, lo que significaba que no era lo primero que

veía la gente al cogerlo. Por desgracia, en una ciudad tan pequeña como Leyland, la mayoría de la gente leía el *Ledger* de cabo a rabo.

El artículo se centraba en Calvin McKenna: cuándo y por qué se había mudado a Leyland, dónde vivía con su mujer y qué clases daba. Los demás profesores dieron fe de su dedicación, afirmando que pasaba la hora de comer leyendo libros de historia en la cafetería. Sus alumnos comentaban lo inteligente que era. Todo el mundo expresaba respeto hacia sus cualidades como profesor, pero nadie mencionaba en ningún momento la palabra afecto.

El periodista ofrecía un resumen de lo acaecido el lunes por la noche, muy conciso y ceñido a los hechos. A Deborah le habría gustado que mencionara que el coche circulaba a una velocidad muy inferior al límite permitido y que lo hacía por su carril, pero el texto se limitaba a decir que la velocidad era correcta y que no se había cursado ninguna citación judicial. El funeral se celebraría tal como le había dicho Karen.

No había declaraciones por parte de la mujer del señor McKenna y, gracias al consejo de Hal, tampoco de Deborah.

Lo mejor del artículo, en su opinión, era que no se mencionaba a Grace. Lo peor, que con el nombre de Deborah escrito allí para que todo el mundo lo viera, la mentira crecía cada vez más.

Grace pensó que se moriría de vergüenza. Sus amigos no leían nunca el *Ledger*, al menos en el instituto, pero ese día era distinto, claro, porque era el señor McKenna quien había muerto. No sabía tan siquiera de dónde lo sacaban, pero allá donde mirara, todo el mundo tenía un ejemplar.

—No es malo —comentó Megan cuando terminó de leer el artículo e hizo crujir el papel—. Ni siquiera dicen que tú ibas en el coche.

Eso daba igual, en lo que se refería a Grace. Ahora toda la ciudad sabía que su coche había atropellado al señor McKenna. La mitad de los alumnos del instituto la paraban por los pasillos para decirle estupideces como: «Vaya, ¿lo atropello tu madre? ¿Sabía que era él? ¿Y cuándo lo descubristeis? ¿Te sientes culpable o algo así?».

La única persona con la que querría hablar era con Danielle, a la que respetaba mucho. Pero ahí estaba también el problema: ¿cómo iba a mentirle a Danielle? Y por otro lado, ¿cómo decirle la verdad sin meter en un lío a su madre?

Así que mantuvo las distancias con Danielle igual que con el resto de sus amigos, y se fue a la clase siguiente con la cabeza gacha. Claro que eso no la

ayudó mucho. Cuando se disponía a comer en la cafetería, tuvo que eludir tantas preguntas que acabó por recoger la bandeja, tirar la mayor parte de la comida a la basura y ocultarse en el lavabo de chicas hasta que sonó el timbre. Pero entonces empezaron a mandarle mensajes por el móvil. Se suponía que existía una norma que prohibía hacerlo en clase, pero nadie la respetaba. Quebrantaban las normas y a nadie le importaba.

Al final apagó el móvil.

El entrenamiento de atletismo fue muy parecido. Le hacían tantas preguntas que el entrenador tuvo la brillante idea de que hiciera una breve declaración. Pero ¿qué podía decir? «Hacía un tiempo horrible, no había visibilidad, nos sentimos muy mal». Solo eran palabras. No podían expresar lo que sentía en realidad, porque se veía como una mentirosa. Y no podía decir la verdad sin convertir en mentirosos a su madre, al tío Hal, a la policía, al periodista del *Ledger* y a cuantos esparcían la noticia sobre el accidente.

Corrió mal. Su primera repetición fue mala, la segunda peor, y los 800 — su prueba— fueron tan lamentables que el entrenador dejó que se marchara antes de tiempo.

Se fue a la pastelería de su tía medio andando, medio corriendo, y con el móvil todavía apagado se ocultó en el despacho de Jill, fuera de la vista de cualquiera de su instituto que estuviera en la pastelería, o de cualquier otra persona a la que conociera y que pudiera empezar a hacerle preguntas. Permaneció allí hasta que todos se marcharon. Se habría quedado allí hasta que fuera a buscarla su madre, de no ser porque estaba muerta de hambre. Devoró un *brioche* y dos bollos de zanahoria, y los mojó en un expreso que se preparó ella misma cuando no la veía su tía, porque Jill detestaba que tomara café. Pero si tenía que permanecer despierta para hacer los deberes y estudiar vocabulario esa noche, necesitaba la cafeína, ¿no?

Sintiéndose culpable por actuar a espaldas de su tía —pero no lo bastante como para olvidarse de comprobar que no quedaba nadie que pudiera importunarla antes de salir de la oficina—, miró a su alrededor buscando el modo de ayudar a Jill. Faltaba menos de una hora para la hora de cerrar y, con la pastelería prácticamente vacía, los empleados se habían ido ya. Dylan estaba limpiando las mesas, por suerte para Grace, que odiaba ese trabajo. Le gustaba comprobar los recibos de las tarjetas de crédito, pero Jill ya lo estaba haciendo. De modo que se dispuso a colocar las pastas del día que habían sobrado en una sola bandeja. Agachada detrás de las vitrinas, quedaba oculta a la vista de cualquiera que pudiera entrar de la calle.



No dejaba de mirar hacia la puerta. Dylan también lanzaba miradas de inquietud mientras pasaba el trapo por las mesas, pero por un motivo distinto. Tenía partido de béisbol a las cinco y temía que su madre llegara tarde. Ya se había puesto el uniforme y había preguntado a Jill tres veces si le llevaría hasta el campo en caso de que su madre no llegara a tiempo. Y le había preguntado a Grace dos veces si se quedaría a ver el partido si su madre no podía.

Grace rezaba para no tener que hacerlo. No soportaba la idea de permanecer a la vista de todos mientras contemplaba a un puñado de niños de diez años intentando inútilmente batear.

Contemplaba con horror esa perspectiva, cuando por fin llegó su madre, pero no del gimnasio, como creía Grace, sino todavía con la ropa de trabajo. Deborah abrazó a Dylan, apretó el brazo a Jill y se dirigió hacia Grace. Se agachó al lado de su hija y le dijo en voz baja:

—Te he llamado al móvil un montón de veces. ¿Qué tal ha ido hoy?

—Bien, hasta que ha salido el periódico —contestó Grace con súbita ira, que iba dirigida hacia su madre, pues era ella quien había iniciado aquel engaño—. Todos me miraban por encima del hombro. Me he sentido como una delincuente.

—Leían la noticia sobre el señor McKenna. No todos los días muere un profesor.

—Leían acerca de ti —replicó Grace en un furioso susurro—, y cuando me hacían preguntas, me miraban de un modo extraño, como si supieran la verdad. No he conseguido acabar el entrenamiento. No he estado bien en las repeticiones y luego tampoco he acabado los 800, o sea, de pena. Todos los del equipo me miraban.

—Imaginaciones tuyas.

—No, mamá. Me miraban y hablaban del funeral. Todo el mundo va a ir. ¿Y qué se supone que debo hacer yo? Estaba en la clase del señor McKenna. ¿Voy yo también?

—¿Quieres ir?

—Oh, Dios mío, no —respondió Grace entre dientes—. Sería una pesadilla estar allí sabiendo... sabiendo... —No consiguió decirlo—. Pero irá todo el mundo, así que quedará fatal si no voy. —Grace se derrumbó—. Mamá, esto cada vez se está poniendo peor. Es... insoportable. Si aún quisiera a papá, me iría a vivir con él el resto del curso —amenazó, arriesgándose a una discusión. Sabía lo mucho que disgustaba a su madre que dijera que odiaba a su padre.

Pero su madre miraba a Dylan a través del cristal de la vitrina. Dylan se había ido a otra mesa y la limpiaba pasando el trapo lentamente. Aunque les daba la espalda, el movimiento de su cabeza indicaba que observaba de cerca el trapo. Incluso Grace sabía lo suficiente sobre la visión de su hermano para preocuparse.

Se levantó después de su madre y ambas contemplaron a Dylan unos instantes. Luego Deborah se acercó a su hijo y posó una mano sobre su cabeza. El niño se sorprendió y dio un respingo.

—¿Todo bien, cariño? —preguntó Deborah.

—Todo bien —dijo él, asintiendo enérgicamente.

—Estás mirando el trapo muy de cerca. ¿Ves borroso?

Dylan negó con la cabeza.

—Me lo dirías si te pasara, ¿verdad?

—Mamá, no veo borroso. Tenemos que irnos pronto, ¿no? —preguntó y miró a Grace con gesto preocupado—. Tú también vienes, ¿verdad?

—Oh, Dylan, no creo...

—Tienes que venir —la interrumpió él en tono desesperado—. Por eso el entrenador no me saca nunca, porque mi familia no va a verme y no tiene ningún motivo para hacerlo.

—Espera un momento —dijo Deborah—. Yo no me he perdido ni un solo partido. ¿No soy de la familia?

—Solo una pequeña parte. —Dylan volvió a mirar a Grace y suplicó—: Ven, por favor. —A su hermana le entraron deseos de gritar porque no podía decir que no cuando la miraba de esa manera. Era su hermano pequeño, tenía la vista fatal y se le daba tan mal jugar al béisbol que daba pena verlo. Grace no entendía por qué sus padres le dejaban jugar.

Bueno, en realidad sí. Le dejaban jugar porque practicar el béisbol era normal y querían una vida normal para él. Querían que tuviera amigos, que fuera un niño como los demás, que le gustara el deporte.

—Solo cinco minutos más —dijo Deborah a su hijo, y se dio la vuelta para que él no la viera mover los labios mientras le decía a Grace: «Ven, por favor. Nos necesita».

—¿Cómo vamos a ir a un partido? —susurró Grace cuando su madre se acercó—. Hemos matado a un hombre.

—No hemos...

—¿No quedaremos mal si vamos?

—Puede, pero no tenemos otra elección. Debemos hacerlo por Dylan. ¿Tiene que sufrir él porque haya muerto el señor McKenna?

Grace se debatió aún unos instantes.

—De acuerdo —accedió finalmente—, iré al partido, pero no puedo ir al funeral, eso sí que no.

Jill se acercó a ellos cuando se disponían a abandonar la pastelería.

—¿Iréis al funeral? —preguntó a Deborah.

—Por respeto creo que deberíamos ir.

—Pero lo, atropellaste tú.

«Exacto», pensó Grace.

—Mayor motivo para ir, ¿no te parece? —preguntó Deborah.

Grace contuvo el aliento. Por lo general podía contar con que su tía se pondría de su parte.

Esta vez, Jill se limitó a fruncir el ceño.

—Debe de existir una especie de protocolo para este tipo de cosas. Quizá deberías preguntárselo a Hal.

Deborah le telefoneó desde el coche. Hal se opuso de inmediato.

—Quédate en casa.

—¿Por qué? —quiso saber Deborah.

—Porque tu presencia podría molestar a la viuda.

—Pero es un funeral a pie de tumba y estará lleno de gente. Me quedaré atrás. No se dará cuenta de que estoy allí.

—¿Y no crees que te verán otras personas? Vamos, Deborah. La noticia se extenderá.

Deborah supuso que sería así. Pero tras el artículo del *Ledger* el accidente era ya del dominio público. A pesar de lo cohibida que se sentía cuando conducía por la ciudad, le parecía que ocultándose no haría más que empeorar las cosas.

—¿Tan malo sería? —preguntó—. No querías que hablara con la prensa y me pareció bien, pero esto hace que me sienta fatal. No es como si hubiera atropellado a ese hombre a propósito, o como si viviera en una ciudad con millones de habitantes y no supiera quién es. Me siento responsable de lo ocurrido.

—La viuda podría aprovecharse de eso.

—Aun así, a su marido lo atropello mi coche. Asistir a su funeral es lo menos que puedo hacer.

—Como amigo te entiendo, cariño —replicó Hal, pacientemente—. Como abogado, te aconsejo que no lo hagas. Aún no sabemos qué piensa hacer la

viuda. Si tu presencia la enfurece, solo conseguirías empeorar las cosas.

Deborah no preguntó a Hal si podía ir a ver el partido de béisbol de su hijo, porque no quería que también le vetara eso. Tras dejar a Dylan en el campo, Grace y ella se quedaron en la banda con las demás familias. Había refrescado. Los padres formaban corrillos envueltos en sus abrigos, lo que siempre constituía una barrera natural para la conversación, pero se mostraron cordiales con ellas. Si pensaban que Deborah no debería estar allí, no lo dejaron entrever.

Dylan se pasó las primeras ocho entradas en el banquillo. Finalmente, en la novena, cuando su equipo tenía ya una ventaja de siete carreras, el entrenador lo llamó a batear. Dylan se dirigió a su sitio ajustándose primero el casco y luego las gafas. Alzó el bate y se preparó. Se quedó mirando cuando el primer lanzamiento pasó volando por encima de su cabeza.

—¡Buen chico! —gritó Deborah, angustiada por si su hijo hacía el ridículo, y cuando el segundo lanzamiento fue una repetición del primero y él también se quedó quieto, volvió a gritar—: ¡Buen ojo, Dylan, buen ojo!

—Van a eliminarlo —murmuró Grace, y en ese momento se produjo el tercer lanzamiento. Dylan bateó con fuerza pero falló. Un gemido se elevó entre la multitud de padres.

—¡No pasa nada! —gritó Deborah, aplaudiendo para animar a su hijo.

—¡Espera a que venga otra buena, Dylan! —gritó Grace, haciendo bocina con las manos.

El siguiente lanzamiento fue bueno, pero Dylan no se movió y se consideró *strike*. El siguiente llegó demasiado bajo y Dylan no se inmutó.

Deborah rezaba. Sabía que Dylan podía golpear la bola. Lo había hecho jugando con Hal el fin de semana anterior, y aunque Hal le había tirado la bola casi directamente al bate, para Dylan había sido genial.

Llevaban tres bolas malas y dos *strikes*. Deborah no sabía quién se aferraba con más fuerza, si ella a Grace, o Grace a ella, pero ambas gritaban sin importarles que sus ansias estuvieran motivadas por algo distinto al juego.

El lanzador apretó la bola contra sí, se revolvió y lanzó. La bola golpeó a Dylan en el brazo. Dylan se dio la vuelta, momentáneamente sorprendido, y luego arrojó el bate a un lado y corrió alegremente hacia la primera base. Cuando el siguiente bateador consiguió tres *strikes*, pasó a la segunda base; luego pasó a la tercera gracias a un sencillo del bateador, y cuando salió el bateador estrella del equipo e hizo doblete, Dylan consiguió una carrera.

No tenía importancia, puesto que el equipo contrario ya estaba derrotado al principio de la novena entrada, pero hacía meses que Deborah no veía tan contento a su hijo, y le encantó.

## Capítulo 7

La euforia no duró mucho. Al despertar el viernes por la mañana, Deborah estaba resuelta a seguir el consejo de su abogado. Se puso un traje de chaqueta negro simplemente porque le parecía apropiado para un día triste. Cuando cambió las citas de los pacientes para tener un hueco por la tarde, se dijo a sí misma que dejaría de trabajar durante ese rato simplemente por respeto a Calvin McKenna. Y cuando se encontró conduciendo hacia el cementerio, prometió quedarse en el coche.

El cementerio se hallaba al sur de la ciudad, en una sucesión de onduladas colinas que recorrían carreteras angostas y sinuosas. El cementerio no era grande, lo que significaba que, cuando se celebraba un multitudinario funeral, la mayoría de esas carreteras estaban llenas de coches.

Deborah aparcó detrás del último coche y observó a sus ocupantes, que se alejaban por la hierba. Al cabo de unos minutos durante los cuales ningún otro coche aparcó detrás de ella, Deborah bajó y siguió sus pasos. Volvía a hacer calor y también humedad. Unos negros nubarrones le recordaron la tormenta del lunes por la noche, y volvió a ver mentalmente el súbito movimiento que había llevado al señor McKenna hasta aquel lugar, notó el impacto, oyó el chirrido de los neumáticos, revivió el horror. Una vez más, trató de encontrar algo que hubiera podido servirle de aviso, pero solo recordaba la lluvia.

Siguió caminando por senderos flanqueados por tumbas. Cuando llegó a un promontorio, vio a un grupo abajo, una mezcla de apagados tonos grises y negros, por la falta de sol. El pastor se hallaba situado frente al ataúd; el único adorno era un pequeño ramo de flores blancas. La viuda se encontraba cerca, con un velo negro y acompañada por un hombre que se parecía al difunto.

Deborah se detuvo entre varios grupos de alumnos del instituto, pero supuso que todos la habían visto llegar. Sintiéndose incómoda, se acercó un poco más a la tumba. Al ver que la viuda alzaba la cabeza, aceleró el paso con intención de ocultarse entre los demás asistentes. Encontró un lugar detrás de un grupo de profesores, bajó la vista y esperó el inicio del servicio religioso.

Durante unos instantes no oyó nada. Luego le llegaron unos susurros y percibió cierto movimiento delante de ella. Mantuvo la vista baja hasta que una mano firme la cogió por el codo. Levantó los ojos y se sobresaltó al ver al hombre que acompañaba a la viuda. Era alto y con el pelo oscuro, y aunque no apretaba demasiado, la condujo con firmeza lejos de la gente. De no ser por sus palabras, habría creído que se dejaba guiar por un amigo.

—Tiene que irse. La señora McKenna no la quiere aquí.

Demasiado asombrada para responder, Deborah se dejó conducir hasta el tramo de carretera más cercano. El hombre la obligó a pasar entre dos altos todoterrenos y luego la soltó.

—Lo siento —dijo Deborah, oculta a la vista de la multitud—. No pretendía causar ningún daño.

La expresión del hombre era adusta, sus ojos estaban llenos de ira.

—Bueno, pues lo ha causado; primero el lunes por la noche y ahora otra vez. Así que, por favor. —Señaló la carretera—. Váyase para que podamos seguir con el funeral.

—No lo vi —dijo Deborah, tratando desesperadamente de justificarse—. Me ha atormentado desde entonces.

—¿Y está tan atormentada que ha contratado a un abogado que mantiene estrechas relaciones con el departamento de policía? ¿Tan atormentada que se presenta en el funeral para que la gente de esta ciudad crea que le importa?

—Me atormenta la idea de que sea responsable de la muerte de un hombre —susurró Deborah.

—¿Qué ocurrió, iba demasiado rápido? —replicó él bruscamente—. ¿Se pintaba los labios? ¿Hablabas por el móvil? ¿Y ahora espera librarse porque conoce a todo el mundo en esta ciudad? Bueno, pues le diré algo. Cal McKenna no era un importante como usted y ya nunca lo será. Así que si eso la atormenta, pues mejor. —Señaló hacia la tumba con la cabeza—. Recuérdelo todos los días y todas las noches. Le ha robado su futuro. Usted es la responsable.

El hombre dio media vuelta, pasó entre los coches y desapareció antes de que ella pudiera reaccionar. Deborah echó a andar hacia su coche sintiéndose culpable y humillada. Tropezó con una grieta del pavimento, pero consiguió recuperar el equilibrio y continuó. Al llegar a su coche, puso el motor en marcha y abandonó el cementerio, pero una vez traspasó la verja, se salió de la carretera principal ya que temía que fuera a vomitar. Aparcó en la cuneta, abrió la puerta y, con medio cuerpo fuera del coche, trató de respirar hondo.

Al cabo de un rato, más tranquila, volvió a meter las piernas en el coche y regresó a casa conduciendo despacio.

Livia y Adinaldo se habían ido; la hierba estaba recién cortada y no había señales de la furgoneta. En la cocina encontró la cena preparada por Livia. Deborah sabía que sería algo sabroso, algo que ella no habría podido preparar aunque su vida dependiera de ello. Sacó una botella de té helado de la nevera y se fue al vestíbulo. Apenas acababa de sentarse en el último escalón de la escalera cuando sonó el timbre de la puerta.

No se movió. Todas las personas que le importaban tenían llave, y no quería ver a nadie más.

El timbre volvió a sonar. Deborah miró la botella, se la llevó a la boca y luego se detuvo y pensó en Grace. Su hija había estado muy callada por la mañana, apenas había hablado, ni siquiera con su hermano. Dado que se había suspendido el entrenamiento de atletismo a causa del funeral, se había ido a pasar la tarde con su tía Jill. Imaginando de pronto una docena de cosas que podían haberle ocurrido en el trayecto entre el instituto y la pastelería, Deborah se puso en pie de un salto y abrió la puerta.

Era John Colby con expresión azorada.

—Esto, he recibido una llamada. Al parecer se ha producido un altercado en el cementerio.

Deborah se tomó un minuto para serenarse antes de contestar.

—¿Altercado? Yo no lo llamaría así. Ese hombre se ha mostrado de lo más calmado. —Se apartó, invitando a John a entrar, y cerró la puerta cuando el jefe de policía se encontró dentro—. Supongo que es un pariente.

—El hermano. Tom McKenna. Vino a verme ayer. Quería leer el informe de la policía.

—Apuesto a que lo hizo —comentó ella, apretando la botella vacía contra la sien—. Le preocupa que salga bien librada.

—¿La ha amenazado?

—No —respondió Deborah—, en absoluto. Solo quería que me fuera. Y en parte lo entiendo —añadió, dejando a un lado la recomendación de Hal de que no hablara con la policía; pero consideraba que la situación lo exigía—. Ya conoce a mi familia, John. ¿Iban mis padres a los funerales?

—Siempre.

—Siempre que tuvieran la más mínima relación con el difunto, ahí estaban ellos —dijo Deborah, asintiendo—. Pensaban que era su deber como miembros prominentes de esta comunidad. Mi madre me habría recomendado



ir hoy al funeral. Me habría dicho que era lo correcto. Así que he ido. —Aún le dolía la humillación sufrida—. Gracias a Dios que mi hija no estaba.

John se tiró de la pechera de la camisa caqui con un gesto de incomodidad.

—¿Qué tal está?

Deborah hizo un gesto con la mano.

—¿No muy bien? —interpretó él.

—Es un momento muy difícil.

—Y una edad difícil también —dijo él, mirando la alfombra con el ceño fruncido—. Debido a las hormonas, a la presión del instituto y a la sensación de que uno es adulto, aunque todavía no lo es. Y tener carnet de conducir les da una libertad que algunos no saben utilizar bien. Grace ya tiene el carnet provisional, ¿verdad?

Deborah se preguntó si John sospechaba algo y dio gracias por poder contestar con sinceridad.

—Sí, pero después de lo que ha ocurrido, se niega a conducir. Ella tampoco vio al señor McKenna. No sabe cómo podríamos haber evitado atropellarlo, y ahora teme que pudiera ocurrir de nuevo. —Retumbaron unos truenos a lo lejos. Deborah cruzó los brazos—. Se disgustará mucho cuando se entere de lo que ha pasado en el cementerio.

—Lo superará. Es una chica con carácter.

—Incluso las chicas con carácter sufren cuando ocurren cosas malas. Aún no ha superado lo del divorcio.

—Bueno, desde luego es una ganadora. Contamos con ella para la competición de mañana.

—Pues no sé si deberían. Esta semana los entrenamientos no le han ido muy bien. —Deborah se atusó los cabellos, tan revueltos como su vida.

—¿Puedo hacer algo para ayudarla? —preguntó John amablemente.

A Deborah se le ocurrieron varias cosas, como volver atrás en el tiempo y hacer que llegara cinco minutos más tarde a recoger a Grace el lunes por la noche. Con cinco minutos habría bastado para no encontrarse con el señor McKenna.

—Necesito respuestas —contestó Deborah, volviendo a la realidad—. ¿No se puede meter un poco de prisa a los de la policía estatal para que envíen el informe?

—No hago más que llamarles. Dicen que aún no se han puesto con él, que tienen muchísimo trabajo atrasado. No puedo hacer más.

—¿Y no se podría hacer un informe preliminar? Para explicar por qué el señor McKenna estaba en la carretera cuando chocamos, por ejemplo.

—Lo intento, de verdad.

—De acuerdo —dijo ella, creyéndole—. Luego está lo del Sintrom. ¿Sabemos algo más?

—Todavía no. Hablé con la viuda, pero no sirvió de nada.

—Pero ella debía saber que su marido tenía un problema —arguyó Deborah—. Alguien tuvo que recetarle el Sintrom.

—Ella dice que no sabe quién fue, pero lo investigaremos.

Deborah pensó en el hombre que la había echado del funeral y sintió que despertaba su ira.

—Pregúntele al hermano. Parece un tipo listo. A lo mejor lo sabe él.

Tal vez era un desafío. Tal vez Deborah no debería haber ido al funeral, pero la ceremonia en memoria del profesor McKenna que iba a celebrarse en el instituto esa noche no era privada. Deborah tenía derecho a asistir, y aunque en parte prefería quedarse en casa después del fiasco del cementerio, también quería demostrar al hermano —y a la viuda— que consideraba justo mostrar respeto a un hombre que había muerto.

La lluvia fue su aliada. Había empezado a diluviar después de que John se marchara y siguió así durante una hora, tiempo que Deborah aprovechó para revisar la ropa de Dylan que ya no le valía mientras escuchaba «Don't Think Twice, It's All Right» en el iPod. Pero el aguacero había remitido cuando fue a buscar a sus hijos a la pastelería de Jill, y había dejado de llover cuando terminaron de cenar.

Grace no quería ir a la ceremonia de ninguna manera, pero Deborah fue inflexible. No tenían por qué ir temprano, insistió, y podían marcharse en cuanto terminara. Pero lo correcto era asistir para mostrar su respeto hacia un buen profesor.

Para alivio de Grace, el auditorio del instituto solo estaba iluminado con velas en la parte de delante, por lo que, cuando su madre, su hermano y ella se situaron al fondo, en la última fila, no los vio nadie. Escuchó la ceremonia sin dejar de pensar todo el rato que ella era la única responsable de la muerte de Calvin McKenna. Y al lado tenía a su madre, haciendo «lo correcto», esperando que Grace también lo hiciera y acabara siendo un calco de ella.

Grace no quería ser médico. Solo quería ser invisible. En el instante mismo en el que se dio por concluida la ceremonia, salió del auditorio sigilosamente.

—¡Grace! ¡Grace, espera!

Grace había conseguido llegar al vestíbulo, salir por la puerta principal y bajar la mitad de los escalones de entrada antes de que la vieran. Sin darse la vuelta supo que era Kyle. Su madre y Dylan siguieron adelante, pero ella se detuvo, agachó la cabeza y esperó.

—Ostras, Grace —dijo Kyle, al llegar a su lado—, ¿adónde vas con tanta prisa?

Grace levantó la cabeza.

—A casa. La ceremonia ha terminado.

—Vamos todos a Ryan's. ¿No puedes venir?

—Esta noche no.

—No será lo mismo sin ti.

Grace le lanzó una mirada fulminante.

—No estoy de humor. —Al ver que su madre se volvía para ver dónde estaba, echó a andar lentamente.

—Le has contado lo de la cerveza, ¿verdad? —preguntó Kyle.

—No.

—Mientes.

—No —repitió Grace con aspereza—. No miento. ¿Por qué iba a mentir?

—Mierda, no sé, pero has estado muy rara toda la semana. ¿Qué pasa?

—El señor McKenna ha muerto —respondió Grace mirándole a la cara.

—Y también mi abuelo, pero nada de lo que haga le devolverá la vida. Sé que ibas en el coche que lo atropello, pero eso no es culpa tuya.

—Yo no he dicho que lo fuera.

—Vale, porque ni siquiera has tenido la oportunidad de decirlo. Apenas has hablado con nadie.

—Kyle —dijo Grace, deteniéndose nuevamente—, ha sido muy duro, ¿vale? Ha sido muy duro.

—Sigo pensando que es por la cerveza —insistió él, poniéndose delante—. Oye, no fue idea mía. La pidió Stephie. ¿Cómo lo ha descubierto tu madre?

—No lo ha descubierto —volvió a asegurarle Grace. Esquivando a Kyle, siguió andando hacia el aparcamiento—. Es solo que me ha afectado mucho la muerte del señor McKenna; en cambio a vosotros os da igual.

—No nos da igual —dijo Kyle acomodando su paso al de Grace—. Hemos venido todos esta noche, ¿no? Te habríamos guardado un sitio si nos hubieras dicho que venías, pero no se lo has dicho a nadie.

—Ha sido una decisión de última hora. —«Muchas gracias, mamá», pensó.

—Bueno, ¿y mañana vendrás a ayudarnos a lavar coches?

—No puedo. Tengo competición.

—Ya sé que tienes competición —replicó él—, pero no será hasta la tarde, y se supone que todo el mundo tiene que participar, aunque sea un rato. Además, tú ayudaste a organizarlo todo y el dinero que saquemos es para el viaje de fin de curso.

—Pero el viaje no será hasta el año que viene, así que ya lavaré coches la próxima vez.

Si no estaba bajo arresto domiciliario, o en libertad condicional. El viaje de fin de curso que se hacía en tercero era tan solo una de las cosas —junto con el carnet de conducir y la universidad— que siempre había dado por supuestas. Pero por mucho que su madre tratara de protegerla, todo eso corría peligro, porque alguien acabaría enterándose de la verdad tarde o temprano.

Ella esperaba que al salir del instituto siguiera lloviendo para ponerse la capucha. Su madre en cambio esperaba que no lloviera para no despeinarse más. ¿Y quién había ganado?

Aceleró el paso para refugiarse en el coche cuanto antes.

—¿Y la fiesta de Kim? —preguntó Kyle.

—¿Qué pasa con la fiesta?

—Es mañana por la noche. A la fiesta vendrás, ¿no?

—No.

—¿Por qué?

Grace podría haberle contestado que no lo consideraba apropiado cuando era tan reciente la muerte de una persona a la que todos conocían, pero eso era solo una verdad a medias, algo que por lo visto parecía definir toda su vida últimamente.

Sin embargo, a Kyle no podía hablarle así porque luego se lo contaría a todos los demás, que hallarían un nuevo motivo para hacerle más preguntas.

—Porque no quiero —contestó al fin.

Corrió los últimos metros para llegar al coche de su madre, se metió en él y cerró la puerta con fuerza.

Abatida tras la ceremonia y exhausta después de una semana durmiendo poco, Deborah se quedó dormida en el sofá. Cuando sonó el teléfono, se despertó con un respingo y tan desorientada que no reconoció el sonido hasta el segundo timbrado.

—¿Sí? —dijo con voz adormilada.

—¿Grace? —dijo la voz vacilante de su exmarido, y luego—: ¿Deborah? Deborah volvió a dejarse caer sobre los cojines.

—Sí, soy yo.

—¿Estás enferma?

—No. Dormida.

—Solo son las diez y media.

—Algunos tenemos una vida muy ajetreada, Greg. Tenemos hijos a los que cuidar. Tenemos una familia de la que preocuparnos. Y por favor, no me digas que trabajo demasiado. Simplemente tengo demasiadas obligaciones.

—¿Y una de ellas es ser desagradable?

Deborah tragó saliva. Su ex tenía razón.

—No tienes por qué trabajar —añadió él suavizando el tono—. No necesitas el dinero.

—No se trata del dinero.

Deborah se echó el brazo sobre la cara. Qué curioso, Greg y ella siempre solían hablar a esas horas. Era uno de los pocos momentos en los que él no estaba al teléfono o en el ordenador. Entonces a ella no le molestaba, pero ahora sí.

—De acuerdo —dijo él—. No hay manera de hablar con Grace. ¿Le pasa algo a su móvil?

—Lo tiene apagado. No quiere hablar con nadie.

—Querrás decir que no quiere hablar conmigo.

—Tampoco quiere hablar con sus amigos desde el accidente. —Deborah se frotó la frente—. Se ha metido en su caparazón, como las tortugas.

—Estupendo —dijo Greg irónicamente—. ¿Y qué piensas hacer?

¿Qué pensaba hacer? Deborah sintió ganas de echarse a reír. Empezaba a creer que la vida no se podía planear de antemano.

—Le daré tiempo.

—Quizá necesite hablar con un psicólogo.

—No necesita un psicólogo. Tan solo han pasado cuatro días. Hoy se ha celebrado una ceremonia en memoria del señor McKenna en el instituto. El accidente aún es reciente.

—De acuerdo, pero quiero hablar con ella.

—Inténtalo mañana por la mañana.

—¿Cómo voy a hablar con ella si no contesta al móvil?

Deborah se asombró de la falta de imaginación de su exmarido.

—Tenemos teléfono en casa, Greg —dijo tranquilamente—. Llámala al fijo. Mañana por la tarde participa en una carrera importante. ¿Por qué no la llamas por la mañana para desearle suerte?

## Capítulo 8

El fin de semana no fue nada bien para Deborah. Tuvo que ir corriendo a la consulta cuando su padre la llamó en el último momento para pedirle que le cambiara el turno y se ocupara de sus pacientes del sábado por la mañana. De vuelta en casa, preocupada por su padre, discutió con Dylan, que no quería ir a su clase de piano, y con Grace que, en su ausencia, se había negado a hablar por teléfono con su padre, lo que había movido a Greg a llamar a Deborah para quejarse. Contestó con brusquedad a Dylan cuando este no encontraba su guante de béisbol para ir a entrenar, y luego se sintió culpable cuando él dijo que no «veía» dónde estaba. Se peleó con Grace cuando su hija afirmó que tenía calambres y no podía participar en la carrera de *cross* y, tras insistir en que probara, se sintió culpable cuando su hija abandonó a la mitad y, desmoralizada, se encerró en su cuarto en cuanto llegó a casa.

Necesitada de una amiga con la que desahogarse, se fue a tomar un café con Karen, pero claro, como no podía hablarle a Karen sobre Grace, o Jill, o su exmarido, o Hal, acabó sintiéndose peor.

El sábado por la noche podría haber llevado a Dylan a ver una película a los cines del centro comercial, una idea perfecta para un niño que necesitaba que las cosas fueran grandes y claras para verlas bien. Pero Grace seguía insistiendo en que no quería salir con sus amigos, y cuando Deborah terminó discutiendo con ella por ese motivo, se sintió tan mal que fue incapaz de dejar sola a Grace.

Pidieron *pizza* por teléfono, pero la cena no tuvo nada de alegre; luego empezaron a ver una película en la televisión por cable, pero era tan violenta que Deborah la apagó a la mitad. Dylan comentó que las había visto peores. Grace insistió en que todo el mundo estaba acostumbrado a la violencia, pero que, para empezar, Deborah no debería haberla puesto. Los dos se retiraron a su cuarto. Dylan estuvo tocando «Knockin' on Heaven's Door» una y otra vez en su teclado electrónico, hasta que Grace fue a quejarse a Deborah con lágrimas en los ojos. Cuando Deborah trató de consolarla, su hija se negó a hablar, y cuando pidió a Dylan que dejara de tocar la música porque también

la estaba deprimiendo a ella, su hijo respondió gruñendo que su padre jamás se lo habría pedido.

Después de todo eso, no era extraño que Deborah no durmiera bien. Se despertaba a cada momento con un nudo en el estómago y la horrible sensación de que estaba perdiendo el norte. La situación empeoraba a marchas forzadas y no parecía capaz de detener la caída.

Esperaba que el domingo fuera mejor. Amaneció un bonito día con el que se iniciaba el mes de mayo. El aire era cálido y claro, los robles empezaban a echar hojas y las azaleas del jardín florecían. El tiempo sereno producía una sensación de orden —al contrario que los estragos aleatorios que desencadenaban las tormentas—, por lo que Deborah sentía que no había perdido el control.

A lo largo de los años, Deborah había adquirido la costumbre de preparar un gran almuerzo los domingos, especialmente por los niños. Por lo general, el domingo era el único día en el que tenía tiempo para prepararlo, el único día en el que podía contar con sus padres y con Greg. Tras la muerte de Ruth, Michael había acudido solo, y ahora que Greg ya no estaba, los niños necesitaban a su abuelo más que nunca.

Pero ese domingo Michael llamó para disculparse. Su voz parecía indicar que tenía resaca y, al límite de su aguante, Deborah no pudo dejarlo pasar.

—¿Qué ocurre, papá?

—¿Qué quieres decir?

—Parece que estás... mal. —No se atrevió a decir «con resaca».

Michael carraspeó.

—Debo de haber pillado el mismo virus que han tenido los Burke esta semana.

—¿Eso es todo? Pensaba más bien en estas últimas mañanas...

—Estas últimas mañanas tenían que ver con tu accidente —le espetó él, pero se apaciguó rápidamente—. Es solo un virus, pero gracias por preocuparte. Hasta mañana.

Colgó sin que Deborah le hablara de la bebida, lo que hizo que se sintiera como una cobarde, y además cómplice de su padre, ya que tuvo que contar más medias verdades a sus hijos.

Grace se alegró de librarse de un almuerzo formal y regresó a su habitación con medio bagel, pero a Dylan le entristeció la ausencia de su abuelo. Se retiró a su cuarto sin apenas mordisquear la tostada que había preparado Deborah con tanto esmero.



Sola en la cocina con las sobras de lo que debería haber sido una comida familiar, Deborah se sintió más abatida que nunca. Cuando sonó el timbre de la puerta y al asomarse vio que era el hombre que la había echado del funeral, se preguntó qué más podía salirle mal. Acobardada, decidió no abrir.

Pero Dylan malogró su plan. Esperando contra todo pronóstico que fuera su padre, salió disparado de su habitación y bajó corriendo la escalera. Perdió el equilibrio a mitad de camino y cayó. Deborah le ayudó a incorporarse y tuvo que sujetarlo a la fuerza para comprobar que no se había hecho daño. Dylan se soltó en cuanto se lo permitió su madre y abrió la puerta antes de que ella pudiera impedirselo.

—Oh, pensaba que era mi padre —dijo, y lanzando a Deborah una mirada afligida, volvió a subir la escalera pesadamente.

Resignada, Deborah le hizo entrar. Tal como recordaba, el hombre era alto y tenía los mismos ojos y cabellos negros que su hermano. Había sustituido el traje oscuro del funeral por unos pantalones y una camisa de color lavanda con el cuello abierto y las mangas subidas.

—Lo siento —se disculpó tras echar un vistazo a la escalera vacía, lo que habló mucho en su favor.

—No es culpa suya —replicó Deborah, alzando el mentón.

—¿Es mal momento?

—Eso depende —le advirtió ella y, no teniendo nada que perder, añadió —: Ha sido una semana muy mala. Para serle sincera, me siento un poco maltrecha, así que si ha venido a decirme que no debería haber ido al funeral, déjelo, por favor. Ya capté su mensaje el viernes.

—Fui demasiado duro con usted. He venido a disculparme.

Sorprendida, Deborah se echó hacia atrás.

—Soy yo quien debería disculparse. Eso era lo que intentaba hacer el viernes.

—Lo sé.

—Siento mucho lo del accidente, de verdad. La visibilidad era malísima esa noche. —En aquel instante, olvidó la humillación del viernes y se alegró de que el hermano del señor McKenna hubiera ido a verla. Le ofrecía la oportunidad de dar el pésame que no se le había permitido dar antes—. Lamento mucho la muerte de su hermano. Y también lo siento por la mujer de Calvin. ¿Qué tal está?

—Está bien. Afectada. Furiosa.

La palabra furiosa hizo pensar a Deborah en pleitos judiciales, lo que la llevó a acordarse de Hal. Si no quería que hablara con John, menos quería

que hablara con aquel hombre.

Pero Hal no estaba allí y Deborah no era una ingenua.

—¿Le envía ella?

—¿Selena? No.

—¿Sabe que ha venido?

—No. Y no le gustaría si se enterara. He venido porque intento comprender lo que ocurrió. —Lo cierto era que parecía realmente desconcertado—. Leí el informe de la policía. ¿De verdad no lo vio?

—No hasta un segundo antes del impacto. Era de noche y diluviaba.

—Pero él estaba corriendo. Debería haber detectado el movimiento. ¿Iba hablando con su hija? ¿Estaba distraída?

—¿Pintándome los labios? —preguntó ella, refiriéndose al comentario del cementerio. Se señaló la boca—. ¿Ve mis labios pintados?

—Es domingo por la mañana —dijo él, esbozando una sonrisa—. Está en casa.

—Pues el accidente fue el lunes por la noche mientras volvía a casa —replicó Deborah—. ¿Para qué iba a pintarme los labios? Lo siento, pero no puedo ayudarle. Estábamos mirando la carretera las dos, mi hija y yo, que es lo que se hace cuando llueve de esa manera. Si Cal corría sin ropa reflectante, era imposible que lo viéramos. Así de sencillo.

El hermano no se rindió.

—¿Habló con él mientras estaba allí tirado?

—Estuve llamándole todo el rato, pidiéndole que abriera los ojos, diciéndole que resistiera, que la ambulancia llegaría enseguida.

—¿Le respondió?

—¿No dice que ha leído el informe de la policía?

—Los informes de la policía pueden estar equivocados.

Sus ojos eran muy negros. Deborah no podía apartar de ellos la mirada, igual que le resultaba imposible cerrar la boca.

—Solo si la persona interrogada miente. ¿Y por qué iba yo a mentir sobre eso?

—Buena pregunta.

—Pues aquí tiene otra —dijo ella, herida en su orgullo—. ¿Por qué estaba corriendo en medio de la noche? ¿Por qué corría bajo la lluvia?

—Eso son dos preguntas —contestó él, volviendo a sonreír levemente.

—Y ahí va la tercera —dijo ella, molesta—. ¿Sabía usted que su hermano estaba tomando Sintrom?

La sonrisa se borró al instante.

—No. Al parecer decidió no decírmelo.

—¿Por qué no llevaba un brazalete de alerta médica?

—No pensaba que fueran a atropellarlo.

—Yo tampoco —dijo Deborah, llevándose una mano al pecho—, por eso la gente debe llevar siempre un brazalete o una chapa de alerta médica. Podríamos haberlo salvado. Su mujer tenía que saber que estaba tomando Sintrom. ¿Por qué no dijo nada?

—No puedo responder por Selenia.

—Entonces, ¿por qué no avisó su hermano? Los médicos dicen que estaba consciente. Tengo pacientes que toman Sintrom y, créame, sería lo primero que habrían dicho. Y en caso contrario, tendría que preguntarme si no querían hacerse daño a sí mismos. —Se arrepintió de sus palabras nada más pronunciarlas—. Lo siento. No debería haber dicho eso.

—Entonces, ¿por qué lo ha hecho? —replicó él con aspereza.

—Porque yo tampoco entiendo nada de esto y mi familia está destrozada. —Se echó el pelo hacia atrás y se esforzó por dar con unas palabras más conciliadoras. No se le ocurrió nada y, viendo que el hermano tampoco hacía nada por romper el silencio, añadió—: En todo momento he aceptado la responsabilidad del accidente, pero ¿realmente soy la única responsable? ¿Por qué su hermano no se puso ropa reflectante para asegurarse de que lo verían en la carretera? ¿Por qué no dijo a los médicos que estaba tomando Sintrom? ¿Por qué no lo dijo su mujer si él no podía hacerlo? ¿Por qué usted no sabía que lo estaba tomando?

—La respuesta es otra pregunta. ¿Era responsabilidad mía saberlo? ¿Hay límites a la responsabilidad? —dijo él, lanzándole una mirada desafiante.

—Si cree que yo tengo las respuestas —replicó ella, levantando una mano—, está muy equivocado. En cualquier caso, mi abogado no querría que hablará con usted.

—¿Por qué ha contratado un abogado?

—No lo he contratado. Es un amigo de la familia. Por si le interesa saberlo, él me aconsejó que no asistiera al funeral. Dijo que podía molestar a la viuda, y así fue al parecer.

Él hermano agitó la mano para desechar la idea.

—Ya estaba alterada antes del funeral.

—Lo entiendo. —Deborah no sabía si era peor quedarse viuda o que el marido se fuera de casa de un día para otro, pero desde luego para lo primero no había vuelta atrás—. ¿Se quedará ella en la ciudad? —Al ver que el

hermano no respondía, añadió—: No hacía mucho que vivían aquí, para lo que suele ser habitual en Leyland. ¿Tiene ella amigos en alguna otra parte?

—En realidad no lo sé.

—¿Tiene familia?

—No... no lo sé.

—¿Tiene usted otra familia aparte de Cal?

El hermano negó con la cabeza. Esa circunstancia hacía aún más trágica la muerte del señor McKenna.

—Era un excelente profesor de historia —afirmó Deborah—. A mi hija le gustaba. Era brillante. Es una gran pérdida para la comunidad.

—Sí, realmente era brillante. Es una pena. Y sí, supongo que Selenia se quedará aquí hasta que se resuelva todo.

Una vez más, sus palabras evocaban el espectro del pleito. Deborah comprendió que Hal no quería en modo alguno que hablara con aquel hombre, y estaba a punto de pedirle que se fuera cuando oyó pasos en la escalera. Dylan bajaba con una mano apoyada en la barandilla, poniendo el pie con cuidado en cada escalón. Algo le ocurría.

—¿Cariño?

—No puedo mover el brazo —dijo él, alzando la vista. Haciendo un esfuerzo por calmarse, Deborah se acercó al pie de la escalera y palpó el codo a su hijo.

—¡Ay! —exclamó él.

—Está dislocado —confirmó Deborah, consternada.

—¿Otra vez? —Las lágrimas hacían brillar los ojos de Dylan, agrandados por las gafas—. ¿Por qué me pasa tantas veces, mamá?

—Porque tienes las articulaciones sueltas. Eso es bueno en casi todos los demás aspectos.

—No me lo coloques bien —le pidió Dylan—. Duele.

—Solo será un segundo. Vamos.

Deborah lanzó una mirada de reojo al hermano de Cal McKenna, pero no supo cómo decirle que se fuera. De modo que se limitó a llevar a Dylan a la cocina, lo sentó en una silla y le volvió a colocar el codo en su sitio con destreza. Dylan soltó un aullido y luego gimoteó hasta que el dolor disminuyó. Deborah estrechó la cabeza de su hijo contra sí hasta que notó que finalmente se relajaba. Luego le cogió el rostro con ambas manos y lo besó en la frente.

—¿Mejor?

—Habría valido la pena si hubiera sido papá quien llamaba —masculló Dylan con rabia—. ¿No va a venir nunca a visitarnos?

—Vendrá. Y lo verás el fin de semana que viene.

—En su casa, porque estarán los cachorros, pero yo quiero que venga aquí.

El golden retriever de Rebecca había tenido cachorros dos semanas atrás, y Dylan no había dejado de hablar de ellos desde entonces, lo que hacía su comentario aún más conmovedor.

Deborah no supo qué decir.

Dylan se bajó de la silla y pasó por delante de Tom McKenna, que lo había observado todo desde la puerta de la cocina.

—Eso debe de haberle dolido —comentó, cuando Dylan se fue.

«¿A él? ¿O a mí?», podría haberle preguntado Deborah, pero estaba mareada. Al notar un sudor frío, se sentó y metió la cabeza entre las rodillas.

—¿Se encuentra bien? —preguntó una voz distante.

Al cabo de un rato, pasado el riesgo de desmayo, se incorporó.

—Está muy pálida —dijo él.

—Al menos estoy sentada. Alguna vez me he desmayado y he acabado en el suelo.

—Los médicos no se desmayan.

—Las madres sí. Sufro cuando mis hijos sufren. —Se frotó la nuca y aspiró lentamente una bocanada de aire—. No hay que dejarse llevar por el pánico —dijo en voz alta, como una especie de mantra—. Dylan ya está bien.

—¿No necesita hielo en el codo?

—No.

—Parece un niño muy vulnerable.

—Lo es.

—¿Tiene mal la vista?

—Siempre ha padecido una grave hipermetropía. Cuando tenía siete años desarrolló una distrofia reticular en el ojo derecho. Es una afección de la córnea. Se forman unas líneas irregulares que cada vez se hacen más gruesas hasta que se juntan y la visión del ojo se vuelve borrosa. No se puede hacer nada hasta que tenga edad suficiente para un trasplante de córnea, pero los resultados del trasplante son muy buenos. Si después se reproduce la distrofia, puede tratarse con láser. —Tras lanzar una mirada irónica a Tom McKenna, se puso en pie—. Aunque no sé por qué le cuento todo esto.

—Se lo he preguntado. Debe de ser duro para el chico.

Deborah cogió un vaso del armario y lo llenó de agua helada de la nevera. Bebió unos sorbos y se dio la vuelta.

—Tiene problemas con algunas cosas, como las escaleras y el béisbol.

—Y el divorcio.

Una semana atrás, Deborah tal vez habría hecho una mueca, pero ahora el abandono de Greg le parecía un problema menor comparado con todo lo que se le había echado encima. Señaló la comida de la mesa con expresión desvalida.

—¿Tiene hambre? Ha sobrado mucho. El almuerzo no ha tenido mucho éxito.

—Huele bien. Y hay suficiente para un ejército.

—Ha sido como celebrar una fiesta y que no se presentara nadie —dijo Deborah.

—Me resulta difícil de creer. Por lo que he oído decir, todo el mundo en esta ciudad la adora.

—Eso no lo sé, pero he vivido aquí toda la vida.

—Mi cuñada dice que su marido quería mudarse, pero que usted se negó. Deborah volvió a beber un sorbo antes de contestar.

—Es cierto.

—¿Por eso se rompió su matrimonio?

—En absoluto —respondió ella, aunque durante un tiempo ella misma lo había creído.

—También dice que sus hijos quieren que pase más tiempo en casa, pero que usted solo piensa en trabajar, y que su padre la envía a hacer visitas a domicilio para no tener que compartir la consulta con usted.

Deborah no pensaba dar credibilidad a semejantes acusaciones con una respuesta.

—Su cuñada está destrozada. Está furiosa. Pero ahora mismo mi familia atraviesa por momentos muy difíciles en varios aspectos.

Sonaron pasos en el vestíbulo. Segundos después, Grace entraba en la cocina. Al ver a Tom McKenna, soltó un grito.

Deborah se apresuró a acercarse a ella y le rodeó la cintura con el brazo. Notó que su hija temblaba igual que después del accidente.

—No pasa nada, cariño.

—¿Señor McKenna? —preguntó Grace con el rostro ceniciento.

—No es tu profesor. Es su hermano.

—¿Qué hace aquí? —quiso saber Grace sin dejar de mirarlo.

—Intenta comprender qué ocurrió, igual que nosotros.

—Ha venido a atormentarme —susurró Grace mirando a su madre.

—En absoluto. —Deborah consiguió esbozar una leve sonrisa—. Ha venido a asegurarse de que estamos bien.

Suponía que en cierto sentido no dejaba de ser verdad. Al menos tal como había resultado la visita. Si pensaba presentar una demanda, el señor McKenna había descubierto que las cosas no estaban tan claras como sin duda creía. El Sintrom complicaba mucho la muerte de Cal McKenna.

—Me voy —anunció Tom en voz baja mirando a Deborah—. No es necesario que me acompañe.

Grace se soltó de su madre y salió corriendo al vestíbulo para asegurarse de que el desconocido se había ido. A través del cristal lateral de la puerta vio cómo subía al coche y se alejaba.

—Ha sido interesante —dijo su madre.

—¡Ha sido horrible! —Grace no se dio cuenta de que se estaba mordiendo las uñas hasta que su madre le apartó la mano de la boca—. Es igualito que el señor McKenna.

—Desde luego se nota el parecido familiar. Pero él parece más sólido.

—¿Qué quieres decir?

—Más sólido físicamente. Tu profesor era muy delgado. En la jornada de puertas abiertas del otoño, no dejaba de hacer un gesto nervioso con el dedo, como si se estuviera rascando una picadura de mosquito en la cabeza —explicó Deborah, imitando el gesto.

—No se rascaba —la corrigió Grace—. Se hurgaba el cerebro. Lo hacía cuando pensaba.

—Su hermano no lo ha hecho en todo el rato que ha estado aquí.

—¿Todo el rato? —preguntó Grace con temor—. ¿Cuánto tiempo ha estado aquí?

—Diez, quince minutos.

—¿Asegurándose de que estamos bien? —Grace no se lo había tragado—. Lo sabe.

—¿Sabe qué?

—Lo del accidente. No me quitaba la vista de encima.

—Tú no dejabas de mirarlo. Y has gritado.

—Sabe que ocultamos algo. ¿Ha preguntado por mí?

—No.

—Supongo que habría sido demasiado obvio.

—No lo sabe —afirmó su madre dándole un breve abrazo—. De hecho, quería saber si me estaba pintando los labios y por eso no vi a su hermano.

Grace la miró con asombro y luego se echó a reír.

—¿Eso te ha preguntado? Pues es evidente que no te conoce. Menudo machista.

—Ajá. Bueno, ¿quieres coger el coche y llevarme a casa de Karen?

—No —respondió Grace poniéndose seria.

—Danielle quiere hablar contigo.

—No puedo.

—¿Y Megan? Podrías ir con el coche hasta su casa.

—Esto no es como volver a montar en bicicleta después de una caída, mamá. La gente no muere cuando la atropellas con una bicicleta. Gracias, pero no quiero conducir. Ya sufro bastante cuando pasamos por ese lugar con el coche.

—Tendrás que hacerlo tarde o temprano —le insistió su madre tratando de convencerla.

—Y algún día lo haré.

—No se resuelve nada apartándose de todo el mundo. Tu padre quiere ayudarte, de verdad.

Grace resopló.

—Quiere creer que me ayuda solo porque forma parte de su nueva imagen.

—Al menos lo intenta. Podrías darle una oportunidad.

—¿Como la que te dio él a ti? ¿Te dio acaso la menor pista de que pensaba marcharse? ¿Te dijo que había estado enamorado de Rebecca antes de conocerte a ti, o que habían seguido en contacto después? ¿Te contó siquiera que Rebecca existía? —Grace se sintió horriblemente mal al ver la expresión de sufrimiento de su madre—. Lo siento, mamá. Sé que duele, pero también me duele a mí.

Su madre recobró la compostura y se irguió.

—Quizá necesitemos aceptar de una vez lo que ha ocurrido y seguir adelante. Y lo mismo es válido para el accidente.

—No puedo olvidar que maté al señor McKenna.

—Tú no lo mataste. Sufrió una hemorragia porque nadie sabía que tomaba Sintrom.

—Pero en cualquier caso murió. Su vida ha terminado. Eso no puedo olvidarlo.

Deborah abrazó a su hija.



—No te pido que olvides nada, ni el accidente ni el divorcio. Solo digo que seguir furiosa con tu padre es tan contraproducente como seguir culpándote del accidente. Encerrándote en tu habitación no vas a arreglar nada.

—Ahí me siento a salvo —dijo Grace en voz baja.

—¿A salvo de quién?

—Del mundo, de la gente que se queda mirando, quizá porque sabe cosas que no debería saber.

—Yo no soy el mundo. ¿Cómo es que ya no bajas nunca aquí conmigo?

—Este es tu espacio. Mi habitación es el mío.

Las palabras fluyeron con facilidad. Grace siempre había creído que era diferente de sus amigas porque a ella le gustaba su madre, pero ahora existía un secreto que las separaba.

—¿Desde cuándo hay fronteras en esta casa? —preguntó Deborah.

—Desde que decidiste asumir la responsabilidad de algo que había hecho yo y no quisiste escuchar mi opinión. Es horrible estar siempre pendiente de que alguien descubra la verdad.

—Pero la verdad no es más que un tecnicismo, Grace —insistió su madre, haciendo exactamente lo que ella acababa de reprocharle, demostrando así que no la escuchaba—. Yo era la persona adulta responsable del coche. No tienes por qué esconderte.

—¿Y no lo haces tú? —le espetó Grace, de nuevo furiosa—. No has vuelto al gimnasio desde el accidente.

—¿Y cuándo tengo tiempo de ir al gimnasio? —replicó Deborah.

Pero Grace no iba a dejarse enredar.

—Nunca tenías tiempo para nada, pero siempre ibas al gimnasio cinco días a la semana. Decías que era bueno que la gente te viera para que supieran que no hablabas por hablar al pedirles que hicieran ejercicio. Pero no vas desde el accidente.

—Quiero pasar más tiempo contigo. Me tienes preocupada. Ojalá hubieras ido a la fiesta anoche.

—No, era mejor no ir —replicó Grace cerrando los ojos.

—Cuando ocurre una desgracia —dijo Deborah—, es necesario distanciarse del pasado con nuevas experiencias. Te ayudaría mucho pasar más tiempo con las amigas. Anoche debían de estar todas en la fiesta.

—Y también un barril de cerveza —le espetó Grace, porque era la única manera de cerrarle la boca a su madre.

Deborah se quedó de una pieza. Luego dejó caer los hombros con abatimiento.

—¿Y tú lo sabías?

—Todos lo sabíamos.

—¿Y los padres de Kim?

—Se quedaban con las llaves de los coches. Esto ya lo hemos hablado, mamá. Ya sabes lo que pasa en estas fiestas.

—Pero son tus amigos.

—¿Y se supone que tienen que ser diferentes? —exclamó Grace, exasperada. Su madre esperaba que tuviera montones de amigos, sacara buenas notas y ganara carreras. Vivía engañada. Grace no podía ser perfecta y sus amigos tampoco.

—Todo el mundo se quedaba a dormir en casa de Kim, las chicas arriba y los chicos abajo.

—No por eso deja de estar mal.

—Muchas cosas están mal, pero ocurren. Dices que no pasa nada aunque condujera yo, mientras no se entere nadie. Entonces, si nadie que no haya ido a la fiesta sabe lo de la cerveza, ¿no está todo bien? Si la gente duerme la mona antes de volver a coger el coche, ¿qué mal hacen? Lo malo —siguió diciendo, notando una presión creciente en el pecho— es cuando bebes un par de cervezas y no se lo dices a nadie y luego pasan cosas, como que matas a un hombre. Entonces es realmente malo. —Se le hizo un nudo en la garganta. Agachó la cabeza, dejando caer el pelo hacia delante, se cubrió el rostro con las manos y lloró.

Ya estaba. ¡Lo había confesado!

Lloró silenciosamente, preparándose para la explosión de ira y la decepción de su madre. Quería ser castigada, porque conducir después de haber bebido era realmente malo, y ocultárselo a su madre hacía que se sintiera como si tuviera un trozo de cristal roto en el estómago.

—Oh, Grace —musitó Deborah.

—Es horrible —dijo Grace entre sollozos—. Mira, nosotros no queríamos hacer nada malo; no era más que cerveza y además lo hacen todos.

Su madre le acarició la cabeza.

—Sé que el grupo ejerce una gran presión —dijo—, pero sigo pensando que deberías volver a salir con tus amigos. Quizá anoche no fuera el momento. Si te sirve de algo, cariño, me alegro de que no fueras.

Grace tardó un momento en asimilar las palabras de su madre y otro en comprender que no la había oído. Su confesión se la había llevado el viento.

Deborah no escuchaba, se negaba a ver la realidad.

Y Grace no podía repetirlo.

—¿Por qué ha tenido que venir aquí el hermano del señor McKenna? —dijo sin dejar de llorar—. Esta es nuestra casa y ahora es como... como si nos hubieran violado.

—Eso es un poco melodramático, cariño. Ha venido a nuestra casa porque era aquí donde podía encontrarnos, y ha hecho preguntas sobre aquella noche porque sufre y es una de las pocas cosas que puede hacer para intentar comprenderlo. Intenta averiguar por qué su hermano estaba en la carretera el lunes por la noche con lo que llovía.

Grace apenas la escuchaba. Se sentía más sola que nunca. Dio media vuelta y se dirigió hacia la escalera de caracol que se había construido pensando en su futura boda de ensueño; o eso afirmaba siempre su padre antes de irse corriendo a trabajar, añadiendo lo mucho que quería a su mujer y a sus hijos, y lo mucho que le gustaba su casa. Pero sus padres se habían divorciado, Dylan no veía bien y su madre seguía pensando que Grace era perfecta. Sin embargo, había bebido dos latas de cerveza y el señor McKenna había muerto.

Sencillamente, Grace no sabía qué hacer.

## Capítulo 9

El lunes por la mañana, el desayuno fue muy silencioso.

—¿Todo bien? —preguntó Deborah a Dylan, al ver que su hijo no decía nada, pero él se limitó a asentir con la cabeza.

Deborah se inclinó hacia él, obligándole a mirarla.

—¿Los ojos bien?

Le había visto parpadear con frecuencia durante el desayuno; de hecho, últimamente parpadeaba en exceso. Y por mucho que se dijera a sí misma que había montones de niños con problemas mucho más graves que los de su hijo, ya que el suyo se resolvería en un par de años o tres, no le servía de nada. Como madre, no soportaba la idea de que la vista de su hijo estuviera empeorando.

Dylan volvió a asentir, y aunque Deborah no acababa de creérselo, no podía dejar que sus propios miedos crearan un problema que quizá no existía. De modo que se limitó a incorporarse y preguntó:

—¿Los cereales están bien?

Dylan asintió por tercera vez y siguió con su desayuno.

Con Grace la cosa no fue mejor. Su hija no levantaba la vista del libro de francés.

—¿Tienes examen hoy? —preguntó Deborah poniendo una mano sobre su hombro.

—Mmm.

—¿Difícil?

—Mmm.

Desalentada por la tirantez que percibía, Deborah le dio un cariñoso apretón.

—¿Algo más? —Cuando Grace levantó la vista sin comprender, añadió —: ¿En el instituto? ¿Hoy?

Grace negó con la cabeza y reanudó el estudio.

El trayecto en coche hasta la ciudad solo fue un poco mejor. A primera vista, Grace parecía seguir estudiando. Después, Deborah se dio cuenta de

que su hija tenía la cabeza inclinada sobre el libro, pero no miraba la página. Tan distraída estaba, que dio un respingo cuando Deborah le tocó la mano.

—Esta semana irá mejor —dijo Deborah con dulzura.

—¿En qué?

—Será más llevadera.

—¿Tú lo llevas mejor? —preguntó Grace en tono acusador.

Deborah meditó la respuesta.

—Sí. Aunque eso no significa que no esté afectada ni que no siga dándome un vuelco el corazón cuando recuerdo que el señor McKenna ha muerto. No significa que no lo lamente. —Y añadió, desesperada por iniciar una conversación—. Tus sentimientos son absolutamente normales, Grace. No serías la chica sensible que yo conozco si no te sintieras así.

Grace apartó la vista.

—Lo digo en serio —le aseguró Deborah, pero Grace no la miró, y en medio del silencio se preguntó si había hecho lo correcto después del accidente. Grace siempre había sido una chica muy alegre, siempre optimista, siempre locuaz. Ahora se mostraba siempre circunspecta.

Deborah echaba de menos la estrecha relación que tenían antes.

Hubiera querido explicar a su hija que la comprendía, que sus sentimientos eran totalmente lógicos, pero Grace persistió en su silencio hasta que Dylan bajó del coche al llegar al colegio. Entonces Grace miró a su madre y le dijo con frialdad:

—No debería haberte contado lo de la bebida. ¿Se lo vas a decir a alguien?

—Quiero que sigas contándome ese tipo de cosas —contestó Deborah, acongojada—. Puedes confiar en mí. Todo lo que me dices queda entre nosotras.

—Si se lo dices a alguien, mis amigos me odiarán.

—¿Alguna vez he traicionado tu confianza?

—Yo ni siquiera estaba allí —le advirtió Grace—, así que no sé con seguridad si realmente había un barril de cerveza. Si no lo había, me meterías en un lío por nada. Y ya tengo suficientes problemas por ahora.

—El accidente fue un accidente, cariño, no es un problema para ti.

—¿Sabrás algo hoy del informe de la policía?

—No lo sé. Pero no hay nada de que preocuparse. No conducíamos temerariamente.

—Nosotras no conducíamos, conducía yo. ¿Lo dirá el informe?

Deborah se detuvo frente al instituto.

—No... no veo por qué.

—El volante tenía mis huellas —dijo Grace.

—La policía no está buscando huellas —replicó Deborah—. Creen que conducía yo. No han preguntado por ti. Además, toqué el volante después, cuando me agarré a él para inclinarme y sacar los papeles del coche de la guantera.

—¿A propósito? —preguntó Grace, consternada.

—No —contestó Deborah, sintiéndose culpable—. Solo me di cuenta después. —Respiró hondo, un poco temblorosa—. No me mires así, cariño. No lo planeé todo deliberadamente. Si la policía me hubiera preguntado quién conducía, se lo habría dicho. Siempre he valorado la sinceridad. Ya lo sabes. —Grace soltó un bufido—. Y me reconcome esta falta de sinceridad tanto como a ti. Tomé la decisión que juzgué correcta. Puede que no lo fuera, pero ya está hecho.

Grace no dijo nada. Miró el libro y luego la puerta del instituto. Cuando finalmente sus ojos volvieron a posarse en Deborah lanzaron un desafío.

—Entonces, ¿irás luego al gimnasio?

—Sí —prometió Deborah—. Seguro.

Deborah no se ocultaba. Quizá se comportaba con discreción, eso era todo. Pero era lo más apropiado tras la muerte del señor McKenna.

Sin embargo, los comentarios de Grace le hicieron ver las cosas de un modo distinto. Se detuvo en la pastelería como todas las mañanas y saludó a todo el mundo. Cuando una mujer le preguntó qué tal estaba, contestó tímidamente:

—Intentando superarlo.

Se sentó en su butaca habitual y se tomó su café y su bollo con nueces mientras hojeaba el *New Journal of Medicine* a la vista de todo el mundo. Nadie podía acusarla de esconderse.

—¿Algo interesante? —preguntó Jill, que ese día vestía de amarillo intenso.

Dejó su taza sobre la mesa y se sentó.

—¿Algo nuevo sobre lo que no debe hacer una mujer embarazada? Nada de vino, ni de pescado, ni de carne roja. Nada de edulcorantes, ni de cafeína. Nada de dormir del lado derecho, ¿o es del izquierdo? Nada de analgésicos fuertes. Con tantos métodos nuevos de control de la natalidad y tantas normas, las mujeres acabarán por creer que tener hijos no vale la pena.

Deborah sonrió y miró al trío de empleados que servían tras el mostrador.

—¿Lo saben ellos?

—No. He hecho una hornada de Stickies, como todas las mañanas, y nadie se va a dar cuenta de que tomo descafeinado. Estoy ampliando la oferta de Stickies, pero eso podría deberse también a que llega el verano. Mango. Arándanos. Frambuesas. Definitivamente esta es la mejor estación para quedarse embarazada.

—Ojalá se lo dijeras a papá de una vez. Le animaría. La semana pasada no fue nada fácil.

—¿En qué sentido?

—No visitó a sus dos primeros pacientes el sábado por la mañana, y ayer no vino al almuerzo.

—Eso me sorprende —comentó Jill irónicamente—. La última vez que fui, trasegaba mimosas como si no pudiera vivir sin ellas.

—A lo mejor no puede —dijo Deborah—. A veces me preocupa. Pasa las veladas solo.

—Bebiendo.

Deborah asintió con la cabeza.

—Echa de menos a mamá.

—Y yo también, pero no me emborracho para llenar el vacío.

—Tú no estuviste cuarenta años casado con ella.

—No, pero era mi madre. Y también mi socia. Hablábamos de abrir una pastelería cuando yo aún iba al colegio. Apuesto a que no lo sabías.

—No —admitió Deborah, sorprendida.

—Yo pensaba que era perfecto para mí porque siempre me había encantado ayudar a mamá en la cocina, y para ser repostera no hacía falta un título superior. No imaginaba lo mucho que tendría que aprender para llevar un negocio. Pero mamá confiaba en mí. La pobre siempre caminaba sobre la cuerda floja con papá cuando se trataba de mí.

Deborah empezaba a comprender que Ruth Barr siempre había caminado sobre la cuerda floja en un montón de cosas. Michael no era un tirano, tan solo era un hombre con las ideas muy claras. El noventa y ocho por ciento de las veces tenía razón. Inevitablemente, el dos por ciento restante tenía que ver con lo que esperaba de su familia.

Deborah terminó el desayuno y se limpió las manos con una servilleta.

—¿Mamá mintió alguna vez premeditadamente?

—Lo dudo —contestó Jill—. Simplemente no le decía a papá lo que no necesitaba saber.

—Ya. ¿Crees que deberíamos hablar con él sobre la bebida?

—Depende. ¿Hasta qué punto es grave?

—Bebe hasta dormirse.

—¿Todas las noches?

—La mayoría, diría yo. —Deborah se recostó en su asiento—. Le hace falta algo en lo que centrarse. Cuéntale lo del bebé, Jill. Creo que le ayudaría.

—¿Mi bebé debe convertirse en el centro de su ira?

—No, le daría una nueva razón para vivir.

—Oye, si no le basta con lo que tiene, mi bebé no va a ayudarlo. Incluso podría avivar su ira.

—Quizá, pero quizá no.

—¿Afecta la bebida a su trabajo?

Deborah apuró su café y dejó la taza sobre la mesa.

—Se levanta tarde. Está un poco brusco al principio.

—¿Perjudica a su trabajo como médico?

—De momento no. Y le vigilo. ¿Imaginas lo que ocurriría si se equivocara en un diagnóstico porque bebiera entre una consulta y otra? —Su miedo no carecía de fundamento y justificaba pagar un seguro que los cubriera en caso de posible negligencia—. Desde la semana pasada está obsesionado con mi reputación. ¿Y qué hay de la suya? O de la mía, si él cometiera un error. A lo mejor debería hablar con él. A mis pacientes les hablo a menudo de que no deben consentir ciertos comportamientos pensando que así protegen a sus seres queridos. ¿No estaré haciendo yo lo mismo con papá?

Jill alzó una mano y se puso en pie.

—A mí no me metas en eso, Deborah. No sé qué hace papá, porque me mantiene a distancia. ¿Le sirves tú la bebida? No. ¿Le animas a beber? No. ¿Niegas que exista un posible problema? Sí, si se trata de hablar con él, porque te aterra la confrontación. También me aterroraría a mí si estuviera en tu lugar. Mira, en eso tengo suerte. Tu vida está entrelazada con la suya. La mía no.

—Por supuesto que sí —protestó Deborah. Estaba pensando en la rebeldía de Jill en casa y en el colegio, incluso en la cuestión de su embarazo—. Gran parte de lo que haces es un desafío contra él. Siempre ha sido así. Hablando de negación...

—Hay una diferencia —señaló Jill esbozando una sonrisa—. Si tú niegas que tiene un problema con la bebida, tú pagarás las consecuencias. Si yo niego que ejerce cierta influencia sobre mí, no tendré que pagar nada.



Poco después, Deborah aparcaba delante de la casa de su padre. Si el comportamiento de su padre durante el fin de semana era un anticipo de lo que le esperaba hoy, mejor haría preparándose para una discusión. Armándose de valor, se dirigió hacia la cocina.

Y allí estaba él, despierto y lleno de energía, sentado a la mesa de la cocina. Se había vestido, se había preparado el café y se lo estaba tomando mientras leía el periódico. No solo se había comido su bagel, sino que lo había tostado primero, a juzgar por las migas oscuras que quedaban en el plato.

—Buenos días —dijo con alivio.

—Buenos días —dijo él con una sonrisa—. ¿Los chicos están bien?

—Sí. —Deborah se apoyó en la jamba de la puerta—. Tienes buen aspecto. ¿Esa corbata es nueva?

Michael se miró la corbata y la cogió con la mano.

—Me la compró tu madre poco antes de ponerse enferma. No había querido ponérmela hasta ahora. —Alzó la cabeza y guiñó un ojo—. Me dice que debo superarlo y que esta corbata me ayudará. ¿A ti qué te parece?

—Que sí, desde luego —respondió Deborah con una amplia sonrisa. Sentía un gran alivio, tanto por ver a su padre recuperado como por haber eludido una desagradable riña—. ¿Qué más ha dicho?

—Que he estado regodeándome en la autocompasión. —Enarcó una ceja.

—Puede ser. ¿Qué más?

—Que mi comportamiento del sábado saltándome las visitas fue inexcusable.

Deborah agitó una mano.

—¿Inexcusable? Yo lo dejaría en... decepcionante para los pacientes, que habrían preferido verte a ti en vez de a mí.

—También dice que debería haber ido a tu casa ayer. Interesante. Si su padre hubiera ido a almorzar, tal vez la conversación con el hermano de Cal McKenna no se habría desarrollado de la misma manera.

—Te echamos de menos —se limitó a decir—. La semana pasada fue dura. Los niños sufrieron tanto como yo. El almuerzo fue un fiasco sin ti.

—Lo siento —dijo su padre, realmente contrito—. Estaba regodeándome en la autocompasión. Tu madre tenía razón.

Deborah le dio un abrazo, absorbiendo de él la fortaleza que recordaba desde su infancia. La mañana en la consulta fue muy productiva. El mes de mayo traía consigo el polen, que a su vez provocaba un alud de pacientes con

agudos ataques de alergia. Entre estos casos y las habituales urgencias de un lunes por la mañana, Michael y Deborah tuvieron que multiplicarse para atenderlos en sus cuatro salas.

Por suerte, la recepcionista consiguió aplazar dos visitas a domicilio hasta el martes, lo que permitió a Deborah seguir en la consulta después de comer. Por la tarde tenía tan solo visitas para una revisión anual, y dado que a Deborah le gustaba charlar largo y tendido con cada paciente, se sintió agradecida cuando se produjo una cancelación en el último momento. Esto le permitió terminar de clasificar las muestras de sangre antes de sentarse para ocuparse del papeleo.

Cumplir con los requisitos de las compañías de seguros era la parte de su trabajo que menos le gustaba, y empeoraba cada año. Su padre, que abordaba la cuestión desde el punto de vista de la vieja escuela, aún tenía menos paciencia que ella para rellenar impresos. Deborah había terminado con el primero y empezaba con el segundo cuando Michael apareció en su puerta. No era el mismo hombre jovial de aquella mañana; su mano estaba tensa en el pomo de la puerta y tenía una expresión ominosa en la cara.

—Acaba de llamar Dean LeMay —anunció—. Quiere saber por qué no hiciste caso a su mujer la semana pasada.

Deborah se sobresaltó.

—No es verdad que no le hiciera caso. —Recordaba la visita perfectamente—. Me limité a decirle que necesitaba perder peso.

—Dean dice que no mostraste el menor interés por su artritis. Afirma que le dijiste que imaginaba tener un hueso roto solo como excusa para no moverse.

—Yo no le dije eso.

—Le dijiste que tenía que mover el culo y buscar trabajo.

—Es verdad.

—¿Le dijiste eso? —preguntó Michael, enrojeciéndose.

—Por supuesto que no —respondió Deborah, dolida por el reproche de su padre—, y menos aún con esas palabras. Hablé con ella amablemente; además, todo eso ya lo habíamos discutido en otras ocasiones. Se niega a admitir su sobrepeso y el efecto que tiene en sus tobillos. Le aconsejé que intentara caminar un poco por la casa, que es lo que el especialista le ha recomendado también. Se pasa el día sentada en la cocina, papá. Comiendo. Le recomendé que buscara un trabajo a tiempo parcial, para salir de casa.

—Dean lo considera un insulto a su capacidad para mantener a su familia.

—Eso es problema suyo.

—Y nuestro, si deciden cambiar de médico.

—¿Ah, sí? —dijo Deborah, enojándose—. No me pagan por el tiempo que paso conduciendo hasta su casa. Si a Darcy no le gusta lo que le digo, pues que se busque un médico que vaya a verla y le diga lo que quiere oír. Si la artritis le parece mala, ya verá cuando empiece con la diabetes o con el corazón, porque así es como acabará.

—Le he dicho a Dean que le llamaría cuando hubiera hablado contigo. ¿Qué quieres que le diga?

—¿Y por qué te ha llamado a ti? —quiso saber Deborah, todavía indignada—. ¿Por qué no me ha llamado a mí directamente? —Levantó una mano—. De acuerdo. Supongo que está entre la espada y la pared. Darcy necesita un chivo expiatorio y yo soy el que tiene más cerca. —Sonó su teléfono.

—¿Qué le digo? —volvió a preguntar su padre.

Deborah puso una mano sobre el teléfono. La llamaban por la línea privada, lo que significaba que eran sus hijos o Jill o uno de los pocos amigos que tenían su número.

—Que estuve un buen rato charlando con Darcy, precisamente porque siempre hago caso a mis pacientes, pero que el sobrepeso es un problema grave y que tanto tú como yo deseáramos hablar con los dos si son tan amables de venir hasta aquí.

Deborah esperó a que su padre diera media vuelta para levantar el auricular.

—Hola —dijo, todavía con cierta brusquedad.

—Oh, oh —respondió la voz indecisa de Karen—. ¿Quieres que te llame en otro momento?

Deborah dejó escapar un suspiro.

—No, no, K. No pasa nada. Solo acabo de tener una desagradable discusión con mi padre sobre uno de nuestros pacientes. —Aún estaba resentida por la llamada de Dean LeMay, pero hizo un esfuerzo por relajarse—. ¿Estás bien?

—Bueno, el codo está mejor, lo que significa que tú tenías razón, pero también que tengo que bajar el ritmo con el tenis y eso no me entusiasma. En realidad no te llamaba por eso. Primero, ¿cómo está Grace? Danielle ha intentado hablar con ella varias veces, pero ni siquiera contesta a los mensajes de móvil.

—Lo está pasando mal.

—Dani podría ir a verla esta noche.

—Es un ángel —dijo Deborah, agradecida—. Espero que Grace quiera hablar con ella. Dile a Dani que no se rinda.

—Oh, no lo hará. Os quiere mucho —le aseguró Karen, soltando un resoplido. Poniéndose seria, añadió—: También quería preguntarte por Hal. ¿Está ahí?

—¿Aquí? No. ¿Por qué?

—Me ha dicho que iba a verte para hablar sobre Cal McKenna. A Deborah se le aceleró el pulso.

—¿Tiene noticias de John?

—No que yo sepa.

—¿No ha mencionado el informe del accidente?

—No. Solo dijo de pasada que iba a verte. No parecía preocupado.

Deborah se relajó un poco.

—Bueno, entonces será que aún no ha llegado.

—Su secretaria está intentando hablar con él. No contesta al móvil.

—¿No estará jugando al golf?

—El lunes por la tarde no juega. Y menos sin decírmelo.

Deborah sabía lo que estaba pensando. No tenía nada que ver con el riesgo de que hubiera tenido un accidente de coche, sino más bien con la llamada telefónica que había recibido la semana anterior.

—¿Ha vuelto a llamar aquella mujer? —preguntó Deborah en voz baja.

—No —respondió Karen bajando también la voz—. Pero a Hal le pasa algo. Salta por cualquier minucia, como cuando vuelvo a meter los cubos de reciclaje vacíos en el garaje y no los dejo en orden. O cuando separo la propaganda del resto del correo y la tiro. Lo llevo haciendo desde hace años. Anoche, me dijo que a lo mejor él quería algo de esa propaganda y que no tenía derecho a censurarle el correo. ¿Puedes creerlo?

—Quizá esté pasando por un mal momento en el trabajo —aventuró Deborah. Sonó el interfono—. ¿Un fiscal difícil? ¿Un cliente problemático?

—No lo sé. No me lo ha dicho. En cuanto empiezo a preguntarle se enfada. Quizá esté pasando por la crisis de la mediana edad. Creo que es eso.

—Karen hizo una pausa—. ¿Verdad?

—Podría ser.

—Entonces lo es —decidió Karen—. Gracias, Deb. Siempre eres una gran ayuda.

Deborah no había hecho nada y también se sentía culpable por ello.

—Si aparece por aquí le diré que te llame. —El interfono volvió a sonar—. Tengo que dejarte, me llaman. Dale un poco más de tiempo, cariño. Quizá

ni siquiera se haya dado cuenta de que lleva el móvil apagado.

Hal no podía vivir sin su móvil. Si lo tenía apagado, era adrede. Deborah supuso que Karen también lo sabía, pero ninguna de las dos mujeres estaba dispuesta a decirlo en voz alta.

—Seguro que es eso —dijo Karen—. Atiende tu llamada. ¿Tomamos un café luego?

—No puedo. Le he prometido a Grace que iría al gimnasio a hacer un poco de ejercicio. —Y lo importante era sobre todo que la vieran en el gimnasio—. ¿Quieres que quedemos allí para sudar juntas?

—¿A qué hora?

—A las cuatro y media.

—Perfecto. Vamos, contesta a tu llamada.

Deborah pulsó el botón del interfono.

—¿Sí, Carol?

—Tengo a Tom McKenna por la línea tres. No es un paciente. Dice que es personal.

«Personal» era de las palabras que podían utilizarse. Había otras, como «peligroso», porque no debería hablar con él. Sin embargo, el domingo por la mañana se había mostrado bastante amable, y si tenía alguna noticia sobre el Sintrom que tomaba su hermano, ella quería saberlo.

—Ya lo cojo —dijo, y pulsó el botón.

—¿Es mal momento? —preguntó una voz que empezaba a serle familiar.

—No, no, estoy terminando. ¿Ha ocurrido algo?

—Me temo que ayer le di un buen susto a su hija. ¿Está bien?

«¿Dos muestras de preocupación en otros tantos días?», se preguntó Deborah con recelo. No podía olvidar la escena del cementerio, y mucho menos que había sido su coche el que había provocado la muerte al hermano de Tom McKenna.

En cualquier caso, su preocupación parecía sincera, de modo que respondió:

—Es muy amable por llamar. Está bien. Aún está muy afectada por el accidente, pero ya ha aceptado que no es usted el fantasma de Cal. Se le parece mucho, la verdad.

—Salimos a mi madre —respondió él en tono más desenfadado, después de una pausa.

—¿Estaban muy unidos?

—A nuestra madre no —contestó Tom.

—¿Su hermano y usted?

—A temporadas. —Tom vaciló antes de añadir con resignación—: En general no. Teníamos personalidades completamente distintas.

—¿En qué sentido? —preguntó Deborah con natural curiosidad.

Se produjo un breve silencio. Deborah pensó que tal vez había sobrepasado los límites, que Tom cambiaría de conversación, pero finalmente le contestó en tono reflexivo:

—A él le gustaba el orden. Le gustaba saber qué iba a ocurrir. Por eso le gustaba la historia. Leyendo un libro de historia no cabían sorpresas, ya sabía cómo iba a acabar. Cal lo llamaba pulcritud. Con su casa ocurría igual, todo estaba absolutamente organizado, cada mueble en su sitio, los libros a la perfección; ordenados; había tres conchas de nautilo dispuestas sobre la repisa de la chimenea. Le gustaba la precisión.

Animada por la larga respuesta, Deborah siguió preguntando.

—¿Y usted?

—Yo soy un vago.

La respuesta fue tan directa e inesperada que Deborah se echó a reír.

—¿Lo dice en serio?

—Totalmente.

—¿Para distinguirse de su hermano mayor?

—No. Yo tenía cuatro años más que él.

—No hay nada malo en ser vago.

—Lo hay —observó él—, si eso significa que eres incapaz de ver nada. No dejas de pensar que debería haber sabido que mi hermano tomaba Sintrom.

—¿Y cómo iba a saberlo si él había decidido no decírselo?

—Hacía tiempo que no hablábamos. No debería haber dejado que pasara tanto tiempo. —Su tono se relajó un poco—. Aún sigo tratando de averiguar por qué estaba tomando ese medicamento. ¿Qué sabe usted de él?

—El Sintrom es un anticoagulante. Suele utilizarse tras un ataque al corazón o un derrame cerebral, para impedir la formación de coágulos en arterias y venas.

—¿Debo suponer entonces que Cal tuvo un ataque al corazón o un derrame cerebral?

—No. Puede que tuviera un coágulo, en cuyo caso le habrían recetado el Sintrom para impedir que apareciera otro. En realidad era muy joven para eso.

—Pero podría ser —explicó Tom—. Mi padre tuvo un derrame cerebral a los cuarenta y ocho. —Hizo una pausa y luego preguntó en tono cauteloso—. ¿Habría podido tomar el Sintrom por prevención?

—Lo dudo. El riesgo de efectos secundarios sería demasiado grande. — Deborah se preguntó si Tom la estaba poniendo a prueba. Pero era médico y, dolida aún por la llamada de Dean LeMay, dio a Tom la explicación que le pedía—. Por lo general, una persona con esos antecedentes familiares se sometería a revisiones periódicas. Mantendría un peso adecuado y vigilaría la presión arterial y el nivel de colesterol. ¿Hacía su hermano esas cosas?

—Estaba delgado. Lo demás no lo sé.

—¿Le preocupaba que le ocurriera lo mismo que a su padre?

—Nos preocupaba a los dos.

—¿Toma usted precauciones?

—No. Pero a los vagos no nos gusta la disciplina —respondió—. Me volvería majareta si tuviera que tomar pastillas cada día. Cal se las tomaba como si fueran caramelos.

—¿Medicamentos?

—Vitaminas. Si tomaba algo más fuerte, no lo sé. ¿Podría ser que hubiera tomado demasiado Sintrom?

—Es posible, pero incluso una dosis normal puede provocar hemorragias. Por eso las advertencias son bien visibles.

—¿Cuál es la dosis normal?

—Una pastilla al día durante un período que varía según el paciente. Algunas personas lo toman de tres a seis meses. Otras deben tomarlo durante toda la vida. Suele ocurrir con pacientes que han sufrido varios ataques. Pero no creo que pudiera haberle ocurrido a su hermano sin que nadie más lo supiera.

—No —convino Tom, y añadió—: ¿Cómo sabe usted todo esto? ¿Receta usted Sintrom? ¿O lo miró después de que Cal muriera?

Deborah sonrió.

—No, yo no lo receto, pero leo revistas médicas. Hablo con colegas en conferencias. Aprendo de los especialistas que visitan a mis pacientes. Una cosa es segura. Las personas que toman Sintrom tienen que hacerse revisiones exhaustivas. Ningún médico volvería a extender una receta de Sintrom sin antes haber llevado a cabo exámenes y pruebas, y ese tipo de pruebas no las haría un médico de cabecera como yo. Si el estado de su hermano exigía que tomara Sintrom, tenía que recetárselo un especialista. Su compañía de seguros lo sabrá.

Tom carraspeó.

—Sí. He hablado con ellos esta mañana. El problema es la confidencialidad. No van a proporcionarme ninguna información a menos que

Selena firme una autorización.

Deborah notó cierto resquemor en la forma en la que Tom pronunciaba el nombre de su cuñada. Envalentonada, siguió preguntando:

—¿Y por qué no iba a firmar la autorización? Necesitaré esos datos si piensa demandarme. —Y si lo hacía, se recordó Deborah a sí misma, Tom se convertiría en su adversario—. Por cierto, mi amigo el abogado no estaría muy contento con esta conversación. Tendría miedo de que dijera alguna cosa que después ustedes pudieran utilizar en mi contra ante un tribunal. Solo quiero que sepa que estoy siendo sincera con usted. Yo también quiero respuestas.

—Me he dado cuenta. Por eso la he llamado.

También él parecía hablar con sinceridad, a menos que fuera un extraordinario actor. Deborah se dijo que debía seguir hablando con él para averiguarlo.

—¿Qué tal está Selena?

—No lo sé. Hoy no he hablado con ella.

—Oh —dijo Deborah, sorprendida—. ¿No está usted en su casa?

—Dios, no. Vivo en Cambridge.

—Cambridge. —Eso sí que era una sorpresa. Deborah había supuesto que Tom vivía en otro estado y que había venido por el funeral. Cambridge quedaba bastante cerca en coche. Pero también estaba ese «Dios, no» que dejaba entrever una escasa simpatía hacia su cuñada. De todas formas, Deborah estaba más interesada en la relación entre los dos hermanos—. ¿Y no veía a su hermano a menudo?

—Si nos hubiéramos visto, quizá habría estado más informado acerca de su salud —replicó Tom—. Y si hubiera estado más informado tal vez habría podido alertar a los médicos. Eso suponiendo que Selena me hubiera llamado antes. Tal vez lo habría hecho si Cal y yo hubiéramos estado más unidos. ¿No es patético que dos hermanos no sepan nada de la vida del otro?

—Ocurre más a menudo de lo que cree —respondió Deborah, comprensiva.

—¿Eso lo hace menos patético?

—No.

Se produjo un breve silencio.

—Gracias —dijo luego Tom en voz baja.

—¿Por qué?

—Por ser sincera. Es más fácil engañarse que ser sincero con uno mismo. Apuesto a que es usted muy directa con su familia.



—¿Por qué dice eso? —preguntó Deborah, desconcertada.

—Porque me parece una persona sincera.

¡Qué ironía! A Deborah se le ocurrió entonces que tal vez, solo tal vez, Tom le estaba tendiendo una trampa.

—Hay una diferencia entre ser sincero y ser directo. Cuando uno es demasiado directo puede hacer daño. Yo intento ser sincera sin hacer daño.

—Veo que dispara con puntería.

Otra ironía.

—Por lo general sí.

—¿Y cuándo no lo hace?

Deborah respiró hondo antes de contestar.

—Cuando para ser sincera debo traicionar la confianza de otra persona. — Deborah estaba pensando en la discusión con Grace de esa misma mañana—. Mi hija me cuenta cosas sobre sus amigos que no puedo decir a nadie.

—¿Cosas serias?

—A veces. A veces es peliagudo. Si Grace me dijera que una de sus amigas se autolesiona, me resultaría muy difícil mantener el secreto. La automutilación es un grito de socorro.

—¿No lo entendería Grace?

—Eso espero. Tal vez no quisiera conocer los detalles, como a quién llamaría, pero seguramente le aliviaría poder compartir la responsabilidad.

—Porque confía en su madre. ¿En quién confía usted? ¿Con quién comparte las responsabilidades?

—Tratándose de trabajo, con mi padre.

—¿Y en casa?

—A veces con mi hermana, pero casi siempre estoy sola.

—¿No la ayuda su exmarido con los niños?

«Desde luego. Llama por teléfono todos los días», le habría gustado decir. Habría sido menos humillante para ella; claro que, ¿no estaban hablando de sinceridad?

—Activamente no —respondió, tratando de dar a su voz un tono optimista—. En este momento se encuentra en otra etapa de su vida.

—Sigue teniendo dos hijos.

—Da por supuesto que yo puedo ocuparme de ellos.

—¿Y a usted le da igual?

—Por supuesto que no —se ofendió Deborah—. Todo el mundo da siempre por supuesto que yo puedo ocuparme de todo, así que cada vez me cargan con más responsabilidades, ¡y a veces la responsabilidad es una

auténtica porquería! —Justo entonces vio a Hal en la puerta de su despacho —. Hablando de responsabilidades, tengo que dejarle. ¿Le parece si... le doy el número de mi móvil? —preguntó.

—Sí, por favor —respondió Tom, y una vez apuntado, añadió—: Lo tengo.

—¿Me llamará si se entera de algo?

—Por supuesto.

Fingiendo que había hablado con cualquiera menos con el hombre que podía demandarla por haber matado a su hermano, colgó y miró a Hal, que tenía una expresión sombría. Deborah sintió una punzada de temor.

—¿Has hablado con John?

—Esta mañana —respondió él—. No hay noticias. Quería comentártelo porque puede que tarden una semana más por culpa de la gripe. Andan escasos de personal para interpretar los datos.

Deborah se sintió abatida. Por mucho que se repitiera a sí misma que Grace no había hecho nada malo, no descansaría hasta que el informe de la policía estatal lo avalara.

—¿Y si se tratara de un conductor borracho que se hubiera lanzado contra una multitud y hubiera matado a cinco personas? ¿Se retrasaría el informe por culpa de las bajas por enfermedad, permitiendo que persistiera la amenaza en la carretera?

—No. La amenaza estaría bajo arresto. Ocurre como en todo lo demás. Unos casos tienen prioridad sobre otros. El tuyo no es urgente.

—Muy amables por su parte —dijo ella con sorna—, pero soy yo la que está en el limbo. En cambio tú pareces recién salido de la sauna. —Hal tenía el pelo húmedo y recién peinado, y las mejillas un poco encendidas.

—De la sauna no —dijo él—, de jugar a racquetball.

La voz preocupada de Karen resonó de nuevo en los oídos de Deborah.

—¿Y dónde se juega a eso?

—En un gimnasio de Boston —respondió Hal con una sonrisa de suficiencia—, no lejos de los tribunales.

—No sabía que jugaras al racquetball.

—Y no lo hago, pero algunos amigos míos son unos auténticos forofos. He ido a probar para ver si me gustaba.

—¿Y? —preguntó Deborah, pensando que un gimnasio en Boston le permitiría justificar ausencias de varias horas.

—Podría ser —respondió él. Parecía agradablemente sorprendido—. ¡No he sudado ni nada! Desde luego es un buen ejercicio cardiovascular. ¿Qué

opinas tú? ¿Debería apuntarme?

—Lo que opino es que deberías buscar un lugar más cerca para jugar —respondió Deborah—. Que juegue contigo Karen.

—K juega a tenis —replicó él con soltura—. No tiene tiempo para el racquetball.

—Lo tendría si tú se lo pidieras.

—¿Y que me gane? No, gracias. —Hal ladeó la cabeza—. ¿Te ha llamado?

Deborah asintió.

—Le dije que estaría en Boston —se quejó él—. Ha hecho que mi secretaria llamara a todas partes. No sé qué le pasa últimamente.

—Nada que no puedas resolver contestando al móvil. ¿Y si algún cliente quisiera hablar contigo?

—No hay ningún cliente tan importante que no pueda esperar una hora.

—Si eso es cierto —dijo Deborah, y solo era broma en parte—, puede que deba buscarme otro abogado. Cuando John te llame, quiero saberlo de inmediato.

## Capítulo 10

Deborah volvió a centrarse en los impresos que tenía sobre la mesa del despacho, pero su cabeza estaba en otra parte. Cuando no se mortificaba con la llamada de Dean LeMay, veía el rostro inteligente de Hal o pensaba en Cal McKenna. Basándose en lo que había dicho su hermano, le parecía que Cal era un poco maniático. Pero ¿acaso no lo era también ella? Le gustan las cosas claras y bien planeadas. Se identificaba con la tranquilidad que sentía Cal al saber cómo acababan los libros de historia.

Durante los primeros meses después de que Greg se hubiera marchado de casa, una de las cosas más duras que había tenido que afrontar era no ver las cosas claras. Incluso cuando estaban ya tramitando el divorcio, una parte de ella seguía creyendo que Greg despertaría finalmente y se daría cuenta de que estaba cometiendo una estupidez. Siempre le había echado la culpa a él, pero ahora que la ira por el divorcio se había difuminado, comprendía que la culpa era relativa, que Greg y ella la compartían.

¿Y lo de mentir sobre quién conducía el coche cuando atropellaron a Cal McKenna? Eso lo había hecho ella sola. Era un peso que se hizo aún más evidente poco después, cuando sonó el teléfono y descolgó. Era Mara Walsh, la psicóloga del instituto.

—Sé que debes de estar muy ocupada, Deborah. La semana pasada no tuvo que ser nada fácil para ti, pero estoy preocupada por Grace.

—¿Por qué? —preguntó Deborah, tragando saliva.

—Sus compañeros ya han asimilado la muerte del señor McKenna bastante bien. Pusimos a su disposición el equipo de psicólogos para ayudarles, pero apenas ha sido necesario. A todos les gustaba Cal, pero su muerte no les ha afectado a nivel personal. Algunos profesores entablan una relación especial con sus alumnos, pero no era el caso de Cal.

—¿Y Grace? —preguntó Deborah.

—Grace tiene un motivo concreto para sentirse más afectada. Vio cómo ocurrió. Yo daba por sentado que la semana pasada sería dura para ella, y lo de la carrera del sábado, bueno, era comprensible. Pero esperaba que después

del fin de semana estaría mejor. Y no lo está. No hace caso a sus amigos y deambula por el instituto sola con la cabeza gacha. Su lenguaje corporal lo dice todo.

—Está disgustada —reconoció Deborah.

—John Colby acaba de estar aquí preguntando por ella.

A Deborah le empezó a latir el corazón con más fuerza.

—Ha venido a recoger a su mujer —explicó Mara—. Da clases de lectura...

—Lo sé, pero ¿ha preguntado concretamente por Grace?

—Ellen le había contado que no estaba bien. Ha mencionado que el fin de semana pasado hubo una fiesta y ella no fue.

—Sí, en casa de Kim Huber, pero ¿cómo lo sabía John?

—Me ha dicho que había hablado con los padres de Kim. Quería saber si a Grace le iba bien en el instituto.

—¿Y qué le has dicho?

—Exactamente lo que acabo de decirte a ti, que Grace no está bien. Me gustaría hablar con ella, Deborah, si no te importa.

—Pues claro que no —contestó Deborah. ¿Qué otra cosa podía decir?—. Pero no estoy segura de que ella quiera. Tampoco sé si es un buen momento. Ya sabes lo que ocurre a esa edad, Mara. Cuando alguien recibe ayuda especial y los demás se enteran, empieza a pensar que realmente le pasa algo. Grace está atravesando una situación delicada, pero no creo que sea nada que no se cure con el tiempo. No quiero que se sienta como si la observaran al microscopio.

—Podría verla después de clase.

—Tiene entrenamiento.

—Pues por la noche, si ella quiere. Seguro que tú ya has hablado con ella, así que yo no haré más que repetirle lo mismo, pero esta mañana tenía un aspecto tan desdichado... Me gustaría que supiera que puede acudir a mí si me necesita.

¿Cómo podía negarse Deborah sin parecer la mujer más fría del mundo?

—Está bien, Mara. Es un consuelo saber que te tienen ahí. Pero plantéaselo como algo opcional, ¿de acuerdo? Si no está preparada para hablar, déjalo.

Grace se encontraba en la pista de atletismo, doblada sobre sí misma con las manos apoyadas en las rodillas y la vista fija en el suelo de tartán. Chorreaba

sudor y jadeaba. Estaba hecha polvo.

—Buena carrera, Grace —dijo el entrenador, acercándose al trote.

—Ha sido horrible —replicó ella, resollando y sin apenas levantar la vista.

—¿Bromeas? Has empezado estupendamente. Habías puesto la directa para conseguir tu mejor marca personal.

—La había puesto, sí, pero al final lo he estropeado.

—Oye, teniendo en cuenta que el fin de semana estabas enferma, la carrera ha sido más que buena. Sigue así, Grace. —El entrenador se alejó de nuevo al trote.

«Sigue así, Grace». La frase le dolió porque Grace había intentado realmente correr bien. Se había concentrado en la respiración y en la zancada, impidiendo que el accidente se entrometiera, y se había sentido muy bien. Pero entonces había visto a John Colby y todo se había ido al garete. Al menos le había parecido que era él. No estaba segura porque se alejaba caminando y muchos hombres de su edad llevaban camisas caqui y pantalones oscuros. Pero ¿quién si no merodearía por la pista de atletismo a las cuatro de la tarde? Había ido a vigilarla porque lo sabía todo.

—¡*Bonjour*, Grace!

Grace se dio la vuelta. Su profesora de francés se acercaba caminando por la pista.

—Me alegro de haberte encontrado —dijo la mujer—. No quería tener que llamar a tu casa.

En un suspiro Grace volvió a la clase de francés de la mañana; veía cómo su lápiz rellenaba la hoja del examen. Estaba pensando que no debería ser tan fácil, cuando de repente su mano se había quedado paralizada y las respuestas habían dejado de acudir a su cabeza.

—¿Podemos hablar del examen? —preguntó madame Hendricks.

Grace se incorporó y parpadeó para ver bien a la profesora de francés.

—Claro —contestó, extrañamente con escasa emoción.

—No te ha salido muy bien —comentó la profesora.

—No había estudiado —mintió Grace. En otro tiempo, semejante mentira le habría parecido inconcebible.

—No es propio de ti. Has sido mi mejor alumna este curso. Te sabías la materia. Aunque no hayas estudiado, deberías haber sacado una buena nota. —Al ver que Grace no decía nada, añadió—: Me preocupaba que estuvieras enferma, pero te he visto correr bien. ¿Te preocupaba algo esta mañana?

—No podía concentrarme.

—Eso no está bien.

—Lo sé —dijo Grace.

—Bueno. Ha sido una semana difícil con la muerte del señor McKenna. Lo he estado pensando toda la tarde. Podría pedirte que volvieras a hacer el examen, pero ya sabemos que lo harías bien. Así que olvidaremos este examen. No lo sumaré al resto de notas. Eres demasiado buena estudiante para perjudicarte por un solo día malo. ¿Te parece bien?

No, a Grace no le parecía bien. Si le hubiera pasado a cualquiera de sus amigos, habrían tenido que enfrentarse con las consecuencias. Habrían tenido que repetir el examen. Habrían tenido que hablar con su tutor. El fracaso no se aceptaba en Leyland. Sus alumnos eran estrellas rutilantes que tendrían un éxito espectacular en la vida. Era para vomitar.

¿Lo entendería madame Hendricks? No. Así que Grace se limitó a asentir.

—Bien. Será nuestro pequeño secreto. Lo achacaremos a un mal día. *Au revoir, mademoiselle*. —La profesora se alejó con aire complacido.

Grace se quedó mirándola, en absoluto complacida. Y no era solo el examen de francés lo que le disgustaba. Antes, su vida tenía límites. Tenía unas expectativas ciertas. Pero últimamente se estaban quebrantando todas las reglas. Su padre había engañado a su madre. Su madre había mentido a la policía. Madame Hendricks había creado «un pequeño secreto». Y sus amigos compraban barriles de cerveza.

Antes Grace sabía dónde estaba. Sabía cómo iba a desenvolverse su vida. Pero ahora ya no.

A varias manzanas de distancia del instituto, en el gimnasio, Deborah se esforzaba en la máquina elíptica ejercitando brazos y piernas. Resollaba y sudaba a mares. Llevaba cuarenta minutos.

—¿Qué haces? —preguntó Karen desde la máquina contigua.

—¿Hmmm? —Deborah levantó la vista, sorprendida.

—Parece que estés luchando en la guerra.

—El ejercicio sienta bien —dijo Deborah entrecortadamente, esbozando una sonrisa.

—Quizá a ti —dijo Karen, deteniéndose—, pero yo no puedo más. —Apagó su máquina, cogió la toalla de la barra y se secó la cara—. Ni siquiera habría estado tanto rato si no me hubieras prohibido jugar a tenis.

—Prohibido no —consiguió decir Deborah sin dejar de mover enérgicamente brazos y piernas—. Aconsejado. Es mi trabajo.

Karen se pasó la toalla por los brazos.

—¿Quieres que te espere?

Deborah negó con la cabeza.

—No, vete. Yo seguiré un poco más.

Karen le lanzó un beso y se fue. Su máquina la ocupó poco después la bibliotecaria, que saludó a Deborah con una inclinación de cabeza antes de ajustarse los auriculares de su aparato de música.

Deborah siguió diez minutos más. Se bajó de la máquina e hizo unos estiramientos antes de encaminarse al vestuario.

Tropezó en la puerta con Kelly Huber. Era la hermana mayor de Kim, la amiga de Grace que había dado una fiesta el sábado anterior, y Deborah era su médico de cabecera desde hacía tiempo. Era ella la que había cancelado la cita de la tarde con la excusa de que tenía un fuerte dolor de cabeza.

—Hola, Kelly —saludó Deborah, sintiéndose más tranquila y con la respiración más regular—. Bienvenida a casa. ¿Ya ha terminado el semestre de primavera?

Kelly se sobresaltó y no pareció muy feliz de verla.

—Terminé la semana pasada.

—Estás estupenda —comentó Deborah—. Supongo que ya te encuentras mejor.

—Un poco —contestó Kelly y miró a un lado y a otro con nerviosismo.

Su madre apareció en aquel momento. Emily Huber se había hecho reflejos en el pelo y lo llevaba recogido en una cola de caballo igual que su hija. Deborah sonrió.

—Debes de estar encantada de tenerla en casa. —Al ver que Emily no contestaba, se volvió hacia Kelly—. ¿Planes para el verano?

—Bueno, no estoy segura. Puede que haga prácticas. —Lanzó una rápida ojeada a su madre—. Iré empezando. —Sonrió a Deborah con aire azorado y pasó por su lado.

Deborah aún intentaba comprender qué pasaba cuando Emily le dijo:

—Esto no ha sido muy agradable para mi hija.

—¿Por qué? ¿Por haber cancelado su cita? —preguntó Deborah, frunciendo el ceño.

—La he cancelado yo —replicó la madre—. Después de lo que ocurrió el sábado por la noche, será mejor que cambie de médico. Y también Kim. Pasaré a finales de semana para recoger sus historiales.

—¿Qué ocurrió el sábado por la noche? —preguntó Deborah, confusa.

—¿Tenías que llamar a la policía?

—¿Perdón?



—¿Solo porque Grace no quería ir a la fiesta de mi hija?

—Yo no llamé a la policía.

—Les dijiste que era por el ruido, pero las dos sabemos la verdad. Esperabas que mandaran una patrulla a casa —añadió Emily, pero se calló brevemente cuando pasaron dos mujeres y las miraron con curiosidad—. Pero a Marty y a mí ya nos conocen. Confían en nosotros, quizá más de lo que confían en ti en estos momentos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Deborah con una idea inquietante en la cabeza. Siempre había la posibilidad de que Grace le hubiera contado la verdad a Kim.

—Del accidente de la semana pasada —contestó Emily mirándola con dureza—. Calvin McKenna era uno de los mejores profesores del instituto. No era de ese tipo de hombres que van por ahí corriendo temerariamente. Debías de ir a demasiada velocidad con la lluvia...

—Perdona —le interrumpió Deborah—, pero iba muy despacio.

—De acuerdo —dijo Emily, alzando ambas manos—, pero no finjas que no hiciste nada malo. ¿Llamas a la policía para acusar a otras personas, cuando tú misma les has mentido?

—¿En qué les he mentido? —quiso saber Deborah.

—Es lo de siempre. Te tomas unas copas y luego dices que son los demás los que tienen un problema con la bebida.

—Yo no bebo.

—Bueno, pues tu padre sí, así que solo es cuestión de tiempo.

—¿Qué? —Deborah se sentía como si la hubieran golpeado.

—Oh, vamos —dijo Emily—. Todo el mundo sabe que el doctor Barr acompaña la comida con algo más que una Coca-Cola. No habría dicho nada si no hubieras llamado a la policía el sábado por la noche. —Con una mirada desdeñosa, se fue a buscar a su hija.

La relajación que Deborah había sentido después del ejercicio físico había desaparecido. Se dirigió a su taquilla muy alterada, y no era la mención del accidente lo que más la había disgustado. No sabía que su padre bebiera a la hora de comer. Si lo hacía, tenían un problema.

Una de las mujeres que había pasado por delante mientras Emily lanzaba sus acusaciones estaba cerca. Cuando Deborah levantó la vista, la mujer miró hacia otra parte.

El accidente era del dominio público, claro, pero ¿que Michael Barr bebía, también? Imposible. Deborah jamás había visto ni siquiera un vaso sospechoso en el trabajo, ni la menor vacilación en su padre, pero ¿cómo iba a

comprobarlo? No podía preguntarle a la enfermera sin arriesgarse a sembrar la semilla de la duda. Y la gerente era una mujer muy directa que sin duda se lo habría comentado si hubiera visto algo raro.

Deborah se dijo a sí misma que Emily solo quería meter cizaña, pero era una preocupación más que sumar al resto.

Al comprobar su móvil, vio un mensaje de Greg en el que le pedía que le llamara. Habría hecho caso omiso del mensaje si no se hubiera sentido tan sola. Su vida se estaba yendo al traste. Era como si hubiera estirado de un hilo, cualquier hilo, y se estuviera deshaciendo.

Marcó el número de su exmarido desde el aparcamiento que había en la parte de atrás del gimnasio.

—Hola —saludó Greg cordialmente antes de pasar al ataque—. ¿Has hablado con Grace acerca de que no contesta a mis llamadas?

Deborah tardó unos instantes en centrarse.

—Sí, he hablado con ella.

—¿Y?

—Me temo que ha sido más una pelea que una charla.

—¿Y de qué lado estabas? —preguntó Greg.

—Eso es innecesario, Greg. Estoy de tu parte en esto. Quiero que Grace hable contigo. Simplemente no puedo obligarla a hacerlo.

—¿Por qué no? Dile que no podrá coger el coche hasta que mantenga una conversación civilizada con su padre.

—No creo que funcione. Ahora mismo no está muy interesada en conducir.

—Entonces quítale el móvil. Dile que no se lo devolverás hasta que hable conmigo.

—Sería igual. Ahora mismo no quiere saber nada del móvil.

—¿No quiere saber nada del móvil? ¿Qué está pasando?

Deborah cerró los ojos y los apretó con fuerza.

—Nada que no se cure con un poco de tiempo. —Deborah rezaba para que fuera así, para que Grace no le hubiera dicho nada a Kim.

—¿Todavía está afectada por el accidente? —preguntó Greg, más amable esta vez.

—Apenas ha pasado una semana. Era su profesor, lo conocía. Se siente culpable.

—¿Culpable del accidente? Pero si solo iba en el asiento del copiloto.

No era cierto, pero Deborah no podía decírselo. Ese era el problema de Grace precisamente: la mentira. Era esa mentira lo que separaba a Grace de

Deborah, de Greg, de sus amigos. Era la mentira lo que le había impedido ir a la fiesta del sábado por la noche. La mentira.

Y la mentira procedía de Deborah.

¿Qué podía hacer ahora? Ya había rellenado el parte del accidente y lo había presentado en tres lugares distintos. La mentira figuraba también en el artículo del *Ledger*. Si ahora cambiaba los hechos no haría más que empeorar las cosas.

—Quizá Grace debería hablar con un psicólogo —propuso Greg, interrumpiendo los pensamientos de Deborah.

—Ya he hablado yo con ella.

—A lo mejor necesita hablar con alguien que no seas tú. Eres médico, pero también eres su madre. Eso es un límite en el terreno profesional. Si no puedes ayudarla, necesita hablar con otra persona.

—He hablado con la psicóloga del instituto hace una hora —replicó Deborah poniéndose a la defensiva—. Sigo pensando que es prematuro, Greg. Todo es muy reciente. Lo hago lo mejor que puedo.

—Pues quizá no sea suficiente.

Deborah se preguntó si tenía razón. Antes creía en sí misma, pero desde el accidente su autoestima estaba por los suelos. Perder dos pacientes con los que antes se llevaba tan bien no le había ayudado mucho. Ni tampoco que la gente no la mirara a la cara al pasar, ni que el posible problema de su padre con la bebida fuera un tema de discusión general.

—En una ocasión tuve un director de proyectos que juraba que podía con todo —comentó Greg—, hasta que su departamento se fue a pique. No quiero que a nuestra familia le ocurra lo mismo.

Aquello fue la gota que colmó el vaso.

—¿Nuestra familia? —dijo, encolerizada—. A mí me parece que tú la abandonaste.

—Pues intento volver a ella.

—¿Qué significa eso? —preguntó Deborah, furiosa. Dos años atrás, Greg lo había barrido todo de un plumazo—. Estamos divorciados, Greg. Vendiste tu negocio y me cediste la casa y la custodia de los niños. Te mudaste a otro estado y te casaste con otra mujer. ¿A qué quieres volver exactamente?

Greg soltó un taco.

—¿Qué? —preguntó Deborah—. ¿Me he equivocado en algo?

—No —respondió él, más calmado—. Tú nunca te equivocas, Deborah. Eres increíblemente eficiente. Nada te detiene. No necesitas a nadie. Y desde luego no me necesitas a mí.

—Pues ahora mismo sí te necesito. Ser madre divorciada no es nada divertido.

—Acabas de decir que no hay sitio para mí.

—Tú eres el que se fue —dijo Deborah, cerrando los ojos.

—Y me alegro de haberme ido si esta conversación es un reflejo de tus sentimientos hacia mí.

Deborah suspiró.

—Yo te quería, Greg.

—No, te encantaba tener marido, te encantaba tener hijos. A veces creo que mi error fue irme a vivir a Leyland. Leyland es territorio de los Barr. Si hubiéramos ido a vivir a un lugar donde no te conocieran, tal vez me habrías necesitado más.

## Capítulo 11

Cuando acabó la cena y Dylan se instaló delante del televisor, Deborah asomó la cabeza en la habitación de Grace y le indicó por señas que se quitara un auricular.

—Me voy a la ciudad un momento a hablar con el abuelo.

—¿A hablar de qué? —preguntó Grace con recelo.

—De un paciente —respondió Deborah, y en cierto modo decía la verdad, pero Grace seguía desconfiando.

—¿Y por qué esta noche? ¿No lo verás mañana por la mañana?

—Sí, pero quiero que se lo piense esta noche.

—¿El qué?

—Si te lo dijera —la reprendió Deborah suavemente—, estaría traicionando la confianza de mi paciente. Y te prometí que no haría nada de eso.

Grace la miró fijamente unos instantes antes de volver a ponerse el auricular de su iPod y aislarse del mundo. Al poco rato, Deborah sacaba el coche del garaje.

Su padre había ido a cenar con su amigo Matt, lo que significaba que no habría estado bebiendo con el estómago vacío. Aun así, cuando lo encontró en el estudio, tenía los ojos vidriosos. El televisor estaba encendido. Tenía un vaso en la mano y una botella al lado.

«Dile que pasabas por aquí casualmente, que volvías a casa después de cenar con Karen. Dile que solo has entrado para ir al cuarto de baño».

¿Más mentiras? No podía. Gracias a Emily Huber, tenía que afrontar la realidad del problema de su padre con la bebida. Cogió el mando del brazo de la butaca en la que estaba sentado su padre y bajó el volumen.

Michael alzó su reloj con mano vacilante y trató de ver qué hora era.

—¿No es ya muy tarde para que te presentes aquí? —preguntó.

«Vete. Ni siquiera recordará que has venido».

Pero su padre tenía un problema. La familia tenía un problema.

—Esta tarde he tenido un roce con Emily Huber en el gimnasio —explicó rápidamente—. Estaba furiosa conmigo porque decía que yo había llamado a la policía para quejarme del ruido de su fiesta el sábado por la noche. Dice que va a llevarse a sus hijas de nuestra consulta.

—¿Que va a llevárselas? —dijo Michael haciendo una mueca—. ¿Qué significa eso?

—Que cambiará de médico.

—Vaya, eso no tiene sentido —dijo Michael metiendo hacia dentro la barbilla—. ¿Y todo porque llamaste a la policía?

—No llamé a la policía, pero ella cree que lo hice.

—¿Qué tiene contra ti?

—No es solo contra mí —explicó Deborah—. Dice que no confía en ti.

—¿No confía en mí? —gritó su padre incorporándose en la butaca—. ¿Y por qué demonios no confía en mí?

Deborah respiró profundamente antes de contestar.

—Afirma que bebes demasiado.

Se produjo un incómodo silencio antes de que Michael replicara con indignación:

—¿Dé qué habla esa mujer?

Deborah echó una mirada a la botella.

—Por Dios, son casi las diez de la noche. Lo que haga en mi tiempo libre no es asunto de Emily Huber, maldita sea.

—Dice que bebes durante la comida, y eso sí es asunto suyo.

—No bebo en el trabajo —bramó Michael—. Emily Huber se lo está inventando. Así que te lo pregunto otra vez, ¿qué demonios tiene contra ti?

—No se trata de mí, papá, sino de ti. Veo una botella aquí cada mañana, una nueva cada pocos días. Eso es mucho *whisky*. Y me aseguraste que creías que mamá te habría dicho que debías superar esto y seguir adelante.

Michael no hizo caso de este último comentario.

—¿Cómo demonios iba a saber Emily Huber que bebo? ¿Se lo has dicho tú?

—Papá, jamás se lo diría a nadie. —Deborah se acuclilló junto a la butaca—. Ya sabes cómo empiezan los rumores; no es ningún misterio. Esta noche has cenado con Matt. ¿Adónde habéis ido?

Michael tardó un momento en contestar.

—Al Depot —dijo finalmente.

—Eso está en la ciudad. ¿Has bebido durante la cena?

—Me he tomado una copa, quizá dos, pero eso no es asunto de nadie.

—Cuando la gente ve que bebes, sobre todo si son más de dos copas, empieza a hablar.

—¿Me has visto alguna vez borracho?

—No, pero te veo a la mañana siguiente con un espantoso dolor de cabeza.

—El dolor de cabeza se debe a quedarme dormido en esta maldita butaca.

—Eso te pasa por haber bebido demasiado.

—¿Cómo lo sabes? —bramó Michael—. Tú no estás aquí. Tú no sabes cuánto bebo. No sabes nada de mí.

—Echas de menos a mamá —dijo Deborah en voz baja.

—¿Que la echo de menos? Eso no expresa ni remotamente lo que siento —siguió vociferando su padre—. Siento como si la mitad de mí se hubiera muerto.

—Beber no va a ayudarte —le suplicó Deborah.

—¿Ah no? —Desafiante, Michael levantó el vaso y lo apuró de un trago, pero cuando quiso dejarlo en su sitio, falló y el vaso cayó sobre la alfombra. Deborah lo recogió, pero su padre no pareció darse cuenta—. ¿Cómo sabes tú lo que me ayuda o no me ayuda? Nunca has pasado por esto. Tu marido te dejó y tú te quedaste tan fresca, no lloraste, no le echaste de menos.

—Papá...

—¿Papá qué? —le espetó él, alzando el rostro para encararse con su hija, aunque un poco inseguro—. ¿No querías hablar de mi reacción por la pérdida de tu madre? Pues hablemos ahora de ti. Tú te distancias de todo el mundo.

«Es la bebida», se dijo Deborah, aunque la acusación le había dolido.

—He venido para hablarte de la bebida.

—¿Sentiste algo cuando Greg se fue?

—Sentí muchas cosas —contestó ella airadamente.

—Pues no lo demostraste en absoluto.

—¿Y cómo iba a demostrarlo? —exclamó Deborah. Con bebida o sin ella, su padre estaba siendo injusto—. Tenía dos hijos que se sentían abandonados. Tenía que hacer de madre y de padre. ¿Habría sido mejor que me quedara sentada lamentándome y contemplando los pedazos rotos de nuestra familia? Alguien tenía que recogerlos.

—Y tú lo hiciste sin ningún problema —dijo Michael y buscó el vaso con la mirada. No lo encontró, así que se levantó para coger otro del mueble bar—. Te cortaste el pelo —masculló—. Eso fue todo. Fuiste y te cortaste el pelo. —Se sirvió otra copa.

—Por favor, no bebas —rogó Deborah.

Su padre la miró y bebió un buen trago.

—A Greg le gustaba que llevaras el pelo largo, así que te lo cortaste. Solo por eso. A ti también te gustaba llevar el pelo largo.

—Necesitaba un cambio.

—Querías parecer más femenina —la acusó Michael, dando golpecitos en el vaso con la alianza del dedo—, porque tu marido te había dejado por otra mujer.

—Greg quería otro estilo de vida —le corrigió Deborah, al borde de las lágrimas.

—Y tú querías que el mundo supiera que no había sido culpa tuya. Pero sí lo fue, Deborah. Los hombres quieren mujeres que les cuiden. Tu madre me cuidaba. Siempre estaba ahí cuando la necesitaba. —Bebió otro trago.

—Por favor, no sigas —suplicó Deborah.

—Llevaba el pelo largo cuando la conocí —dijo él, pensativo, contemplando lo que quedaba en el vaso—, pero luego tenía demasiadas cosas que hacer y le daba demasiado trabajo, así que se lo cortó. Se lo dejó corto también, pero ella no era médico. Un médico debe tener un aspecto pulcro.

—Soy una buena médico —susurró Deborah.

—Si hubiera tenido un hijo varón, habría sido médico.

Deborah tragó saliva.

—No tuviste hijos varones.

—Siempre quise compartir mi consulta con un hijo.

—La compartes con tu hija —dijo Deborah, con el corazón desgarrado.

Michael apuró el resto del *whisky*.

—Es lo mismo que con el pelo.

—No lo es —replicó Deborah. Una llaga que supuraba desde hacía años, acababa de reventar—. No soy tu hijo.

—¿Qué has dicho? —preguntó él, levantando la vista.

—Que no soy tu hijo —repitió ella alzando la voz.

—¿Qué dices? —Michael frunció el ceño.

—La verdad —respondió ella—. No soy tu hijo. Soy tu hija y solo puedo intentar hacerlo lo mejor posible. Tal vez no sea perfecta, pero Dios sabe que lo he intentado, y si no estoy a la altura de lo que esperabas, quizá debas empezar a aceptarlo. —Volvió a respirar hondo—. Y ahí va otra verdad: bebes demasiado.

—¿Eso es una verdad? —Michael volvió a servirse *whisky*, se volvió hacia su hija y preguntó, bajando la voz amenazadoramente—: ¿Estás



diciendo que miento?

Deborah se sentía lo bastante dolida como para mantenerse en sus trece.

—Digo que te niegas a admitirlo.

—¡Ja! —exclamó él con un ademán que hizo que se derramara un poco de *whisky*—. ¡Mira quién habla de negación! Le echas la culpa a Greg de haber arruinado tu matrimonio. ¿Crees que los niños no se dan cuenta?

—Papá.

—¿Y no estás dándoles un mal ejemplo?

—Por favor, papá.

—Por favor, ¿qué?

—Bebes demasiado.

—¿Lo ves? —dijo él con una leve sonrisa—. A eso me refiero. Aquí estoy yo, hablando de emociones, y tú solo sabes decir: «Papá, bebes demasiado». No bebo demasiado —dijo en tono de mofa—. Y qué pasa si me tomo un par de copas para aliviar la soledad. Simplemente significa que soy un ser humano. —Alzó el vaso en un brindis—. Podrías aprender de mí.

—Por favor, papá.

Michael dejó el vaso con un fuerte golpe.

—No me digas lo que debo hacer fuera del trabajo. No me lo digas. —Echó otro trago y cogió el mando del televisor—. Fin de la discusión. —Subió el volumen y volvió a hundirse en la butaca.

Deborah volvió a su coche con el corazón encogido, se metió en él y salió a la carretera dando marcha atrás. No se cruzó con nadie en el corto trayecto hasta su casa. Una vez en el garaje, estaba demasiado cansada para apearse.

La luz interior acabó apagándose.

Permaneció sentada en la oscuridad hasta que se abrió la puerta que comunicaba con la casa. Grace apareció en el umbral; su esbelta silueta se recortaba contra la luz del vestíbulo, los rizos enmarcaban su cabeza. Estaba visiblemente tensa.

—¿Mamá? —llamó en voz alta.

Deborah abrió la puerta del coche y salió.

—Hola, cariño —dijo, cuando llegó al descansillo.

—¿Por qué estabas ahí sentada?

—Estaba cómoda.

—¿En el garaje? —preguntó Grace—. Si hubiera monóxido de carbono, podrías morir —añadió, poniendo énfasis en la última palabra.

—El coche estaba apagado. No había monóxido de carbono. —Completamente agotada, Deborah pasó por delante de su hija sin tocarla; el

contacto no parecía ser de ninguna ayuda.

—¿Dónde estabas?

—En casa del abuelo. Ya te lo he dicho antes de irme. —Una vez en la cocina, cogió un tazón y lo llenó de agua caliente—. Tenía que hablar con él. —Abrió el armario donde guardaba las infusiones.

—¿Sobre qué?

¿Manzanilla? ¿Limón con jengibre? ¿Papaya? Deborah no se decidía. Cerró los ojos y cogió una caja al azar. Papaya. Buena elección.

—¿Mamá?

Deborah sacó una bolsita y la dejó caer en el tazón.

—Sí, cariño.

—¿De qué has hablado con el abuelo?

A Deborah no le quedaban fuerzas para inventar otra mentira. Además, su hija era una chica lista. Ya se habría dado cuenta de que su abuelo bebía en el almuerzo de los domingos.

—Creo que el abuelo tiene un problema con la bebida —dijo, mirando a Grace a la cara.

—¿Crees que es alcohólico? —preguntó Grace con los ojos desorbitados.

—Puede que aún no lo sea. Por ahora simplemente bebe demasiado.

—¿Y qué es lo que bebe? ¿Vino?

—*Whisky*.

—*Whisky* —repitió Grace—. ¿Y lo bebe en el bar, en casa?

Deborah alzó el tazón para aspirar el dulce aroma de la papaya.

—Le he visto beber en su casa, aquí y en restaurantes.

—Tú también bebes en los restaurantes. Y también en casa de los Trutter.

—No hasta el punto de dejar que me afecte. Sé hasta dónde puedo llegar.

—¿Y el abuelo no? ¿Y en el trabajo? ¿Bebe ahí también? Porque eso sería peor, ¿no?

—Sí. Eso sería lo peor. —Deborah dio un sorbo a la infusión—. No lo sé con seguridad.

—Pero ¿crees que lo hace?

Deborah reflexionó sobre las distintas opciones y una vez más eligió la verdad.

—Me he encontrado con Emily Huber en el gimnasio. ¿Has oído algo acerca del sábado por la noche, sobre que llamaron a la policía para quejarse del ruido de la fiesta?

—Creen que fuimos nosotras.

—¿Lo sabías? ¿Por qué no me lo habías dicho? —preguntó Deborah, pero luego agitó la mano y añadió—: Da igual. Emily va a cambiar de médico a Kelly y a Kim.

Grace no respondió.

—¿Llamaste a la policía? —preguntó finalmente con resentimiento. Tenía un dedo en la boca, a punto de morderse la uña.

Deborah no se molestó en regañarla.

—¿Cómo iba a saber si hacían ruido o no? Yo no estaba allí.

—Te dije que habría un barril de cerveza.

—Me lo dijiste al día siguiente —le recordó Deborah.

—¿Le has pedido tú a Danielle que viniera? —preguntó Grace con la misma actitud hosca.

—No —contestó Deborah, tardando un poco en reaccionar—. ¿Ha venido?

—Se ha pasado por aquí con el coche y me ha pedido que saliera un rato con ella. Le he dicho que no podía porque tenía que escribir una redacción de inglés, y era cierto, aunque no la estaba haciendo. —Soltó esta última frase en tono desafiante, hundiendo las manos en los bolsillos de atrás de los vaqueros—. ¿Le has pedido que viniera? —repitió.

—En absoluto. Danielle te adora. Oh, Grace, lamento que al menos no la invitaras a pasar. Karen dice que quiere hablar contigo.

—Pues yo no quiero hablar con ella. Y si te lo cuento es precisamente porque quiero que se lo digas a Karen. Dani quiere hablar del accidente y yo no. —Se echó el pelo hacia atrás—. ¿Qué tiene que ver la señora Huber con que el abuelo beba o no beba?

—Dice que le han visto beber durante las comidas —respondió Deborah, dejando correr lo demás.

—¿La señora Huber ha dicho eso? —se sorprendió Grace, y frunció el ceño—. ¿La señora Huber, que está siempre sentada al lado de su piscina tomando Cosmopolitans? La señora Huber no puede acusar a nadie de beber en las comidas. Pero ¿es cierto?

Deborah se tocó la mejilla con el tazón caliente.

—Él dice que no.

—¿Le crees?

—No lo sé. Por la noche bebe porque echa de menos a la abuela Ruth.

—La amaba —la recriminó Grace, como si Deborah no se enterara de nada.

—Ya sé que la amaba, Grace. Viví ese amor mucho más tiempo que tú. Comprendo perfectamente por qué se siente solo en casa, pero... ¿beber en el trabajo? Eso es muy peligroso.

—Quizá solo sean un par de copas —dijo Grace, echándose atrás.

—Un par de copas podrían enturbiar su criterio.

—¿De verdad crees que tomaría una decisión que pudiera perjudicar a alguien?

—A sabiendas no. Pero un error, incluso en algo pequeño como la dosis de un medicamento, podría tener un efecto trágico.

—Quieres decir que podrían demandarle.

—Quiero decir que alguien podría morir. Y tiene a docenas de pacientes de tu edad. ¿Cómo va a decirles que no beban si él bebe?

—Quizá no sea realista pedir abstinencia total. Quizá los Huber tienen razón en dejar que beban y quitarles las llaves de los coches. Mira, si van a hacerlo de todas formas, quizá sea mejor asegurarse de que luego no conducen. ¿Cómo vamos a saber cuánto podemos beber si no lo probamos?

—No soy yo quien lo dice, cariño. Es la ley. Y el abuelo ocupa una posición de autoridad moral. Es un modelo para los demás. Un modelo no bebe en el trabajo.

—Un modelo no miente —contraatacó Grace.

Deborah se la quedó mirando.

—No.

Esta admisión pareció bajar un poco los humos a Grace.

—¿Cómo te ha ido con el abuelo? —preguntó.

—No muy bien —respondió Deborah, volviendo agradecida a un terreno más seguro.

—¿Está enfadado contigo?

—Creo... creo que sí. Esperemos que mañana se le haya pasado.

—¿Quieres decir que se dé cuenta de que tienes razón?

Deborah sonrió.

—¿Verdad que sería fantástico?

## Capítulo 12

Su esperanza resultó vana. A su padre no se le había pasado al día siguiente. Deborah no sabía cuánto recordaba de la conversación, pero Michael llamó a primera hora para decirle que no pasara por su casa porque iba a desayunar fuera. ¿Coincidencia? Tal vez. El tono de su voz podría haberle dado alguna pista, pero Deborah no había hablado con él. Dylan había recogido el mensaje.

Después de dejar a los chicos en el colegio, Deborah se fue a la pastelería de su hermana. Las mesas de la terraza estaban llenas de gente que disfrutaba del sol matinal. Una vez dentro, se sirvió un SoMa Sticky y un café y se fue en busca de Jill. Su hermana estaba en la oficina, pegando etiquetas con direcciones a folletos publicitarios de verano. Sin saber muy bien por dónde empezar, Deborah dejó a un lado sus cosas y se dejó caer en una silla.

—Tienes un aspecto horrible —dijo Jill, lanzándole una mirada.

—Me siento horrible —musitó Deborah. Se le ocurrían varias palabras más para definir cómo se sentía, entre ellas desilusionada, pero horrible serviría—. Anoche hablé claro con papá.

—Y eso ¿qué significa? —preguntó Jill con curiosidad después de una pausa.

—Le dije que bebía demasiado.

—¿En serio? ¿Y qué dijo él?

—Que no era asunto mío.

—¿Eso era una confesión?

—Una negación más bien. Y luego un ataque.

—¿Qué tipo de ataque? —preguntó Jill frunciendo el ceño.

—No pongas esa cara —dijo Deborah—. Así exactamente me miró papá cuando me dijo que yo no sé nada de nada.

—¿Por qué te atacó? —quiso saber Jill, animándose.

—Porque debí de tocar un punto sensible.

—¿Qué dijo él?

—Que cómo me atrevía a acusarle de beber cuando yo era bla bla bla.

—¿Qué era bla bla bla?

—Mala esposa, mala madre.

—Estaba bebido.

—En realidad no —dijo Deborah. También ella lo había creído al principio—. Por eso me dolió más. Seguramente había bebido más de la cuenta, pero estaba completamente lúcido. Creo que la bebida le aflojó la lengua. Me dijo cosas que pensaba de verdad, pero se había resistido a decir antes.

—No eres una mala esposa ni una mala madre.

—En realidad, Jill, ya no soy esposa. Él se encargó de recordármelo. Y me soltó su teoría sobre por qué se fue Greg. Seguramente tenía razón. No supe cuidar de él.

—Bah. Era Greg quien no sabía cuidar de ti.

—Tal vez lo habría hecho si yo se lo hubiera pedido. Otro de mis defectos.

—¿Cuál, ser independiente? —dijo Jill—. ¿Ser una mujer con recursos? ¿Ser autosuficiente?

Deborah debería haberse sentido halagada, pero se limitó a decir con tristeza:

—Antes sabía lo que quería, pero ya no.

—Deborah, ¿qué te pasa?

—Ayer tuve un día realmente malo —contestó Deborah, frotándose la frente.

—¿Y eso?

—¿Por dónde empiezo? ¿El paciente descontento que llamó a papá para quejarse de mí? ¿La llamada de la psicóloga del instituto que está preocupada por Grace? ¿La paciente, bueno, ahora expaciente, que me atacó verbalmente en el gimnasio?

—Empieza por ahí, por el gimnasio —pidió Jill.

—Buena elección. —Deborah miró a su hermana desapasionadamente—. Eso explicará mi pelea con papá —dijo, y le relató el encontronazo que había tenido con Emily Huber.

Jill la escuchó mientras arrancaba etiquetas de una hoja.

—Emily Huber no era paciente tuya. —Pegó una etiqueta en un folleto—. No sabe de qué habla. —Pegó otra etiqueta y luego una tercera—. Solo ataca a papá para fastidiarte, porque sabes que el sábado sirvió alcohol a los chicos.

—Yo también lo pensé, pero luego empecé a recordar pequeños detalles inquietantes. Como a papá cerrando la puerta de su despacho a la hora de

comer. Yo siempre lo había tomado como un indicio de que deseaba unos momentos de tranquilidad, pero podría aprovecharlos para beber. —Miró a Jill con más atención—. Estás pálida. ¿Te encuentras bien?

—Solo estoy un poco cansada —dijo Jill—, pero es normal. Bueno, ¿y papá lo admitió?

—No. Solo subió el volumen de la tele y me echó de su casa. Esta mañana ha llamado para decir que desayunaba fuera. Ha cogido el mensaje Dylan. Puede que sea verdad, pero tendré que verlo en la consulta, y será muy embarazoso.

—¿Crees que está alcoholizado?

—Todavía no.

—¿Le advertirás?

—No lo sé.

—Creo que deberías hacerlo.

—Para ti es fácil decirlo —replicó Deborah, soltando un bufido—. No eres tú quien debe enfrentarse con él. Se pondrá furioso.

—Pero si no lo haces y la cosa empeora, jamás te lo perdonarás. Tienes que volver a hablar con él.

—Tengo una idea —propuso Deborah—. Ve tú y dile que tenemos miedo de que se vuelva alcohólico.

—Oye, yo no trabajo con él.

—Pero también es tu padre. ¿No te preocupa su estado?

—¿Le preocupa a él el mío?

—¿Y cómo le va a preocupar si no sabe que estás embarazada? —le espetó Deborah.

Jill alzó una mano para parar la acometida de su hermana.

—No pienso decírselo.

—A lo mejor le ayudaría —dijo Deborah en tono de súplica—. Un bebé es una nueva vida. Podrías decirle que vas a ponerle Ruth.

—¡Pero si no tengo ni idea del sexo del bebé!

—Eso no importa, Jill. Así tendría algo positivo en lo que pensar. Mira, los tres últimos años han sido bastante malos para él. La muerte de mamá —enumeró Deborah, usando los dedos—, mi divorcio, los ojos de Dylan. Mi accidente. —Su móvil empezó a sonar—. Necesita algo bueno. Dile que estás embarazada.

—¿Y oírle menospreciar a las mujeres que utilizan los bancos de esperma? —dijo Jill, nada convencida.

—Dile que quieres tener este bebé. Es la verdad.

—Decir la verdad está sobrevalorado.

Antes Deborah se lo habría rebatido. Antes creía en la verdad, en que unas cosas estaban bien y otras mal. Pero ya no.

Su móvil volvió a sonar. Lo sacó del bolsillo y miró la pantalla. Se levantó al instante.

—Ahora vuelvo —dijo a Jill, y pasó por delante de la gente de la cocina que podía oírla para salir por la puerta de atrás.

—Hola.

—Me dio su número —dijo Tom McKenna, como disculpándose por llamar.

—Sí —dijo Deborah. En realidad le complacía oír su voz—. ¿Tiene alguna buena noticia? Me vendría bien algo que me animara.

—Selenia ha firmado la autorización, y sin poner pegajos.

Deborah dejó atrás la furgoneta amarilla de la pastelería.

—Es lo más sensato.

—En realidad lo ha hecho por egoísmo. Esperaba que el historial le diera la razón. Quiere creer que usted le dio a Cal una dosis de Sintrom cuando estaba tendido en la cuneta.

—¿Para que se desangrara? Está enferma. —Soltó la palabra antes de darse cuenta de que seguramente no era buena idea poner verde a la cuñada de Tom.

—Ella no sabía que lo tomaba —dijo Tom, que al parecer no se había sentido ofendido.

Deborah siguió caminando por el callejón. Las paredes de ladrillo que la flanqueaban le ofrecían cierta intimidad.

—Entonces ¿lo tomaba?

—Sí. La compañía de seguros acaba de enviarme su historial por fax, y en él consta que tomaba Sintrom.

Deborah se sintió aliviada, ya que al menos en eso se había demostrado que era inocente. Y también le alivió la franqueza de Tom.

—¿Se lo recetó un médico?

—Al parecer sí. Aquí se mencionan dos médicos: William Beruby y Anthony Hawkins. ¿Ha oído hablar de ellos?

—No. ¿Dónde visitan?

—Aquí no viene su dirección, pero se hicieron unos pagos al UMass Memorial Medical Center por una serie de pruebas. Lo he buscado en internet. Los dos médicos pertenecen a ese centro.

—¿Especialidad?



—Uno en el corazón y el otro en derrames cerebrales. Lo de los derrames cerebrales ya lo esperaba, teniendo en cuenta los antecedentes familiares. Al parecer, Cal había sufrido una serie de pequeños derrames.

Deborah se detuvo brevemente.

—¿AIT? ¿Ataques isquémicos transitorios? —preguntó, sorprendida.

—Eso es lo que dice aquí. ¿Es posible?

—Podría decirse que Cal era demasiado joven para tener AIT, pero se han dado casos. Podría hablar usted con sus médicos. Esos ataques explicarían sin duda por qué su hermano tomaba Sintrom. —Deborah siguió caminando—. Selenia tenía que estar enterada de esos ataques.

—No.

—¿Cómo es posible? —preguntó Deborah, deteniéndose nuevamente.

—Mi hermano era muy reservado.

—Pero ella era su mujer. ¿Cómo iba a ocultarle algo así?

—Dígame usted. ¿Sería posible que ella no se diera cuenta?

—Sí —admitió Deborah—. Sería posible. Por definición, un AIT es un ataque que solo dura unos minutos. Los síntomas pueden ser leves: una debilidad o entumecimiento pasajero de un lado del cuerpo, visión borrosa durante un par de minutos, mareo. Los síntomas podrían haber desaparecido antes de que ella se diera cuenta, pero la cuestión es por qué él no se lo contó. Esos ataques son graves.

—Tal vez no quería que se preocupara.

—Muy noble por su parte, pero podría haberle dado un ataque mientras conducía con ella sentada en el asiento de al lado, y Selenia ni siquiera habría sabido qué le pasaba.

—Igual que cuando le atropello un coche y lo llevaron al hospital —replicó Tom.

—Sí —admitió Deborah—. Lo siento. No quería criticar a su hermano ni a su cuñada. Cada cual es libre de obrar como mejor le convenga.

Tom guardó silencio durante tanto rato que Deborah empezó a temer que le hubiera ofendido o que se hubiera cortado la comunicación.

—No estoy seguro de que a Selenia le conviniera —dijo finalmente en voz baja—. Está muy enfadada. Y como Cal ya no está, se desahoga conmigo. No deja de preguntar por qué Cal fue hasta Worcester para tratarse, en lugar de ir a Boston, que está más cerca. A mí me parece obvio que Cal fue a Worcester para mantenerlo en secreto.

—¿Y Selenia no sospechó nada? —se extrañó Deborah—. Tuvo que enterarse de que su marido hacía viajes a Worcester.

—Pensaba que iba a visitar a un amigo. Cal le dijo que se llamaba Pete Cavanaugh y que era un antiguo compañero del instituto que había perdido las dos piernas en Irak.

—¿Y es cierto?

—Es verdad que hubo un Pete Cavanaugh que fue al instituto con Cal, pero siempre se metía con él. Es imposible que fueran amigos.

—A veces cuando alguien sufre tales mutilaciones...

—No. El Pete Cavanaugh que vivía en nuestro barrio fue a Irak, pero murió al iniciarse la guerra. Cal lo estuvo utilizando como coartada desde que Selena y él se mudaron aquí desde Seattle. Eso fue hace cuatro años. Pete ya había muerto.

Deborah percibía su ira y no le extrañaba. Hablando de sinceridad...

—¿Y no hubo llamadas desde Worcester, para confirmar una cita, por ejemplo?

—Se las harían al móvil y Selena no se enteraría.

—Pero ¿por qué? —preguntó Deborah. Al llegar a la entrada del callejón se detuvo—. Tenía un problema de salud. ¿Temía que ella le quisiera menos, o quizá que lo abandonara?

—No. Simplemente él era así, igual que mi padre.

—¿Su padre era reservado?

—Exageradamente. Era un maestro de la compartimentación. Veía su vida dividida en segmentos que jamás se mezclaban.

Deborah se apoyó en la pared de ladrillos. El tráfico era intenso en Main Street.

—¿Segmentos?

—Familia. Estaba la familia en la que había nacido y la que él había creado. Jamás se juntaban.

—¿En serio? —Deborah no lograba imaginarlo—. ¿No conoció usted a sus abuelos?

—Ni tampoco a sus hermanos. Él los visitaba a veces, pero nosotros nunca lo acompañamos.

—¿Y ellos no preguntaban por sus nietos?

—No sabían que existíamos. Y luego estaba el trabajo. Yo tenía doce años cuando descubrí por fin a qué se dedicaba mi padre.

—¿Y qué era?

—Químico. De prestigio, además. Daba conferencias en universidades de todo el país. Volvía a casa y pasaba uno o dos meses con nosotros, pero nunca

hablaba del trabajo. Mi madre jamás respondía a nuestras preguntas. Finalmente tuve que buscar su nombre en la biblioteca.

—Increíble —dijo Deborah, tratando de asimilar lo que oía—. Pero su hermano no ocultaba lo que hacía. Su mujer sabía a qué se dedicaba.

—Solo en parte. No sabe cuánto ganaba ni si su contrato incluía un seguro de vida o un plan de pensiones. Utilizaba la sala de estar como estudio. Selena dice que leía allí por la noche. He registrado hasta el último centímetro y no he encontrado ni un solo papel que estuviera relacionado con su trabajo.

—¿No había trabajos de alumnos?

—Puede que haya algo en su ordenador, pero Selena no conoce la contraseña. Suponemos que debe de haber papeles en su despacho del instituto. De lo contrario, no tengo absolutamente nada. Ni siquiera sé dónde guardaba las facturas.

—Bueno, ya irán llegando —comentó Deborah.

La voz de Tom no dejó entrever que sonriera. Si se trataba de una catarsis personal, estaba lanzado.

—A su casa no —dijo—. Las facturas las enviaban a un apartado de correos. Eso también lo sacó de mi padre: varios apartados de correos. Las facturas iban a uno y la correspondencia personal a otro. Todo separado, todo privado. Cal también tenía varios móviles. Yo solo tenía el número de Seattle. No sabía que se había mudado hasta que Selena me llamó la semana pasada. ¿No le parece estrafalario?

Estrafalario era poco. A Deborah se le ocurrían epítetos algo más siniestros.

—¿Su hermano no tenía amigos?

—Seguramente no tal como los definiríamos nosotros. La amistad exige comunicación.

—Pero estaba casado. —Y eso era más de lo que Tom o ella podían decir.

—Sí, aunque no estoy muy seguro de por qué. Lo entendería si hubieran tenido hijos, pero ella afirma que Cal no quería.

—¿Habló usted de eso con él alguna vez?

—¿Yo? No. Ni siquiera sabía que estaba casado hasta que me llamó Selena para decirme que había muerto. —Hizo una pausa—. Seguramente no debería contarle todo esto.

Con esas palabras, Tom le recordaba que se encontraban en bandos opuestos. Aun así, Deborah no se resistió a preguntar:

—¿Cal salía a correr normalmente?

—No que yo sepa, pero Selena dice que se conocieron esquiando y yo tampoco sabía que esquiaba, así que a lo mejor sí que corría. ¿Por qué lo pregunta?

—El lugar donde lo atropellamos se encontraba a unos cinco kilómetros de su casa. Eso significa un trayecto de diez kilómetros entre la ida y la vuelta. Una distancia más que respetable para recorrer bajo un aguacero. O era un atleta consumado, o un... —«perturbado» fue la palabra que acudió al pensamiento de Deborah, pero lo dejó en—: excéntrico.

—Excéntrico —confirmó Tom—. Le venía de familia.

—¿Y cómo se libró usted?

—¿Cómo sabe que me he librado? —preguntó él tras un breve silencio.

Deborah trató de imaginar si hablaba o no en serio.

—Supongo que no lo sé —dijo finalmente.

Tenía una docena más de preguntas que hacerle, sobre todo por qué, si Cal tomaba Sintrom regularmente, no se lo había comunicado a los médicos. Sin embargo, en ese momento un coche dobló la esquina. Era el sedán oscuro de John Colby. Deborah atrajo su atención agitando una mano.

—Tengo que dejarle —dijo a Tom—. Gracias por llamar para contármelo todo.

—Su abogado quedará complacido.

—Mi abogado no se enterará. —El coche de John Colby se metió por el callejón—. Tengo que irme. Gracias de nuevo. —Deborah cerró el móvil y se acercó al coche. Tenía algo que discutir con Colby—. ¿Qué ocurrió el sábado por la noche? —preguntó—. Alguien llamó para quejarse de los Huber. —Deborah se echó hacia atrás para permitir que bajara del coche.

—Ah, eso. Fue un vecino, uno que siempre se está quejando y llama constantemente porque le molestan las radios de los coches. Le pareció que la fiesta era demasiado ruidosa.

—¿Le dijo a los Huber quién había llamado?

—No —contestó John cautelosamente y miró a Deborah.

—¿Le preguntaron ellos si había sido yo?

—Sí —respondió John, desviando la mirada—. Les dije que no.

—Pero ellos no le creyeron.

—No. —Volvió a mirar a Deborah—. Dijeron que era porque Grace no había ido a la fiesta. ¿No estaba invitada?

—Oh, sí —replicó Deborah. Suspiró y se atusó los cabellos—. Simplemente no quiso ir. He perdido dos pacientes por esto, John. Emily va a cambiar de médico a sus hijas.

—Oh, vaya, lo siento —dijo él, y parecía sincero—. Le dije a la señora Huber que no había sido usted. ¿Quiere que vaya y le diga quién fue?

—No —respondió Deborah, temiendo que acabaran acusándola de que la policía le daba un trato de favor—. Cuando la confianza desaparece, ya no se recupera.

—Por si le sirve de algo —le confió él—, fue mejor que Grace no asistiera a la fiesta. Los Huber solían permitir que su hija mayor tomara cerveza cuando invitaba a casa a sus amigos. No hay razón para pensar que no hagan lo mismo con Kim. Habría ido en persona para echar un vistazo si no hubieran dejado de hacer tanto ruido, pero no volvieron a llamar para quejarse, así que lo dejé correr. Por supuesto estaría dándome de cabezazos contra la pared ahora mismo si uno de los chicos de la fiesta hubiera estampado su coche contra un árbol. Pero solo hubo una llamada de queja. —Se pasó la mano por el vientre—. No es fácil tomar decisiones en esta ciudad, con tantos padres adinerados. A veces hay que aceptar lo que ellos te dicen. —Apoyó un codo en el techo del coche—. Ayer vi a Grace.

—¿Ah, sí? —Deborah enarcó una ceja.

—En la pista de atletismo. Estaba entrenando con el equipo. ¡Cómo corre! Hizo tragar polvo a todas las demás. —Sonrió—. Me recordó a usted.

—Yo no practiqué nunca el atletismo.

—No, pero sí la natación, y era muy rápida. ¿Aún tiene los trofeos?

—Ajá. En una caja, en el sótano.

—¿No los enseña nunca? Debería estar orgullosa. Hizo mucho por el equipo local.

Hacía tiempo que Deborah no pensaba en aquellos trofeos. Los había sacado una vez para enseñárselos a los niños, y solo porque Karen había insistido en hablar de ellos. Para Greg no eran más que el epítome del conservadurismo, pues Deborah los había ganado en una época en la que él llevaba el pelo largo y pantalones desteñidos, construía casas en los suburbios y no se duchaba durante una semana. Cuando conoció a Deborah, ya había emprendido su negocio y se estaba volviendo más convencional, pero nunca le hicieron gracia los trofeos que su mujer había ganado en el instituto.

En respuesta a la pregunta de John, Deborah se encogió de hombros.

—Una vez casada y con hijos, los trofeos dejaron de tener importancia. No quiero vivir en el pasado.

—Muy inteligente. No es bueno para los chicos. Algunos no pueden repetir los éxitos de sus padres. Claro que Grace triunfa por sí misma, pero ya

sabe lo que quiero decir. Es usted una mujer de carácter. Grace lo tiene difícil para emularla. ¿Aún se interesa por la ciencia?

Deborah asintió.

—¿Será médico como usted y como su padre?

—Eso espero.

—¿Y es lo que ella quiere, como quiso usted?

—Eso dice ella.

—Mejor que se asegure —le aconsejó John, mirándose los zapatos—. Sé muy bien qué es decepcionar a los padres. «¿Que quieres ser qué?», me preguntaba mi padre. Todos en mi familia son abogados.

—Es usted jefe de policía. Eso no está nada mal.

—Hay una diferencia, dirían mis padres si aún vivieran. —Alzó la vista—. No sé por qué me he puesto a hablar de esto. Supongo que es una herida que no se ha cerrado del todo. Usted tiene una gran fuerza, incluso después del accidente. Pero me preocupa Grace, es muy joven y puede que no sea tan fuerte.

—Creo que solo se ha sentido ligeramente abrumada por los acontecimientos de la semana pasada.

—Espero que no se aisle de sus amigos.

—Solo intenta pasar desapercibida —dijo Deborah, dándole un tono positivo.

—Ajá. La hija de Grace Kelly debería haber hecho lo mismo.

—¿Perdón?

—¿Recuerda a Grace Kelly?

—Por supuesto —contestó Deborah con cierta intranquilidad—. Hizo realidad el sueño de cualquier jovencita. Yo era tan solo una adolescente cuando murió.

—¿Recuerda cómo murió?

—Iba conduciendo cuando su coche se salió de la carretera y cayó por un terraplén.

—Humm. Su hija lo pasó muy mal después, ¿sabe?, la hija que iba con ella. Siempre me pregunté si no sería ella la que conducía y lo ocultaron.

—Pero la princesa Grace tuvo un derrame cerebral —protestó Deborah.

—Bueno. Da igual —dijo John—. Su Grace es afortunada de tenerla a usted. —Se rascó la nuca—. Escuche, siento mucho lo de los Huber. Seguramente debería haberles dicho enseguida quién había llamado para quejarse. No me gusta ser responsable de haberle hecho perder dos pacientes. Si hay algo que pueda hacer...

—Sí —dijo Deborah, recordando todo lo que le había contado Tom sobre su hermano. Seguramente debería explicárselo al jefe de policía, pero tenía la sensación, absurda quizá, de que no podía traicionar la confianza de Tom—. Haga lo posible por acelerar el informe sobre el accidente, John. Me lo debe.

## Capítulo 13

El coche de Michael no estaba aparcado en la entrada cuando Deborah llegó a la casa de su padre, lo que supuso un alivio por dos motivos. Primero, porque realmente quería creer que había ido a desayunar fuera. Y segundo, porque no tenía ganas de verlo tan pronto.

Aparcó cerca y enfiló la entrada con su maletín, su café y su bollo. Había tres coches en el pequeño aparcamiento, el de la recepcionista, el de la enfermera, y el de una paciente madrugadora a la que sus hijos habían contagiado el resfriado. Tras diagnosticarle una bronquitis, Deborah extendió la correspondiente receta, se despidió de ella y se dirigió hacia el despacho de su padre. Aún no había llegado.

Su despacho estaba ordenado, pero muy lleno. Los estantes estaban abarrotados de libros, reliquias de la época en la que las publicaciones médicas no eran digitales, y aunque Michael era totalmente adicto al ordenador, que estaba sobre su mesa, se negaba a desembarazarse de ellas. Lo mismo ocurría con los regalos que había recibido de sus pacientes más jóvenes a lo largo de los años: tarjetas de San Valentín que clavaba cada año en un tablero decorado, múltiples conchas, piedras y ramitas, un tosco tazón de barro. Cada regalo era un recuerdo. A pesar de su actitud dictatorial, en el fondo Michael tenía un gran corazón.

—¿Has mirado ya si hay una botella en el cajón? —preguntó su padre, acercándose por detrás. Dejó caer un puñado de revistas sobre la mesa y encendió la luz.

—No —respondió ella—. Jamás haría algo así.

—¿Por qué no?

—Porque es tu mesa.

—Pero pensabas hacerlo —dijo él con expresión grave.

—En realidad estaba pensando en mamá y en ti —le contradijo Deborah. Pero sí, se le había cruzado por la cabeza la idea de comprobar si había botellas en los cajones, aunque no había tenido valor para hacerlo—. Me habría gustado tener un matrimonio como el vuestro.



—Creías que lo tenías. A mí me pareció que te precipitabas. Era un *hippy*, por el amor de Dios, pero tú decías que eso le hacía especial.

—Y era verdad.

—Habría mucho que discutir, teniendo en cuenta lo que hizo después, pero entonces estabas segura de que habías encontrado al hombre de tu vida y que, si esperabas a terminar la carrera, lo perderías.

—Y lo perdí —señaló Deborah.

—Pero eso fue hace dos años.

—Lo había perdido mucho antes —replicó ella con una sonrisa triste.

—¿Os fue mal desde el principio? —preguntó Michael, sorprendido.

—Mal no. Simplemente no era como el vuestro. Yo lo atribuía a que ambos teníamos nuestra vida profesional.

—Tú decías que a él le parecía bien que fueras médico.

—Porque lo creía, porque estaba a favor de los derechos de las mujeres y todo eso. Parecía un hombre tan moderno... la mezcla ideal de un espíritu libre con el pragmatismo. En el trabajo era asombroso. Aportaba ideas innovadoras a un campo convencional. Me parecía un hombre brillante. — Deborah hizo una pausa—. Creía que me adoraba igual que tú adorabas a mamá.

—Quizá al principio fuera cierto.

—Quizá no supe juzgar cómo era en realidad.

—Quizá eras demasiado joven para poder juzgarlo.

—Oh, papá, no —protestó ella—. Tú eras igual de joven cuando te casaste.

—Las cosas eran distintas en mi época. A mis amigos los enviaban a Vietnam y algunos no volvían. No podíamos permitirnos el lujo de esperar.

Deborah mostró su desacuerdo meneando la cabeza.

—También ahora hay mucha gente que se casa joven.

—Pero ahora es una cuestión socioeconómica.

—Pero lo hacen, y sus matrimonios no siempre fracasan. ¿Cuál es nuestro problema entonces?

—Oye, a mí no me incluyas.

—Lo sé. Tu matrimonio era perfecto.

Michael se sonrojó.

—Si vas a contarme todo lo que no sabía sobre tu madre... —dijo, empezando a perder los estribos.

—No, no es eso. Hablo en serio. Vuestro matrimonio era perfecto — insistió Deborah—. No recuerdo ni una sola vez en la que os viera discutir a

mamá y a ti. Creía que todas las parejas eran así. Tal vez esperaba demasiado. Tal vez Greg no tenía las cualidades que yo creía haber visto en él.

Michael se sentó tras su mesa y encendió el ordenador.

—De tus fantasías no me echas a mí la culpa. Yo nunca te dije lo que debías esperar.

—No. Pero los hijos ven a los padres y la relación que hay entre ellos se convierte en su modelo.

—Pues no parece que tu hermana la viera de la misma manera —comentó él, poniéndose las gafas.

—Oh, ya lo creo que sí. Sabía perfectamente cómo era vuestra relación. ¿Por qué crees que nunca ha encontrado al hombre adecuado?

—Porque es demasiado exigente —musitó Michael sin apartar los ojos de la pantalla.

—Exigente no, sabe lo que quiere. Y quería un hombre tan fuerte como tú.

—No me vengas con halagos —dijo él, fulminándola con la mirada.

—No es eso —dijo Deborah, impacientándose—. Se trata de lo que percibimos y de lo que esperamos. Yo percibí un modelo de matrimonio y esperaba que todos fueran igual; es evidente que no debería haberlo hecho. Pero hablábamos de Jill. El problema es que a veces los padres esperan demasiado de los niños.

—Jill ya no es una niña.

—Sí. Es tu niña. Siempre lo será.

—¿No tenemos pacientes a los que atender? —preguntó Michael, mirándola por encima de las gafas.

—Ella no puede hacerlo todo igual que tú. Aunque eso no significa que lo que hace sea malo. La pastelería es fabulosa y Jill es una gran mujer de negocios.

—Bien.

—¿Eso no te hace feliz? ¿Qué más podemos desear para nuestros hijos que saber que son felices?

—Muchas cosas. Queremos seguridad. Queremos que maduren. Queremos que lo hagan mejor que nosotros.

Deborah pensó en lo que había dicho John Colby.

—Tal vez no sea posible. ¿Y en ese caso qué? ¿Son unos fracasados?

—Dímelo tú —replicó su padre, irguiéndose—. Quieres que tu hijo juegue a béisbol, pero no ve bien. ¿De verdad disfruta jugando?

Deborah pensó en su hijo y el miedo le encogió el corazón.

—Se trata de que forme parte de un equipo.

—Claro, eso es lo que decimos todos, pero ¿es la verdad? ¿Está mejor así, siendo el peor jugador del equipo?

—No es el peor.

—No ve, Deborah. No ve lo suficiente para golpear la pelota ni para lanzarla al campo. La música, en cambio, se le da bien.

—Nunca será concertista de piano —replicó Deborah, pensando en lo que su padre le había hecho a Jill—. Me niego a presionarle de esa manera.

—¿Y no crees que obligarle a jugar a béisbol es igual de malo? Vamos, Deborah. No quieres ver lo que tienes delante de las narices.

—Supongo que entonces ya somos dos —dijo Deborah, justo cuando sonaba el interfono.

—Sí —farfulló Michael en el interfono.

—Jamie McDonough está en la Sala Uno, doctor Barr. ¿Podría decirle a la doctora Monroe que los niños de los Holt están en la Sala Dos?

—Bien. —Michael pulsó el botón para cortar la comunicación y se levantó—. Esperan que acudamos a su llamada. Esperan que tengamos respuestas. Esperan que curemos sus enfermedades. —Cogió la bata blanca que había colgada de la puerta y se la puso—. ¿Quién nos cura a nosotros? —Lanzó a Deborah una mirada desafiante—. Solo nos tenemos a nosotros.

Técnicamente, Deborah estaba de acuerdo. ¿Acaso no había vivido siguiendo esa misma filosofía desde el divorcio? «Hacemos lo que tenemos que hacer porque no lo hará nadie más. Puede que no sea correcto, pero no podemos hacerlo mejor».

Sin embargo, viniendo de su padre le resultaba deprimente. La bebida no solucionaba nada. Si el problema era la soledad, la bebida no hacía más que empeorarla. La cuestión era si ella lo estaba haciendo mejor.

Tal vez se habría obsesionado con esa idea, pero tuvo una mañana muy ajetreada; primero con las visitas en la consulta y luego con las visitas a domicilio. La tarde no fue mejor. Cuando llegó al gimnasio necesitaba desesperadamente distraerse, y lo consiguió esforzándose al máximo en los ejercicios.

Más tarde, aparcó delante de la pastelería y llamó por el móvil a Greg.

—Hola, soy yo. ¿Tienes un rato?

—¿Un rato para qué? —preguntó él después de una pausa.

—Para hablar.

—¿Sobre qué?

—Nosotros. Los niños. —Recordó lo que le había dicho su padre: «No quieres ver lo que tienes delante de las narices»—. Quizá sobre qué falló.

Se produjo un silencio sepulcral.

—¿Qué falló cuándo? —preguntó al fin con curiosidad.

—En nuestro matrimonio.

—¿Quieres hablarlo ahora?

Greg no se lo estaba poniendo fácil.

—Si no es buen momento, puedo volver a llamarte.

—Esa no es la cuestión. Después de la separación me pasé meses queriendo hablar contigo y tú no quisiste.

—No podía. Estaba dolida. Te habías convertido en alguien a quien no conocía.

—No es verdad. Volví a ser el hombre que era cuando nos conocimos.

—Puede —admitió ella—. Pero hacía mucho tiempo de eso y para mí ese cambio era una amenaza.

—¿Porque quería hablar?

—Porque querías decirme que no deseabas seguir casado conmigo.

—No era por ti, Deborah, sino por toda mi vida...

—A mí no me lo pareció. Estuviera o no en lo cierto, me lo tomé como algo personal. No podía satisfacerte como esposa, así que me dejaste. No podía satisfacerte como mujer, así que te casaste con Rebecca. ¿Habías estado en contacto con ella durante todo ese tiempo?

—No. Solo hacia el final de nuestro matrimonio.

—¿Me dejaste concretamente para casarte con ella?

—No. Una vez separados, simplemente... encajaba.

—Y yo no. ¿Entiendes por qué no podía hablar contigo? No quería oír todas las cosas que había hecho mal.

—Así que yo era el malo de la película.

—Sí.

—¿Y qué ha cambiado ahora?

Deborah miró por el cristal del parabrisas. El sol de la tarde se reflejaba en el escaparate de la pastelería y no le permitía ver el interior, pero sabía que Grace y Dylan estaban allí.

—La ira ya no me sirve. No creo que sea lo mejor para los niños. Tampoco creo que sea lo mejor para mí.

—¿Eres más vieja y más sabia?

Al apreciar cierto sarcasmo en su voz, Deborah dijo:

—Cuando estábamos casados, hubo veces en las que me sentí mucho más joven y estúpida que tú.

—Nunca me lo dijiste.

—No me gustaba hablar de la diferencia de edad.

—Pues me la echaste en cara más de una vez cuando me fui.

—No, Greg. Solo dije que estabas atravesando la crisis de la mediana edad. Tal vez le diste un significado que no tenía.

Se produjo un nuevo silencio y luego la respuesta de Greg, sorprendentemente conciliadora.

—Tal vez.

—Yo creía que nuestro matrimonio duraría para siempre —dijo Deborah—. No estaba preparada para lo que ocurrió. Me sentí humillada.

—Lo siento. Seguramente pude hacerlo mejor.

—¿Cómo? —preguntó ella—. ¿Avisándome con una semana de antelación?

—Hacía tiempo que no me sentía feliz.

—¿Tanto que no podías hablar de ello?

—Se suponía que debía ser feliz. Ese era el plan... y no estoy siendo sarcástico. Tú no eras la única que tenía expectativas. Creo que necesitaba ese plan para convencerme de que lo que estaba haciendo con mi vida era lo correcto. Nuestra vida conyugal era pura apariencias. Hacíamos lo que se esperaba de una pareja perfecta. —Su voz se suavizó—. No te echo a ti la culpa.

Por absurdo que fuera, a Deborah se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No podía irme allí contigo. No podía, Greg.

—Lo sabía.

—Hice varias llamadas. Había demasiados médicos.

—Deborah, no es necesario que te justifiques.

—Sí —insistió ella—. Siempre me he sentido culpable. Me parecía que había puesto mi casa y mi carrera por delante de mi marido.

—No era todo blanco o negro.

Deborah trataba desesperadamente de hacer entender a Greg cómo se sentía cuando terminó su matrimonio.

—Hacía años que no hablábamos de nada importante.

—Deborah.

—Lo siento si no supe estar a tu lado. Pensaba que lo hacía todo bien. Pero ¿cómo se sabe eso? ¿Cómo se puede saber lo que irá bien y lo que irá

mal? Es como conducir de noche bajo una lluvia torrencial. Crees que conoces el camino, pero no hay forma de estar seguro.

—¿Estás bien, Deborah?

Deborah estaba a punto de contestar que no, cuando vio que John Colby aparcaba el coche a su lado. Su expresión le dijo que tenía noticias.

—¿Ocurre algo? —preguntó Greg.

—Mucho, me temo. Pero ahora no tengo tiempo.

—¿Tiene algo que ver con los niños?

—Nada que no pueda esperar un par de días.

—Ahora es un buen momento para escucharte —dijo él elocuentemente.

—Te lo agradezco, pero ahora no puedo. Volveré a llamarte.

Deborah cerró el móvil antes de que Greg pudiera añadir nada, y bajó la ventanilla cuando John rodeó su coche para acercarse.

—He hablado con los del laboratorio estatal —anunció, inclinándose hacia Deborah—. No les gusta adelantar nada hasta haber acabado totalmente, pero por el momento no han encontrado nada de qué acusarte.

Deborah tenía miedo de respirar.

—¿Acusarme?

—No hay indicios de delito. No hay velocidad excesiva, ni conducción temeraria, ni avería del vehículo. Tal como pensábamos, no hay base alguna para presentar cargos. Ahora se están centrando en la víctima. El informe preliminar dice que salió corriendo del bosque.

Deborah tardó un momento en comprender sus palabras.

—¿Del bosque?

—No corría a lo largo de la carretera. Estaba en el bosque y salió corriendo directamente hacia la carretera.

—No hay ningún sendero en el bosque.

—Lo sé. Pero sus huellas estaban allí.

—Qué extraño —musitó Deborah, y no era la primera vez que asociaba esa palabra con Calvin McKenna.

—Sacaron fotos de las huellas —prosiguió John—, pero aún no han acabado de analizarlas. Podría ser que se hubiera metido en el bosque para resguardarse de la lluvia. O quizá para orinar. En el instituto no sabían que saliera a correr. Parece ser que era muy reservado.

Y eso que John no sabía ni la mitad, pensó Deborah, pero no dijo nada para no despertar su curiosidad, porque en ese caso tendría que contestar a sus preguntas y sería como traicionar a Tom.

—He intentado hablar con Hal —añadió John—, pero se ha ido a jugar a racquetball. —Miró hacia la pastelería entornando los ojos—. ¿Grace está dentro? Ah, sí, ahí está. —Soltó un gruñido—. Vaya, se ha vuelto a esconder. Supongo que no quiere hablar conmigo.

Deborah se sentía lo bastante aliviada por el informe como para decir:

—No se lo tome como algo personal. Tampoco quiere hablar conmigo.

—El accidente la ha dejado desorientada.

—Creo que sí. —Deborah cogió su bolso. John le abrió la puerta del coche.

—Bueno, cuénteles lo que acabo de decirle. A lo mejor se anima un poco.

Deborah encontró a Grace en la oficina, repantigada en la silla tras la mesa de Jill. Tenía las piernas levantadas, con las chanclas apoyadas en el borde de la mesa.

—No deberías haber salido corriendo —le dijo Deborah cariñosamente—. John tenía buenas noticias. El equipo estatal no ha encontrado nada en nuestra contra.

—Pero el señor McKenna sigue muerto —replicó Grace sin pestañear.

—Sí —admitió Deborah—. Está muerto, y siempre lo lamentaré. También lamentaré siempre que Jimmy Morrissey muriera. ¿Te he hablado alguna vez de él? —Grace negó con la cabeza y Deborah prosiguió—: Era un habitual de Leyland. No vivía aquí, pero trabajaba haciendo reparaciones en casi todas las casas de la ciudad. Una mañana temprano, cuando yo tenía diecisiete años, él estaba en nuestro tejado reemplazando unas tejas y cayó. Oímos el grito mientras desayunábamos. El abuelo hizo cuanto pudo, pero Jimmy murió antes de que llegara la ambulancia. El abuelo y la abuela se lo tomaron muy mal. Se reprocharon haberle obligado a subir al tejado en pleno mes de marzo, cuando todavía había escarcha por la mañana. Se censuraron por permitir que trabajara solo. Pero ese era su trabajo. Había estado en el tejado de otra casa de la misma calle el día anterior. Él vio la escarcha cuando trepó por la escalera hasta el tejado. Podría haber esperado una hora a que se derritiera.

—¿Estás diciendo que fue culpa suya?

—Estoy diciendo que la culpa no fue solo nuestra.

—Lo siento, mamá. No me sirve como analogía. El señor McKenna no estaría muerto si yo no hubiera conducido el coche.

—Oh, Dios mío —dijo Jill, deteniéndose en seco a medio metro de la puerta. Miró a Deborah y a Grace con una mano en el vientre todavía liso, sobre el delantal de color *beige*—. La trama se complica.

—No tiene gracia —exclamó Grace, desmoronándose. Y se abrazó las piernas—. No hago más que recordar la carretera bajo la lluvia... No se veía nada a más de medio metro. Fue culpa mía. Si yo no hubiera conducido el coche desde casa de Megan, el señor McKenna seguiría vivo.

Deborah sintió que se quitaba un peso de los hombros al enterarse Jill de la verdad, y por boca de Grace.

—Lo que quería explicarte con mi historia es que tal vez el señor McKenna fue tan imprudente como Jimmy Morrissey. No lo vimos en la carretera porque no estaba en ella. Salió del bosque directamente a la carretera cuando pasamos nosotras.

—¿Y fue a parar justo delante de nuestro coche? —preguntó Grace con expresión horrorizada.

—¿Qué idiota haría eso? —preguntó Jill mirando a Deborah, igualmente horrorizada, pero por otras muchas razones—. ¿Le mentiste a la policía?

—No. —A Deborah seguía pareciéndole que su hermana estaba demasiado pálida—. ¿Te encuentras bien?

—Por favor, no cambies de tema.

—Supusieron que era yo quien conducía y no les saqué de su error —cedió Deborah.

—Rellenaste el parte del accidente, Deborah. Yo estaba aquí cuando Hal lo leyó.

Deborah podría haber alegado que ella era la conductora adulta responsable del coche, pero tenía demasiadas dudas sobre su manera de proceder, de modo que se limitó a preguntar a Grace:

—¿Sabes si el señor McKenna salía a correr regularmente?

—No. Pero tenía todo el derecho del mundo a correr esa noche. La carretera no es nuestra.

—Deborah —insistió Jill—. Firmaste el parte.

Deborah no tenía fuerzas para discutir. Además, intentaba hacer comprender a Grace lo que había ocurrido.

—Si nosotras no hicimos nada mal, si circulábamos correctamente y un hombre salió corriendo del bosque y se lanzó contra nuestro coche...

—Eso parece un suicidio —musitó Jill.

—... Significa que él tiene parte de culpa.



—No puede tener parte de culpa, porque está muerto —dijo Grace, poniendo cara mustia—. Además, ¿por qué siempre es culpa de otro?

—Deborah —dijo Jill alzando la voz, todavía impresionada por la mentira de su hermana—, ¿te das cuenta de lo que has hecho?

—¿Y cómo no voy a darme cuenta? —gritó Deborah—. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Las repercusiones habrían sido mucho peores para Grace.

—¿Y así te parece más fácil? —exclamó Grace—. Primero querías cargar tú con toda la responsabilidad, pero ahora la policía dice que tú no hiciste nada malo, así que le echas la culpa al señor McKenna. ¿Y qué hay de mí? Corro mal en una competición y todo el mundo dice: «Oh, pobrecita, ha tenido una semana muy dura». Suspendo un examen de francés y la profesora me dice: «Oh, pobrecita, ha tenido un mal día», y borra la nota de su cuaderno. Eso no lo hace por los demás. ¿Por qué todo el mundo me tiene lástima?

Deborah no sabía lo del examen de francés, pero le preocupaba más que su hija no se lo hubiera contado, cuando antes siempre confiaba en ella.

—¿Sabes lo que estoy haciendo ahora? —preguntó Grace señalando el ordenador portátil con la cabeza—. Eso es una redacción de inglés que he entregado esta mañana. Era tan mala que el señor Jones ha venido a hablar conmigo antes de que me fuera y me ha pedido que la reescribiera, y eso después de que la señorita Walsh viniera a preguntarme si quería hablar con ella. No quiero, así que, por favor, no vuelvas a pedirle que lo intente. El señor Jones dice que los ordenadores nos permiten hacer tantos borradores como queramos y que si los alumnos deciden no hacer más que uno es porque quieren expresar algo.

—¿Y qué querías expresar tú? —preguntó Deborah, llevándose una mano al pecho.

—Que las notas no sirven para nada. No son más que unos garabatos en un papel. No tienen nada que ver con la vida real.

—Sí que tienen que ver —replicó Jill, que sorprendentemente salía en defensa de las normas—. Sirven para valorar la actitud. Una actitud negativa limita tus opciones.

«Que es exactamente lo que no quiero para mi hija —pensó Deborah—. Y por eso hice lo que hice después del accidente».

—A ti te ha ido bien —dijo Grace, mirando a su tía—. Este sitio tiene mucho éxito.

—Pero hay que trabajar muy duro y da muchos quebraderos de cabeza. Tal vez si tuviera un socio con el que compartir las responsabilidades, me iría

mucho mejor. Puede que eso no tenga nada que ver con mis malas notas en el instituto, pero da que pensar, ¿no crees? —Se volvió hacia Deborah—. Obstrucción a la justicia. Perjurio. Firmar una declaración falsa.

—Jill —protestó Deborah—. No es eso lo que quiero oír ahora mismo. Quiero que Grace comprenda que no debe limitar sus opciones.

—Y yo —dijo Grace—. A ver, ¿por qué tengo que estudiar medicina?

—¿No quieres ser médico? —preguntó Deborah, sintiendo que el corazón le daba un vuelco.

—No lo sé. Pero ¿qué ocurre si quiero ser otra cosa?

—Pensaba que te encantaba la biología.

—No, mamá. Ni siquiera es la asignatura que mejor se me da, y tengo que hacer el examen el mes que viene. Seguramente lo suspenderé. Pero tú me dijiste que tu sueño era que lleváramos juntas la consulta.

—Es mi sueño —reconoció Deborah—, pero pensaba que también era el tuyo.

—Bueno, puede que ahora sea imposible. Nadie quiere a un médico que ha atropellado a una persona y la ha matado. Puede que ni siquiera me dejen entrar en medicina.

Deborah lanzó una mirada de reojo a Jill antes de replicar:

—Por eso dije que conducía yo.

—Pero se descubrirá, mamá —gimió Grace—. Pasará como con Pinocho. Estas cosas siempre acaban estallándote en la cara, te guste o no. Tú me lo enseñaste. Ahora mismo acaba de enterarse la tía Jill.

—La tía Jill no se lo dirá a nadie —dijo Jill.

—Puede que no quieras hacerlo —replicó Grace—, pero eres totalmente incapaz de mentir. Dices lo que piensas, lo sueltas y ya está, sin darte cuenta. Eres la persona más sincera que conozco.

Jill se inclinó hacia ella apoyando las manos en la mesa.

—Bueno, pues he estado guardando un secreto. Estoy embarazada.

Grace soltó una exclamación ahogada.

—¿Estás embarazada?

—Sí.

—¿Conocemos al padre?

Jill meneó la cabeza. Grace abrió aún más los ojos.

—¿Lo sabe el abuelo?

—Todavía no. Y no se lo digas. Se pondría furioso.

—Pero es un bebé —dijo Grace, y se volvió hacia su madre—. ¿Tú lo sabías y no me lo habías dicho?

Deborah era culpable de muchas cosas, pero no pensaba cargar también con eso.

—Jill me pidió que no se lo dijera a nadie, y yo sé guardar un secreto.

Grace no se dejó impresionar.

—¿Y crees que fue inteligente por tu parte? Yo estoy aquí todas las tardes haciendo los deberes, mientras ella levanta pesos y traslada cosas. ¿Y aún crees que no debería haberlo sabido?

—Visto así, tienes razón —dijo Deborah, y se volvió hacia su hermana—. Jill, ¿por qué no se lo has dicho?

—No podía —explicó Grace—, porque con lo delgada que está es obvio que aún está en el primer trimestre, y nadie anuncia un embarazo tan pronto. Trae mala suerte.

—¿Quién te ha dicho eso?

Grace hizo una mueca.

—¿Crees que no ha habido ningún embarazo en el instituto? También les ocurre a los ricos, mamá.

Deborah no contestó. No le sorprendía tanto lo que decía su hija como el hecho de que Grace no lo hubiera comentado nunca antes. Habían hablado de los embarazos muchas veces en términos biológicos, pero sin mencionar nunca si había habido algún embarazo en el instituto. Deborah siempre se había preciado de tener una relación abierta con su hija. Tal vez se engañaba a sí misma.

Grace soltó un bufido y apartó la mirada.

Deborah se volvió hacia Jill y vio una extraña expresión en su cara.

—¿Estás bien?

Jill pareció pensárselo un momento antes de esbozar una leve sonrisa.

—Tengo retortijones de vez en cuando.

—¿Has tenido pérdidas?

—No.

—¿Crees que deberías llamar a tu ginecóloga?

—Si lo creyera, Deborah —dijo Jill, suspirando—, ya lo habría hecho. No voy a correr ningún riesgo con este bebé.

—¿Qué bebé? —preguntó Dylan desde la puerta.

Deborah miró a Jill y a Grace y luego a su hijo. El secreto era de Jill, así que guardó silencio y observó a Dylan, que entraba en la oficina tocándolo todo a su paso —el pomo de la puerta, el perchero, el respaldo de la silla de Jill—, pero de un modo tan casual que nadie se daría cuenta si no se fijara. Como madre, Deborah se quedó preocupada.

Jill tardó un momento en contestar.

—Un bebé de alguien que no conoces. ¿Has terminado de hacer los deberes?

Dylan asintió. ¿Tan fácilmente se daba por satisfecho?, se preguntó Deborah. Dylan se subió las gafas, empujándolas con el dedo.

—Tengo hambre, mamá. ¿Nos vamos ya a casa?

Deborah estaba dispuesta a marcharse enseguida. Ya había tenido suficientes revelaciones y discusiones por un día. Incluso calentar la cena que les hubiera preparado Livia sería bueno para recuperar cierta sensación de normalidad.

—Creo que sí.

—Yo quiero quedarme aquí con la tía Jill —anunció Grace.

El apartamento que ocupaba Jill encima de la pastelería era precioso, grande, luminoso y abierto, y con más metros cuadrados que muchas casas de la ciudad, pero a Michael no le había gustado; sobre todo le molestó que Jill usara el dinero que había recibido en herencia al morir su madre para comprar todo el edificio. Pero Jill era Jill.

—¿Te quedas a cenar? —preguntó Deborah a su hija.

—A dormir. La tía Jill me llevará a casa para que me cambie de ropa. ¿Verdad, tía?

—Claro —respondió Jill, lanzando una mirada vacilante a Deborah—. Pero mañana hay clase. No sueles quedarte a dormir entre semana.

—¿Puedo quedarme yo también? —pidió Dylan.

—No —respondió Grace, tajante—. Quiero una noche de chicas.

La cara de Dylan dejó entrever su desilusión.

—Te diré lo que haremos —propuso Deborah, ansiosa por animarlo—. ¿Qué te parece si dejamos que ellas tengan su noche de chicas y nosotros tenemos una noche de madre e hijo? Podríamos encargar una *pizza* en Pepper's.

Pepper McCoy preparaba unas *pizzas* deliciosas y su establecimiento estaba a tan solo diez minutos de Leyland en coche. Dylan se animó enseguida.

—¿Podría quedarme a dormir otro día? Este fin de semana no, porque voy a casa de papá, otro.

—Sí —respondió Deborah, alegrándose por la actitud esperanzada de su hijo—. Yo se lo recordaré a la tía Jill.

## Capítulo 14

Deborah estaba sentada en el sofá familiar con Dylan. Él leía *La leyenda del helecho rojo: una extraordinaria historia de amor entre un niño y sus dos fieles compañeros* y parecía muy enfrascado. Ella leía un estudio sobre un exceso de recetas de antibióticos, pero apenas asimilaba las palabras. No dejaba de darle vueltas a que un hombre que no solía correr lo hiciera una noche por un lugar al que nadie iba a correr.

—Quiero un perro —dijo Dylan levantando la vista del libro.

—Eso lo dices porque estás leyendo un libro sobre perros.

—Papá tiene uno —adujo el chico.

—Era de Rebecca, y papá tiene un montón de terreno y mucho tiempo libre.

—Yo tengo mucho tiempo libre —dijo Dylan. Miraba a su madre con una expresión implorante amplificada por las gafas—. Y también tenemos mucho terreno. Podría cuidarlo yo.

Deborah sabía que él podía, lo que le preocupaba era no poder cuidarlo ella.

—De verdad que sí, mamá, y no importa lo mal que estén mis ojos, porque a un perro lo vería. El perro de Rebecca tuvo ocho cachorros.

—Ajá. Ya me lo dijiste —comentó Deborah, siguiéndole la corriente.

—¿Por qué no puedo tener yo uno pequeñito?

—Porque no sería siempre pequeñito.

—Mamá, por favor —rogó Dylan, rodeándole el cuello con el brazo—. Si tuviera un perro me portaría súperbien con él.

—Estoy segura de que sí —dijo ella, y le dio un beso en la mejilla.

—¿Tom?

—Sí.

—Soy Deborah —dijo bajito, no tanto porque Dylan durmiera con la puerta de la habitación abierta, sino porque se sentía como una conspiradora

haciendo esa llamada—. Bueno, tenía tu número en el móvil, de cuando me has llamado antes —se justificó—. ¿Estabas levantado?

Tom emitió un sonido que podía ser una breve carcajada.

—Solo son las diez.

—Es obvio que nunca has tenido hijos.

—Son agotadores, ¿eh?

—Unos días más que otros. —Deborah colocó una almohada contra la cabecera de la cama para apoyar la espalda—. Hoy estoy rendida.

—¿Has hablado con John Colby? —preguntó él.

—Sí, por eso te llamo.

—Es muy perturbador lo que dice sobre Cal, eso de que salió del bosque corriendo.

—¿Crees que lo hizo a propósito?

—No lo sé. Pero si solo hubiera hecho un alto en el camino, habrían visto que sus pisadas iban de la carretera hacia el bosque, además de las que salían del bosque hacia la carretera.

—¿No las borraría la lluvia? —preguntó Deborah.

—Teniendo en cuenta el peso y la altura de Cal, habrían tardado un buen rato en borrarse. Además, te asombraría ver lo que son capaces de captar las cámaras con filtros especiales.

—Hablas como un experto en cámaras.

—No lo soy, pero conozco a gente que sí lo es. Y leo. Y hago preguntas.

—¿Sobre cámaras?

—Y también sobre otras cosas. —Tom hizo una pausa—. La verdad es que me gano la vida así. —Volvió a hacer una pausa y por un momento Deborah temió que no siguiera hablando. Finalmente, Tom explicó—: Escribo informes para grandes empresas y organismos. Supongamos que un gobierno necesita argumentos sólidos para implantar un sistema sanitario en particular. En ese caso me contrata a mí para que redacte un documento que abogue en favor de sus tesis. Para hacerlo bien, debo entrevistar a todas las personas involucradas.

—¿Y si lo que dicen no es lo que quiere oír el gobierno?

—Pues estoy metido en un lío.

—¿Perdón?

Tom rio.

—No es tan malo. Si buscas al final encuentras lo que el cliente desea. A veces formo parte de alguna campaña de propaganda, pero procuro hacerlo pocas veces y espaciando mucho los encargos.

—¿Trabajas desde casa?

—Sí.

—¿Y no te cansas?

—No tengo ocasión de cansarme. Casi siempre estoy de viaje entrevistando a gente y recopilando datos.

Deborah se sentía intrigada. Sabía que hablar con Tom era peligroso, pero había empezado a llover, oía el golpeteo incesante en el tejado y no quería que colgara. Metió los pies desnudos bajo la sábana y preguntó:

—¿Cómo te metiste en ese trabajo?

—Estaba a mitad de la carrera en la universidad y necesitaba dinero. Un profesor me puso en contacto con un amigo suyo que necesitaba encargarle el trabajo a alguien.

—Entonces, ¿te consideras escritor?

—Más bien periodista de investigación.

—¿Se te ha ocurrido alguna teoría sobre tu hermano? —preguntó Deborah, tras un momento de vacilación.

—Basándome en las huellas de sus pisadas, yo diría que estaba en el bosque antes del accidente.

—¿Tienes idea de qué estaba haciendo?

—Diablos, no. Nunca he sabido nada de su vida. —Respiró hondo—. Y ahora me lo reprocho. Yo era el mayor.

—¿Y por qué no se lo reprochas a tus padres?

Tom guardó silencio unos instantes antes de responder con tristeza:

—No estoy seguro de que fueran capaces de hacer otra cosa. Tenían su propia vida. En cuanto a nosotros, veían solo lo que querían ver.

—Pero recibirían los informes de vuestros profesores.

—Desde luego. Cal era el mejor alumno de su clase.

—¿Y qué tal se le daban las relaciones personales?

—Era un poco raro, pero esa era mi apreciación. Si los profesores dijeron algo, mis padres no les hicieron caso.

—¿Nunca recibió ayuda profesional?

—En aquella época no.

—¿Y luego?

—Si no sabía que tomaba Sintrom, ¿cómo iba a saber si visitaba a un psiquiatra?

Deborah no dijo nada.

—Lo siento —añadió él en tono más amable—. Has puesto el dedo en la llaga. Pero comprendo que tengas tus dudas.

Deborah no podía fingir que no sabía a qué se refería. Cuando un hombre inteligente corría por el bosque bajo un aguacero y se lanzaba a la carretera justo cuando pasaba un coche, a pesar de que por fuerza tenía que haber visto la luz de los faros, y luego no decía a los médicos de Urgencias que tomaba un medicamento que podía provocar una grave hemorragia, cualquiera tendría sus dudas. Cuando ese mismo hombre separaba los diferentes aspectos de su vida de manera obsesiva, hasta el punto de que su propia esposa no sabía que había tenido una serie de ataques isquémicos, y su hermano no sabía que se había ido a vivir a otra ciudad, alguien como Deborah podía pensar que tal vez Cal McKenna deseaba morir.

—Es preciso sufrir mucho para arrojarse bajo las ruedas de un coche —dijo Deborah—. ¿Estaba deprimido?

—Selenia afirma que no.

—Supongo que no dejó una nota.

—No hemos encontrado nada. ¿Tu abogado está pensando en un posible suicidio? —preguntó Tom, lo que recordó a Deborah la desagradable circunstancia de que podían convertirse en adversarios en un pleito.

—No —contestó ella—. No le he contado lo que hablo contigo.

—Pero es amigo de Colby, ¿no?

Otro recuerdo.

—Solo juegan juntos al póquer.

—¿Por eso Colby ha estado presionando para que terminaran antes el informe?

—No. Eso fue cosa mía. Se lo supliqué.

Tom emitió un sonido que tal vez fuera una risa.

—¿Es amigo tuyo o solo un paciente?

—Ambas cosas. En una ciudad como esta, los pacientes también son amigos.

—¿Sabe él que hemos hablado?

—En absoluto. Y a mi abogado le daría un ataque si lo supiera.

Tom guardó silencio.

—¿Lo sabe tu cuñada? —preguntó Deborah.

—No. Se molestaría. Está decidida a probar que Cal no tuvo en absoluto la culpa de morir atropellado. Quiere encontrar un chivo expiatorio. Se enfadará cuando lea el informe.

—¿No se preguntará nunca si fue el propio Cal el responsable de su muerte?



—Lo dudo. No debía de ver nada patológico en lo que hacía Cal. Ella dice que todo el mundo tiene sus manías.

—¿Y cuáles son las tuyas? —quiso saber Deborah.

—Ya te lo dije. Soy un vago. ¿Y las tuyas?

—Detesto la lluvia. Ocurren cosas malas cuando llueve.

—¿Como el accidente?

—Sí, pero también otras. Llovía la noche en la que murió mi madre. Llovía el día en el que mi marido me abandonó.

—¿Te pones nerviosa cada vez que llueve?

—No. Ahora llueve y simplemente oigo llover.

—Pero cuando estabas en la carretera aquella noche, ¿estabas nerviosa entonces?

Deborah tuvo el presentimiento de que no debería haber iniciado esa conversación, pero respondió de todas formas.

—Tenía que recoger a Grace, lo que no quiere decir que no hubiera preferido quedarme en casa.

—Pronto podrá ir ella sola a todas partes.

—Ajá. Tendrá el carnet dentro de cuatro meses. Eso podría ser bueno o malo.

—Malo cuando llueva. Te preocuparás.

—Sí.

—Bueno, entonces deberías estar agradecida. Si hubiera tenido ya el carnet, quizá habría sido ella la que condujera aquella noche.

—¿Tía? —susurró Grace—. ¿Estás dormida?

—¿Con los ojos abiertos?

—No veo tus ojos. Está demasiado oscuro. —Grace se sentó y se dio la vuelta hacia el lado de la cama donde dormía Jill. La única luz que había en la habitación entraba de la calle y era escasa debido a la lluvia. A Grace no le importaba la oscuridad. No quería ver la cara de su tía—. Tengo que decirte algo. La semana pasada, cuando estuve en casa de Megan, bebimos.

—¿La semana pasada?

—La noche del accidente. La noche que conducía el coche y atropellé al señor McKenna.

—Ohhh, Gracie —gimió Jill—. No estoy segura de querer oír esto.

—Bebimos cerveza —siguió diciendo Grace, sabiendo que tendría problemas si daba los nombres de sus amigos. Necesitaba decírselo a alguien

y Jill también tenía sus secretos—. Los padres de Megan no estaban. Y cuando mamá vino a buscarme, ni siquiera pensé en que no debía conducir. No estaba bebida. Ni siquiera achispada... bueno, quizá un poco.

—¿Cuánto bebiste?

—Dos latas de cerveza. Pero una me la tomé al llegar y la otra casi tres horas más tarde. Mamá me odiará cuando lo descubra.

—¿No lo sabe?

—¿Cómo iba a decírselo? —exclamó Grace—. Ella no haría una cosa así. Beber y conducir es lo peor que se puede hacer.

—¿No se lo dijiste ni siquiera después de haber atropellado a aquel hombre? ¿No te lo notó en el aliento?

—¡No! —volvió a exclamar Grace—. Estaba mascando chicle, pero no se le habría ocurrido siquiera olerme el aliento. Ella cree que no he bebido alcohol jamás.

—También lo creía yo —dijo Jill.

—Me odias —dijo Grace, incapaz de interpretar su comentario.

—No. Supongo que simplemente no me había dado cuenta de que te has hecho mayor.

—No me digas que tú nunca bebiste en el instituto —dijo Grace.

—Pues no. Fumaba marihuana.

A Grace solo le sorprendió la franqueza de su tía.

—¿Marihuana? —repitió. Se había abierto otra lata de gusanos de la familia—. ¿Lo sabía el abuelo?

—Pues claro. Precisamente se trataba de eso.

—¿Por qué? —quiso saber Grace, que se lo había preguntado a menudo—. ¿Qué te hizo decidirte?

—¿A rebelarme? Oh, montones de pequeñas cosas. El orden de nacimiento, por ejemplo. Yo era la segunda hija, después de tu madre. Desde que tengo memoria, se esperaba de mí que hiciera lo mismo que ella, pero yo siempre estaba por debajo, así que decidí no competir. Quería ser yo misma. Actuar así era la forma de demostrárselo a mi padre.

—¿Qué hizo él cuando descubrió lo de la marihuana?

—Se puso furioso.

—¿Y qué? ¿Te quitó las llaves del coche? ¿Te retiró la paga?

—Su decepción era suficiente. Ya sabes, esa mirada que me dirigía todos los días cuando volvía a casa de trabajar. En nuestra casa lo más importante era la buena conducta y la reputación, y hacer que nuestros padres se sintieran orgullosos.

¡Eso Grace ya lo conocía! Lo sentía cada día, pero magnificado cien veces desde el accidente.

—¿Y la abuela Ruth también?

—En teoría. Pero ella era una madre. Una madre siempre tiene el corazón más blando. —La voz de Jill delataba una sonrisa—. Hablaba a menudo de la parte blanda que tienen los bebés en la cabeza cuando nacen. Permite que el cráneo se mueva un poco durante el parto y se cierra durante el primer año de vida. Ella decía que en realidad no desaparece, sino que se traslada a la madre, que lo guarda en su corazón el resto de su vida.

—Qué bonito —dijo Grace—. ¿A ti también se te ocurren cosas así ahora que estás embarazada?

—Sí.

—¿Te gustaría que la abuela Ruth aún viviera?

—Sí.

—¿Para ayudarte a darle la noticia al abuelo?

Jill se movió bajo las sábanas.

—No. Se lo diré cuando haya pasado el primer trimestre. Se lo diré a todo el mundo.

—¿No lo sabe nadie?

—Solo tu madre y tú.

—¿Y resulta difícil guardar el secreto? ¿No te sientes como si todo el mundo se diera cuenta?

—Apenas se nota todavía. El delantal me tapa bastante bien.

—Pero ¿no te sientes como si pudieran adivinarlo? ¿Como si supieran que mientes cuando vas por ahí haciendo las cosas de siempre?

—No.

Grace suspiró.

—Ojalá me pareciera más a ti. Yo me siento como si todo el mundo supiera que bebí y como si tuviera esa gran mentira posada sobre mi hombro, igual que un pájaro. Quiero decir que en parte desearía que todo el mundo lo supiera de una vez. —Se le ocurrió una idea—. Si me quedara embarazada, mamá no podría ocultarlo.

—Sería una mala idea, Grace.

—Pero ¿y si me quedara embarazada? Al menos tendría que decir la verdad sobre eso. —Ahí había pillado a su tía. Y era raro que a Jill no se le ocurriera una réplica—. ¿Qué diría mamá si me quedara embarazada?

—Tendría una decepción.

—¿Igual que el abuelo cuando tú fumabas marihuana? ¿Lo ves? Es tan mala como él. Tienes razón. Todo se reduce a portarse bien y a mantener una reputación. Nuestra vida es pura apariencia.

—Espera un momento, Grace. Puede que yo tenga algunas quejas, pero tu madre y tu abuelo trabajan muy duro. Ofrecen un servicio a esta comunidad. Debes reconocerles el mérito.

—Vale. Pero eso no significa que sea fácil ser hija suya.

—No.

—Entonces, ¿qué hago?

—No puedes dejar de ser su hija.

—Me refiero a mi mentira. No sería tan malo si le hubiera dicho enseguida lo de la cerveza a mamá, pero ahora ha pasado un montón de tiempo. Mamá ha cargado con la culpa por mí, pero ni siquiera sabe que bebí.

Jill buscó la mano de su sobrina en la oscuridad.

—Mira, cariño, por lo que he oído, fuera quien fuese el conductor del coche no hizo nada malo. El hecho de que hubieras bebido una cerveza no provocó el accidente.

—Me tomé dos —le recordó Grace.

—Eso no provocó el accidente.

—Vale, pero sigo sintiéndome culpable y no puedo decírselo a mamá.

—¿Y qué me dices de tu padre?

—¿Perdona? No me hablo con mi padre.

—Pues tal vez deberías.

—¿Hablas en serio? Se enfadaría más que mamá. El abuelo tendría una decepción, pero es solo mi abuelo. —Hizo una pausa—. Y además bebe demasiado, así que quizá lo entendería.

—Oh, Gracie, hay una gran diferencia entre tomarse una cerveza con los amigos...

—Cualquiera de los cuales me mataría si lo contara —la interrumpió Grace.

—No estoy hablando de eso ahora —dijo Jill—. No te vayas por las ramas. Hay una gran diferencia entre tomarse un par de cervezas en una fiesta y pasarse la noche sentado bebiendo *whisky* todos los días. Pero no hablemos del abuelo. Estábamos hablando de tu padre.

—De acuerdo —dijo Grace, sentándose sobre las piernas dobladas—. Hablemos de él. Dice que nos quiere, pero nos dejó sin avisar.

—Tu madre estaba avisada. Puede que no reconociera los avisos, pero estaban ahí.

—¿Cómo puedes ponerte de su parte?

—No lo hago. Solo digo que quizá tu madre cerró los ojos a lo que estaba pasando en su matrimonio. Tengo bastante instinto para las personas, y siempre me gustó tu padre.

—Pero no confío en él, ese es el problema. No sé qué hará si se entera de lo que realmente ocurrió aquella noche. Podría llamar a los demás padres. Podría llamar a la policía.

—No llamará a la policía.

—Podría, y eso arruinaría mi vida, y no es que vaya a ser nada del otro mundo, porque ahora mismo soy una paria en el instituto. No puedo ser sincera con nadie, porque metería en un aprieto a los demás. ¿Y papá? Seguramente se sentiría tan defraudado como mamá, porque él también espera que yo sea una triunfadora. Así que tendré que vivir con eso, sabiendo que un hombre murió porque lo atropellé. Eso es lo peor.

—Lo sé.

—Nadie más lo sabe —dijo Grace, sintiéndose ya un poco mejor.

Su tía soltó un pequeño gruñido de asentimiento, o al menos eso le pareció a Grace hasta que notó un súbito movimiento de piernas. Jill apartó la sábana de un tirón y se sentó en el borde de la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó Grace.

—Ahora vuelvo.

Jill se levantó y se dirigió al cuarto de baño. Caminaba más despacio que de costumbre, pensó Grace, pero era difícil distinguir nada en la oscuridad, y cuando la luz del cuarto de baño iluminó la alfombra, Jill ya no estaba a la vista. Grace apenas había tenido tiempo de levantarse de la cama cuando Jill la llamó.

Grace llegó a la puerta del cuarto de baño en un santiamén. Jill estaba sentada en el váter con el rostro ceniciento.

—Estoy sangrando.

—¿Sangrando? —Grace tragó saliva.

—Necesito papel de cocina.

Grace corrió hacia la cocina, arrancó un puñado de papel y volvió rápidamente.

—¿Sangras mucho?

—No lo sé —respondió Jill cogiendo el papel—. Creo que necesito ir al hospital.

—¿No deberías llamar a tu ginecóloga?

—Ah, sí. —Parecía más asustada que nunca—. ¿Me traes el móvil, cariño?

Grace le llevó el móvil y luego se quedó esperando, sintiéndose completamente impotente, mientras Jill se esforzaba en recordar el número, lo que acentuó el miedo que expresaban sus ojos.

—¿Lo tienes escrito en alguna parte? —preguntó Gráce.

—Me lo sé, me lo sé. —Jill respiró hondo y, tras otra vacilación, marcó los dos últimos números—. Saltará el servicio de atención de llamadas —dijo y, echando un vistazo al papel que apretaba para parar la hemorragia, soltó un taco por lo bajo.

—¿Sangras mucho? —preguntó Grace con el corazón en un puño. Mucho sería malo.

—Lo bastante. Ah, sí, hola. Soy Jill Barr. Soy paciente de la doctora Burkhardt. Estoy embarazada de nueve semanas y sangro... No. No es una hemorragia... No. No veo coágulos. —Escuchó y luego lanzó una mirada de frustración a la pared—. La verdad es que no quiero esperar veinte minutos a que alguien me llame. He esperado demasiado tiempo para tener este bebé. Me voy al hospital. ¿Podría transmitirle el mensaje al médico de guardia? —Jill colgó y, sujetando el papel de cocina para que no cayera, volvió a subirse las bragas—. Siento hacerte esto, cariño, ya sé que mañana tienes clase, pero tenemos que irnos. —Salió del cuarto de baño caminando con cautela.

—¿Esto es debido al dolor que sentías antes? —preguntó Grace, siguiéndola.

—No lo sé —contestó Jill. Incluso su voz sonaba asustada.

—¿Es un aborto?

—Dios, espero que no. —Descolgó un chándal de la puerta del armario—. Tienes que vestirte, Gracie.

Grace volvió a ponerse la misma ropa que había llevado ese día. Jill se estaba atando las zapatillas deportivas.

—¿Te ayudo? —preguntó Grace.

—No. Estoy bien.

—Puede que no sea nada —aventuró Grace.

Jill no respondió.

—Siempre podrán hacer algo, ¿no?

—Claro, pero puede que no sea lo que yo quiero.

Grace sabía que se refería a un legrado. Dani le había hablado de una chica a la que se lo habían hecho hacía un año. La chica lo había llamado legrado, pero todos los demás lo llamaban aborto.

—¿No pueden hacer algo para salvar al bebé?

—Llaves —dijo Jill mirando a su alrededor con expresión frenética, y se fue a la cocina. Grace corrió tras ella.

—Yo voy a buscarlas, tía. Dime qué quieres que haga. Para eso estoy aquí.

—Estás aquí —replicó Jill— para llevarme al hospital.

—No puedo —balbuceó Grace—. No tengo el carnet definitivo.

Jill agarró las llaves y se dirigió hacia la escalera de atrás.

—Yo sí, y tú tienes el carnet provisional. Podemos irnos.

Grace se sintió desfallecer. Tan solo por inercia siguió a su tía escaleras abajo.

—No puedo conducir.

—Yo tampoco. No quiero sufrir una hemorragia.

—Llama a mamá.

—Tardaría diez minutos en llegar, y eso sin contar con que primero tendría que vestirse. Además, ¿quién se quedaría con Dylan?

—Pues llama al abuelo. Vive en la misma manzana.

Jill llegó al pie de la escalera y se dio la vuelta.

—No, Grace. Tú estás aquí y sabes conducir.

—La última vez que lo hice maté a un hombre.

—Pues ahora tienes la oportunidad de redimirte. —Jill puso las llaves en la mano de Grace, abrió la puerta de atrás y salió a la calle.

—Está lloviendo —exclamó Grace, caminando detrás de su tía—. Está lloviendo. No puedo hacerlo.

Jill se dio la vuelta y aferró a Grace por los hombros.

—Te necesito, Gracie —dijo con expresión seria, pero desesperada—. Ahora mismo solo te tengo a ti.

—Pero es... es la furgoneta.

Jill sonrió.

—Cambio automático. Está chupado.

## Capítulo 15

El teléfono de Deborah sonó al amanecer. Apenas diez minutos después, Dylan estaba de pie y vestido y se hallaban de camino al hospital. Por suerte, Dylan se pasó la mayor parte del trayecto durmiendo y no hizo preguntas para las que ella no tenía respuesta.

Todo el mundo en Urgencias sabía a qué había ido. Una de las enfermeras se llevó a Dylan a la cafetería, mientras otra conducía a Deborah hasta el box de su hermana. Jill yacía en una camilla con los ojos cerrados y la cara del color de las sábanas. Grace se mordía las uñas mientras observaba cualquier cambio de expresión de su tía.

Deborah tocó a su hija al pasar y se acercó a Jill para cogerle la mano.

—Hola.

—Hola —dijo Jill con una sonrisa cansada y sin abrir los ojos.

—Grace me ha dicho que el bebé está bien.

—Le había dicho que no te llamara a esta hora tan intempestiva.

—Ha hecho bien. ¿De verdad está bien el bebé?

—El bebé está bien —confirmó Jill—. Solo he manchado un poco, pero me he dejado llevar por el pánico —dijo, abochornada—. ¿Cuándo fue la última vez?

Deborah no lo recordaba, debía de hacer mucho tiempo. Claro que Jill nunca había estado embarazada.

—Me alegro de que Grace estuviera contigo.

—No ha dormido mucho. Llevamos aquí desde las dos.

Grace parecía realmente exhausta. Tenía grandes círculos oscuros alrededor de los ojos. Esta vez Deborah no dijo nada sobre que las noches de insomnio fortalecían el carácter.

—¿Te han ordenado que hagas reposo en la cama? —preguntó a Jill.

—Solo un par de días.

—¿Y puedes?

—No, pero quiero tener este bebé. Skye y Thomas deben de llevar varias horas trabajando en la pastelería. Ni siquiera saben que no estoy arriba. Si una



de las dos pudiera llamar a Alice...

—Llamo yo —dijo Grace, irguiéndose y apartando la mano de la boca—. Puedo quedar allí con ella.

—Necesitas dormir —dijo Jill, meneando la cabeza sobre la almohada—. Alice es estupenda y sabe lo que hay que hacer. Además, me iré de aquí en cuanto me den permiso.

—Quizá deberías quedarte un día ingresada —aconsejó Deborah a su hermana.

—El seguro no me lo pagaría.

—Lo sé, pero ya lo pagaré yo.

—Ni hablar —dijo Jill con firmeza—. Solo he venido porque está cerca y estaba asustada. Cuanto más tiempo me quede, más gente se enterará del motivo de mi visita. Si Grace no te hubiera llamado, lo habría hecho una de las enfermeras. No hay secretos para los Barr en este hospital. —Sus ojos se posaron en la cortina que separaba su box del resto de la sala y emitió un sonido de derrota.

Junto a la cortina se hallaba Michael Barr. Llevaba la ropa arrugada, como si hubiera dormido en la butaca del estudio. Tenía los ojos inyectados en sangre e iba sin afeitarse.

Como médico con privilegios de visita, tenía todo el derecho a consultar el gráfico de un paciente, de modo que cogió el gráfico de Jill sin más. Después de leerlo miró a su hija consternado.

—¿Tenía que enterarme de esto por extraños? —En vista de que Jill no respondía, se volvió hacia Deborah—. ¿Tú lo sabías? ¿Por eso insistías tanto en esa estupidez de que hablara con ella?

—No era una estupidez —replicó Deborah.

—Déjame adivinar —dijo Michael, dirigiéndose a Jill—. Tu novio y tú olvidasteis utilizar cierta cosa.

—Frío —respondió Jill en voz baja.

—¿Entonces llevas el hijo de otra persona? ¿Eres madre de alquiler? ¿Lo haces por dinero para mantener la pastelería?

—Por favor, papá —protestó Deborah, pero Jill habló sin tapujos.

—Frío otra vez. Pagué por el esperma y utilicé un ovario propio, lo que significa que será tu nieto biológico.

—¿Fuiste a un banco de esperma? Entonces no sabes quién es el padre.

—Lo sé todo menos el nombre. Conozco su edad, su historial médico, qué estudios tiene, en qué trabaja, cuál es su aspecto. También sé que tiene otros hijos sanos.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Grace con súbita curiosidad.

—Eso es asunto de Jill —dijo Deborah, pero su hermana siguió hablando con valentía.

—En realidad conozco a dos de sus hijos, porque sus madres utilizaron el mismo banco de esperma. En parte fui allí por eso. Quería conocer a los posibles hermanastros. He hablado con las dos mujeres. Se mantienen en contacto, se consideran parte de una gran familia. Reúnen a los niños varias veces al año.

—Increíble —dijo Grace, impresionada—. ¿Y se parecen?

—Son dos niños, pero no, no se parecen. Uno es igual que su madre. Pero tienen el carácter parecido y a los dos les encanta jugar con coches y bloques de construcción.

—Pues qué gran cosa en unos niños —se burló Michael, con un bufido.

Deborah quiso protestar, pero se le adelantó Grace.

—Abuelo, no se trata de eso.

—También son muy extravertidos, muy deportistas y muy creativos —añadió Jill con extraordinaria compostura para estar tumbada en una camilla—. Su padre estudió en Harvard. ¿No te gusta eso? Fue a Harvard y formó parte del equipo de remo Varsity, y ahora escribe libros infantiles.

—Que seguramente no lee nadie —comentó Michael. Pero también para eso Jill tenía una réplica.

—Todos sus libros son éxitos de ventas y, además, dona parte de los beneficios a centros de cáncer infantil. ¿Cómo no va a gustarte un hombre así? ¿Lo ves, papá? Me aseguré de elegir a un hombre al que pudieras dar el visto bueno.

—Tu madre estaría encantada —dijo él en tono sarcástico.

La mención de Ruth dio al traste con la compostura de Jill y las lágrimas afloraron a sus ojos.

—Sí, estaría encantada porque yo soy feliz y porque sabría que seré una buena madre. —Alzó la voz cuando Michael dio media vuelta para marcharse—. ¡Y no le sorprendería como a ti porque lo habría sabido desde el principio! Michael se había ido.

—Mamá estaría encantada —repitió Deborah inclinándose sobre Jill—, en eso tienes toda la razón, y se habría puesto furiosa con él. —Miró a Grace—. Tengo que hablar con el abuelo. ¿Te quedas aquí con la tía?

—No hables con él —le pidió Jill—. Es inútil. No cambiará de opinión.

—Puede que no, pero ¿no te parece que ya es suficiente?

—¿Doctora Monroe? —dijo una enfermera, abriendo la cortina.

Dylan apareció detrás de ella con dos dedos bajo las gafas; se estaba apretando el ojo.

—¿Era el abuelo? —preguntó antes de ver a los demás—. ¿Qué le pasa a la tía Jill?

Deborah lo estrechó contra sí.

—Va a tener un bebé —le susurró. También estaba harta de ese secreto.

—¿Ahora?

—No, ahora no, pero no se encontraba bien y ha venido al hospital para asegurarse de que todo va bien.

Dylan cerró el ojo que antes se estaba apretando. Deborah se dio cuenta de que era el ojo izquierdo, el ojo bueno, y alzó la cabeza.

—¿Por eso ha venido el abuelo?

—Sí.

—¿Y por eso estaba enfadado?

—No estaba enfadado, solo preocupado.

Dylan volvió a apretarse el ojo izquierdo y musitó algo que Deborah no llegó a oír.

—¿Cómo?

—No le cuentes al abuelo lo de mi ojo —susurró él atropelladamente.

—¿Qué le pasa a tu ojo? —preguntó Deborah. Sin embargo, lo supo inmediatamente sin que él contestara porque le había visto apretárselo a menudo y parpadear demasiado. Angustiada, aferró a su hijo por los hombros para encararse con él—. ¿Qué le pasa a tu ojo?

—Me duele muchísimo —contestó él con desconsuelo—. Igual que me dolía el otro.

Deborah tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a llorar.

—¿Te molesta la luz? —Él asintió—. ¿Desde cuándo, cariño?

—No lo sé, pero no podía decir nada porque os había pasado todo eso a Grace y a ti, y además quiero ir con papá este fin de semana.

Deborah volvió a estrecharlo contra su cuerpo.

—Irás con papá —le tranquilizó y su mirada se cruzó con la de Grace por encima de la cabeza de Dylan—. ¿Puedes quedarte tú a ayudar a tía Jill?

Grace parecía debatirse entre la ira y la preocupación.

—La he traído yo, ¿no? ¿Adónde vas?

—A ver al doctor Brody.

—Noooo, mamá —gimió Dylan.

Pero Deborah sabía que era necesario, igual que en el fondo de su corazón hacía tiempo que sabía que había un problema, solo que había tratado de no

verlo, y mientras, Dylan había tenido que sufrirlo en silencio.

Deborah deseaba tan poco como Dylan oír el diagnóstico, pero era necesario y, por otro lado, le gustaba mucho ese oftalmólogo. El doctor Aidan Brody era un especialista en oftalmología pediátrica y tan amable con Dylan que Deborah lamentó doblemente no haber acudido antes a él. Aidan abrió su consulta temprano para recibirlos y realizó un examen realmente exhaustivo, lo que denotaba su sincero interés.

—No hay nada más que lo que ya tienes en el otro ojo —explicó al chico tranquilamente—, y también es perfectamente curable. El dolor lo provocan las diminutas grietas en la superficie de la córnea. Hay pequeñas terminaciones nerviosas debajo de esas grietas. Cuando quedan al descubierto, notas dolor.

—Pero ahora ya no veré nada —exclamó Dylan.

—No es cierto, no es cierto —le aseguró Aidan—. No perderás la vista. En un par de años, en cuanto dejes de crecer, nos ocuparemos de eso.

—¿El trasplante curará también la hipermetropía?

—No. Seguirás llevando gafas hasta que podamos curarlo con cirugía láser. El trasplante de córnea es solo para la distrofia reticular.

—Pero ¿y si sigue empeorando hasta entonces?

—¿Le ha ocurrido al otro ojo?

—No.

—Claro. Se estabilizó. Y a este le pasará lo mismo.

—Pero ¿y si no se estabiliza?

—Lo hará, Dylan —insistió Aidan con tan afable convicción que Deborah le creyó a pies juntillas—. Te diré lo que haremos —añadió Aidan, cogiendo una tarjeta de la esquina de su mesa—. Voy a darte mi número de teléfono del consultorio y el de mi casa. Quiero que me llames siempre que sientas el miedo. —Escribió unos números tan grandes que Deborah los vio desde donde estaba sentada—. Bueno, ¿crees que te daría el número de mi casa si creyera que ibas a llamarme cada dos minutos? No, señor. Estarás demasiado ocupado con el colegio y con tus amigos. Pero apuesto a que estabas muy preocupado.

—Sí —dijo Dylan, aferrando la tarjeta que le tendía su médico.

—Apuesto a que tenías miedo de quedarte ciego.

—Sí —confesó él tímidamente.

—Ahora ya sabes que no va a pasar, ¿verdad?

—Sí —contestó él, pero volvió a preocuparse—, pero ¿y si pierdo su tarjeta?

—Tu mamá sabe cuál es mi número —respondió Aidan Brody sonriendo—. Estudió medicina con mi mujer. —Señaló a Deborah con la cabeza y sonrió—. Puedes pedírselo a ella y ella te lo escribirá.

Durante el trayecto de vuelta desde Boston, las emociones de Deborah cubrieron toda la gama desde el alivio hasta el miedo. El doctor Brody había hecho que todo pareciera muy fácil, pero dos trasplantes de córnea eran dos operaciones por separado, ninguna de las cuales era tan sencilla como extirpar una verruga, y ambas suponían un riesgo.

Dylan, en cambio, se había animado. Se había quitado un peso de encima pero lo había trasladado a su madre. Sin embargo, para eso estaban las madres precisamente.

Deborah pasó por casa para que pudieran ducharse. Habría preferido dejar a Dylan al cuidado de Livia, para que durmiera un poco más, pero su hijo no quiso ni oír hablar de ello, así que lo llevó al colegio, entró con él para justificar su retraso y luego se fue a la pastelería.

Jill estaba ya en casa durmiendo. Alice lo tenía todo controlado abajo y Grace se había echado en un sofá del pequeño ático del tercer piso.

Deborah se tumbó junto a Jill, que se despertó al notar el movimiento del colchón.

—¿Qué pasa con el ojo de Dylan? —preguntó con voz somnolienta.

—Lo mismo que con el otro.

—Oh, no —exclamó Jill, despertándose del todo—. Oh, Deb. Lo siento.

—Yo también. Se me rompe el corazón al pensarlo. Le operarán en un par de años, pero no se puede hacer gran cosa hasta entonces.

—¿Cómo está él?

—Estupendamente. Aliviado de que no sea nada más grave. ¿Qué tal estás tú?

—Yo también estoy bien. Ya no tengo pérdidas. ¿Dónde está Grace?

—En el ático, durmiendo.

—Tienes que hablar con ella, Deborah. Se siente muy culpable.

—Lo intento, pero ella no quiere.

—Pues inténtalo otra vez. Es una chica fantástica. Me llevó al hospital y me ha traído de vuelta.

—¿Ah, sí? —dijo Deborah, volviendo la cabeza. Cuando su hermana asintió, no supo si sentirse complacida o dolida—. Bueno, gracias. Por mí no quería hacerlo.

—Tenía que escoger entre conducir o dejar que me desangrara.

—No te estabas desangrando.

—Pero entonces no lo sabíamos. Ha hecho lo que tenía que hacer. En eso es igual que tú.

Deborah se puso de lado, de cara a su hermana.

—Siempre había supuesto que era igual que yo en todo. Puede que estuviera equivocada.

—Es igual que tú en lo más importante.

—Yo creía que quería ser médico.

—¿Ser médico es lo más importante?

Deborah no tuvo que pensar mucho la respuesta.

—No. Fíjate en mí, tumbada aquí, y ni siquiera he llamado a la consulta para avisar. Jill, siento mucho lo de papá. Ya sabes lo equivocado que está.

—Sí, bueno, supongo que la esperanza es lo último que se pierde.

—Cambiará —le aseguró Deborah—. Solo necesita tiempo para acostumbrarse a la idea.

—Esto lo dice alguien que siempre ha sido su ojito derecho.

—Últimamente no.

Jill frunció el ceño.

—Es verdad, ¿no tienes pacientes que visitar?

—Estoy cansada.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Al cabo de unos instantes, Jill se echó a reír.

—Eso sí que es una novedad.

Sí, Deborah también se había dado cuenta.

—Jamás en la vida había permitido que eso fuera una excusa para no trabajar. Pero estoy cansada.

—¿Del trabajo?

—De ser buena. De intentar ser buena.

—De intentar complacer a papá —añadió Jill.

—Eso también.

—¿Qué pasará si no apareces por la consulta?

—No lo sé, puesto que jamás ha ocurrido.

—Tus pacientes lo entenderán.

—¿Me importa acaso? —replicó Deborah, pero se apresuró a añadir—: Sí, me importa, pero Dios mío, nunca he faltado a mi trabajo. Si no son capaces de entender que, por una vez, necesito un poco de tiempo, bueno, peor para ellos.

—¿Y papá?

—Papá se enfadará, pero hará mi trabajo. Pensará en el sábado pasado, cuando él no acudió y yo le cubrí, o quizá en esta mañana, cuando se ha comportado como un idiota. Seguramente se siente culpable. No me ha llamado. —Deborah tuvo una idea—. Quizá me eche de su consulta. ¿No sería increíble?

—Deborah, tú no quieres eso.

Deborah sonrió con tristeza.

—No, la consulta me va bien.

—Y también a él. Si no puede entender que estás pasando por un mal momento y que necesitas un poco de tiempo, debería darle vergüenza.

—¿Papá? ¿Podemos hablar? —preguntó Deborah desde la puerta del despacho de su padre.

Michael estaba sentado a su mesa leyendo. Con una mano sostenía el bolígrafo con el que rellenaba impresos, y con la otra medio calzone del restaurante italiano que había en aquella misma calle. Al lado tenía una botella de Coca-Cola Light medio llena de un líquido oscuro. No había indicios de que bebiera otra cosa.

Michael miró a su hija por encima de las gafas y preguntó, en tono razonablemente tranquilo:

—¿Dónde has estado? Esto ha sido un caos.

—Lo siento. He tenido que llevar a Dylan a Boston urgentemente por sus ojos.

Michael dejó a un lado el calzone.

—¿Qué pasa? —Cuando Deborah se lo contó, se alteró visiblemente—: ¿Los dos ojos?

—Aidan dice que ocurre a veces.

—¿Su vista empeorará antes de poder curarlo?

—Eso parece —contestó Deborah—. Dylan está bien. Ha insistido en ir al colegio. Yo apenas he empezado a asimilarlo. Estoy en la etapa de negación, por así decirlo. Ahora mismo no puedo hacer absolutamente nada. Solo... necesitaba hablar contigo.

Michael arrojó el bolígrafo sobre la mesa.

—Si quieres hablar de tu hermana, ahórrate el esfuerzo. No sé qué decir. Me pasa siempre cuando se trata de Jill.

—Entonces hablemos de mamá —propuso Deborah.

Michael apretó los labios.

—Si vas a decirme que ella estaría encantada, también puedes ahorrártelo. Esto no habría ocurrido de haber vivido ella.

—Papá, Jill tiene treinta y cuatro años. Lo habría hecho con o sin la bendición de mamá.

—No. Tu madre sabía cómo trataros a las dos. —Se quitó las gafas y se recostó en el asiento—. Dios mío, Deborah, ¿cómo has podido ocultármelo?

—No lo sabía. —¡Qué maravilla poder decir la verdad por una vez!—. Jill quería hacerlo sola.

—Pero yo soy su padre, y soy médico. Por cierto, ¿sabemos qué doctor la visita?

—Burkhardt. Es una buena ginecóloga.

—Al menos algo ha aprendido —gruñó él.

—Ha aprendido muchas más cosas, papá. Sabía que quería formar una familia. De eso trata todo ese asunto de los hermanastros. Quiere que su hijo tenga una familia.

Su padre volvió a soltar un gruñido y apartó la vista.

—Eso no dice mucho de su opinión sobre nosotros.

—No te lo tomes como algo personal —dijo Deborah—. Mis hijos serán ya mayores para jugar con el suyo; además, las otras madres la ayudarán.

—¿No podemos ayudarla nosotros? —Michael frunció el entrecejo.

—Papá, tú no has dado saltos de alegría precisamente —le recordó Deborah.

—¿Y a ti te parece bien? —preguntó él.

—¿Una vez pasada la sorpresa inicial? Sí. Siempre he sabido que a Jill le encantaban los niños. Es una tía fabulosa con los míos. Siempre he sabido que quería tener hijos propios. A veces pensaba que la pastelería era como un hijo para ella, pero no es verdad.

Michael bajó la vista y frunció los labios.

Deborah sabía lo que estaba pensando, pero no tenía fuerzas para volver a iniciar esa discusión. Además, estaba cansada de hablar de la pastelería.

—Jill hace las cosas a su manera —dijo Deborah.

—Todos los niños necesitan un padre.



—En un mundo ideal, sí. Pero quizá deberíamos revisar nuestra definición de lo que es «ideal». Fíjate en lo que vemos en la consulta. Hemos visto maltrato físico, negligencia, carencias emocionales. Un mal padre puede ser peor que no tener ninguno. Además, el bebé de Jill no será el único. La mitad de las familias de la ciudad están divorciadas y se han vuelto a casar o son monoparentales.

—Y por eso los seres humanos, como yo, vivimos y luego morimos —afirmó Michael—. El mundo cambia demasiado para que podamos aceptarlo. Los principios en los que hemos creído durante décadas se han vuelto obsoletos. Si alguien me hubiera dicho que mis dos hijas tendrían que criar a sus hijos solas, lo habría considerado un loco. —Abrió los brazos como queriendo abarcar un sueño y luego los dejó caer—. Quería algo mejor para vosotras. ¿Qué está pasando? Desde que murió tu madre todo se está desmoronando.

—No ha ocurrido nada que no hubiera ocurrido de todas formas —señaló Deborah.

—Te equivocas, señorita. Ella habría sabido mantener las cosas en su sitio.

—¿Cómo? —preguntó Deborah—. ¿Qué habría hecho? ¿Le habría pedido a Greg que no se fuera y por arte de magia Greg no se habría ido? ¿Habría encontrado a un hombre para Jill y, mágicamente, Jill se habría enamorado de él? Mamá habría servido de amortiguador, nada más. Te habría ayudado con los baches de nuestras vidas.

—¿Desde cuándo necesito ayuda? —preguntó él, indignado, pero Deborah se negó a retroceder.

—Desde que murió ella. Mamá siempre estaba ahí. Ella lo filtraba todo. Ahora que ya no está, todo te parece peor.

—Ella habría sabido cómo encauzarlo todo —insistió él, meneando la cabeza—. Por Dios, fíjate en tu hermana. Fíjate en ti. Esta mañana un investigador me ha preguntado qué relación mantenemos con John Colby.

Deborah se puso tensa.

—¿Qué tipo de investigador?

—De la oficina del fiscal del distrito —respondió Michael—. Al parecer está investigando tu accidente.

Si el informe de la policía estatal no había hallado indicio alguno de delito, sin duda la intervención de la fiscalía tenía que ver con una demanda civil. Desde luego no era lo que esperaba oír.

—¿Ha sido solo una llamada de teléfono o ha pasado por aquí?

—¿Qué importa eso?

—No lo sé. Solo trato de adivinar qué está pasando. —Seguramente no sería nada, se dijo. Tan solo querría hacer un par de preguntas. Pero ¿por qué preguntaba por John?

—Me temo que no puedo ayudarte —replicó Michael—. Aunque era un hombre muy educado, no podía entretenerme charlando con él porque tenía que atender a tus pacientes además de a los míos.

—Pero ¿ha mencionado la fiscalía?

—Sí, y es la primera vez en la vida que recibo semejante visita. —Michael se lanzó al ataque con ojos centelleantes—. En esta familia no se hacen cosas que provoquen que gente de la fiscalía venga a fisgonear. Dijiste que fue un simple accidente. Dijiste que no hiciste nada malo. ¿Por qué demonios quiere saber la fiscalía qué relación mantenemos con John? Los historiales médicos son confidenciales. Si nuestros pacientes empiezan a creer que los hacemos públicos, podríamos perder a la mitad de ellos.

Deborah estaba más preocupada por Grace que por la consulta. Se angustiaría más aún cuando se enterara de la visita de alguien de la fiscalía.

Preguntándose por las posibilidades de que la visita de la mañana a su padre fuera la última, Deborah afirmó:

—No perderemos pacientes. La oficina del fiscal del distrito no ha pedido información médica.

—Pero piden algo, y puede que sea solo el principio. No sé qué ocurrió aquella noche, pero te aseguro que si tu madre estuviera viva...

—¡No habría cambiado nada! —gritó Deborah—. Ya basta, papá. ¡Mamá no habría podido hacer absolutamente nada para impedir aquel accidente!

—Me dejó en un buen lío. ¿En qué estaba pensando? —dijo Michael con los ojos muy abiertos.

—No planeó morir —gritó Deborah, fuera de sí.

—Desde luego que no, maldita sea, pero murió, ¿y cómo me dejó a mí? Se suponía que íbamos a envejecer juntos. Se suponía que íbamos a viajar y a disfrutar de los beneficios de haber trabajado tanto. Se suponía que iba a vivir más que yo. —De pronto parecía perplejo.

En ese instante, a pesar de su preocupación, Deborah comprendió qué le ocurría a su padre. La ira era una etapa del duelo. Inclinandose sobre su mesa con lágrimas en los ojos, dijo:

—Escúchame, papá. Cuando la primera córnea de Dylan empezó a ir mal, lamenté que mi hijo no fuera el niño perfecto que podría haber sido. Me dije a mí misma que el diagnóstico estaba equivocado. Negocié con Dios, ya sabes,

arréglale los ojos y yo haré cualquier cosa. Pero no funcionó y yo me encolericé porque mi hijo tuviera que enfrentarse con eso. Al final no tuve más remedio que aceptarlo, porque era la única manera de ayudar a Dylan. — Deborah se incorporó—. El duelo es un proceso. La ira forma parte de él. — Hizo una pausa—. Ahora mismo estás furioso con mamá por haberte dejado solo. Pero la estás tomando con Jill y conmigo, y nosotras te necesitamos. Puedes beber cuanto quieras —rápidamente alzó una mano al ver que los ojos de su padre se ensombrecían—, pero eso no sirve de nada, papá. Nosotras te necesitamos.

## Capítulo 16

Deborah telefoneó a John, pero este no sabía nada sobre la investigación del fiscal del distrito. Entonces llamó a Hal; le dijeron que estaba en los tribunales, así que dejó un mensaje. No habiendo obtenido información alguna, no dijo nada a Grace cuando llamó a Jill para ver cómo estaba. Llamó también a Greg, pero también a él tuvo que dejarle un mensaje.

Pasó la tarde atendiendo a sus pacientes; al parecer todos ellos habían sufrido alguna pérdida, desde la mujer que había perdido su trabajo, a la que había perdido su casa, o la que había perdido a su marido y no podía dormir, ni trabajar, ni disfrutar de sus nietos. Deborah tuvo que hablar repetidamente sobre la ira y los sentimientos sin resolver.

Justo cuando se disponía a volver a la pastelería, llamó Karen. En su voz se percibía el miedo.

—Creo que pasa algo —dijo.

Deborah se sintió invadida por el pánico.

—¿Algo como qué?

—Tengo un dolor de cabeza que no se me va. Hace ya una semana.

El síntoma no podía pasarse por alto. Sin embargo, Deborah la había visto durante ese tiempo. El pánico remitió.

—¿Una semana?

—Bueno, quizá no una semana, sino tres o cuatro días.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —preguntó Deborah. Se colgó el bolso del hombro y recogió sus papeles.

—Porque detesto tener que informar sobre cada pequeño dolor y me decía a mí misma que no era nada. La verdad es que se me olvida cuando estoy ocupada, pero en cuanto paro, ahí está otra vez. No me impide hacer cosas, pero molesta. —Prosiguió rápidamente—. Tienes razón, me ocurre todos los años cuando se acerca la fecha de la mastectomía, así que he estado diciéndome que no es nada, pero ¿y si es algo?

Deborah salió de su despacho. La puerta del de su padre estaba abierta. Ya se había marchado.

—¿Dónde te duele?

—Es errático, a veces por detrás, a veces en la frente.

—¿Tienes náuseas o vómitos? —preguntó Deborah, dejando los papeles sobre la mesa de la gerente.

—No.

—Y sé que has estado haciendo ejercicio en la máquina elíptica, así que puedo suponer que no has notado pérdida de sensibilidad en brazos o piernas.

—Deborah apagó las luces—. De verdad, no creo que sea nada serio, K —dijo, marcando el número que activaba la alarma—. Siempre puedes hacerte una resonancia, pero primero veamos si podría haber otra causa.

—¿Como qué? —preguntó Karen. Estaba claro que ella solo podía pensar en una cosa, y Deborah la comprendía.

—Vista cansada. Esas gafas de sol nuevas. Tal vez no estén bien graduadas. —Salió de la consulta y cerró la puerta.

—La graduación era la misma. Solo cambié la montura.

—De acuerdo, si no es vista cansada podría ser tensión muscular. ¿Notas tirantez en la nuca?

—Sí.

—Pues podría ser eso —dijo Deborah, subiéndose al coche, que era el único que quedaba en el aparcamiento.

—¿Aunque me duela la frente?

—Podría ser hormonal.

—Tuve la regla hace más de una semana.

—Podría ser que te esté cambiando el ciclo.

—¿Cambiano? ¿Te refieres a la menopausia? ¡Soy demasiado joven!

—La menopausia no, solo cambiando. Pero también podría ser por fatiga. —Las posibles causas para el dolor de cabeza eran innumerables—. ¿Qué tal duermes?

—Mal. —Con voz abatida, Karen añadió—: Me paso la mitad de la noche mirando a Hal.

—¿Por qué? —preguntó Deborah, pero ya sabía la respuesta. El instinto le decía que ahí estaba la raíz del problema.

—Duerme como un tronco. Antes no era así, Deborah. Él era el que se pasaba media noche despierto. Decía que era porque pensaba en el trabajo, porque no podía desconectar. ¿Y de repente ya no piensa en el trabajo? Y no será porque está exhausto después de hacer el amor. Apenas lo hacemos. ¿Y lo de hoy? No he podido hablar con él. Últimamente no hay forma de hablar con él. He estado llamándole por cualquier tontería, solo para ver si estaba, y

le he dejado mensajes. No le pido que me devuelva la llamada obligatoriamente, sé que detesta que lo atosiguen, pero creo que él mismo debería pensar que algunas de las cosas que le pregunto merecen una respuesta. Pues o está realmente muy ocupado, o no quiere hablar conmigo.

Deborah sintió deseos de decirle: «Que le den», lo cual estaba muy bien para ella, pero a Karen no le serviría de nada, así que contestó:

—No creo que debas preocuparte por un tumor cerebral. Es la tensión lo que te produce el dolor de cabeza.

—Esto no es broma.

—Ni tampoco el cáncer, y siempre hay que pensar en ello, pero no creo que sea eso lo que te provoque el dolor de cabeza.

—Crees que es por Hal —dijo Karen—. Seguramente estoy haciendo el ridículo. Tú misma lo dijiste, es un hombre atractivo. Pero me mantengo en forma, me tiño las canas y me gasto una fortuna en cremas hidratantes para la piel, y cuando él parece que no se entera, imagino que pasa algo raro. La verdad es que no ha habido más llamadas de aquellas. Estoy segura de que tenías razón, solo era una mujer que, al no poder conseguir a mi marido, quería sembrar cizaña. —Su voz cambió de repente—. Todo esto son imaginaciones mías. —Suspiró—. Bien, ya me encuentro mejor. Gracias, Deb.

Deborah se sintió asqueada. Sabía que Hal tenía una aventura, al menos estaba tan convencida de ello como se podía estar sin pruebas concretas, pero no podía decírselo a Karen. ¿De qué iba a servirle? Además, ¿y si se equivocaba?

Hal tampoco le devolvió la llamada a ella.

Greg sí. Al oír el diagnóstico de Dylan, reaccionó preguntándole varias veces cómo podían haberse pasado por alto los indicios de que algo no iba bien. Estaba muy alterado, necesitaba encontrar un culpable. Pero Deborah ya se sentía suficientemente culpable.

—Le pregunté, lo negó. Volví a preguntarle, volvió a negarlo. Lo vigilé de cerca, pero pensé: «¿Hasta qué punto son mis temores los que me hacen ver cosas?». ¿Acaso ha ocurrido algo porque tardáramos más en ir al médico? Las gafas son para la hipermetropía. No se puede hacer nada con la distrofia reticular hasta que tenga edad suficiente para el trasplante.

—Todo eso está muy bien —reconoció Greg—, salvo que si me lo hubieras dicho antes, podría haber hablado con él. Tienes que compartir esas

cosas conmigo, Deborah. Sigo siendo su padre.

—Bueno, ahora ya lo sabes —replicó ella, con cansancio y frustración—. Por cierto, ni siquiera me has preguntado por qué puedo hablar libremente. Dylan y Grace están en casa de Jill. Estoy en el coche. Voy a recoger la cena de Livia para reunirme con ellos. Jill está embarazada y tiene que hacer reposo en cama.

—¿Jill está embarazada? —preguntó Greg—. Bien por ella. Y supongo que no se ha casado, ¿verdad? Eso sí que es un espíritu libre. Quizá me casé con la hermana equivocada.

El agotamiento de Deborah la hizo estallar.

—Ella tenía dieciséis años cuando tú y yo nos conocimos, lo que significa que te habrían acusado de estupro —dijo, y añadió, sin poder contenerse—: Habrías quedado fichado como viejo verde para toda la vida, y además, entonces tú no querías un espíritu libre. Querías una relación estable, o al menos eso me dijiste, a menos que mintieras. ¿Y qué te hace pensar que a mi hermana le habrías interesado?

Deborah se interrumpió al darse cuenta de que se estaba dejando llevar de nuevo por la ira, que su divorcio seguía siendo una cuestión pendiente. En ese momento dio la vuelta a la esquina y divisó un coche gris aparcado delante de su casa.

—¿Podemos hablar de esto otro día? —preguntó con voz tensa. Antes de que Greg pudiera responder, añadió—: Tengo que dejarte. —Y colgó.

Examinó el coche mientras se acercaba lentamente. Había dos hombres sentados delante. Deborah enfiló la entrada de su casa, pero no abrió la puerta del garaje. Salió del coche con el móvil aún en la mano y esperó a que los dos hombres hicieran lo mismo.

Ambos vestían traje. El hombre que se acercó primero era algo mayor que el otro y más corpulento.

—¿Doctora Monroe? —preguntó con amabilidad.

—¿Sí?

—Soy Guy Fielding. Mi compañero es Joe McNair. Somos inspectores de la oficina del fiscal del distrito. ¿Nos permitiría hablar con usted unos minutos?

Deborah soltó un taco para sus adentros. No quería hablar con ellos. Grace se volvería loca en cuanto se enterara. Pero no tenía alternativa. Si se negaba a hablar parecería culpable de algo. No podía meterse otra vez en el coche y cerrar las puertas, sería infantil. Podía intentar marcharse, pero ellos la seguirían.

—¿Me muestran su identificación? —preguntó finalmente.

Ambos metieron la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacaron la placa. Las fotos eran de ellos.

—¿Podrían decirme a qué viene esto? —preguntó Deborah cortésmente.

—La semana pasada se produjo un accidente. Tenemos que hacerle unas preguntas.

—Creo que en su momento ya respondí a todo lo que quería saber la policía.

—Cierto. Hemos leído el informe que presentó. Simplemente queremos aclarar un par de cuestiones.

Deborah asintió. Sin pedir permiso, abrió el móvil y trató de localizar a Hal. Su oficina estaba cerrada y él no contestaba al móvil. Colgó sin dejar ningún mensaje y probó a hablar con John. Carla le puso en contacto con su casa.

—Hola, soy Deborah. Han venido dos hombres a mi casa. Dicen que son de la oficina del fiscal del distrito.

—Inspectores de la policía estatal asignados a la fiscalía —le corrigió Guy Fielding.

Deborah repitió sus palabras a John.

—¿Estoy obligada a hablar con ellos?

—No, pero creo que sería lo mejor —contestó John—. Yo mismo he llamado a la fiscalía después de que usted me llamara. Puede ser franca con ellos. No hay nada que ocultar.

Si él supiera, pensó Deborah. La sola idea de hablar con la policía estatal le daba pánico.

Alzó una mano para indicar a los inspectores que permanecieran donde estaban y se alejó hacia el otro extremo del sendero para seguir hablando.

—No entiendo a qué han venido. Pensaba que el informe del accidente me exoneraba de toda culpa.

—La viuda se ha presentado en la fiscalía con una queja.

Una demanda civil. Deborah no había querido creerlo cuando su padre le había hablado de la visita de los inspectores.

—¿Una queja sobre qué?

—Le molestó que la policía local no presentara cargos, así que se fue a ver al fiscal del distrito. Le estaba esperando en su oficina a primera hora de la mañana. El fiscal le dijo que conocía el caso, puesto que se había producido una muerte, pero que la decisión de acusar a alguien se toma a nivel local. Ella afirma que la policía local la está encubriendo. No es ninguna sorpresa.



—Nadie está encubriendo nada.

—Ya lo sabemos —dijo John, algo alterado, lo que no era propio de él. Claro que, ¿cuántas veces había sido objeto de una investigación?, se preguntó Deborah—. Fue el equipo estatal el que dictaminó que no había existido delito alguno.

—¿Y el fiscal del distrito puede presentar cargos solo porque ella lo pida?

—No. No nos precipitemos. El fiscal no hará nada a menos que existan motivos. Su trabajo es revisar el caso desde otra perspectiva. Si nosotros, la policía local, hubiéramos dictaminado que existió negligencia, seguramente ella se habría dado por satisfecha. Es una coincidencia que el equipo de reconstrucción de accidentes la haya exonerado a usted de toda responsabilidad precisamente ahora.

Había otra coincidencia en la que Deborah no quería pensar. Había hablado con Tom la noche anterior y la viuda había corrido a ver al fiscal del distrito a la mañana siguiente.

—¿Y qué hay del extraño comportamiento del marido? —preguntó Deborah—. Es a él a quien debería investigar el fiscal.

—Y lo hace. Pero sus hombres también deben hablar con usted, conmigo, y seguramente con Grace.

—¿Por qué? —preguntó Deborah, notando que el miedo le hacía un nudo en el estómago.

—Iba en el coche. Nosotros no la interrogamos, así que seguramente será lo mejor.

A Deborah no se lo parecía. Grace ya estaba bastante asustada sin que nadie fuera a interrogarla oficialmente.

—¿Necesito a Hal? —preguntó. A pesar de todos sus defectos, Hal era un buen abogado.

—¿Puede localizarlo? —preguntó John.

—No.

—Entonces hable con los inspectores ahora con toda sinceridad.

—De acuerdo —dijo Deborah asintiendo. Hablaría con ellos gustosamente si dejaban en paz a Grace.

Dando por terminada la llamada, Deborah volvió junto a los inspectores.

—¿Prefiere que entremos? —preguntó Guy Fielding, señalando la casa.

«Ni hablar», pensó Deborah. No pensaba abrir su casa a unos hombres que pretendían prolongar una agonía que afectaba tan profundamente a su vida personal.

—Aquí está bien —respondió, se apoyó en el coche y se apartó el pelo de la cara—. Hace un día agradable. —El sol estaba ya tan bajo que las siluetas de los árboles se recortaban en el cielo, pero seguía haciendo bastante calor.

—Supongo que hablaba con John Colby —preguntó el detective mayor.

Demasiado tarde, Deborah se dio cuenta de que había pronunciado su nombre al hablar por el móvil, lo que no había sido muy inteligente por su parte si pensaban acusarle de encubrimiento. Pero al fin y al cabo, ninguno de los dos había hecho nada malo.

—Es el jefe de policía —explicó—. Ha llevado a cabo la investigación sobre el accidente. Quería preguntarle si había verificado que ustedes son quienes dicen ser.

—¿Habla con él a menudo?

—No más que cualquier otra persona de una ciudad tan pequeña como esta.

—Pero ha hablado con él sobre el accidente.

—Sí —respondió Deborah—. Estuvo en el lugar del accidente justo después de que ocurriera. Hizo preguntas y yo las contesté. Lo vi de nuevo al día siguiente cuando fui a comisaría para rellenar el parte del accidente.

—¿Y hablaron?

—Sobre el parte. Él me dio los impresos y me dijo cuántas copias debía rellenar.

—¿Ha estado aquí, en su casa, desde el accidente?

—No tenemos una amistad personal.

—No, pero ¿ha estado aquí?

Deborah reflexionó. Los días inmediatamente posteriores al accidente empezaban a borrarse de su memoria.

—Vino el día del funeral de Calvin McKenna. Se produjo un... incidente en el cementerio. Quería saber qué había ocurrido.

—Su presencia molestó a la viuda —apuntó el segundo inspector.

Deborah supuso que la señora McKenna lo habría contado todo a su manera.

—Era un funeral abierto a todo el mundo. Quise hacer acto de presencia.

—Así que John Colby vino aquí después —prosiguió Fielding—. ¿Cómo se enteró de lo que había pasado en el cementerio?

—Esta es una ciudad pequeña. Además, uno de sus agentes estaba presente.

—¿No le llamó usted misma?

—Por supuesto que no. Fue una experiencia humillante. No quería hablar de ella. Solo quería que me tragara la tierra. —La visita de Tom la había ayudado, y luego también se había mostrado razonable en todas sus conversaciones posteriores. Pero la noche anterior le había preguntado por John Colby. ¿Era simple curiosidad?

—¿Estaba usted enfadada? —preguntó el segundo inspector.

—¿Con John? —dijo Deborah, volviendo a centrarse en el funeral.

—Con los McKenna.

—No. Estaba abochornada y dolida. Pero comprendía su dolor. —Deborah frunció el ceño—. Disculpe, pero estoy confusa. ¿Adónde quiere ir a parar con estas preguntas? —John ya se lo había dicho, pero Deborah quería oírlo de sus propios labios.

Sin embargo, el primer inspector se limitó a contestar con otra pregunta.

—¿Habló con John Colby en más ocasiones después del accidente?

—Sí. Estaba impaciente por saber qué decía el informe del equipo de reconstrucción. Le llamé varias veces para saber si ya lo tenían.

—¿No podría haberlo hecho su abogado? —preguntó el segundo inspector.

—¿Mi abogado?

—Hal Trutter. ¿También llamó él a John Colby?

—Tendrán que preguntárselo a él —respondió Deborah. No iba a hablar por Hal—. Es un amigo personal —apostilló para diferenciar su relación de la que tenía con John—. No he contratado a ningún abogado.

—También es amigo de John Colby.

—Juegan juntos a póquer.

—Volvamos al jefe de policía —dijo el primer inspector—. Tengo entendido que es paciente suyo.

—Sí. Su mujer y él. Mi padre tiene una consulta en Leyland desde hace más de treinta y cinco años. No sé exactamente cuándo empezó a visitar a John y a Ellen, pero hace ya tiempo. Mi padre se ocupa de John y yo de Ellen.

—¿Por qué? —preguntó el segundo inspector, el poli malo de la pareja.

—Los hombres suelen sentirse más cómodos cuando les examina un hombre —respondió Deborah, mirándole a la cara—, y las mujeres cuando las examina una mujer.

—Entonces, ¿usted nunca ha examinado a John?

Deborah volvió a fruncir el ceño.

—¿Qué tiene eso que ver con el accidente? —No estaba dispuesta a hablar de cuestiones médicas—. Entiendo que la viuda esté muy disgustada y

que quiera culpar a alguien de la muerte de su marido, pero...

—¿Es eso lo que le ha dicho Colby?

Sí. Pero también Tom. A Tom le había hablado de las partidas de póquer, de sus repetidas llamadas a John para que acelerara el informe del accidente. El mismo Tom en quien ella había creído poder confiar.

—No ha hecho falta —replicó—. Es evidente. El hermano de Calvin McKenna me echó del funeral y me acusó de querer librarme de mi responsabilidad.

—¿Y es así? —preguntó el segundo inspector.

A Deborah empezaba a agotársele la paciencia. Tom la había decepcionado, le asustaba la posibilidad de una demanda civil y le aterraba que Grace se viera involucrada. Lo único que quería en aquel momento era recoger la cena de Livia y marcharse a casa de Jill.

—No preguntaría eso si hubiera formado parte del equipo de la policía estatal que estuvo en la escena de accidente aquella noche. Lo revisaron absolutamente todo. Lo fotografiaron todo. ¿No confían ustedes en su informe?

—Su informe no reflejaría una posible connivencia entre el jefe de policía y usted.

—¿Y esa es la conclusión que han sacado? —preguntó Deborah. Cuando Guy Fielding levantó una mano para mediar entre ellos, Deborah moderó el tono levemente, pero estaba furiosa—. El equipo estatal no encontró indicio alguno de delito por mi parte. El informe afirma también que la supuesta víctima no corría por la carretera cuando apareció mi coche. Salió corriendo del bosque y se abalanzó sobre mi coche. ¿Eso lo están investigando? Francamente, empiezo a preguntarme quién es la víctima aquí. Mi hija y yo hemos pasado por un infierno porque un hombre corría irresponsablemente en medio de la noche, cuando la visibilidad era nula. En mi opinión —añadió, mirando a uno y a otro—, están ladrando al árbol equivocado.

—¿Y a quién deberíamos investigar? —preguntó el primer inspector con lo que a Deborah le pareció un tono de respeto.

—A la viuda. Pregúntenle qué hacía su marido allí aquella noche. Pregúntenle por qué su marido no llevaba ropa reflectante, ni identificación alguna en la que dijera que estaba tomando un medicamento que podía provocar una hemorragia mortal. Pregúntenle por qué está tan desesperada por echarle la culpa de su muerte a otra persona.

El coche gris apenas había doblado la esquina cuando Deborah llamó a Karen.

—¿Ha vuelto Hal?

—Todavía no, pero ha llamado. Han presentado cargos contra uno de sus clientes. Hal llevaba meses trabajando con los abogados de la acusación para evitarlo, y ahora a su cliente le ha entrado pánico. Hal está con él. —Karen hizo una pausa—. Después de saber esto, me siento tan culpable por haber imaginado cosas raras... Dime que soy una estúpida, Deborah.

—No eres estúpida —le aseguró Deborah—. Eres un ser humano.

Su voz debía de sonar tensa a pesar de sus tranquilizadoras palabras, porque Karen se preocupó.

—¿Te ocurre algo?

—La viuda de Cal McKenna ha ido a ver al fiscal del distrito —respondió Deborah a duras penas—. ¿Le dirás a Hal que me llame en cuanto llegue?

—Oh, cariño, lo siento. Se lo diré.

—Al móvil.

—No te preocupes —dijo Karen.

Deborah se dijo que la excusa de Hal podía ser perfectamente válida, pero no estaba de humor para excusas, de modo que volvió a llamar a su móvil, y esta vez le dejó un mensaje.

—No sé dónde demonios estás, Hal, ni con quién, pero si no me devuelves la llamada en una hora, me buscaré otro abogado.

Entró en casa, todavía furiosa con Hal, cogió el estofado de pollo de Livia, volvió al coche y lo dejó en el suelo. Condujo hasta casa de Jill con un ojo en el reloj, decidida a no contar nada a Grace hasta que hubiera hablado con Hal. Una hora. No pensaba darle más tiempo.

Hal tardó cuarenta minutos en llamar, y no pudo ser más inoportuno. Deborah calentaba el estofado de pollo en la cocina de Jill, pero estaba tan distraída que le había preguntado tres veces a Dylan qué tal estaba. Casualmente Grace era la que estaba más cerca de su móvil cuando sonó, y vio el nombre de Hal en la pantalla.

—¿Qué quiere? —preguntó, pasándole el móvil a su madre. Deborah no podía mentir. Lo había hecho una vez y la mentira se había convertido en un muro que la separaba de Grace.

—La viuda está causando problemas —contestó, y luego preguntó a Hal —: ¿Dónde has estado? —Estaba de mala uva y se le notaba, pero le daba igual.

—Una emergencia con un cliente. ¿Qué pasa?

Deborah le habló de los inspectores, mientras pasaba a la sala de estar. En respuesta a las preguntas de Hal, le contó todos los detalles que pudo recordar de la conversación.

—Solo van de caza —dijo Hal después.

—¿A la caza de qué? El informe del equipo de reconstrucción me ha exonerado, ¿no? ¿Qué otra cosa piensan encontrar?

—La viuda afirma que la policía local manipuló las pruebas.

—Pero no fue John quien recogió las pruebas, sino la policía estatal.

—Tranquilízate, Deborah —pidió Hal—. Ha muerto un hombre. Tienen que asegurarse de que la investigación se realizó correctamente. Solo hacen su trabajo.

—¡Me están haciendo perder el tiempo!

Hal suspiró.

—No les digas eso a ellos. No querrás que se cabreen contigo, ¿verdad? La obstrucción a la justicia es un delito grave.

—¿Un delito grave?

—Veamos, no parece que hayas dicho a los inspectores nada que no deberías. De todas formas, ojalá me hubieras llamado.

¿Delito grave? Deborah tragó saliva, tratando de no ceder al miedo.

—Te he llamado y no contestabas. Nunca contestas. ¿Dónde estabas?

—Hablas igual que mi mujer.

—Pues quizá ella tenga razón. ¿Qué pasa, Hal? La gente te necesita y tú no apareces. Últimamente juegas mucho al racquetball.

Hal contestó con recelo tras una pausa.

—¿Intentas decirme algo, Deborah?

—Eso depende. ¿Eres culpable?

—Yo no. Hablemos de ti. La obstrucción a la justicia es un delito grave. Demonios, si el fiscal del distrito presenta cargos, podrían impedirte practicar la medicina hasta que se resuelva el juicio. ¿Es eso lo que quieres?

—No. No quiero nada de esto —exclamó Deborah.

—Entonces, no me cabrees. Conozco al fiscal del distrito. Puedo negociar con él. Probablemente yo sea la persona más capacitada para conseguir que la fiscalía desestime el caso.

Deborah podría haber contraatacado argumentando que no había existido encubrimiento alguno y que él solo estaba cambiando de tema, pero vio que Grace la observaba desde la puerta de la cocina e hizo un esfuerzo por serenarse. Hal tenía razón. No debía hacerle enfadar.

—De acuerdo —dijo—. Gracias por llamar. ¿Hablamos mañana?

—Como quieras, cielo. Si quieres hablar conmigo, llama —dijo Hal, y colgó.

Si a Deborah le quedaba alguna duda, se disipó de inmediato: Hal era un cabrón.

Pero Grace la miraba con expresión de terror.

—No ha terminado, ¿verdad? —dijo—. No se acabará nunca.

—Sí —le prometió Deborah. Se echó el pelo hacia atrás y trató de aclarar sus ideas—. Siempre hemos sabido que esto podía ocurrir. La viuda está furiosa. Siente que debe hacer algo.

—Díselo —susurró Grace.

Deborah se acercó a ella, pero cuando quiso coger la mano de su hija, Grace se cruzó de brazos; Deborah se sintió desolada. Necesitaba el consuelo del contacto humano.

Rozando el pánico que no podía permitir que su hija viera, preguntó:

—¿De qué serviría que lo dijera? No cambiará la opinión de la viuda. A ella le da igual quién condujera, Grace. Lo que dice es que John no llevó correctamente la investigación, pero fue el equipo de la policía estatal el que realizó la investigación, así que ella no tiene nada. La fiscalía no va a presentar cargos.

—¿Igual que el señor McKenna no se iba a morir? —preguntó Grace y se dio la vuelta.

Deborah no sabía si había sido la mención del apellido McKenna o tan solo un proceso natural de su pensamiento, pero después de hablar con los inspectores y con Hal, se centró en Tom. Su ira creció lentamente; casi sin que se diera cuenta, hirvió en su interior durante la cena y durante el trayecto de vuelta a casa. No sabía si Tom era amigo suyo o no, pero se sentía traicionada. Y aunque sabía que era absurdo, no podía evitarlo.

Dylan se quedó dormido. Trató de hablar con Grace utilizando el embarazo de Jill para romper el hielo, pero su hija le contestó con monosílabos, y al final se quejó de que tenía deberes que hacer, debía estudiar las fichas para los exámenes de selectividad y empollar para el examen avanzado de biología. Si hubiera tenido fuerzas, Deborah habría tratado de discutir con su hija; había enumerado sus tareas como si fueran una acusación contra ella.

Sin embargo, estaba cansada de pelear, de modo que dejó sola a Grace y se acostó. Pero no podía dormir. Al cabo de una hora de dar vueltas y más vueltas, apartó la sábana con los pies, bajó a la cocina y se preparó una infusión. Al ver que no se tranquilizaba, encendió una luz en el estudio y pensó en llamar a alguien. Pero ¿a quién? No quería despertar a Jill, y Karen no le respondió. Desesperada, llamó a Tom.

Tom estaba durmiendo, pero Deborah estaba demasiado enfadada para que le importara. Tampoco se molestó en intercambiar cortesías. Toda su vida se había desarrollado en torno a frases educadas, y ahora le parecía que había perdido el tiempo miserablemente, como en tantas otras cosas. En cuanto oyó el «hola» somnoliento de Tom, le espetó:

—Confiaba en ti.

—¿Deborah? —dijo él, después de un silencio.

—Confiaba en ti —repitió ella, lanzándose al ataque. Estaba furiosa y muy dolida—. Te dije cosas sobre mi familia que no debería haberte dicho. Pensaba que éramos amigos, pero ahora resulta que una pareja de inspectores me han echado en cara toda la información que te di anoche. ¿Estabas compinchado con Selena desde el principio? ¿Por eso has tenido esas conversaciones conmigo?

—No... —respondió él en voz baja tras un nuevo silencio.

—A lo mejor ha sido culpa mía —le interrumpió Deborah antes de que pudiera continuar—. Quizá imaginé que existía un vínculo entre nosotros cuando no existía. Pensaba que los dos sufríamos por una crisis familiar, y aunque eran distintas, creía que nos comprendíamos. ¿Me equivocaba? ¿Imaginaba algo que en realidad no existía?

Él quiso hablar, pero ella se lo impidió prosiguiendo atropelladamente.

—Además, ¿cómo se me ocurrió pensar que podíamos ser amigos? Basta que mi hija te mire para que le dé un ataque. Nosotras solo queremos que todo esto acabe de una vez, Tom. Pero ahora resulta que hay otra investigación en marcha. Tú sabes que no se cometió ningún delito. Por mucho que alarguéis las cosas, tu hermano no volverá. —Después de haber dado rienda suelta a su ira, Deborah añadió—: Confiaba en ti. A lo mejor he sido una estúpida. Creía que la confianza era mutua. —Al ver que él no contestaba, preguntó en voz baja—: ¿Sigues ahí?

—Sí.

—No dices nada.

—Necesitabas desahogarte.



—¿Lo ves? —exclamó ella—. A eso me refería. ¿Por qué eres tan amable?

—¿Hago mal?

—No. Pero tu reacción es muy engañosa, teniendo en cuenta todo lo que ha ocurrido. ¿De verdad crees que ha habido encubrimiento de algún tipo? ¿Estás ayudando a Selena?

—No a las dos preguntas.

—Pero no le has impedido que acudiera a la fiscalía.

—No sabía que iba a ir.

—¿Sabe ella lo que dice el informe sobre Cal?

—Lo sabe —respondió él con pesar.

—¿Y qué dice al respecto? A ver, el comportamiento de su marido fue muy extraño. ¿No se da cuenta de que no había forma humana de evitar que lo atrepelláramos, si salió corriendo del bosque a nuestro paso?

—No puede admitirlo. Está demasiado alterada.

—Bueno, pues yo también —exclamó Deborah. El comportamiento de Cal McKenna había sido demasiado sospechoso para pasarlo por alto—. Tu hermano parecía un hombre trastornado. Tal vez fuera él quien provocó el accidente.

—¿No crees que yo también he pensado lo mismo? —le espetó Tom.

—Podemos inventar montones de teorías, como que mis faros le deslumbraron, o que se sentía indispuesto, o que tuvo una reacción alérgica a otro medicamento que su mujer tampoco sabía que estaba tomando. Pero todo apunta a que tu hermano quiso suicidarse.

—¿Crees que no he pensado también en eso? —dijo Tom, alzando la voz—. No puedo seguir hablando de esto por teléfono —musitó, como hablando consigo mismo, luego preguntó—: ¿Podemos seguir mañana? Pero no por teléfono, en persona.

—Vas a demandarme —le recordó Deborah.

—No. No tengo nada que ver con eso. Tenemos que hablar. Yo confío en ti, Deborah. Por eso hablo contigo. Tú me entiendes. Necesito que me ayudes.

Dicho así, ¿cómo iba a negarse ella?

Una vez citados en un lugar y a una hora concreta, Deborah colgó y volvió a la cama. Se despertó el jueves por la mañana con el sonido del teclado de Dylan. «Mr. Tambourine Man» le resultó tan agradable después del deprimente día anterior que no dejó de sonreír durante todo el desayuno.

Pero cuando llevó a sus hijos al colegio, Grace se mostró tan distante como siempre y Deborah volvió a sentirse una impostora. Podía gritar y berrear cuanto quisiera por teléfono, pero si el problema con Tom era la confianza, desde luego ella estaba abusando de la suya, porque Tom no sabía lo de Grace.

## Capítulo 17

Deborah salió de la pastelería con un bollo caliente y el deseo irracional de que su padre viviera a dos horas de camino. Por lo visto, tener treinta y ocho años no ayudaba a disipar el miedo a los padres. Aparcó detrás del coche de Michael y entró en la casa sigilosamente. El café estaba preparado y el bagel en un plato. Deborah dejó el bolso sobre la mesa; estaba armándose de valor para ir a buscar a su padre, cuando oyó que bajaba la escalera.

Michael la miró de reojo, más incómodo que enfadado, para alivio de Deborah, y se dirigió directamente a la cafetera.

—¿Te lo has tomado ya? —preguntó sin darse la vuelta.

—Sí.

Michael se sirvió el café y se llevó el bagel a la mesa. Al sentarse vio la bolsa de la pastelería.

—¿Está bien tu hermana? —preguntó con voz queda.

La curiosidad era un buen síntoma, se dijo Deborah. Apagado era mejor que beligerante.

—Está bien. Pero no muy contenta. Le he prohibido bajar a la pastelería por lo menos hasta mañana.

—¿Y te hará caso? —preguntó él, torciendo la boca en un gesto irónico.

Deborah lo tomó como una pregunta retórica.

—Papá —dijo—, necesito que me ayudes esta mañana.

—No me pidas que hable con ella. Soy la última persona a la que escucharía.

—No se trata de Jill —dijo Deborah—, es otra cosa. Necesito un par de horas libres. Es por esa visita que recibiste ayer. —Lo más sucintamente que pudo y esperando que a su padre le durara aquel estado de ánimo, le habló de la viuda y de sus acusaciones, de los inspectores de la fiscalía y de lo que decía el informe sobre Cal, según el cual había salido corriendo del bosque delante de su coche. Terminó hablándole de Tom.

Él la escuchó sin interrupciones, bebiéndose el café.

—¿Por qué quieres encontrarte con él? —preguntó, cuando su hija terminó de hablar.

—Porque me lo ha pedido —respondió ella sencillamente, y luego agregó —: Sabe que su hermano quiso suicidarse. Intenta asimilarlo.

—Arrojarse a las ruedas de un coche no garantiza la muerte.

—Para alguien que toma Sintrom, quizá sí.

—¿Estaba deprimido? ¿Dejó una nota?

—No. Y Tom no sabe si estaba deprimido.

—¿Se hallaba sometido a más presión de la habitual?

—No lo sé. Quizá lo sepa Tom. Me gustaría preguntárselo.

—¿Te dirá la verdad?

—Sí. Tenemos una buena relación. Creo que me considera una fuente de información. Cuando se enteró de que su hermano tomaba Sintrom, me hizo montones de preguntas.

—¿No crees que puede ser una trampa?

—No. Creo que le gusta contrastar sus ideas conmigo.

—¿Por qué contigo? —preguntó Michael—. Debe de haber otras personas en su vida.

Deborah estaba segura de que era así, pero no sabía si Tom confiaba en ellas.

—Creo que es porque yo vivo en la ciudad en la que vivió su hermano. Daba clases a mi hija. Tom dice que confía en mí.

—Su cuñada te va a demandar —señaló Michael, arqueando una ceja.

Deborah no necesitaba que se lo recordara.

—Dice que no lo sabía. Hasta la semana pasada ni siquiera la conocía.

—Eso es raro.

—Es una familia rara. O lo era. Solo queda Tom. Ahora intenta hacer frente a esa pérdida.

—Es natural —concedió Michael—, pero ¿tienes que ser tú quien le ayude?

—A mí me parece correcto.

—¿Para redimirte?

—Tal vez —admitió ella. Por mucho que se demostraran las intenciones suicidas de Cal, la verdad seguía siendo que lo había atropellado su coche.

Su padre dio el último bocado a su bagel.

—Creo que Hal debería acompañarte.

—Hal nos coartaría —protestó Deborah, mostrándose en desacuerdo por primera vez durante la conversación.

—Pero ese hombre no es amigo tuyo. ¿Y si llevara un micrófono?

—No lo llevará —le aseguró Deborah, convencida—. Si hablamos de su hermano, él tiene más que perder que yo. No querrá que hablemos de suicidio y quede grabado. El suicidio impediría que se cobrara el seguro de vida. Además, somos amigos, más o menos.

—Un amigo que redime.

Deborah no sabía si Michael lo decía para burlarse, pero decidió tomárselo en serio.

—Puedo hablar con él. Me escucha.

—Hal debería acompañarte.

—Confío en Tom.

Michael guardó silencio. Luego alzó los ojos con una mirada cautelosa.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Necesito que te ocupes de mis pacientes esta mañana.

—Podrías haberme llamado por teléfono. O simplemente podrías haber entrado y haberme dicho que tenías una reunión con algún profesor de los chicos. O podrías no haberte presentado y ya está, igual que ayer.

Deborah se sintió culpable, naturalmente.

—Lo siento. Fue algo imprevisto y no tuve tiempo de avisarte.

—¿Y hoy sí? Lo que creo es que quieres que te dé mi aprobación, pero no puedo dártela, Deborah. ¿Hablas de que van a demandarte y luego me dices que quieres hablar con el hombre que presentará la demanda? Es una locura.

—¿Tú crees? —preguntó ella. También había un aspecto práctico en su cita con Tom—. No es él quien va a demandarme, sino la viuda. Y puede que él pueda impedirlo.

—Antes has dicho que apenas la conoce.

—Pero si hay alguien que pueda ejercer alguna influencia sobre ella es él. Tom puede hablarle de las consecuencias negativas de una demanda. Necesito hacerlo, papá. Grace y yo no descansaremos hasta que esto se resuelva definitivamente.

Su padre la miró fijamente durante unos instantes.

—Da igual lo que yo diga. Harás lo que te parezca. —Michael dio la espalda a su hija y se dirigió hacia el fregadero.

Deborah se quedó sentada un rato. Había ido a pedir la aprobación de su padre, pero de repente la situación le pareció muy triste.

—Soy una mujer adulta —dijo—. Tengo mi instinto y a veces debo seguirlo.

—¿Qué quieres de mí, entonces?

Deborah se puso en pie.

—Respeto. Que reconozcas que quizá hay cosas que a mí pueden parecerme correctas, aunque para ti no lo sean.

—Tu hermana y tú me exasperáis —dijo él, volviéndose a medias.

—No podemos estar siempre a la altura de tus expectativas, pero no por eso somos unas fracasadas. Los tiempos cambian. Necesito que entiendas por qué hago lo que hago.

—Lo intento, Deborah, pero me resulta muy difícil.

—También lo es para mí —replicó ella. El vacío que sentía en su interior no era nuevo, pero por fin intuía de dónde surgía—. No dejas de decir que echas de menos a mamá, pero ¿no se te ocurre pensar que yo también la echo de menos? Ella siempre me apoyaba, y ahora mismo estoy en un aprieto. Necesito que me apoyes. Si ella estuviera viva... —Deborah se interrumpió con un nudo en la garganta.

—Pero no lo está —rezongó Michael—. Tienes razón. Los tiempos cambian.

Los ojos de Deborah se llenaron de lágrimas.

—Sabía escuchar —consiguió decir a duras penas.

Dejó a su padre junto al fregadero y volvió a su coche. Ni siquiera había recorrido una manzana cuando tuvo que parar; apoyando la cabeza en el volante, lloró.

Echaba de menos a su madre. Treinta y ocho años de edad y se comportaba como si tuviera cinco, pero habían pasado demasiadas cosas en su vida. Deborah no había llorado tanto ni siquiera tras la muerte de Ruth. Entonces había tenido que mantenerse entera, por su padre y por todos los demás. Ahora sollozó desconsoladamente hasta que se quedó sin lágrimas.

Llegó tarde a su cita con Tom en el parque. En el sucio aparcamiento solo se veía su coche negro. Deborah aparcó al lado y divisó a Tom de pie junto a un arroyo a unos diez metros de ella.

Se caló las gafas de sol para ocultar los ojos hinchados y caminó por la hierba en dirección a Tom.

—Lo siento, no quería llegar tarde.

—Pensaba que habías decidido no venir —dijo él—. Tu abogado ha debido desaconsejártelo.

Deborah lo negó haciendo un gesto con la mano y fijó la mirada en el arroyo. El leve rumor del agua la tranquilizó.

—Es curioso. Este tipo de agua no me afecta. Me encanta el mar. Me encantan los lagos. Me encanta ducharme o bañarme. Solo la lluvia me perturba.

Tom tardó un rato en contestar.

—Parece que tienes la voz tomada.

—No —dijo Deborah. Al final las gafas de sol no le servirían de nada—. Es que acabo de pasarme un buen rato llorando. —Le pareció que no tenía sentido negarlo—. Por eso he llegado tarde. Me he quedado sentada en el coche, aparcada en la cuneta, llorando sin poder remediarlo.

—¿Por qué? —preguntó él. Deborah percibió su mirada observándola.

—La vida —respondió, encogiéndose de hombros—. A veces resulta abrumadora.

—Lo normal es llorar y sobreponerse. Sin embargo, algunas personas no pueden. ¿Por qué?

Deborah lo miró. Tom llevaba una camisa arrugada con los faldones colgando sobre los vaqueros. Tenía las manos metidas en los bolsillos. Sus ojos se encontraron.

—Podría decir que somos supervivientes por naturaleza —contestó Deborah—, pero también es por nuestras experiencias. La vida nos trata a todos de manera distinta.

Un par de herrerillos pasaron revoloteando. Deborah los vio desaparecer entre las ramas de un sauce de la orilla opuesta.

—Pero ¿qué hay de la persona que se niega a reconocer sus emociones? —preguntó Tom.

—¿Era eso lo que hacía Cal?

Otros pájaros se unieron a los primeros en el sauce; se llamaban unos a otros ruidosamente.

—Sí —admitió Tom—. Hablé con Selena después de que hubiéramos leído el historial médico de Cal. Ella no dejaba de preguntar cómo había podido tener todos esos pequeños ataques y seguir arriesgando su vida llevándola en el coche, como si ella fuera prescindible. No dejaba de preguntar cómo era posible que le hubiera ocultado tantas cosas, como si no la necesitara en absoluto. Pero Cal siempre había ocultado lo que sentía.

—¿Siempre?

Tom tardó un rato en contestar.

—Mis padres no eran dados a las efusiones. A mi madre no le gustaba llorar, y en cuanto tuvimos edad suficiente para cuidar de nosotros mismos, se desentendió de nosotros. ¿De qué sirve llorar cuando nadie te escucha?

—Sirve como catarsis —respondió Deborah, que precisamente acababa de estar llorando.

Tom la miró de reojo.

—Yo lo sé y tú lo sabes, pero ¿y Cal? Supongo que él no lo vio nunca así.

—¿Por qué tu madre se desentendió de vosotros? ¿Solía viajar con tu padre?

—Esa era la versión oficial, pero lo cierto era que vivía su propia vida. Nunca supe qué hacía, solo que le gustaba tan poco como a mi padre estar atada.

—Pero decidieron tener hijos —señaló Deborah. Habría mencionado la responsabilidad inherente al hecho de ser padres, de no haber hablado él de nuevo.

—En realidad no lo decidieron. Mi madre decía a menudo que habíamos sido dos pequeñas sorpresas. Yo siempre creí que se sintió aliviada cuando nació Cal, porque así ella no se sentía tan culpable por dejarme solo. Cuando empecé en el instituto, a veces Cal y yo nos quedábamos solos varios días en casa.

—¿Y los Servicios Sociales no hicieron nada? —preguntó Deborah, compungida.

—No en nuestra casa —respondió Tom, y matizó—: Pero para ser justos con mis padres, nunca nos faltó comida, ni ropa, ni calefacción. Nunca tuvimos carencias en el aspecto físico.

—Solo en el emocional. Pero ¿por qué repercutió más en Cal que en ti? —quiso saber Deborah, aunque era evidente que Tom era un hombre sólido, tanto en lo físico como en lo emocional.

—Quizá fui un mal padre para él —respondió Tom, sacando las manos de los bolsillos.

Deborah se preguntó si sería por eso por lo que no se había casado ni tenía hijos.

—Tú también eras un niño.

—Tenía edad suficiente. Veía cómo vivía la gente normal. Tenía amigos. Sus padres me demostraban afecto y bondad. Cal nunca tuvo ese tipo de amigos. La gente no se interesaba nunca por él.

—Era un hombre muy atractivo.

—Pero no sonreía. No se le daba bien conversar. No tenía amigos como los míos, así que intenté darle lo que aquellos padres me daban a mí. —Su mirada se encontró con la de Deborah. Se asomó a sus ojos la angustia que sentía—. Hice lo que pude. Supongo que no bastó. Cal se encerró en sí mismo



para no tener que sentir, al menos eso quise creer. Para mí era más fácil pensar que no sentía nada a que sufría demasiado.

Tom echó a andar por la orilla hasta que se detuvo al lado de un banco que algún día había sido verde, pero que con el tiempo se había vuelto de un suave color gris. Deborah dudaba que lo hubiera visto siquiera, tan absorto estaba en sus pensamientos. Deborah fue tras él. Cuando llegó al banco, Tom dijo:

—Cal se enamoró una vez. No debía de tener más de doce años, pero estaba loco por una niña de su clase, y durante un par de semanas, ella le correspondió. Durante el tiempo que estuvieron juntos, Cal fue una persona distinta. Luego ella se enamoró de otro.

—Debió de quedarse destrozado.

—Eso es lo que me habría ocurrido a mí, pero ¿quién podía estar seguro con Cal? Se cerró en banda. No dio la menor muestra de pesar. Salvo que apenas comía. Después decidió que ya había tenido suficiente y volvió a comer con normalidad; fue como si no la hubiera conocido. Su caparazón se hizo aún más grueso. —Tom miró a Deborah, desconcertado—. ¿Te parece un hombre al que sus sentimientos podían impulsarle a suicidarse?

Deborah quería negarlo, pero era imposible.

—Desde luego la infelicidad estaba ahí.

Tom se dejó caer en el banco.

—Mis padres debían de saberlo, pero ninguno de nosotros hizo nada. Podríamos haberle buscado ayuda, pero no lo hicimos.

—¿Acaso era responsabilidad tuya?

—Tal vez no cuando era niño, pero de eso ya hace mucho. —La miró con la congoja reflejada en el rostro—. Era mi hermano. Se suponía que yo le quería, pero ¿cómo puedes querer a alguien que se lo guarda todo? Nunca fuimos amigos en realidad. ¿Debes querer a tu hermano solo porque es tu hermano? Y si le quieres, ¿estás obligado a mantener el contacto con él y comprobar si está bien?

Deborah no tenía respuestas. Se sentó a su lado.

—Me dijiste que tú eras la única familia que le quedaba a Cal. ¿Significa eso que tus padres han muerto?

—Sí.

—¿Tu padre murió después de aquel derrame cerebral?

—No, se recuperó, pero perdió el interés por la vida. Decidió marcharse a lo grande. Se tiró con el coche por un puente en mitad de la noche, con su mujer al lado.

—¿Suicidio?

—No. La autopsia reveló que había sufrido un nuevo derrame. —Tom emitió un sonido sardónico—. Ya puedes imaginar lo que dijo Selena cuando se lo conté. Ella creía que los había matado un conductor borracho. Al parecer era lo que le había dicho Cal. Tal vez ahora crea que demandándote a ti vengará la muerte de Cal y la de nuestros padres. —Miró a Deborah—. Sabía que se disgustó mucho al enterarse de que el informe sobre el accidente no te hacía responsable, y sabía que estaba pensando en demandarte. Cuando finalmente me lo dijo, traté de disuadirla, porque tenía la sensación de que, en parte, Cal era responsable de su propia muerte, y no creía que a ella le interesara que eso saliera a la luz. Hasta anoche no me enteré de que había ido a ver al fiscal del distrito. Entonces tuvimos una gran pelea, y hemos vuelto a tener otra esta mañana. Cuando he mencionado la palabra suicidio, se ha puesto hecha una fiera.

—¿No había notado nada inusual los días anteriores a su muerte?

—No.

—¿Lo había intentado antes?

—No que yo sepa, pero en su interior anidaba esa profunda infelicidad. Quizá finalmente no pudiera soportarlo más.

Deborah guardó unos minutos de silencio.

—¿Crees que se suicidó? —preguntó finalmente en voz baja.

Él la miró durante unos instantes antes de volver a fijar la vista en el arroyo.

—En los momentos más tristes, sí, lo creo, y me considero responsable.

Deborah le tocó el brazo.

—No te hagas esto a ti mismo, Tom. Llegó un momento en el que el único responsable de tu hermano era él mismo. Quizá crees que deberías haber estado aquí para impedirselo, pero tu responsabilidad tenía un límite. Cal eligió libremente y tú debes respetar su decisión. —Deborah calló de repente y frunció el entrecejo—. Lo siento. Quizá no sea aplicable en tu caso, pero es lo que le he dicho hace un rato a mi padre.

—¿Y qué decisión debía respetar él?

—Que viniera a hablar contigo. Él creía que no era una buena idea.

Tom le sostuvo la mirada. La mano de Deborah seguía sobre su brazo y él la cogió antes de que ella pudiera retirarla.

—Seguramente tiene razón —susurró, tan bajito que Deborah no le habría oído si no hubiera estado sentada a su lado—. ¿Qué está ocurriendo? —preguntó Tom, enlazando sus dedos con los de ella.

—No lo sé —respondió Deborah, tragando saliva.

—No es un buen momento para nosotros.

—El peor.

Tom se llevó la mano de Deborah al pecho y la apretó contra su corazón para que notara sus latidos; luego, muy lentamente, la dejó sobre el banco. Ella volvió a enlazar con suavidad los dedos en los de Tom.

Deborah quería levantarse e irse; sabía que era lo más sensato. Pero había jugado según las reglas durante tanto tiempo que ya no le atraía la sensatez. Había demasiadas razones por las que no debía cogerse de la mano con Tom, y su hija Grace no era la menos importante. Pero la piel de Tom era cálida y sus dedos fuertes, y Deborah necesitaba ese consuelo.

—El problema con un suicidio —dijo él— es que no hay manera de demostrarlo sin una nota.

—¿Y la hay? —preguntó Deborah sin retirar la mano.

—No. Todavía no. La estoy buscando.

—Si Selenia la encontrara, ¿te lo diría?

—Creo que se lo notaría en la cara. No se le da bien disimular.

—¿No podría haberla dejado en algún otro lugar que no fuera su casa?

—He registrado su despacho en el instituto. Allí no está. Pero quedan todos los apartados de correos que utilizaba. He solicitado que me envíen a mí todo su correo. También tenía media docena de cajas de seguridad. Solo he localizado dos. Había hecho algunas inversiones. Con eso Selenia sacará un buen pellizco, y si vende la casa, obtendrá un buen dinero.

—¿Cal tenía seguro de vida?

Tom frotó su pulgar contra el de Deborah.

—Solo el que le habían hecho en el trabajo.

—¿No hizo otro en el que Selenia fuera beneficiaria? ¿Por si moría?

—No, pero no le serviría de nada si se demostrara que se suicidó.

Tom miró a Deborah. No tuvo que decir que una nota de suicidio sería buena para ella y mala para él. Su mirada dejaba entrever la ironía de la situación.

Deborah asintió para demostrarle que le había comprendido.

—Tengo que volver al trabajo —susurró.

Tom le levantó las gafas de sol con la mano libre. No dijo nada, solo la miró durante un buen rato antes de volver a colocárselas. Luego se llevó su mano a la boca y le besó los dedos.

Deborah regresó al coche sintiéndose tan desconsolada como antes de llegar. Antes lloraba por el pasado, ahora lloraba por lo que podría haber

ocurrido.

Y lo más irónico era que hasta entonces no se había dado cuenta de que deseaba que ocurriera.

## Capítulo 18

Grace decidió que, si no se hacía médico, se dedicaría a escribir guiones para la televisión, ya que era lo que había estado haciendo mentalmente durante toda la mañana. Se trataba siempre de historias de crímenes, y había imaginado una docena de posibles tramas. Todas empezaban con un accidente, una muerte, y seguían con una investigación de la policía. En cada una existían distintas pruebas y se llegaba a un final diferente.

Una demanda civil. Se suponía que todo había terminado. Había empezado a sentirse mejor. Jill sabía toda la verdad y seguía queriéndola, lo que significaba que Grace tenía un aliado. Y había conducido la furgoneta de su tía sin que ocurriera nada, aunque había decidido que no volvería a conducir.

Entonces su madre mencionó de pasada que tal vez los inspectores de la fiscalía querrían entrevistarla.

«Laberíntico». La palabra definía el accidente a la perfección. Laberíntico: intrincado, complejo o enrevesado. Grace detestaba estudiar palabras para el examen de ortografía, detestaba pensar en la selectividad, detestaba las palabras que resonaban una y otra vez en su cabeza. Pero laberíntico era el término más adecuado.

No había llamado para preguntar por los deberes que les habían puesto el día anterior, así que se pasó el día sentada completamente ajena a las clases. Y fue increíble. Ningún profesor la llamó al orden. Claro que era Grace Monroe, la alumna del cuadro de honor que estaba pasando por un mal momento, así que la dejaron en paz.

De ese modo se pudo dedicar a obsesionarse con la investigación de la fiscalía. Evitaba mirar a los demás a los ojos e iba de una clase a otra con la nariz metida en un libro, accesorio tan bueno como cualquier otro para disimular mientras ideaba infinidad de horribles tramas policíacas. Sus amigos habían dejado de atosigarla, pero en lugar de sentirse aliviada, se sentía culpable y muy sola. Intentó pensar en su tía, embarazada y soltera, y en su hermano, aislado por su problema con la vista. También ellos estaban

solos, pero de un modo distinto a ella. Los ojos de Dylan podían curarse, igual que la soledad de Jill terminaría cuando diera a luz.

Grace andaba revolviendo libros al pie de su taquilla, sin saber muy bien qué buscaba, pero contenta de dejar que todo el mundo pasara de largo, cuando un cuerpo cálido se agachó a su lado, muy cerca de ella.

—Hola.

Grace dio un respingo y se habría apartado si Danielle no le hubiera rodeado la cintura con el brazo.

—No —dijo Danielle—. Por favor, necesito hablar contigo.

—No puedo, Dani —dijo Grace, meneando la cabeza—. Tengo un examen en la próxima clase. —Era mentira, pero ¿qué importaba una más?

—A la hora de comer entonces.

—No puedo —repitió Grace y, por primera vez, le dolió rechazar a su amiga. Danielle era como la hermana mayor que no había tenido. En otro tiempo, Grace se lo contaba absolutamente todo.

—Sé lo de la cerveza —musitó Dani—, así que no pienses que voy a hablarte de eso. Mira, si tus estúpidos amigos se lo han contado a todo el mundo, ya no es un secreto.

—¿Lo han contado? ¿Quién lo sabe?

—No sé, pero se ha corrido la voz...

—¿Se lo dijeron a los padres?

—No lo sé, pero no es eso lo que quería decirte, Grace. Necesito hablar del accidente.

«El accidente tiene que ver con la cerveza», podría haber gritado Grace, pero solo dijo:

—No puedo hablar, Dani.

—Es sobre tu madre y mi padre. ¿Qué está pasando?

Grace se quedó perpleja.

—¿De qué hablas?

—Anoche mi padre se enfadó mucho con ella. Le dijo a mi madre que no era una buena amiga, pero mi madre la necesita; además, algo pasa con mi padre. De verdad, necesito hablar de ello, Gracie, por favor.

Grace sabía lo que pasaba entre su madre y Hal, y que tenía que ver con John Colby. Hal estaba furioso porque Deborah había hablado con John sin estar él presente, y ahora unos inspectores se habían presentado en su casa, pero todo era culpa de Grace. Si no hubiera conducido ella aquella noche, nada de todo aquello habría ocurrido.

¿Y Danielle quería que hablaran del accidente?

—No puedo —insistió Grace, agachando la cabeza—. No puedo, de verdad. —Si hablaba con Dani, se derrumbaría y le contaría que era ella quien conducía aquella noche, y entonces tendría que preocuparse por si Dani se lo contaba a Karen, que quizá se lo contaría a Hal, que aún se enfurecería más con Deborah, y entonces las cosas empeorarían diez veces más.

Jill lo sabía. Grace confiaba en ella, pero no podía arriesgarse a contárselo a nadie más. Si su madre se enteraba de que había bebido, se pondría hecha una furia.

—Pero tú eres como de la familia —insistió Danielle—. Te necesito.

—Ahora mismo no soy la persona más indicada para ayudar a nadie que lo necesite —dijo Grace, levantando la cabeza.

—Tonterías —susurró Danielle—. Eres una persona tan válida como cualquier otra. Lo único que ocurre es que el accidente te ha descolocado un poco.

—Vale, me ha descolocado —susurró Grace con vehemencia—, pero si ahora no puedo ayudarte ni a mí misma, ¿cómo voy a ayudarte a ti?

Grace se concentró otra vez en encontrar el libro que buscaba, fuera cual fuese. Sonó el timbre. Danielle apartó el brazo.

—Entiéndelo, por favor —suplicó Grace, volviéndose ligeramente hacia ella—. Si hablara con alguien sería contigo, pero no puedo.

Estuvo tentada de ceder, porque Danielle parecía a punto de echarse a llorar. Pero alguien gritó el nombre de su amiga. Danielle desvió la vista hacia el otro lado del pasillo y, tras echar una breve mirada a Grace, se fue.

Grace no creía que lograra correr bien, pero una vez iniciada la carrera, fue como si el miedo la aguijoneara. Mejoró su marca personal. El entrenador, que se comportó como si Grace hubiera estado un mes ausente, no dejaba de felicitarla, y Grace se sintió como una impostora. Se cambió, evitando a sus amigas, y anduvo el corto trecho que la separaba de la pastelería.

El día era caluroso, lo que significaba que todas las mesas de la terraza estarían ocupadas, incluso a última hora de la tarde. Siempre con la cabeza gacha, Grace pasó por delante y se metió en la pastelería para ir en busca de Jill. La encontró con un cliente. Por el aspecto de los papeles que estaban esparcidos sobre la mesa entre varios SoMa Smoothies, se trataba de servir de *catering* en algún evento.

Cuando Jill vio a su sobrina, levantó el pulgar con una euforia que, no solo no dejaba lugar a dudas sobre su mejoría, sino que indicaba que no quería que nadie le dijera que debería permanecer en cama. Eso era precisamente lo que más le gustaba a Grace de su tía: sabía qué quería y qué

era mejor para ella, y obraba en consecuencia. Era ella quien controlaba su vida.

Dylan estaba sentado a una mesa no lejos de allí. El libro de matemáticas estaba abierto, pero tenía los brazos estirados sobre la mesa de color naranja. Sonrió al mirar a Grace a través de sus gruesas gafas, y a ella se le derritió el corazón. Podía odiarse a sí misma y al resto del mundo, pero jamás odiaría a su hermano.

Grace dejó caer la mochila en el suelo y se sentó a su lado.

—Pareces contento. ¿Listo para el partido?

—No voy a ir —dijo Dylan, sonriendo aún más.

—¿Por qué no? —preguntó Grace, dispuesta a hacer concesiones por su hermanito, que no solo tendría que operarse de los dos ojos, sino que necesitaba un aparato en los dientes que arreglara su sonrisa.

—Voy a dejar el béisbol.

—¿Ah, sí? ¿Lo sabe mamá?

Dylan asintió.

—Me lo ha dicho ella. Ha pasado por aquí cuando he llegado del colegio. Yo pensaba que iba a decirme que no podía venir al partido, pero solo quería saber cómo me sentía y si realmente quería jugar. —Su sonrisa se transformó en una expresión de inquietud—. ¿Crees que papá se enfadará conmigo?

—¿Por qué te importa? —preguntó Grace, pero siguió hablando porque ya sabía lo que le respondería su hermano y estaba totalmente en desacuerdo con él—. No puedo creer que mamá te permita dejarlo.

—No puedo jugar, Grace. Soy malísimo porque no veo bien.

—Ella detesta que la gente abandone.

—Eso era cuando solo veía mal de un ojo. Siempre me decía que podía conseguirlo, pero ahora que son los dos, sabe que no puedo.

—¿Te ha dicho eso ella?

Dylan asintió.

—¿Ha dicho que no puedes? —Grace no salía de su asombro. Su madre solía decir que todo era posible. Y también que los chicos de diez años necesitaban hacer deporte.

—Me ha dicho que podía elegir, que no era justo por su parte esperar que yo hiciera cosas que no me gustan y que no quería obligarme. Y yo he elegido dejar el equipo. Ella llamará al entrenador para explicárselo, así que ni siquiera tengo que ir al partido de esta noche.

Grace no le preguntó si estaba contento, porque su cara lo decía claramente. Era agradable poder elegir. Era agradable que te tuvieran en



cuenta para tomar decisiones. Era agradable que los demás se percataran de la presión a la que estabas sometido, y de que lo que para ellos estaba bien quizá no estaba bien para ti.

¿No era extraño? Algo negativo, como la distrofia del otro ojo de Dylan, tenía una consecuencia positiva.

—Tengo hambre —decidió Grace. Se levantó y se fue a la cocina.

Ya no se horneaba nada más, pero lo que no estaba en los aparadores, se apilaba en los estantes. Cogió una magdalena, se comió el glaseado y tiró el resto a la basura. Repitió la operación con una segunda magdalena; cuando estaba a punto de coger una tercera se dio cuenta de que las magdalenas no iban a arreglar nada. A su tía le daría igual que se comiera el glaseado de diez magdalenas. Tal vez ni siquiera se daría cuenta.

Últimamente se sentía como si fuera invisible, como si pudiera hacer cosas horribles, impensables, y a nadie le importara. Pero eso no estaba bien. Había que respetar las reglas.

Salió por la puerta de atrás, pasó por delante de la furgoneta y enfiló el callejón. Al llegar a la esquina, dobló a la izquierda y siguió caminando por la acera. Pasó por una tienda, se detuvo y volvió hacia atrás. Era perfecta. Entró.

Sole Singer era una zapatería de lujo de las que solo podían existir en una ciudad lo bastante rica como para que funcionaran ese tipo de tiendas. Una ciudad como Leyland. Apenas llevaba un año abierta, y sus dueños eran una pareja de gays que tenían un gusto exquisito para los zapatos. Vendían marcas exclusivas o de diseño, principalmente italianas. Todas muy caras.

Grace había estado en la tienda muchas veces, curioseando con sus amigas, y en una ocasión incluso había comprado un par de Reefs. No vio a ningún conocido, solo a dos chicas completamente absortas en sus cosas.

Jed, uno de los dueños, estaba en la caja, pasando la tarjeta de crédito de una clienta. Sonrió y alzó la barbilla para saludar a Grace; luego volvió a su trabajo.

No había pasillos en aquella tienda demasiado elegante y pequeña. Los zapatos se exhibían en estantes escalonados, con cajas de diferentes tamaños apiñadas artísticamente debajo de los estantes.

Desde que habían llegado, hacía meses, Grace tenía echado el ojo a un par de zapatos de Prada. Eran unas sandalias de cuero en un tono rosa metálico. Se acercó a ellas, cogió la caja de su número de debajo del estante y se sentó en una silla cercana, pero no se las probó. Ya lo había hecho antes y sabía que le iban bien.

La clienta de la caja se colgó el bolso del hombro y se fue. Una de las chicas quería probarse unos zapatos bajos de Marc Jacobs, pero no encontraba su número, así que Jed fue a la trastienda a buscarlos. Cuando la otra chica recibió una llamada, ambas aplicaron la oreja al móvil.

Grace se metió una sandalia en cada bolsillo y se puso en pie. Después de unos instantes, volvió a arrodillarse, cerró la caja y la dejó donde la había encontrado. Luego se levantó y se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo en seco. La puerta de la tienda estaba abierta y John Colby tenía una mano apoyada en el elegante picaporte de bronce. Grace no tenía la menor idea de cuánto tiempo llevaba allí, pero la estaba observando.

Eso era lo que ella quería: que le pidieran cuentas por haber hecho algo malo. Pero aquella realidad era tan ajena a la antigua Grace Monroe que se asustó.

Colby dejó la puerta abierta y se acercó a ella.

—Por favor, siéntate y devuelve las sandalias a su sitio —dijo, bajando la voz para que las otras chicas no le oyeran.

Grace pensó en preguntarle a qué se refería, pero habría sido patético. Pensó en mentir —«Iba a la caja a pagar»—, pero no llevaba dinero ni tarjeta de crédito, y además, tenía las sandalias en los bolsillos.

Se sentó obedientemente, retiró la caja vacía del montón, sacó las sandalias de los bolsillos, una detrás de otra, y las metió en la caja. Tras devolver la caja a su sitio, miró al jefe de policía.

Fue entonces cuando Jed volvió de la trastienda.

—Hola, John. ¿Qué tal le va?

—No va mal —dijo el jefe, sonriendo—. ¿Qué tal por aquí?

—No puedo quejarme —respondió Jed, encogiéndose de hombros. Su mirada se desvió hacia Grace—. ¿Has conseguido que tu madre te las compre?

Grace negó con la cabeza.

—Quizá en otra ocasión —dijo Jed.

Grace asintió y se encaminó hacia la puerta, sabiendo que John la seguiría. Una vez en la calle, sintió el impulso insensato de huir, pero habría sido una estupidez. Además, quería ser castigada.

—Por aquí —dijo John, y la condujo por el callejón hasta llegar al aparcamiento. Una vez allí, le soltó el hombro. Grace se acercó a la furgoneta de su tía, se cruzó de brazos y se volvió para encararse con él. Esperaba ver ira y decepción en su rostro, pero solo vio tristeza.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó.

Ella no contestó.

—¿Grace?

—¿Me ha estado siguiendo? —preguntó ella. John negó con la cabeza.

—No. Me tienes preocupado, así que, siempre que te veo, me fijo en ti. Te he visto entrar en la zapatería y solo quería saludarte. Pero ahí estabas tú, metiéndote en el bolsillo unos zapatos de, ¿cuánto, trescientos dólares?

—Doscientos noventa y cinco —le corrigió Grace.

—Es lo mismo.

—Había unas alpargatas de marca con plataforma que valían cuatrocientos noventa y cinco, pero no me cabían en los bolsillos.

John la miró y esta vez sí había decepción en su cara.

—¿Sabes lo que habría ocurrido si yo no hubiera estado allí y hubieras robado los zapatos? Jed sabía que los habías estado mirando.

—Todas mis amigas los habían estado mirando. No habría encontrado la caja vacía hasta dentro de unos días. No se habría dado cuenta de que había sido yo.

—Te ha visto —dijo John, sonriendo con pesar—. Y ambos sabemos cómo vuelan estas cosas de las estanterías. Habría encontrado la caja vacía enseguida. —Se pasó la mano por la nuca y dijo—: Esto es hurto, Grace. Es un delito. La gente va a la cárcel por robar en las tiendas. Seis meses, un año. —Hizo una pausa—. No querrás ir a la cárcel, ¿verdad?

—Lo merezco —dijo Grace, doblemente asqueada consigo misma porque no, no quería ir a la cárcel.

El jefe de policía suspiró.

—Tendré que llamar a tu madre.

Grace dejó caer los brazos y luego volvió a cruzarlos.

—No es necesario. Llegará en cualquier momento.

John echó un vistazo a la calle.

—¿Quieres esperarla dentro?

Grace sacudió la cabeza. No quería ver a Jill. No quería ver a Dylan. Y sobre todo, no quería que ellos la vieran.

—Espera aquí —dijo John, y volvió sobre sus pasos, dejándola sola sin nadie que la vigilara para asegurarse de que no huía. Lo peor de todo era que no pensaba hacerlo. No se trataba de huir. ¿De qué servía infringir la ley si luego huías? ¿De qué servía infringir la ley si luego nadie te decía lo malo que eras en realidad?

Se dejó caer hasta el suelo y se apoyó en una de las ruedas de la furgoneta. Apretó las rodillas contra su pecho, apoyó la barbilla en ellas y cerró los ojos.

Oyó los coches que pasaban por Main Street. Oyó unas ardillas que hurgaban alrededor del contenedor. Oyó el zumbido del aire acondicionado que Jill se negaba a sustituir por otro nuevo, y se preguntó si saldría alguien de la pastelería y empezaría a hacerle preguntas. ¿Qué contestaría ella, en ese caso?

De repente se sintió completamente confusa. Apretó la cara contra las rodillas, se echó los dos brazos sobre la cabeza y apretó cada vez más fuerte; sentía como si todo su mundo se estuviera derrumbando encima de ella.

No oía nada. El ruido en el interior de su cabeza ahogaba todo lo demás, pero de pronto alguien le tocó el pelo y la llamó por su nombre con una voz asustada, apremiante y amable a la vez. Grace se echó a llorar.

Deborah la levantó para abrazarla.

—¿Has robado en una tienda? —exclamó—. ¿De qué está hablando?

Grace no podía contestar, solo sollozaba.

—¿Qué ha ocurrido, Gracie?

Grace exhaló pequeños gemidos lastimeros.

Deborah la meció entre sus brazos igual que cuando era niña.

—No pasa nada —musitó—. No pasa nada. No hay nada que no tenga arreglo. No hay nada tan malo que no tenga arreglo.

—Sí lo hay, soy yo —exclamó Grace entre sollozos.

—Hemos pasado por unos momentos muy difíciles, pero todo tiene remedio. Dime, Gracie, ¿qué has hecho?

—Beber dos cervezas. —Las palabras sonaron ahogadas, pero su madre debía de haberlas oído porque se quedó muy callada.

—¿En el instituto? —preguntó finalmente Deborah en tono perplejo.

—En casa de Megan, aquella noche.

Deborah se quedó paralizada.

—¡Soy horrible! —gritó Grace.

—¿La noche del accidente?

—Tienes que odiarme —gimió Grace, y realmente lo deseaba, lo deseaba porque lo merecía, pero no quería que su madre se fuera. Quería volver a ser una niña, como Dylan, inocente incluso cuando hacía las cosas mal.

—No te odio —dijo su madre, e increíblemente, la abrazó con más fuerza aún—. Nunca podría odiarte. Eres parte de mí.

—¡La parte mala!

—¡La mejor parte! De verdad, Gracie. No sé qué ha ocurrido hoy, pero sé que debe de haber una explicación. Eres una buena persona y no una ladrona.

Grace no podía dejar de llorar.

—Le robé... la vida... a un hombre... fue culpa mía.

—En absoluto —insistió Deborah, susurrando y apretando la cabeza de Grace contra su pecho—. Le habríamos atropellado de todas formas. Yo tenía la vista fija en la carretera y tampoco lo vi. ¿Acaso grité para avisarte? No. Salió del bosque, Gracie. ¡Se abalanzó sobre el coche!

—Pero yo había bebido —exclamó Grace.

—Caminaste en línea recta hasta el coche y hablaste igual que siempre. Me habría dado cuenta si hubieras estado borracha.

—Eso no importa.

—Conducías perfectamente. Yo te observaba.

Grace trató de separarse de su madre para poder verla, para hacérselo comprender de algún modo, pero Deborah no se lo permitió.

—Bebí y conduje. ¿Por qué sigues negándolo? Debería haber visto al señor McKenna, pero no lo vi. No soy tú, mamá. Fallé en una carrera, suspendí un examen de francés y entregué una redacción de inglés que sabía que era pésima, pero todo el mundo busca excusas. He decepcionado a todo el mundo, pero nadie quiere ser el primero en decirlo. Un hombre ha muerto.

Su madre no intentó discutir con ella. De repente, Grace no pudo seguir resistiéndose. Dejó caer los brazos y pareció fundirse con Deborah. Halló en ella una seguridad que hacía tiempo que no sentía. Su madre era cálida y fuerte; tenía respuestas; era su escudo; y ahora Grace la necesitaba, porque no entendía muchas cosas, tantas, que no sabía cómo desenvolverse. Ya no importaba si Deborah había mentido, simplemente ya no importaba.

Los sollozos de Grace fueron apagándose poco a poco, pero ella no se movió. No quería hablar, no quería pensar, solo quería que su madre la abrazara y la protegiera, allí, a la sombra de la brillante furgoneta amarilla.

Deborah acarició los cabellos de Grace. Recién lavados y todavía húmedos, olían a champú de mango. Eran las nueve de la noche y Grace dormía junto a ella en el sofá. Necesitaba de consuelo constante, Grace apenas había perdido de vista a Deborah unos minutos desde que habían abandonado el callejón. Deborah era consciente de que el miedo y la preocupación habían agotado las fuerzas de su hija. Sospechaba que no había dormido una noche entera desde el accidente.

¿Sospechaba? Lo sabía. ¿Acaso no había visto sus ojeras?

Pero estaban pasando tantas cosas... Deborah estaba demasiado absorta en sus propios miedos y preocupaciones, muchos de los cuales tenían que ver con Grace, y le costaba comprender la realidad de la situación. Había creído

actuar por el bien de su hija, pero no se había dado cuenta de hasta qué punto su mentira afectaría a Grace. Cuando una hija temía no ser amada, era malo. Cuando una hija tenía que recurrir al hurto para conseguir el castigo que creía merecer, era realmente malo.

John no podía haberse mostrado más comprensivo. Les había permitido hablar a solas; esperó en la esquina del callejón hasta que Deborah volvió al interior de la pastelería con Grace. Deborah no sabía si había oído su conversación, pero le daba igual. Lo único que importaba era Grace.

En aquel momento se sentía egoísta, ya que disfrutaba con la cercanía de su hija, deseaba que siguiera siempre así. Pero no podía ser, claro. Grace tenía que crecer, separarse de ella, crear su propia vida. «Yo no soy tú, mamá», le había dicho, y esas palabras resonaban en la cabeza de Deborah. Tenía que aceptar que quizá, solo quizá, las necesidades de Grace eran distintas a las suyas.

Notó un gran peso que caía sobre sus hombros. Era más fácil creer que lo sabía todo que darse cuenta de que quizá había cosas de su hija que no sabía, precisamente porque a lo mejor eran cosas que no le gustaban. Pero no podía controlar a Grace, solo podía educarla de forma que dispusiera de las herramientas necesarias para conducir su vida.

Deborah no estaba segura de haberlo conseguido. Grace tenía que empezar a sentirse mejor en su piel.

Suavemente, salió de debajo de Grace, que seguía dormida. Cogió el móvil y subió hasta lo alto de la escalera. No quiso ir más allá para no perder de vista a su hija, pero se volvió de espaldas y llamó a Greg.

—Soy yo —dijo cuando él contestó, aunque no sabía muy bien por dónde empezar—: Greg, creo que necesito que vengas.

—¿A casa? —preguntó Greg con sorpresa, lo cual era comprensible, ya que no había pisado la casa desde que se había ido. Recogía a los niños en una zona de descanso de la autopista, a mitad de camino entre las dos casas. Deborah no le había pedido nunca que fuera a visitarlos.

—Sí —contestó con cautela. No había pensado en establecer una relación con su exmarido—. Tiene que ser aquí.

—A Dylan le hace mucha ilusión ver a los cachorros, pero no puedo llevarlos.

—¿Y si vinierais el viernes y os fuerais los dos el sábado? —Serían muchas horas de coche, pero no había más remedio.

Greg no discutió.

—¿Qué ocurre? —quiso saber.

—Tenemos que hablar —contestó Deborah, e inesperadamente los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Sobre qué?

—Del accidente. De Grace. —Deborah tragó saliva—. De cómo solucionar las cosas.

—¿Qué ocurre, Deborah? —volvió a preguntar Greg. De pronto se parecía tanto al hombre con el que se había casado que Deborah se echó a llorar—. ¿Están bien los niños? —preguntó él, asustado.

Deborah tardó un momento en poder hablar. Se tapó la boca con la mano sintiéndose igual que Grace: abrumada, confusa, necesitada de alguien a quien amar. Porque ella amaba a Greg. Ya no quería seguir casada con él —de eso estaba segura, y finalmente podía pensar en ello sin enfurecerse—, pero habían existido sentimientos lo bastante fuertes para que evolucionaran y se convirtieran en algo más apropiado para la tarea que tenían por delante.

## Capítulo 19

Dylan estaba entusiasmado.

—¿Va a venir aquí? ¡Guau! —Sin embargo, instantes después era la viva imagen del abatimiento—. Pero ¿y los cachorros? Iba a verlos este fin de semana.

—Y los verás —le aseguró Deborah.

Encontraría la manera, aunque Greg tuviera que llevarse a Dylan y luego ella tuviera que ir hasta Vermont el domingo para recogerlo, lo que seguramente no era mala idea, sobre todo si Grace la acompañaba. El trayecto en coche podía ser beneficioso para ambas.

Sin embargo, a Grace no le gustó enterarse de que su padre iba a visitarles. El viernes por la mañana parecía nerviosa. Se mordía las uñas, sentada en la cocina.

—No he hecho los deberes —anunció.

A Deborah no le sorprendía que su hija no pudiera concentrarse en los estudios. Entre el incidente del día anterior y la inminente visita de Greg, también a ella le costaba pensar en el trabajo.

—¿Quieres quedarte hoy con la tía Jill? —propuso a Grace.

Grace se quedó con Jill. La confesión la había dejado agotada y no se veía con fuerzas para asistir a clase. Pero estaba mejor. Ya no sentía una opresión en el pecho. Aún tenía que contárselo todo a su padre, pero le ayudaba saber que su madre estaba de su lado. Se pasó gran parte de la mañana durmiendo, pero cuando llegó Dylan del colegio estaba abajo, en la pastelería. Dylan no hacía más que ir y venir entre Jill y los donuts de mantequilla y almendras sin dejar de sonreír, lo que resultaba asombroso para alguien a quien dos días antes habían dado una muy mala noticia. Grace quería conocer su secreto.

—¿No te duele el ojo? —preguntó, después de preparar dos batidos SoMa para su hermano y ella.

Dylan removió el batido con la pajita.



—Sí, pero solo de vez en cuando. No pasa nada. Además, explica muchas cosas. Como por ejemplo, por qué no soy tan bueno como tú con los estudios.

Grace podría haberle dicho que la vista no tenía nada que ver con el cerebro, lo que, siendo un Monroe, pronto aprendería por sí mismo. Pero su hermano añadió:

—Explica por qué tropiezo continuamente y por qué jugaba tan mal al béisbol. Incluso papá ha estado de acuerdo. No se ha enfadado porque dejé el equipo. Y el abuelo tampoco.

Grace sintió una leve punzada de inquietud al pensar en su abuelo. Ser un Barr era casi tan malo como ser un Monroe.

—¿Cuándo has hablado con el abuelo?

—Le llamé para hablarle de mis ojos. Le dije que cuando me curaran, jugaría al béisbol y le dedicaría una carrera. —Frunció el ceño mirando el batido y volvió a agitar la pajita—. Quizá se la dedique a la abuela Ruth. —Volvió a levantar la cabeza—. No. Al abuelo. Él lo desea más.

Grace sintió algo parecido a la compasión. Sabía exactamente cómo se sentía su hermano. El abuelo tenía siempre grandes expectativas, y era terrible cuando no podías cumplirlas. Estaba bien tener una excusa.

Cuando Deborah llamó para decir que iba a realizar unas visitas a domicilio, Grace tomó una decisión. Quería contarle personalmente al abuelo todo lo que había hecho. Salió de la pastelería y echó a andar. Dos manzanas más allá, vio la casa de su abuelo. Ahora ya no le parecía tan grande como cuando era pequeña, y entonces ni siquiera incluía la consulta. Poco imaginaba ella lo importante que iba a ser esa consulta en la vida de su madre e, indirectamente, en la suya.

Se dirigió hacia la consulta y entró sigilosamente. La sala de espera estaba vacía. La recepcionista la saludó con la mano, pero sin dejar de hablar por teléfono. Grace intentaba decidir si sentarse a esperar cuando salió Joanna Sperling vistiendo su uniforme rosa de enfermera y desprendiendo una confianza en sí misma que las expectativas de su abuelo jamás habían podido malograr.

La enfermera dio un abrazo a Grace.

—Hacía años que no te veía. ¿Ya no tienes tiempo para venir a vernos? —Al ver que Grace sonreía y meneaba la cabeza, Joanna añadió—: Tu madre acaba de irse. ¿Quieres que la llame al móvil?

—No, he venido a ver a mi abuelo. ¿Está con un paciente?

—El último, y ya casi ha acabado. Ve a esperarlo a su despacho. Ahí ya han terminado.

Grace no miró el despacho de su madre al pasar por delante. Tampoco miró mucho el de su abuelo. Se limitó a dejarse caer en una silla y a esperar.

—¿Cómo está mi chica? —preguntó Michael entrando en el despacho con mucha menos energía de la habitual. Parecía apagado. Envejecido—. Tu madre acaba de irse.

—He venido a verte a ti.

Michael se apoyó en el borde de la mesa.

—Estás muy seria.

Grace podría haberlo negado, pero ya no quería mentir más.

—Tengo que contarte algo.

—¿Algo sobre el accidente?

Grace contuvo la respiración.

—¿Lo sabes? —preguntó. Se pondría muy furiosa si su madre se lo había contado.

—Todo el mundo lo sabe —contestó él, sonriendo con benevolencia—. Salió en el *Ledger*.

—Todo no —replicó ella.

Su abuelo frunció el ceño como si estuviera realmente perplejo, y Grace supo que su madre no se lo había contado. Tendría que hacerlo ella misma. Para eso había ido. Era una prueba.

—Conducía yo aquella noche, abuelo. Fui yo. —Vio que su abuelo se quedaba atónito—. Fui yo —repitió para asegurarse de que lo comprendía. Pero él seguía sin reaccionar, así que lo soltó todo sin tapujos—: Yo conducía el coche cuando atropellamos al señor McKenna.

—¿Tu madre mintió? —preguntó él.

—La policía no se lo preguntó y ella no lo dijo. Ahora puede que presenten una demanda civil, y entonces la verdad saldrá a la luz. Solo quería que supieras que no quería atropellarlo. No lo vi.

—¿Por qué tu madre no me lo había dicho? —preguntó Michael con el rostro encendido.

—Intentaba protegerme.

—¿De mí?

—De todo el mundo. —Grace se sentía muy pequeña—. Te he defraudado, lo sé.

—Me ha defraudado tu madre.

—No fue mamá, fui yo —exclamó Grace. Estaba harta de que todo el mundo le buscara excusas—. Y eso no es lo peor, lo peor es que había bebido.

Esta vez Michael soltó una exclamación ahogada.

—No te enfades con mamá, porque ella no lo supo hasta ayer. Mi padre aún no lo sabe, pero se enterará esta noche. Solo quería decírtelo personalmente. Tú bebes, así que quizá lo entiendas mejor. —Al ver la consternación en la cara de su abuelo, Grace se apresuró a añadir—: No es eso lo que quería decir.

Michael se sentó en una silla al lado de su nieta, lo que produjo un alivio instantáneo en Grace. De pie, su abuelo imponía más; sentado parecía más cercano.

—¿Por qué bebiste? —preguntó en voz baja.

La pregunta era interesante. Ni su madre ni su tía se la habían formulado.

—Éramos un grupo de amigos. Nos pareció divertido. Los padres de mi amiga no estaban.

Michael se recostó en el asiento.

—Al menos no estabas sola. Si estabas con amigos, era un acto social. Los chicos suelen experimentar con estas cosas.

A Grace le brotaron lágrimas de los ojos.

—Pero luego no conducen si lo hacen.

—Pues claro que sí. A veces se matan los unos a los otros.

—Y yo maté al señor McKenna —exclamó Grace—. ¿Cómo puedes justificarlo?

—No lo hago —replicó él, ceñudo. Hizo una pausa y luego agregó—: Intento hallar una explicación razonable. —Examinó a Grace durante unos minutos interminables antes de decir—: No querría que bebieras porque yo lo hago. Eso no es bueno. Podría perjudicarte en todos los demás aspectos de tu vida. Y solo serviría para ocultar el verdadero problema.

Grace había oído suficientes conversaciones para saber a qué se refería.

—Tu problema es la abuela Ruth.

—Mi problema es que no está la abuela Ruth —replicó él—. ¿Cuál es el tuyo?

—La presión —explicó ella, y preguntó con curiosidad—: Cuando bebes, ¿qué te produce? ¿Te sientes mareado?

—Me detesto a mí mismo.

—No, abuelo. Mientras bebes. ¿Qué sientes?

—Soledad.

—Pero ¿mejora después de tomar un par de copas? Quiero decir, ¿te hace olvidar?

Michael miró la foto de su mujer que había sobre el armario, tomada unos años antes de su muerte.

—Difumina las cosas —contestó, y parecía tan triste que Grace le cogió una mano.

—Lo siento. No debería hablarte de esto.

Michael aferró su mano.

—Sí, sí debes. Quizá deberías haberme preguntado antes por qué bebo. Siempre me olvido de que ya eres mayor y te das cuenta de las cosas.

—Echas mucho de menos a la abuela Ruth, ¿verdad?

—Mucho. Pero beber no es la solución.

—Entonces, ¿por qué lo haces? ¿Para que se difumine?

Michael sopesó su respuesta.

—No lo sé. Me digo a mí mismo que no dolerá, pero sí duele. Me digo a mí mismo que solo será una noche, pero siempre repito. —Miró a Grace con expresión avergonzada—. Quizá bebo porque sé que ella lo detestaría.

—¿Qué tipo de razón es esa?

—Una mala, y que no debería decir a mi nieta.

—Tengo dieciséis años.

—Vaya. Qué mayor.

—Lo bastante como para atropellar a un hombre y matarlo.

Michael se soltó de la mano para señalarla con el dedo.

—Jovencita, no uses ese accidente como excusa para cometer otros errores. Mira, ese es uno de mis problemas, como tu madre tuvo la amabilidad de dejarme claro. Echo la culpa a la muerte de tu abuela de todo lo que va mal en mi vida, pero no es más que negación.

—¿Negación de qué?

—De mi responsabilidad, de mi capacidad para mejorar las cosas. Algunas puedo controlarlas yo, como no beber, hacer bien mi trabajo, ir a almorzar con mis nietos. Decir que no las hago porque Ruth murió es una colosal estupidez. Hay muchas cosas que no puedo controlar, como a tu madre y a tu tía. Demonios, ni siquiera podía controlar a tu abuela. A ella le encantaba esa pastelería, igual que a tu tía. Y en cuanto a tu madre, no estoy seguro de que le guste trabajar conmigo en la consulta. Quizá necesite su propio espacio.

—Te quiere mucho.

—Puede que ese sea el problema. Se siente obligada.

—¿Obligada a qué?

—A ser lo que yo espero que sea. Quizá a no ver que me equivoco en muchas cosas, como en beber.

—¿Eres alcohólico?

Michael reflexionó antes de contestar.

—Todavía no.

—¿Crees que vas a serlo?

—No quiero.

—¿Cómo se evita eso?

—Primero, hay que enfrentarse a la verdad. Eso puede ser duro.

—No siempre —replicó Grace—. Cuando se sepa la verdad acerca del accidente, no creo que me envíen a la cárcel, pero quedará registrado en mi historial para siempre. Puede que eso me haga la vida más fácil.

—¿Cómo es eso?

—Una vez metes la pata, se rebajan las expectativas. Detesto tener que ser siempre la mejor. —Su móvil emitió un apagado tintineo.

—¿Quién te exige ser la mejor? —preguntó su abuelo.

—Mamá. Tú. Y mi padre. Si hay alguien que me odiará por lo que he hecho es él. —Volvió a oírse el tintineo.

—¿Acaso crees que él no bebió nunca?

—Sé que lo hizo, pero ahora lleva una vida totalmente sana. Rebecca y él son vegetarianos. Producen ellos mismos la mayor parte de lo que comen. —Sonó un tercer tintineo amortiguado.

—Eso solo es un pasatiempo. Grace, ¿quieres contestar?

—No es importante.

—Contesta, por favor.

Grace sacó el móvil del bolsillo, le echó un vistazo a la pantalla y lo abrió.

—Estoy con el abuelo —le dijo a su madre.

—He llegado y nadie sabía adónde te habías ido —dijo su madre con voz asustada.

—Estamos hablando. Estoy bien, mamá, en serio.

—¿Cuánto vas a tardar?

—No mucho. El abuelo me está preparando para la visita de papá. Estoy bien —repitió Grace—, de verdad.

Y era cierto. Su abuelo no le estaba echando un sermón. Le interesaba saber cuáles eran sus sentimientos. Le hablaba como a una adulta. A Grace le ayudaba saber que también él tenía sus problemas, que tampoco era perfecto.

—¿Por qué necesitas que te prepare para la visita de tu padre? —preguntó el abuelo cuando Grace cerró el móvil.

—Tengo que contarle también a él lo que pasó en realidad aquella noche. Pero no sé cómo va a reaccionar. A ver, nos abandonó, ¿no? De repente, un día se fue. Un padre que quiere a sus hijos no haría eso, ¿verdad?

—Yo bebo. Tu padre se fue. Algunos dirían que no hay mucha diferencia. Grace meneó la cabeza.

—La gente no tira toda su vida por la borda, a menos que crea que no vale la pena. Así que, o mamá, Dylan y yo no valíamos la pena, o tiró por la borda algo realmente bueno.

—Tu padre es obsesivo, nada más. Cuando hace algo, ocupa por completo su pensamiento. Antes de conocer a tu madre, estaba empeñado en llevar un estilo de vida alternativo. Luego se metió totalmente en el papel de hombre de negocios. Ahora está totalmente enfrascado en la tarea de apartarse del mundo.

—Excepto cuando habla con nosotros —se quejó Grace—. Siempre quiere saber si me van bien los estudios. Quiere saber si repaso lo suficiente para los exámenes de selectividad, si sigo mejorando mi marca personal. Pero no puedo ser perfecta constantemente. ¿Y si suspendo los exámenes? ¿Y si me va mal la selectividad, me ficha la policía y luego no puedo ir a una buena universidad?

—Podrás ir a una buena universidad de todas maneras.

—¿Me querrás aunque no vaya?

—Por supuesto que sí.

—Abuelo, nada de «por supuesto». Mira a la tía Jill. Aún estás furioso con ella porque no fue a la universidad.

Ahí le había pillado.

—Eso no significa que no la quiera —replicó Michael tras pensárselo un momento.

—¿Cómo puedes quererla y no probar nunca lo que prepara en su pastelería?

Michael se sonrojó, avergonzado.

—Tu madre se dejó un bollo en casa ayer por la mañana y me lo comí.

Grace tardó un momento en comprender.

—¿Llamaste a Jill y le dijiste que estaba bueno? —Al ver que su abuelo no contestaba, agregó—: ¿Lo ves? Eso es lo que me ocurrirá a mí. Cuando mi padre se entere de la verdad sobre el accidente, no querrá volver a hablar conmigo. Me odiará más aún.

—Ahora no te odia.

—Hablando de negación —exclamó Grace, pero su abuelo volvió a señalarla con el dedo.

—Grace, te equivocas. Es más fácil fingir que te odia que reconocer que tal vez tenía sus razones para irse, y que eran unas razones legítimas.

—Pero se fue —dijo Grace, que necesitaba hacerse comprender—. Si nos dejó cuando todo iba bien, ¿qué va a decir ahora?

Su abuelo sonrió. Hacía tiempo que Grace no veía esa sonrisa amable que solo le mostraba a ella.

—Tendrás que preguntárselo a él, gatita. La mejor medicina para la negación es hablar.

## Capítulo 20

Deborah tenía una excusa perfecta para vigilar la calle. Quería estar con Dylan, que se había sentado a una de las mesas de la pastelería junto a la ventana para esperar a su padre. Greg había prometido que llegaría antes de las cinco, para evitar el tráfico de los viernes por la tarde. Decía que ya no lo soportaba, pero lo cierto era que no le había gustado nunca. Aunque, para ser precisos, se dijo Deborah, jamás había tenido que padecerlo. Siempre salía de casa muy temprano y volvía muy tarde.

Pero eso ya no tenía importancia, se recordó a sí misma. La amargura era contraproducente. La ira ya no tenía razón de ser.

—¿Dónde está? —preguntó Dylan, impaciente. Se había sentado sobre la rodilla de su madre, con los codos apoyados en la mesa y los ojos fijos en la calle.

—De camino —contestó ella, momentáneamente distraída por su hijo.

Dylan siempre había sido muy cariñoso, pero los mimos tenían los días contados. En un par de años, se negaría a que lo vieran cerca de su madre, como todos los chicos. Deborah quiso aprovechar el momento y le rodeó la cintura con el brazo.

—¿Crees que Rebecca vendrá también?

Deborah esperaba que no. Greg y ella tenían que hablar sin que les escuchara nadie más, y mucho menos su nueva esposa.

—¿Te gusta Rebecca? —preguntó a Dylan.

—Es simpática. —Dylan se volvió hacia su madre y la miró con inquietud—. ¿Y si ha tenido un accidente?

—Habría llamado.

—¿Y si no pudiera?

—Nos habría llamado la policía. Parece que tu ojo está mejor. —Últimamente no parpadeaba ni se apretaba tanto el ojo.

—Está bien. Pero ¿y si papá ya no lleva nuestro número encima, solo el de Rebecca?



—Nos habría llamado ella. —Deborah le dio un apretón—. Cariño no le ha pasado nada.

Dylan se volvió de nuevo hacia la calle, justo cuando un monovolumen Volvo de color azul se detenía frente a la pastelería. Bajo la fina capa de polvo del viaje, parecía nuevo. El chico, que miraba aún al otro lado de la calle esperando ver un Volkswagen, tardó un poco en ver a su padre bajar del Volvo. Entonces soltó un grito de sorpresa, abandonó el regazo de Deborah de un salto y salió corriendo por la puerta. Segundos más tarde estaba en la acera abrazado a Greg igual que un mono, como cuando tenía tres años.

—Vaya —comentó Jill, acercándose a Deborah—. Tú haces todo el trabajo, cargas con toda la responsabilidad y las preocupaciones, y a tu ex lo recibe como si fuera el Mesías. ¿Por qué sonríes?

—Me encanta ver feliz a Dylan. Ha sufrido mucho.

—¿Ese coche es nuevo?

—Eso parece.

—A lo mejor es de Rebecca.

—No, ella tiene una camioneta.

—Greg está cambiado.

Deborah estaba de acuerdo. Greg llevaba los vaqueros y las sandalias de siempre, pero era verdad que parecía distinto.

—Es por el pelo —decidió—. Se lo ha cortado. —La última vez que se habían visto lo llevaba hasta los hombros y ahora solo le llegaba hasta el cuello de la camisa.

—Y se lo ha peinado —señaló Jill—. Y ha dejado de teñírselo. Fíjate qué gris lo tiene.

—Nunca se lo ha teñido. Del rubio al gris hay un paso. Es que no lo habías visto desde hacía tiempo.

—¿A quién quiere impresionar? —preguntó Jill.

Deborah resopló.

—No creo que eso le interese ya.

—Entonces, ¿por qué se ha cortado el pelo? ¿Por qué se ha comprado un coche familiar? ¿Y por qué lo defiendes? Sigue siendo el tipo que te abandonó.

—Sigue siendo el padre de mis hijos. —Deborah lanzó a su hermana una mirada de advertencia—. Yo le he pedido que venga, Jill. Quizá se ha arreglado el pelo en un gesto de buena voluntad, como reconociendo que la vida es distinta aquí, no lo sé. Pero Dylan lo necesita, Grace lo necesita, y yo lo necesito.

—¿Qué hay de tu independencia?

—Soy independiente. Pero ahora mismo necesito la ayuda del padre de mis hijos.

—¿Y toda esa ira que llevabas dentro?

Deborah suspiró.

—Oh, Jill, ya estoy cansada —dijo Deborah, y salió a la calle.

Greg hablaba con Dylan, pero cuando miró a Deborah ella no supo qué decir. Desde la marcha de su exmarido, solo había tenido palabras amargas para él. La ira le había dado fuerzas, pero parecía haberse disipado.

—Hola —saludó Greg con una tímida sonrisa.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó ella, devolviéndole la sonrisa.

—No ha estado mal.

—El coche es nuevo, mamá —explicó Dylan animadamente—. Papá lo ha comprado para Vermont. —Miró a su padre—. Me meto en él, ¿vale? —Sin esperar respuesta, corrió hacia el lado del conductor, abrió la puerta y se metió en el coche. Su cabeza apenas llegaba al borde del asiento, pero aferró el volante con fuerza.

—Tiene buen aspecto —comentó Greg—. ¿Qué tal el ojo?

—Dejó de quejarse en cuanto oyó el diagnóstico —respondió Deborah—. Mientras sepa lo que ocurre, podrá sobrellevarlo. Es lo que tratamos de hacer todos por aquí últimamente.

—¿Se sabe algo más sobre la demanda civil?

—Todavía no.

Ese día Deborah no había visto el coche de los inspectores.

—¿Dónde está Grace?

—Está hablando con mi padre.

—¿Sobre lo malo que soy?

—En realidad —explicó Deborah—, no lo había visto desde el accidente. Sospecho que están hablando de eso.

—¡Mamá! —llamó Dylan asomando la cabeza por la ventanilla—. ¡Ven, sube! —Señaló el asiento del copiloto con el dedo.

Para complacer a su hijo, Deborah subió al coche.

—¿No te encanta este olor? —preguntó Dylan, entusiasmado—. Y mira, mira esta madera, ¿verdad que es chula? —Pasó con veneración una mano por el panel—. Hasta el volante es de piel. Y el cambio de marchas es como el de un coche de carreras.

A Deborah no le parecía que un monovolumen Volvo se pareciera en nada a un coche de carreras, pero no quería estropearle la ilusión a Dylan.

—Mira esto —le pidió él, haciendo que su asiento se elevara—. Y esto. —Eché el respaldo del asiento hacia atrás, volvió a subirlo y luego se inclinó hacia delante para examinar el equipo de sonido—. Papá dice que tiene un dispositivo antirrobo propio. Es increíble. ¿Podemos ir a dar una vuelta, papá? —gritó por la ventanilla.

—Luego iremos —dijo Greg, acercándose—. Ahora mismo necesito beber algo. ¿Tiene tu tía algo que esté bueno?

Dylan enumeró las bebidas de la pastelería como solo podía hacer un chico que se pasaba las tardes en ella. Su padre se decantó por un café con leche helado.

—Apuesto a que sabes prepararlo tú solo —dijo.

—Pues claro —replicó Dylan, e inmediatamente se bajó del coche. Greg ocupó su sitio tras el volante y cerró la puerta.

—Puede que tarde un rato —le avisó Deborah.

—De eso se trata. —Greg se volvió hacia ella—. Te veo muy bien.

—Y yo a ti también.

—No era yo quien lloraba anoche al teléfono. ¿Para qué querías que viniera?

Greg no perdía el tiempo. Era el mismo hombre con el que había convivido los últimos años de matrimonio, el hombre de negocios que iba al grano, extremadamente brusco.

—Por el accidente —explicó ella, apartándose el pelo de la cara—. Necesito tu ayuda para decidir lo que hay que hacer.

—¿Qué novedades hay? —preguntó él.

Pero Deborah quería esperar a Grace. Era ella quien debía contárselo todo a su padre. Además, necesitaban hablar con mayor intimidad.

—Este no es el lugar adecuado —replicó Deborah, echando un vistazo a la gente que llenaba las mesas de la terraza.

Greg se dio la vuelta y subió las ventanillas. Puso en marcha el aire acondicionado.

—Ya está. Ya no puede oírnos nadie. —Greg apartó la mirada—. Me has pedido que viniera y aquí estoy, pero no es fácil, Deborah. Sabía que no lo sería. Cuanto más me acercaba, más notaba la atracción de la vida que tuve aquí. —Apoyó la cabeza en el reposacabezas—. No todo fue malo.

—Me dijiste que eras desgraciado —le espetó Deborah, notando que la ira volvía a surgir en su interior—. Me dijiste que te habías vendido, que lo que hacías era inmoral, y que morirías si no cambiabas de vida.

—Creía todas esas cosas.

—¿Y ahora no? —preguntó ella, cada vez más enfadada.

—Todo eso era cierto. —Se volvió hacia ella—. Lo único que digo es que entonces solo veía lo malo.

—¿Por qué te casaste conmigo, Greg? —preguntó Deborah, ansiosa por hacer que continuara hablando.

—Amaba lo que tú representabas —respondió él sin pestañear.

—¿Me amabas a mí?

—Sí, porque eras lo que representabas. Estabilidad. Constancia. Familia.

Deborah volvió a echarse el pelo hacia atrás mientras trataba de comprender.

—Era un estilo de vida.

Greg reflexionó un momento.

—En esencia sí. Quería ser lo que tú eras. El negocio empezaba a prosperar. Tú encajabas en la vida que acompañaba al éxito.

—Me utilizaste —dijo ella, dolida a su pesar.

—No más de lo que tú me utilizaste a mí —replicó él—. Sabías que volverías aquí para trabajar en la consulta de tu padre y que querías que una parte de esa experiencia fuera distinta. Mi pasado te era útil. Incluso mi edad. Sabías que no me dejaría intimidar por tu padre.

Deborah quería decir que él se equivocaba, pero sabía que era cierto. Tal vez no era consciente de ello cuando aceptó casarse con él, pero era cierto. Quedaba la cuestión de por qué había salido mal.

—¿Fuiste desgraciado desde el principio? —preguntó, más tranquila.

Greg frunció el ceño.

—No lo sé. Tal vez después de tres o cuatro años. Seguramente cuando el negocio empezó a ir bien. —Miró a Deborah—. Pero no era por ti, Deborah, sino por mí. Por mi trabajo. Cada vez era más competitivo.

—Yo nunca te empujé a ello.

—Nunca lo hiciste —admitió él—. Era yo el que empujaba. Empecé a esperar cosas de mí que no podía cumplir.

—Sí que las cumpliste —le contradijo Deborah—. Ni en sueños habíamos imaginado que triunfarías hasta ese punto.

Greg meneaba la cabeza.

—Tal vez ganaba más dinero del que habíamos esperado, pero ¿recuerdas aquel sueño que tenía de unir idealismo y capitalismo? —Rio—. Siempre había algo más que hacer, siempre había un nuevo reto. Estaba tan absorbido por el trabajo como esos hombres de negocios a los que despreciaba. Me

volví autoritario y manipulador. Era imposible trabajar conmigo. Era imposible vivir conmigo. —Sonrió—. ¿No es verdad?

—No era imposible vivir contigo, porque nunca estabas en casa —respondió Deborah con ironía.

—*Touché* —dijo él, y su sonrisa se borró—. Me miraba al espejo y no me gustaba lo que veía, pero se había convertido en una adicción. Solo se me ocurrió una forma de romper ese círculo vicioso, y fue marcharme. —Tocó el brazo de Deborah—. No fue por culpa tuya, Deborah. Necesitaba dejar atrás al hombre en el que me había convertido. Tú solo tuviste la mala fortuna de estar casada con él.

Deborah estaba a punto de decir algo sobre el amor, la responsabilidad y el compromiso, pero en ese momento Dylan golpeó la ventanilla con los nudillos. Greg la bajó, cogió la bebida y se la pasó a Deborah.

—Ahora prepara uno para mí —le dijo a Dylan—. ¿Podrás hacerlo? —El chico asintió con vehemencia y salió corriendo.

Deborah no quería un café con leche helado. Ya estaba bastante nerviosa. Lo dejó en el soporte y se volvió hacia Greg.

—Pero me hiciste daño de todas formas, y no sabes cuánto.

—Estoy seguro de que tú me lo dirás.

Deborah tomó aire para hacer eso precisamente, pero se desinfló de repente.

—No —dijo con tristeza—, no voy a hacerlo. Ya no tengo fuerzas para sentir ira. No ayuda en nada a los niños ni a mí tampoco.

—Ahí está Grace —dijo Greg y se bajó del coche al instante.

Grace no se fijó en el Volvo azul hasta que divisó a su padre. Se detuvo en seco para esperarlo. No le devolvió el abrazo, pero se dejó conducir hasta el coche.

Greg abrió la puerta de atrás para que se sentara detrás de Deborah; luego regresó al asiento del conductor. Se dio media vuelta para mirarlas a ambas y preguntó:

—Muy bien, y ahora, ¿qué está pasando?

—¿Quieres hablar aquí, en el coche? —preguntó Grace, horrorizada.

—¿Por qué no? —contestó su padre.

—¿No podemos ir a casa?

—Allí no fui muy buena persona. En este coche me siento más yo.

—Pensaba que era en el Volkswagen.

—El Volkswagen era yo hace treinta años. Ahora me gustan los asientos con calefacción incorporada. Bueno, he respondido sinceramente. Ahora dime qué problema tienes.

—Papá, papá —llamó Dylan desde fuera del coche.

Greg abrió la ventanilla y cogió la bebida.

—¿Y ahora uno para tu hermana?

—¿Otro? —dijo Dylan, con los hombros caídos—. Ella no bebe café con leche.

—Sí que bebo —afirmó Grace en voz alta.

Dylan la miró fijamente, luego se dio la vuelta y volvió al interior de la pastelería caminando pesadamente.

¿Qué problema tenía? Grace no sabía por dónde empezar, pero su padre estaba allí y su abuelo le había dicho que preguntara.

—Quiero saber por qué te fuiste. Quiero saber qué tenemos nosotros de malo y qué tiene Rebecca que la haga tan especial. Quiero saber por qué decías para siempre, si no lo pensabas.

—Grace —empezó a decir su madre, pero Greg levantó una mano para hacerla callar.

—No pasa nada. Acaba de decirme más cosas que en los últimos seis meses.

—¿Y qué esperabas? —exclamó Grace, enfurecida—. ¿Creías que íbamos a cambiar Leyland por la granja sin pestañear? ¿Creías que íbamos a aceptar que Rebecca ocupara el lugar de nuestra madre, como si ella ya no nos importara?

—Grace...

—No pasa nada, Deborah —insistió Greg, y dirigiéndose a Grace—: No pensé en esas cosas. Solo sabía que tenía que marcharme.

—Fue muy egoísta por tu parte.

—Si hubiera pensado en vosotros no habría podido marcharme.

—No digas eso —imploró Grace, tapándose los oídos—. No digas eso. Se supone que un padre debe pensar en sus hijos. Se supone que tiene que estar con ellos. Se supone que debe quererlos.

—Y os quiero —le aseguró Greg.

—Entonces —replicó Grace bajando las manos—, no sé cómo defines tú el amor.

—¿Estas son las ideas que le has metido en la cabeza? —preguntó Greg mirando a Deborah.

—¡No! —gritó Grace antes de que su madre pudiera responder—. ¡Soy yo quien lo dice, tu hija, la que pensaba que vivirías con ella todas las cosas buenas que se suponía que iban a pasar! ¡Y lo esperaba porque tú me lo prometiste y yo me lo creí! —Al darse cuenta de que estaba chillando, Grace bajó la voz—. Pero tú no has cumplido tu promesa, así que no tienes derecho a esperar nada de mí. Si miento, no pasa nada. Si bebo, no pasa nada. Si robo unos zapatos, no pasa nada.

—Tú no harías esas cosas.

—Las he hecho —replicó Grace mirándole con los ojos muy abiertos—. Todas. Yo era quien conducía el coche aquella noche. ¿No lo habías adivinado? —Su padre la miró atónito—. Pero no, no podías adivinarlo porque soy tu hija perfecta. Pues malas noticias, papá, no lo soy. Cometo errores, meto la pata y a veces detesto lo que se supone que estoy haciendo con mi vida. Pero todo el mundo espera que siga haciéndolo, así que lo hago. ¿Y qué hay de mis sentimientos? ¿Llegaré hasta el punto al que llegaste tú y lo tiraré todo por la borda?

Greg la miraba con ojos desorbitados de asombro, pero en la expresión de su madre había algo cercano al respeto y Grace decidió no retirar una sola palabra.

Cuando empezaba a sentir que por fin había hecho lo correcto, un coche gris se detuvo junto al Volvo. Grace había visto suficientes series de televisión para saber que los hombres que la miraban debían de ser policías.

—Oh, Dios mío —exclamó en voz baja—. ¿Mamá?

—Son de la oficina del fiscal del distrito, Greg —explicó Deborah. Su voz era serena, pero Grace sabía que estaba asustada.

Su padre bajó del coche para hablar con los dos hombres. Grace miró a su madre, aterrorizada, pero Deborah le impuso silencio.

—¿Qué quieren? —preguntó Grace, impaciente, en cuanto su padre volvió a meterse en el coche.

—Hablar contigo —respondió Greg, y cerró la puerta con un fuerte golpe.

—No puedo hablar con ellos.

—Dicen que serán solo unas preguntas rutinarias —explicó él con firmeza—. Les he dicho que si quieren hablar con mi hija, que es menor, tendrán que arreglarlo con nuestro abogado. —Greg se volvió hacia Deborah—. Supongo que Hal se ocupa de todo esto, ¿no?

—Sí, se ocupará él —respondió Deborah.

El coche gris se alejó justo cuando Dylan regresaba con la bebida que Grace no quería. Greg la cogió, se la pasó e indicó a Dylan que subiera al

coche. Luego se dirigió a casa.

Deborah trató de comprender hasta qué punto le resultaba difícil a su exmarido volver a aquella casa, pero estaba más preocupada por su hija. En cuanto el coche se detuvo, Grace bajó y se metió en casa.

Dylan cogió a su padre de la mano y tiró de él.

—Tienes que ver mi teclado, papá, y mi iPod.

Deborah los siguió escaleras arriba, pero cuando ellos se metieron en la habitación de Dylan, ella se fue a ver a Grace. Su hija se había instalado en el asiento de la ventana y miraba a la calle.

—¿Crees que vendrán aquí? —preguntó.

—¿Los inspectores? No. Ya has oído lo que les ha dicho tu padre.

—¿Pueden obligarme a hablar?

—No —respondió Deborah tratando de no parecer preocupada—. Solo están husmeando por ahí a ver si dan con algo. Deben de haberse dado cuenta de que no tienen nada. Puede que se olviden de ti y lo dejen correr. —¿Se estaba haciendo ilusiones? Esperaba que no. Le pidió por señas que le dejara sitio y se sentó a su lado—. Me alegro de que se lo hayas contado todo a papá.

—Yo me alegro de que esos hombres aparecieran después de haber hablado. Así tendrá tiempo de calmarse.

—A mí no me ha parecido enfadado.

—Por la sorpresa —replicó Grace con un resoplido—. La ira vendrá después. —Calló para escuchar. Dylan estaba tocando—. ¿Sabe lo que toca?

Deborah sonrió.

—¿«The Times They Are A-Changin'»? Sabe cómo se titula la canción, pero dudo mucho que entienda su verdadero significado.

—Ojalá cambiara —dijo Grace, mirando por la ventana—. Ojalá cambiara todo.

Un tiempo atrás, Deborah habría contestado que todo había cambiado ya, pero ahora le parecía que también en eso se hacía ilusiones.

—¿Qué querrías cambiar? —preguntó.

—Quiero que la viuda olvide la demanda —contestó Grace sin vacilar—. Quiero volver a estar con mis amigos. Quiero... —se interrumpió.

—Por favor —rogó Deborah—. Di lo que piensas.

—Te molestará.

—¿Con todo lo que ha pasado? Imposible.

—Tiene que ver con papá —dijo Grace, vacilando todavía.



—Quieres que vuelva —dijo Deborah—. Oh, cariño, eso no va a ocurrir. Tu padre y yo estamos divorciados. Se ha casado con otra mujer.

—No es eso. —Volvió a desviar la vista hacia la ventana—. Quiero saber lo que piensa papá de mí.

—Te quiere. Ya te lo ha dicho en el coche.

—Pero ¿lo decía en serio? —preguntó Grace con tal añoranza que a su madre se le partió el corazón.

—¿Crees que no te quiere? —preguntó, acariciándole el pelo—. Oh, claro que te quiere, cariño. Siempre te ha querido y siempre te querrá. ¿Y por qué iba a molestarme a mí?

—No es porque me quiera —contestó Grace, incómoda—. Es porque yo deseo que me quiera.

A Deborah se le cortó la respiración.

—¿Pensabas que me molestaría?

—Te dejó para casarse con otra mujer.

—Y era algo que tenía que hacer, quizá algo que también acabe siendo bueno para mí. Pero no tuvo nada que ver con tu hermano ni contigo. Quiero que quieras a tu padre y quiero que sepas que él te quiere a ti. Es tu padre, Gracie. Eso no cambiará nunca.

—Me siento como si te traicionara.

—Oh, cariño. Lo lamento mucho si te he hecho sentir así.

Su exmarido tenía razón. Deborah estaba tan dolida, tan furiosa, que había querido que sus hijos sintieran lo mismo. Era patético.

—Quiero que quieras a tu padre —dijo, aferrando el rostro de su hija entre las manos.

—Ahora mismo —dijo Grace con voz entrecortada—, creo que esa no es la cuestión. Ahora que él sabe lo que hice, ¿seguirá queriéndome?

Un rato después, Deborah estaba de pie en la cocina observando a Greg y a Dylan, que jugaban a tirar a canasta. Dylan apenas conseguía encestar, más por falta de experiencia que por su vista defectuosa. No había equipos para niños de su edad en la ciudad, y aunque Greg le había enseñado los fundamentos del baloncesto en Vermont, afirmaba que no podía practicar solo. Con su padre en casa, volvía a intentarlo. Greg le enseñaba cómo darse impulso para tirar.

El baloncesto le iría mejor que el béisbol, pensó Deborah. La pelota era más grande y la canasta estaba bien delimitada. Tal vez Dylan podría jugar. Si

quería, claro. Tendría que preguntárselo y luego escuchar su respuesta. No podía cometer el mismo error dos veces.

Preparó café —fuerte, tal como le gustaba a Greg—, se sirvió un tazón y bebió un sorbo. Por encima del borde del tazón vio cómo Greg lanzaba el balón a Dylan una y otra vez para que tirara a canasta. Luego cogía los rebotes y le devolvía el balón a su hijo. También recuperaba el balón cuando se desviaba de la canasta y lo palmeaba cuando estaba a punto de entrar. Lo hacía bien. Era paciente. Animaba a su hijo.

Tres años atrás no habría actuado igual, pensó Deborah. Qué triste que un padre tuviera que irse para ser mejor padre. En cualquier caso, bienvenida la distancia si traía consigo paciencia y comprensión. Tanto ella como Grace necesitaban ambas cosas.

Greg olisqueó el aire con deleite al acercarse desde el garaje.

—Mmm, café. Dylan, ahora juega tú solo. Tengo que hablar a solas con tu madre.

—Has dicho que mirarías mi vídeo.

—Luego.

—Ibas a enseñarme una foto de los cachorros.

Greg metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña foto.

—Ooooooh —exclamó Dylan, moviendo la fotografía para verla mejor—. Son tan pequeños y tan peludos... Mamá, mira —exclamó.

—Muy monos —afirmó su madre, mirando la foto por encima de su hombro.

—Quiero uno, mamá.

—No son míos, no puedo dártelos.

—¿Puedo quedarme con uno, papá?

—Son demasiado pequeños para separarlos de su madre.

—Pero ¿puedo quedarme con uno cuando crezcan? Sé cómo cuidarlos.

—Me ha parecido que también sabrías jugar a baloncesto —comentó Deborah.

—Mejor que al béisbol. Es más fácil. Puedo compensar.

—Menuda palabra —señaló su padre.

—Sé lo que significa —le aseguró Dylan—. Significa que puedo centrarme en formas más grandes hasta que me acerco lo suficiente para ver las pequeñas. Es como estar en medio de la niebla. No ves nada hasta que te acercas. —Miró a sus padres—. Lo entenderíais si tuvierais los ojos como yo. —Y tras decir esto, se fue.

Compungida, Deborah se quedó mirando el café de Greg; durante un rato los dos permanecieron sentados en silencio con los tazones de café entre las manos.

«En medio de la niebla. No ves nada hasta que te acercas». Así se encontraba Deborah.

—Llovía a mares aquella noche —empezó diciendo—. No tuve valor para sacar a Dylan de casa, así que lo dejé aquí y me fui a buscar a Grace...

## Capítulo 21

Deborah se lo contó absolutamente todo, incluido el hurto en la zapatería, la gota que había colmado el vaso. No permitió que Greg la interrumpiera; necesitaba sacarlo todo de una vez.

—Pensaba que hacía lo correcto —resumió con expresión derrotada—. Pensaba que así protegía a Grace. No imaginaba el coste que iba a tener esa mentira. A Grace le corroe el sentimiento de culpa y yo no he sabido ayudarla. Nuestra relación estuvo a punto de irse completamente a pique.

Greg la miró fijamente, en silencio. Deborah no apartó la vista, no se movió, no toqueteó nada, ni le ofreció más café. Finalmente, Greg suspiró y se echó hacia atrás en la silla.

—Buena la has hecho —confirmó en voz baja—. ¿Por qué no me lo has contado antes? Quizá las cosas no habrían llegado tan lejos.

—Quería resolverlo yo sola.

—¿No lo haces siempre?

—No, Greg —replicó ella—. No siempre. Cuando nos casamos, lo hacía por conveniencia, pero cuando te fuiste, todo cambió. Solo sentía despecho. Tenía la impresión de que había fracasado. Necesitaba demostrarte a ti, a mí misma, a los niños y a todo Leyland que podía arreglármelas sola.

—Te has dejado a tu padre. ¿No necesitabas demostrárselo a él también?

—Desde luego. Siempre ha esperado tanto de mí... Pero las expectativas pueden ser peligrosas. Grace siente la misma presión que sentía yo, y lo odia. ¿Cómo he podido olvidar lo que se siente?

—Queremos que a nuestros hijos todo les vaya bien —reconoció Greg—. Las expectativas son una potente herramienta de motivación.

Sí, Deborah ya había pensado en eso, pero no estaba de acuerdo.

—Hay una diferencia entre expectativas y esperanzas. Esperas que tus hijos logren ciertas cosas, aunque sabes que lo que deseas tal vez no llegue a ocurrir. Las expectativas conllevan una exigencia. O tus hijos las cumplen o de lo contrario...

—O de lo contrario ¿qué? —preguntó Greg.

—O de lo contrario pierden tu amor. Y por eso Grace está tan alterada. Necesita saber que seguimos queriéndola. El divorcio fue un duro golpe para ella. Se sintió rechazada. —Al ver que su exmarido parecía dispuesto a discutir, Deborah se lo impidió levantando una mano—. Lo sé. No te ha dado la oportunidad de explicarte, pero intenta comprenderla. Construye muros a su alrededor para protegerse de nuevos sufrimientos. Ha hecho lo mismo ahora con sus amigos.

—Háblame más de lo que bebió —pidió Greg, con un suspiro—. ¿Fueron dos cervezas?

—Eso dice ella.

—¿Había bebido antes cuando estaba con los amigos?

—En fiestas. Pero nunca se ha emborrachado.

—¿Estás segura?

—No —admitió Deborah—. Cuando se queda a dormir en casa de alguna amiga no la veo hasta la mañana siguiente. Vuelve a casa cansada, pero eso es todo.

—¿Se lo preguntas?

—¿Si se ha emborrachado? No. Sería como decirle que sospecho de ella.

—Quizá deberías sospechar.

Deborah negó con la cabeza.

—Ya sé adónde quieres llegar, Greg. Crees que tenemos que castigarla por haber bebido, pero ya ha sufrido demasiado.

—Ella quiere que la castiguen. ¿No es por eso por lo que robó en la zapatería?

—Quiere admitir su culpabilidad.

—¿Públicamente?

—No lo sé —dijo Deborah, recostándose en el respaldo—. Ahí está el problema. Necesito que me ayudes. ¿Qué hacemos?

Grace estaba sentada en el suelo con la espalda apoyada en la cama, abrazándose las rodillas, cuando llamaron suavemente a la puerta. No dijo nada. La puerta se abrió y su padre entró.

No podía decirle que se fuera, no quería decírselo. Ahora le tocaba hablar a él.

Apoyó la frente en las rodillas y esperó a que su padre se acercara. Le sorprendió que se sentara en la alfombra a su lado.

—La cagué —dijo él.

—Eso tenía que decirlo yo —musitó Grace.

—Yo la cagué antes que tú. Debería haber hablado contigo sobre el divorcio cuando empezó todo. Dylan y tú no tuvisteis nada que ver en mi decisión de marcharme.

—Solo mamá —dijo Grace con amargura.

—Solo yo —la corrigió él—, y sí, fui un egoísta. Lo he sido toda mi vida. No es bueno serlo.

—Conseguiste lo que querías —dijo Grace, encogiéndose de hombros.

—A costa de otras personas. Eso no está bien.

Grace levantó la cabeza para mirar a su padre.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—No me di cuenta del daño que hacía.

—¿Y ahora sí? —preguntó ella, no muy convencida.

—Mi psicólogo me lo ha dicho con toda claridad.

—¿Vas al psicólogo? —preguntó Grace, sorprendida.

—Me obligó Rebecca. Me dijo que mi segundo matrimonio también fracasaría si no resolvía ciertos problemas. Necesito entender por qué no puedo pensar en los demás, por qué no puedo hacer lo que otra persona quiere a menos que lo haya decidido yo primero. —Cogió la mano de su hija—. El problema es que, incluso cuando sabes lo que haces mal, tardas un tiempo en arreglarlo. Aunque sé que debería haber hablado contigo, no lo hice. Puedo tratar de disculparme pensando que no tenías edad suficiente. Pero si puedes salir con amigos y beber, sí la tienes.

Grace retiró la mano.

—Oye —dijo él con una sonrisa—, era broma.

—Tú no haces bromas —dijo Grace metiendo la mano entre las rodillas.

—Lo que explica por qué se me dan tan mal —dijo él. Permaneció un rato callado antes de añadir—: No estaba seguro de que aceptaras lo que yo tenía que decir. —Hizo una pausa—. ¿Lo habrías aceptado?

—No lo sé. Pero tú eres el padre. Deberías haber seguido intentándolo.

—Bueno, lo estoy intentando ahora. Te quiero, Grace.

—Pero ¿no detestas lo que he hecho? —exclamó ella.

—Sí, pero solo lo de la bebida. Y puede que también lo de robar en la tienda.

—¿Y qué hay de la mala carrera que hice, y del examen de francés que suspendí y de la redacción de inglés que el señor Jones me hizo reescribir?

—¿Qué redacción de inglés? —preguntó él con severidad, y luego sonrió de repente y arqueó una ceja—. ¿Mejor?

—No hace gracia —exclamó Grace, aunque era agradable que su padre intentara ser gracioso.

—No te detesto porque hayas hecho esas cosas, Grace —le aseguró él—. Me siento mal porque no tenían por qué ocurrir, pero tu madre y yo tenemos tanta culpa como tú. En cuanto al accidente, tu madre dice que conducías perfectamente.

—Me había tomado dos cervezas.

—E hiciste mal en ponerte al volante, pero esa es otra cuestión. Ahora mismo hay que decidir qué vamos a hacer.

—¿Cuáles son las alternativas? —preguntó Grace con nerviosismo.

—Estoy intentando averiguarlo.

Realmente parecía sincero, pero Grace seguía esperando que estallara la tormenta.

—No pareces enfadado.

Él la miró sorprendido.

—Pensaba que eso ya lo habíamos aclarado.

Ella meneó la cabeza y miró a su padre, esperando. A modo de respuesta, Greg la atrajo hacia sí. Grace no era una experta, pero su instinto le dijo que aquel abrazo era real, sobre todo cuando se echó a llorar y él siguió abrazándola... durante una hora.

Bueno, quizá fue durante un cuarto de hora, pero su padre de antes no habría durado más de cinco minutos.

Deborah también se sentía mejor. Desde luego compartir la responsabilidad tenía sus ventajas. Cuando Greg propuso llevarse a los niños a Vermont el sábado por la mañana, Deborah no puso ningún reparo.

Se fueron a las ocho. A las nueve, Deborah ya estaba visitando pacientes. A mediodía, se ocupó del papeleo. A la una, se dirigió a casa de su padre. Lo encontró en la parte de atrás, pasando el rastrillo por los arriates alrededor de las hortensias de Ruth.

Michael señaló los tallos secos en los que empezaba a asomar el verde.

—Resulta difícil creer que lleguen a florecer —dijo, a modo de saludo. Llevaba unos viejos pantalones de color caqui y una camisa de franela aún más vieja con las mangas subidas—. ¿Algo interesante por la consulta esta mañana?

—Dos casos de anginas, una bronquitis, dos revisiones anuales y más alergias de las que puedan interesarte. ¿Qué tal estás tú?

—¿Qué aspecto tengo?

—Más alegre —decidió Deborah. Su padre tenía la mirada clara, el cutis saludable. Parecía diez años más joven.

—¿Cómo está Grace? —preguntó Michael, volviendo a pasar el rastrillo.

—Menos alterada —respondió Deborah—. Gracias, papá. No sé qué le dijiste ayer, pero la ha ayudado mucho.

—Le preocupaba tener que enfrentarse con Greg —dijo él, empujando un puñado de hojas secas hasta el borde del arriate.

—Eso no era todo —dijo Deborah, preguntándose cuánto sabría su padre exactamente. No había querido interrogar a Grace el día anterior; había estado más preocupada por el resultado que por la forma de llegar a él. Pero ahora era la manera lo que importaba.

Su padre le lanzó una mirada, pero siguió trabajando.

—No. No era todo. Grace ha llevado una carga muy pesada sobre los hombros. Entonces, ¿se lo ha contado todo a Greg?

—Sin rodeos —dijo Deborah—. Y lo que ella no le ha dicho, se lo he contado yo. Ya era hora.

—Deberías habérselo contado hace mucho —corrigió Michael con su tono característico de doctor Barr, pero al darse cuenta lo suavizó—. Es duro para una chica de su edad, mitad niña mitad mujer.

—Es duro para mí. Cometí un error.

—Oh, Deborah —la regañó su padre—, todos cometemos errores. —Hizo una pausa—. ¿Quieres que hable con John?

Deborah sonrió apesadumbrada y negó con la cabeza.

—La viuda ha acusado a la policía de darnos un trato especial. Será mejor que hablemos con John nosotras. Aún no estoy segura de cómo acabará todo esto, pero al menos Grace empieza a salir del agujero.

Michael se inclinó para recoger las hojas. Cerca había una bolsa de basura y Deborah la abrió para ayudarle.

—Por si te sirve de algo —dijo él, apretando las hojas para que cupieran en la bolsa—, seguramente yo habría hecho lo mismo que tú. No sé si habría dejado que lo de la cerveza quedara sin castigo, pero tampoco soy la persona más adecuada para juzgarlo. Grace me hizo algunas preguntas sobre la bebida, mucho mejores que las tuyas, por cierto. ¿Por qué has tardado tanto tiempo en hablarme de eso? —preguntó, pero en un tono brusco, con el que cubría las apariencias. No esperaba ninguna respuesta. Cuando volvió a empuñar el rastrillo y se dirigió al arriate, Deborah sintió una extraña paz.



—Ahhh —dijo, cerrando los ojos y aspirando el aire—. El olor de mi infancia.

—A tu madre le encantaba la primavera. Le encantaban estas hortensias.

—Adinaldo puede hacer esto, ¿sabes?

Pero su padre no se detuvo.

—Lo hago por Ruth —dijo—. Y por mí.

—¿Quieres tomarte un descanso para comer?

—No. Me siento bien. ¿No tienes que volver a casa?

—La verdad es que Greg se ha llevado a los niños a Vermont.

—¿Y Grace ha querido ir?

—Ajá —respondió ella sonriendo—. Pero tengo hambre. Me voy a comer algo con Jill.

—¿Un bollo para comer?

—Mejor un cruasán de pavo asado con lechuga, tomate, mayonesa y una rodaja gruesa de cheddar.

—¿Dónde?

—En la pastelería de Jill.

—¿Y desde cuándo sirve comidas?

—Desde que empezaron a servir las en el Dunkin' Donuts. —Deborah consultó su reloj—. También quiero ensalada de repollo, así que me voy. Siempre se les acaba enseguida.

—La receta de tu madre era la mejor —dijo Michael con desdén.

—Por eso se les acaba —dijo Deborah y se fue.

Minutos después estaba en la cola de la pastelería. Cuando llegó al mostrador, pidió sándwiches para Jill y para ella y se sentó en la única mesa que quedaba libre.

Su hermana se acercó con los sándwiches y se sentó con ella.

—Estaba muerta de curiosidad —dijo, un poco enfadada—. ¿No podías llamarme para decirme cómo había ido?

Deborah cogió la mitad de su sándwich del plato.

—No podía hasta que termináramos de hablar, pero entonces era demasiado tarde, y esta mañana tenía pacientes que visitar.

—¿Aún está aquí Greg?

—No. Se ha ido con los niños a su granja.

—¿Grace también?

Deborah asintió con la boca llena.

Jill se echó hacia atrás en la silla sin tocar su sándwich.

—¿Y dónde durmió anoche?

—En casa. En nuestra cama.

—¿Contigo? —preguntó Jill con recelo.

—Eres tan mala como él haciendo preguntas —dijo Deborah, pero no estaba enfadada. No había nada que ocultar, nada de lo que sentirse culpable—. No es asunto tuyo, pero él durmió en nuestra cama y yo en la mía. No dormimos juntos. Está casado con otra mujer.

—¿Y qué te pareció? —preguntó Jill con incorregible curiosidad.

—Bien.

—¿No te sentiste tentada de ir a reunirse con él de puntillas en mitad de la noche?

—En absoluto. —Deborah dio otro mordisco a su sándwich.

Jill levantó el tenedor para comer la ensalada de repollo.

—¿No fue un poco incómodo?

—Un poco, sí —admitió Deborah cuando dejó de masticar—, pero solo hasta que le dije que me había trasladado al cuarto contiguo al de los niños. En fin, no sé qué pensaba él, pero sabía que quizá se quedaría a dormir. Se había traído una muda...

Dejó de hablar porque Jill ya no la escuchaba. Miraba por la ventana. Deborah se dio la vuelta y vio a Michael con los mismos pantalones de color caqui y la misma camisa a cuadros de antes. Sin la menor vacilación, como si lo hiciera todos los días, Michael entró, miró a su alrededor y se dirigió a su mesa.

—Hablando de cosas incómodas —dijo Jill.

Deborah miraba a su padre, muda de asombro.

—Hola, doctor Barr —saludó un adolescente que comía con su padre.

Michael dio una palmadita en el hombro del chico al pasar.

—Hola, Jason —dijo, pero no se detuvo.

Llegó a la mesa de sus hijas y miró los sándwiches que comían. Señaló el de Jill.

—¿Qué lleva?

Jill se aclaró la garganta como única concesión a la emoción que la embargaba.

—Pechuga de pollo ecológico, lechuga y tomate ecológicos, y mostaza de Dijon con pan de cereales casero. Tostado.

—Comeré uno igual —anunció Michael—. Con ensalada de repollo. —Hizo una pausa, vacilante—. ¿Dónde lo pido?

Por un momento, Deborah temió que Jill se limitara a señalarle la cola, pero su hermana se sobrepuso, levantó una mano en dirección al mostrador y llamó:

—¡Pete! —Segundos después, se acercaba el empleado encargado de los sándwiches—. Mi padre tomará el especial. ¿Podrías traérselo cuando esté listo?

—Claro, Jill. Espere, le traeré una silla, doctor Barr.

—Puede quedarse con la mía —le ofreció Deborah, tendiendo su plato a Pete—. ¿Podrías envolvermelo para llevar?

—No te vayas —se apresuró a pedirle Jill. Parecía alarmada.

No era la única. Deborah percibió la tensión en el brazo de su padre cuando lo acompañó hasta su asiento. Pero estaba convencida de que necesitaban estar solos.

Además, no habría podido dar un solo bocado más. Tenía un nudo demasiado grande en la garganta.

¿Qué podía hacer? Por primera vez en años, Deborah no tenía que ocuparse de hijos, ni de pacientes, ni de nada más. Sintióse extrañamente desplazada, subió al coche y salió de la ciudad. No quería volver a casa. Estaba vacía. Podría haber ido hasta la tienda favorita de Grace, que estaba en la población vecina, y haberle comprado algo especial para el verano. Podría haber ido a la tienda de música donde Dylan le tenía echado el ojo a un altavoz para su teclado. Podría haber ido al centro comercial a dar un paseo.

Pero no le atraía nada de eso.

Pensando en Dylan, atravesó sin rumbo fijo diversas zonas residenciales, dejando atrás una población tras otra. Finalmente, dejó atrás el bosque y se encontró en medio del tráfico de la autopista, donde sin saber por qué, tomó la dirección de Boston. Pero salió de la autopista justo antes de llegar, cruzó el río y entró en Cambridge.

Le habría gustado engañarse fingiendo que iba de compras a los lugares que solía frecuentar cuando era estudiante, pero ya no existían. Le habría gustado fingir que simplemente quería pasear a la orilla del río en un agradable día de mayo, pero el día no era agradable. Estaba nublado y amenazaba lluvia, lo que debería haber sido motivo suficiente para dar media vuelta y volver a casa.

Atravesó Harvard Square, enfiló Brattle Street y giró al llegar a una calle estrecha flanqueada de árboles y coches aparcados. Uno de ellos salía

precisamente cuando se acercaba ella.

Aparcó. Luego se quedó sentada pensando en todas las razones por las que aquello no era una buena idea, como la demanda civil que pendía sobre ella, o que quizá Tom tuviera visita. O quizá no estuviera en casa, en cuyo caso Deborah volvería a la suya sin que nadie se enterara de su pequeña excursión.

Finalmente decidió que lo mejor sería volver. Fue a poner el coche en marcha, pero el recuerdo del jueves anterior y de cómo él le había cogido de la mano la detuvo. Se había sentido protegida.

Su padre le habría dicho que se fuera. Hal también. Grace estaría horrorizada, pero Jill habría sonreído picaramente y la habría animado a continuar, y quizá Jill tenía razón. Deborah había actuado según las normas durante toda su vida, ¿y adónde la habían llevado? A estar sola en un coche en una calle de Cambridge sin atreverse a bajar.

En un impulso desafiante, bajó del coche, cruzó la acera y subió los tres peldaños que llevaban a la puerta con el número 42. La casa de Tom era de ladrillo, y se alzaba sola, alta, pero estrecha, como la mayor parte de las que ocupaban la calle. La puerta era negra, con una reluciente aldaba de bronce y un timbre.

Llamó al timbre, momento en el que se esfumó su arranque desafiante, pero ya era demasiado tarde para irse.

—¿Sí? —oyó que decían desde lo alto.

Tuvo que bajar un peldaño para mirar hacia el tejado, donde vio a Tom. Él se quedó mirándola un momento y luego desapareció. Deborah se arrepintió de haber ido; imaginó que estaría con una mujer, o con la viuda, o incluso con el fiscal del distrito.

Debería haber llamado por teléfono, pensó, pero en realidad ni siquiera sabía que iba a ir hasta allí.

Tom abrió la puerta. Llevaba unos vaqueros viejos y una camiseta. Estaba despeinado, sin afeitarse, y parecía tan sorprendido como ella.

La pelota estaba en el tejado de Deborah. Tratando de imitar a Jill, sonrió con fingida despreocupación.

—Pasaba por aquí, he visto tu puerta y me he parado a saludar —dijo.

Tom hizo un gesto irónico con la boca.

—¿Es mal momento? —preguntó Deborah, poniéndose seria.

—No —respondió él, sin apartar los ojos de ella—. ¿Quieres pasar?

Deborah asintió y entró en el pequeño vestíbulo. A la derecha había una sala de estar, a la izquierda un pasillo que conducía a la parte de atrás, delante

una escalera de caracol que tenía dos recodos.

—No lo veo desordenado —comentó. Tom le había dicho que era un vago; sin embargo, una bicicleta de diez marchas colgaba pulcramente de unos ganchos en el pasillo.

—Desde aquí no se ve la cocina —comentó él, soltando un bufido burlón.

—Pero la sala de estar tiene buen aspecto.

—No la uso mucho. Por eso está ordenada.

—¿Estabas en el tejado?

—Eso sí que lo uso mucho.

—¿Qué hay arriba?

Tom señaló con la barbilla y subió por la escalera. Desde el descansillo del segundo piso, Deborah vio tres puertas. Una de ellas estaba abierta; daba al dormitorio, que estaba lleno de ropa tirada y con la cama revuelta. Subiendo por otra escalera llegaron al tercer piso, que tenía el techo más alto y carecía de tabiques, pero había columnas que servían de apoyo a la estructura. Las paredes eran blancas y las dos claraboyas les daban un aspecto aún más luminoso. Deborah vio una mesa con un ordenador, otra mesa sin ordenador, y otra en el centro de la estancia. Había papeles desperdigados por todas las superficies a la vista.

La escalera que llevaba al tejado era en espiral, de madera. Deborah subió la primera, atraída por la puerta abierta al final. Arriba había un terrado con una mesa, sillas, tumbonas y una barbacoa. Había macetas con arbustos en todo el perímetro y los árboles de la calle eran lo bastante altos para proporcionar sombra. Una parte estaba rodeada por una valla de madera de cedro que se había vuelto gris con el tiempo; aportaba cierta intimidación, supuso Deborah. En el resto solo había un muro de ladrillo que llegaba hasta la cintura y permitía ver las copas de los árboles.

La barbacoa estaba abierta; en la bandeja había utensilios de cocina, vasos y platos. La mesa también estaba cubierta de papeles. Deborah se preguntó si Tom había estado trabajando antes de llegar ella. Se volvió para preguntárselo, pero no le salieron las palabras. Había tanto deseo en su mirada que Deborah se quedó muda.

Tal vez había ido hasta allí para eso. Desde su encuentro en el parque se había negado a pensar en lo que sentía por Tom, pero sabía que le atraía.

Sus ojos debieron de delatar sus pensamientos, porque Tom dijo:

—No ha sido muy sensato venir, ¿verdad?

Deborah negó con la cabeza.

—Pero empiezo a preguntarme por qué. Podemos ser todo lo responsables que queramos, pero todo se va al diablo cuando ocurre algo que no habíamos planeado, que no queríamos, que no controlamos.

—Como le pasó a mi hermano.

—Y a mi hija, a mi padre y a mi exmarido.

—¿Y a tu hijo no?

—A él también, pero lo que le ha ocurrido a él depende menos de un acto de voluntad que de un estado fisiológico determinado.

Tom miró los papeles que había sobre la mesa y luego a Deborah.

—¿Crees que la dolencia de mi hermano era fisiológica? ¿Que nació con un desequilibrio químico?

Deborah no tenía modo de saberlo con seguridad, pero Tom necesitaba una explicación para el comportamiento de Cal y el desequilibrio químico podía ser una razón válida.

—Es posible.

Tom reflexionó, luego se acercó a la mesa y cogió un pequeño sobre. Regresó junto a ella y se lo tendió. Dentro había tres instantáneas de Tom y su hermano cuando eran pequeños, a diferentes edades. Eran unos chicos guapos; estaban solos en las dos primeras fotos y con sus padres en la tercera. La característica más obvia de todas ellas, pensó Deborah, era que Cal miraba hacia otra parte, o se apoyaba hacia otro lado, o se daba la vuelta.

—¿Qué edad tenía él aquí? —preguntó, señalando una foto.

—Tres —dijo Tom, probablemente compartiendo su pensamiento—. Lo recuerdo siempre así. Era como si hubiera nacido sin la capacidad de relacionarse con otras personas. A menudo me he preguntado si tenía alguna forma de autismo, pero siempre encuentro elementos que no encajan en ese perfil. Era un estudiante brillante y un gran maestro. Pero en casa, en su vida personal, le faltaba algo. Selena jura que no estaba deprimido, pero ¿cómo podía saberlo, si él se lo guardaba todo dentro?

—¿No ha aparecido ninguna nota?

—No. Pagaba las facturas puntualmente, incluso había dos pagadas con antelación. ¿Tal vez un indicio de que pensaba marcharse? —Se respondió a sí mismo encogiéndose de hombros—. Aún recibo cosas de sus apartados de correos. Seguramente seguirán llegando durante un tiempo. —Miró a Deborah—. He hablado con el fiscal del distrito.

—¿Ah, sí?

—Le he dicho que no estaba de acuerdo con Selena. No dejaré de investigar, pero quería que al menos oyera otro punto de vista.

Deborah se sentía agradecida, sobre todo porque Tom hubiera hablado con el fiscal antes de su visita. Eso le daba más valor. En aquel momento, podía decir que eran amigos.

Sintió el deseo irrefrenable de contárselo todo sobre Grace y el accidente, sobre Greg y sobre lo que ella creía que debía hacerse. Quería oír lo que Tom pudiera decirle, quizá incluso sus consejos.

Pero habría sido tan poco sensato como irse a la cama con él. Aún quedaban demasiadas cosas pendientes, en las que, además, eran adversarios.

—¿Tienes hambre? —preguntó Tom como si le hubiera leído el pensamiento, incluida la parte en la que se lamentaba—. Es tarde, pero yo no he comido. ¿Quieres que vayamos a Harvard Square?

Deborah no comía carne roja a menudo, pero la hamburguesa que pidió en Mr. Bartley's era lo mejor que había comido en varios días.

—Esto tiene que ser pecado —dijo, recogiendo una gota de *ketchup* con el último trozo de pan.

—Y solo es una de las cosas buenas de vivir aquí.

—¿Hace mucho que te instalaste?

—Diez años —respondió él, y se recostó en el asiento—. Selena afirma que Cal se mudó a Leyland para estar más cerca de mí. Habría sido agradable que me lo dijera.

—Quizá solo quería saber que estabas cerca.

—Quizá. En cualquier caso, viví de alquiler los primeros años, pero esto me gustó tanto que decidí comprar una casa. Si estudiaste aquí, ya sabrás a qué me refiero.

—Pero mis amigos ya no están —dijo Deborah. Sonrió—. Los tuyos han ocupado su lugar. —Tom había saludado a media docena de personas desde que habían entrado en Harvard Square.

—Voy al Starbucks todas las mañanas a tomar café —dijo él, encogiéndose de hombros—. Echo un vistazo en el quiosco varios días a la semana. Como en restaurantes de por aquí. Aunque los estudiantes cambien, algunas caras se vuelven familiares. Acabas conociendo a gente. Y luego está el grupo con el que monto en bicicleta. Hay muchos ciclistas en Cambridge. Nos reunimos casi todos los fines de semana.

—Tienes una vida muy plena.

—Dentro de lo que cabe —replicó él con una sonrisa triste.

—¿Qué quieres decir?

—No tengo familia.

Deborah sabía que no se refería a sus padres ni a su hermano. Recordó que le había sorprendido que no tuviera esposa e hijos. Entonces no podía preguntárselo, pero ahora eran amigos.

—¿No te has casado ni has tenido hijos a causa de tu experiencia en la niñez?

—No. Simplemente no ha ocurrido —contestó él, pero de pronto pareció preocupado—. Seguramente tienes razón. Algo de eso hay. Inseguridad. Miedo a estropearlo.

—Tú no eres como tus padres.

—¿Puedo estar seguro de eso?

Deborah no contestó y Tom le hizo una seña para que se levantara.

—Paseemos.

Fueron hasta el río. El cielo estaba cada vez más amenazador. Se oían truenos lejanos. De haber estado sola, Deborah habría buscado un lugar en el que resguardarse, pero Tom era una compañía tranquilizadora. Caminaron despacio, deteniéndose de vez en cuando para observar a un pájalo que pasaba rozando el agua.

Finalmente, Deborah se detuvo y miró a Tom.

—No conocí a tus padres, Tom. Y no conocí a tu hermano. Pero tú sabes comunicarte. ¿No te hace eso diferente de ellos?

—Tal vez. Pero correría un gran riesgo.

—No tan grande, si es lo que quieres de verdad. —Notó una gota de lluvia—. Yo no sé qué haría sin mis hijos. Y no me refiero solo a cómo pasar el tiempo. Me llenan. Aunque, por supuesto, no todo el mundo necesita ese tipo de satisfacción. —Le cayó otra gota—. A lo mejor tú no la necesitas.

—¿Quién sabe? ¿Pienso en eso ahora solo porque Cal ha muerto?

—¿Lo habías pensado antes?

—No de la misma manera. —Tom alargó una mano—. Llueve.

Se habían alejado bastante y Deborah estaba intranquila.

—Será mejor que volvamos.

—¿Justo cuando la conversación se estaba poniendo interesante? —preguntó él con una sonrisa indulgente.

Decididamente estaban avanzando, pero de repente Deborah se enfadó.

—Detesto la lluvia. ¿Por qué lo estropea todo?

—¿Qué estropea? —preguntó él, caminando a su lado.

—Los coches limpios... los zapatos nuevos... el pelo.

—Esta lluvia es muy fina.



—Pero moja de todos modos.

—¿Eso es malo? —preguntó él y su sonrisa se volvió curiosa.

—Los recuerdos lo son.

—Entonces necesitas otros nuevos —dijo él, y cogiéndola de la mano, le impidió continuar.

—Creo que... deberíamos... seguir —se quejó Deborah.

Él meneó la cabeza con una expresión ufana.

La lluvia arreció.

—Tom —protestó ella y tiró de su mano. Empezaba a mojarse.

—Solo es lluvia.

—Pero a mí no me gusta la lluvia —dijo ella, riendo, y se soltó.

Tom la atrapó rodeándola con los brazos desde atrás.

—No, no, no te irás.

—Me estoy mojando —le advirtió ella. Notaba el pelo más pesado y el jersey lleno de goterones.

—¿Y qué tal te sientes?

—Mojada —repitió ella y trató de desasirse, pero no consiguió apartar los brazos de Tom.

—Piénsalo —la animó él con voz paciente—. ¿Tienes frío?

—No —respondió Deborah, que ahora también tenía la cara mojada—. Frío no. Solo estoy mojada.

—¿Te hace daño la lluvia cuando cae sobre ti?

No más que la de la ducha, se dijo Deborah. En realidad, menos aún. Tom tenía razón, era una lluvia fina.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó él.

«En mi madre», sintió deseos de responder ella. O «En tu hermano». Cualquiera cosa era más segura que pensar en Tom y en lo bien que la abrazaba.

—Mi pelo —gimió—. Ya cuesta bastante peinarlo cuando está seco, pero mojado no hay quien lo dome.

—Vuelve la cara hacia arriba —le pidió él en voz baja.

Deborah obedeció; cerró los ojos cuando notó la lluvia sobre los párpados.

—Ahora respira, despacio y profundamente. Siéntela, Deborah.

Una vez más, Deborah hizo lo que le pedía. Respiró despacio y profundamente; estaba completamente empapada, pero ya le daba igual. Incluso cuando Tom aflojó los brazos, se quedó con la cara vuelta hacia el cielo.

Finalmente se enderezó, y solo entonces se dio cuenta de que Tom se había separado de ella. Rápidamente miró a su alrededor. Estaba a su lado, igual de empapado que ella. Los oscuros cabellos le caían sobre la frente y la camiseta se le pegaba a la piel. A pesar de todo, conservaba cierto aire de autoridad.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Tom.

Mojada podía ser una respuesta, pero era el orgullo el que hablaba. Libre era otra. Sin embargo, Deborah se decantó por una tercera, porque era la más sorprendente.

—Limpia.

También era la respuesta más absurda, pero eso no le impidió volver a pensar en ella mientras conducía de vuelta a casa poco rato después, bajo esa misma lluvia fina. No sabía cómo podía sentirse limpia ahora que tenía otro secreto que guardar. Grace alucinaría si volvía a ver a Tom, eso sin tener en cuenta la amistad de Deborah con él, ni el hecho de que su cuñada iba a demandarla.

¿Mal momento? Horrible.

Aun así, se sentía limpia, lo que significaba algo importante. La lluvia no estropeaba las cosas. Las estropeaba la gente.

## Capítulo 22

Greg volvió a Leyland con los niños el domingo por la tarde. Deborah se lo agradeció infinitamente. La presencia de Greg facilitaría mucho las cosas, teniendo en cuenta lo que debían hacer.

Primero hablaron con Hal. Greg se encargó de arreglar la entrevista y Deborah también se lo agradeció. Confesar una mentira era difícil, pero más aún cuando se había mentido a un amigo.

Una vez instalados en el salón, Greg contó a Hal la verdad sobre el accidente; si Deborah lo había decepcionado no lo dejó entrever. Apenas la miró, ni a ella ni a Grace. La presencia de Greg suavizó su reacción, tal como Deborah había supuesto.

—Bueno —dijo Greg al terminar—, ¿qué hacemos ahora? Está claro que debemos hablar con John. ¿Cuáles son las posibles consecuencias para Deborah y para Grace?

—Deborah presentó un parte falso a la policía —contestó Hal con preocupación—. Podrían presentar cargos.

—¿Y el castigo? —preguntó Greg.

—Si tuviera antecedentes, podría acabar en la cárcel.

—Mamá —exclamó Grace.

—No tengo antecedentes, Grace —la tranquilizó su madre, cogiéndole la mano—. Por favor, Hal.

—Seguramente libertad condicional —respondió él, menos agresivo—. Tal vez una multa.

Deborah podía soportarlo.

—¿Y quién determina las medidas que deben tomarse? —preguntó.

—La policía local tiene jurisdicción sobre el asunto del parte falso, pero no sobre una demanda civil.

Deborah pensó en Tom, pero Greg acudió en su ayuda con una pregunta impaciente.

—Quiero saber qué ocurrirá ahora. Si vamos a hablar con John digamos, mañana por la mañana, ¿cuáles serán las consecuencias para Grace? ¿La

acusarán de huir del lugar del accidente?

—Es posible. En ese caso sería un delito menor. Seguramente le otorgarían la libertad condicional.

—¿Qué significa eso? —preguntó Grace con nerviosismo.

Hal suavizó el tono. Deborah no había dudado jamás del afecto que sentía por sus hijos.

—Significa que reemprenderás tu vida normal, siempre que no vuelvas a infringir la ley, en cuyo caso tendrías graves problemas.

—Ella no hizo nada malo —terció Deborah—. Fui yo. Yo la envié a casa. Ella quería quedarse.

—Eso se tendría en cuenta —le aseguró Hal—. ¿Violó alguno de los requisitos del permiso de conducir provisional?

—No.

—Bebí —le recordó Grace.

—Esa es otra cuestión —dijo Hal—. No creo que debas contárselo a John.

—Pero bebí —repitió Grace mirándolo con asombro.

—Puede que tengamos que decírselo —confirmó Deborah en voz baja—. Grace necesita decírselo.

A Hal no le gustaba que le llevaran la contraria.

—Muy bien, pero créeme, eso no es lo que preocupa a John. Lo conozco...

—Conocerlo no justifica un trato especial —le interrumpió Deborah—. ¿No se ha presentado la demanda civil precisamente por eso?

Hal hizo una mueca.

—Joder, Deborah, ¿quieres obligarle a caer sobre ti con todo el peso de la ley solo porque te aprecia? —Se volvió hacia Greg—. En cuanto a Grace, si no violó los requisitos del permiso provisional, y no hubo infracciones de tráfico, como exceso de velocidad, Tráfico no le impondrá ninguna sanción. Podría seguir conduciendo y le darían el carnet definitivo. El peligro está en la demanda civil. Si vais a ver a John ahora y se lo contáis todo tendrá que decírselo al fiscal, y eso complicaría las cosas.

—¿Hasta qué punto se haría público? —preguntó Greg.

—Depende del fiscal del distrito. En realidad, depende de cómo reaccione la familia de la víctima. Grace es una menor, así que su nombre no podría aparecer en los periódicos, pero el de Deborah sí. —Levantó una mano—. Todo esto son especulaciones. Pero debéis comprender que habrá repercusiones si se lo contáis todo a John.

Deborah estaba pensando que tal vez no tendrían más remedio que hacerlo, cuando sonó el timbre de la puerta. Desconcertada, fue a abrir.

Era Karen; estaba muy alterada.

—¿Está aquí mi marido?

—Sí. —Deborah la hizo pasar—. ¿Qué ocurre?

—Me ha dicho que venía aquí, pero últimamente lo que dice no tiene nada que ver con lo que hace. —Karen estaba temblando—. He recibido una visita sorpresa hace unos minutos, una tal Arden Marx. Quería devolverme unas pertenencias de mi marido. Unos gemelos con sus iniciales y la pluma Montblanc grabada que le regalé el año pasado. —Alzó la voz—. Arden Marx afirma que Hal se lo dio todo. Quería devolverlo porque al parecer la ha dejado por una tal Amelia, otra socia del bufete, lo que significa —prosiguió, casi gritando— que todo el mundo en su despacho sabe que se las ha estado tirando a todas a mis espaldas.

—Karen —la interrumpió Hal desde la entrada del salón—, no te reconozco.

Karen se volvió hacia él.

—¿Quieres decir que no soy la tonta de siempre que se lo cree todo? —Gesticuló airadamente—. ¿Cómo voy a creerte esta vez, cuando ha ocurrido delante de mis narices? ¿Cómo has podido, Hal? —exclamó—. Tú eres el primero en criticar a los clientes que engañan a su mujer. ¿Te dieron ellos lecciones o te ha salido de forma natural?

—Arden Marx actúa así por rencor —dijo Hal, todavía sereno—. Acaban de despedirla.

—Según afirma, se ha ido ella —le espetó Karen—, y dice, y eso podemos comprobarlo, que acaba de firmar un contrato con Eckert Seamans, que es un bufete más prestigioso que el tuyo, así que si vas a decirme que la han despedido por no rendir, ahórrate el esfuerzo porque no te creo. También dice que Amelia Ormant fastidió un caso, pero que recibió una bonificación considerable por sus «esfuerzos». ¿Y qué hay de la pluma y los gemelos, que sin duda son tuyos? La pluma podría haberla cogido de tu mesa, pero ¿los gemelos? —Karen jadeaba—. ¿Y qué hay de Amelia Ormant? Que por cierto está casada.

—Va a dejar a su marido —corrigió Hal.

—¿Y eso lo arregla todo? Hal, tienes una esposa. Y también tienes una hija, que se ha dado cuenta ella solita de que siempre vuelves tarde a casa recién duchado o «mojado por la lluvia». Nuestra hija tiene diecisiete años.

No es una niña. No se ha creído eso de que juegas al racquetball, ni siquiera cuando me pregunta y yo te defiendo.

Hal empezaba a ponerse nervioso.

—Este no es el momento ni el lugar, Karen.

—Yo creo que sí —replicó ella—. Si no lo suelto todo ahora que estoy furiosa, puede que después me falte valor, porque ambos sabemos que una parte de mí te ama lo suficiente como para seguir negando la verdad en lugar de arriesgarse a perderte. Y Deborah y Greg nos conocen desde siempre.

Hal miró a Greg y a Deborah y agitó una mano desdeñosa en dirección a su mujer.

—Por eso precisamente he venido —prosiguió Karen—. Sabía que intentarías hacer que pareciera que yo me lo invento todo. Pero ellos me conocen. Saben que tengo razón. Hace tres años, tres años, Hal, recibí una llamada de la compañía de la tarjeta de crédito porque querían comprobar unos pagos. Cuando te pregunté por una factura del Four Seasons de 850 dólares, me dijiste que habías comido allí con un grupo grande, y yo te creí. Pero había otras facturas de hotel que correspondían a días en los que me dijiste que estarías en Rhode Island o en New Hampshire. Arden afirma que solo llevaba un año contigo, y si la dejaste hace tres meses como ella dice, eso significa que hace tres años estabas con otra mujer.

—Creo que deberíamos irnos a casa —dijo Hal abriendo la puerta.

Karen lo siguió, pero solo hasta el umbral.

—¿Empezó cuando enfermé? —preguntó llevándose una mano al pecho—. ¿Te repugnaba después de la operación?

—Me voy —anunció él—. Tanto si vienes como si no. —Miró a Deborah y a Greg—. Ya os he aconsejado. Si finalmente os llevan a juicio, os recomendaré a un buen abogado. —Dejando a su mujer en la puerta, Hal se alejó por el sendero a grandes zancadas.

Karen se lo quedó mirando.

Deborah esperó, para darle la oportunidad de ir tras él, pero Karen no dio un solo paso cuando Hal se metió en el coche y se alejó. Solo entonces Deborah puso una mano sobre el hombro de su amiga.

De repente, toda la ira y el valor de Karen se esfumaron.

—¿Qué he hecho? —exclamó para sí y estalló en profundos y desgarradores sollozos.

Greg y Grace actuaron con tacto y desaparecieron. Deborah abrazó a su amiga con fuerza y la llevó hasta la escalera para sentarse.

—Se ha ido —dijo Karen con voz trémula, y sacó un pañuelo de papel del bolsillo—. Sabía que me dejaría. —Se apretó el pañuelo contra la nariz.

—Oh, yo no estaría tan segura —dijo Deborah cariñosamente—. Le daba vergüenza hablar delante de nosotros.

—Le he pillado —dijo Karen apartando el pañuelo.

—Sí, bueno. Se lamerá las heridas y pensará en lo que quiere hacer. Pero lo más importante es qué quieres hacer tú.

Karen tomó aire temblorosamente.

—No lo sé. Me lo he preguntado montones de veces. No puedo seguir así. Pero ¿cambiará Hal? No creo que acepte ir a terapia de pareja.

—Puede que sí, si quiere que vuestro matrimonio siga adelante.

—Ahí está el problema. Seguramente dirá que no puede quedarse conmigo después de haberle humillado delante de vosotros. ¿Sabes?, había soñado con ponerlo en evidencia delante de la gente, por lo que me estaba haciendo. Quizá por eso he venido aquí. Quizá le he impulsado deliberadamente a pedir el divorcio porque no tengo agallas para hacerlo yo. No quiero estar sola. Pero tampoco quiero estar casada con alguien que preferiría estar con otra mujer. —Se apoyó en Deborah—. No lo sé. No sé lo que quiero. Ojalá tuviera una bola de cristal y pudiera ver dónde estaré dentro de diez años. Entre el cáncer y Hal, siento como si no tuviera futuro.

Deborah sonrió con pesar.

—Si no fuera por el cáncer y Hal, sería por otra cosa. A todos nos gustaría saber qué nos deparará el futuro.

—Yo solo quiero saber cómo acabaré.

—Y yo, pero no podemos saberlo. Dylan ya lo dijo. Es como caminar por la niebla a tientas hasta que aparece por fin lo que tienes delante de ti.

—Eso significa que nada de lo que haces sirve para controlar tu futuro.

—Bueno, ya me entiendes. A veces no sabemos lo que nos espera. Las personas como tú y como yo queremos planear el futuro, pero no podemos. Al menos a largo plazo.

—Entonces, ¿qué hago ahora, en este momento?

—Volver a casa. Ver si Hal está allí. Hablar con Danielle. ¿Sabe lo de Arden?

—Estaba escuchando. No me he dado cuenta hasta que Arden se ha ido. Dani lo ha oído absolutamente todo.

Grace también lo había oído todo. Estaba en la sala de estar. No se escondía exactamente, pero era incapaz de marcharse. Cuando Karen se fue, recordó a Dani agachándose a su lado en el instituto. «Algo pasa con mi padre. De verdad, necesito hablar de esto, Gracie, por favor».

Grace se había negado; estaba tan obsesionada con sus propios problemas que no había visto que su amiga sufría. Y si entonces ya era duro, ahora debía de sufrir mucho más. Grace sabía lo que era que un padre te abandonara, conocía la horrible sensación de pensar que estaba con otra mujer, de que traicionaba a tu madre.

Sacó su móvil del bolsillo de atrás del pantalón, donde se había pasado la mayor parte de las dos últimas semanas, y marcó el número de Dani. No sabía qué iba a decir, sobre todo porque Dani respondió al primer timbrado y rompió a llorar. Pero Danielle era lo más parecido que tenía a una hermana, y aunque solo se sentara a su lado y la escuchara, era más de lo que había hecho en dos semanas.

«No soy la persona más indicada para ayudar a nadie que lo necesite», le había dicho entonces y, aunque no se había convertido en mejor persona de repente, quería intentarlo.

Grace no dejaba de decirse eso mismo una y otra vez. Aun así, se pasó toda la noche dando vueltas; sentía la necesidad de contarle a John Colby la verdad, aunque al mismo tiempo estaba aterrorizada. Una vez la soltara, ya no habría vuelta atrás. Su vida podía dar un vuelco total, igual que en aquel instante en la carretera bajo la lluvia.

Incapaz de dormir, se acurrucó en la cama con su madre. Deborah tampoco dormía. Se quedaron juntas mirando la oscuridad. Grace no estaba segura de lo que pensaba su madre, pero sus pensamientos siempre giraban sobre lo mismo.

—¿Estás segura de que no podemos hablar con el jefe Colby aquí, en casa? —susurró finalmente. En la comisaría había celdas. Y eso la ponía nerviosa.

—Será mejor que vayamos allí —dijo su madre, meneando la cabeza—. De ese modo nadie podrá decir que queremos pedir favores. No intentes adivinar lo que va a ocurrir, cariño. A menudo la imaginación es mucho peor que la realidad. Háblame de Vermont.

—No puedo pensar en Vermont.

—A tu padre le va bien, ¿verdad?



—Sí.

—¿Te sientes mejor?

—Un poco.

—¿Quieres hablar?

Grace quería, pero le resultaba embarazoso.

—¿De verdad quieres saber que Rebecca cocina muy bien?

—¿Ah, sí? —dijo Deborah, tras unos instantes de silencio.

—Sí —confirmó Grace—, pero le da pánico la sangre. Se hizo una herida en un dedo cortando las verduras y casi se desmaya. Tuve que ponerle yo la tirita.

—¿Te lo agradeció?

—Mucho.

—¿Es buena con Dylan?

—Supongo. Él se pasó todo el rato con los cachorros.

—Creo que esta batalla la he perdido.

Grace no quería hablar de su hermano, ni de su padre, ni de Rebecca.

—¿Qué crees que dirá John Colby?

—Es un hombre justo. Es compasivo. Nos aprecia.

—Eso es favoritismo.

—Es un hecho. Hará lo que considere correcto.

—Eso no es una respuesta.

—¿Qué puedo decirte? Ojalá tuviera respuestas para todo, Gracie, pero está claro que no las tengo. Está claro que cometo errores.

—Yo bebí, y luego conduje.

—Yo mentí.

Sabía que su madre estaba tensa, lo percibía en su voz, pero Grace era la que insistía en que confesaran. Tal vez se equivocaba.

—A lo mejor hablar con el jefe de policía es un error, mamá. A lo mejor deberíamos esperar.

Su madre suspiró con resignación.

—El resultado no cambiará aunque esperemos, y cuanto más tardemos, más duro será. —Acarició el pelo de su hija—. Lo siento, cariño. No me di cuenta del efecto que mi mentira tendría en ti.

—No volveré a robar en ninguna tienda —prometió Grace—. Fue una estupidez por mi parte. Ni siquiera quería las sandalias.

—Sí que las querías, pero no lo bastante como para robarlas. —Deborah colocó un largo rizo tras la oreja de Grace—. Intento protegerte, pero existen ciertos límites. Esa es una de las cosas que he aprendido de esta experiencia.

Yo puedo decir que no hiciste nada malo esa noche. Los investigadores de la policía estatal pueden decir lo mismo. Pero lo que ocurrió forma parte de ti, de tu vida, y necesitas reconocerlo.

## Capítulo 23

Cuando salieron de casa el lunes por la mañana, Deborah ya no las tenía todas consigo. El trayecto hasta la ciudad fue demasiado corto y los rostros en comisaría le resultaban demasiado familiares. Se sentía absolutamente abochornada. Cuando John cerró la puerta de su despacho, sintió cierto alivio, pero duró solo lo que tardó el jefe en sentarse tras su mesa y mirar con el ceño fruncido los papeles que tenía delante.

—Tengo que corregir algo del informe sobre el accidente —empezó diciendo Deborah, tras carraspear.

Pero John tenía también una confesión que hacer.

—La semana pasada ocurrió una cosa muy extraña —dijo, sin levantar la vista—. Llevé a Ellen a casa desde el colegio, pero olvidó decirme que parara en el supermercado de camino, para comprar lechuga o no sé qué. Decidimos que iría ella sola, así que me bajé del coche al llegar a casa. Ella rodeó el coche, se sentó al volante y se inclinó para ajustar el asiento. —Alzó la cabeza y miró a Deborah con preocupación—. Al verla, recordé la noche del accidente, cuando le pedí los papeles del coche. Se sentó al volante, pero tuvo que ajustar el asiento.

Sí, pensó Deborah, Grace aún tenía las piernas más cortas que ella.

—¿Lo sabía? —susurró Grace, adelantándose a todos los demás.

—No. En aquel momento no me pareció raro. Tu madre tuvo que inclinarse hacia un lado para alcanzar la guantera. Era natural que quisiera tener más espacio para moverse. —Movié un par de papeles sobre la mesa—. Luego las cosas empezaron a irte mal, en el instituto, en atletismo, y pensé que podía ser porque te sentías culpable. También pensé que podía ser una reacción lógica tras el accidente. Pero cuando el fiscal del distrito empezó a hablar de encubrimiento, tuve que revisar mi investigación concienzudamente.

Deborah contuvo el aliento. Adivinó que Grace hacía lo mismo, porque fue Greg quien tuvo que preguntar:

—¿Y qué descubrió?

—Vacíos —contestó John—. En realidad, solo uno. Pero era enorme. — Se volvió hacia Deborah—. Nunca le pregunté quién conducía. Supuse que sería usted. Todos la conocemos. Sabemos que es buena conductora. Simplemente supusimos... —dejó sin terminar la frase.

—Supusieron que yo se lo habría dicho si hubiera conducido Grace.

—No. No era obligación suya decirlo. Era obligación mía preguntarlo, y no lo hice. Sí, lo di por supuesto. ¿Lo habría hecho tratándose de otra persona? ¿Alguien a quien no conociera? Seguramente no. Así que quizá la viuda tenga razón. Quizá di por supuestas muchas cosas solo porque la conocía bien.

—Pero ¿no se supone que es así cuando se vive en una ciudad pequeña como esta? —dijo Greg, impacientándose—. Todo el mundo se conoce. Todo el mundo confía en los demás.

—Abusé de esa confianza —intervino Deborah, pero se dio la vuelta al oír el firme, sonido de la voz de Grace.

—Había bebido —dijo, mirando a John a los ojos.

—Ah. —John dio un respingo—. Eso no lo sabía.

—Tampoco mi madre, así que no se enfade con ella. El accidente fue culpa mía. Bebí dos latas de cerveza.

John tardó un momento en asimilar la información.

—Pensaba que estabas estudiando.

Grace guardó silencio. Deborah sabía que no quería implicar a sus amigos.

—¿Te afectó?

—¿Quiere decir si iba borracha? No, pero si no hubiera tomado nada, tal vez habría visto al señor McKenna.

—Grace —suplicó Deborah, cansada de repetirlo tantas veces—. Yo tampoco lo vi y no había bebido nada.

—No excuses su conducta, Deborah —la advirtió Greg.

—No la excuso —razonó Deborah—. Jamás lo he hecho. Es menor. No debería haber bebido. Punto. Pero no fue eso lo que causó el accidente.

—Cuando tu madre fue a recogerte, ¿se te ocurrió que no debías conducir? —preguntó John, mirando a Grace.

—No. Me sentía bien. Pero si había bebido, tal vez mi capacidad para juzgar mi estado no era suficiente, ¿no?

—Dímelo tú.

—No —admitió Grace en tono desdichado.

—¿Y no pudiste decirle a tu madre que habías bebido, ni siquiera después de que muriera el señor McKenna?

—Entonces menos aún. Quiero decir, que ella ya sabía que conducía yo, así que ya nos había metido en suficientes problemas. Contarle lo de la cerveza lo habría empeorado. Se habría enfurecido.

—¿Cuándo se lo dijiste?

—El jueves —contestó Grace, encogiéndose—. En el callejón de la pastelería, después de intentar llevarme aquellos zapatos de Prada. Allí se enteró.

John meditó unos instantes y luego se volvió hacia Deborah.

—La noche del accidente, cuando Grace se metió en el coche para conducir, ¿le notó algo distinto?

—En absoluto —respondió Deborah—. Parecía perfectamente dueña de sí misma. Incluso me asombró la tranquilidad con la que conducía en medio de la tormenta. Pensándolo ahora, quizá la cerveza le dio una falsa confianza. Pero no encontré defecto alguno en su forma de conducir. Ni tampoco la policía del estado —recordó a John.

El jefe de policía se echó hacia atrás con el ceño fruncido. Desde la oficina llegaban sonidos amortiguados: el movimiento de una silla, una voz que apenas se oía, un teléfono que sonaba. Pero allí dentro, reinaba el silencio.

Deborah estaba pendiente de lo que dijera John. A pesar de su apariencia anodina, John Colby tenía mucho poder.

Finalmente, el jefe de policía levantó la vista. Se aclaró la garganta y miró a Grace.

—¿Tú cómo te sientes? —preguntó.

Grace no estaba preparada para aquella pregunta y tardó un rato en contestar.

—Estoy asustada.

—¿Por qué?

—Porque el señor McKenna ha muerto. Porque tendré que vivir con eso el resto de mi vida. Digan lo que digan los demás sobre mi forma de conducir aquella noche, nunca podré estar segura de que no fue culpa mía.

—No fuiste la única que bebió.

—Pero solo yo atropellé a un hombre.

—Pero tus amigos también bebieron.

—Y eso me aterra. Ahora usted también lo sabe y ellos me odiarán.

—Parece que ya lo estás pasando bastante mal en el instituto.

Grace asintió.

—¿Qué se podría hacer para que dejara de ser así?

—No lo sé —contestó Grace con los ojos llenos de lágrimas.

John guardó silencio.

—¿Crees que debes ser castigada? —preguntó al cabo de un rato—. ¿Por eso querías robar en la zapatería?

—Supongo que sí —contestó Grace agachando la cabeza—. Había hecho muchas cosas mal y no había ocurrido nada. Quizá haya chicas que puedan actuar así y dormir bien por la noche, pero yo no. —Alzó la vista—. Me quedo despierta dándole vueltas a todo, preguntándome una y otra vez si alguien más lo sabe.

—¿Así que has venido hoy aquí porque tienes miedo de ser descubierta?

—No. No es eso. —Grace pareció debatirse en la duda—. Bueno, quizá un poco. Pero lo que importa es que me porté mal y eso hace que me sienta fatal conmigo misma. Como si no pudiera llegar a ser alguien algún día.

Orgullosa de su hija a pesar de las circunstancias, Deborah trató de cogerle la mano, pero Grace no se dejó. Necesitaba pasar por aquel mal trago ella sola.

John miró fijamente su mesa mientras sus vidas hacían equilibrios en la balanza. Solo se oían los ruidos amortiguados de la oficina. Finalmente, miró a Deborah y a Greg.

—Esta es una de esas veces en las que desearía que aún tuviéramos un cepo. —Lanzó una mirada a Grace—. ¿Sabes qué era?

Pálida, Grace asintió.

—Como en *La letra escarlata*.

—Podríamos ponértelo y dejarte en Main Street durante toda una mañana y todo resuelto. Muy sencillo. Muy efectivo. Hoy en día, las cosas son más complicadas. —Una vez más miró a Deborah y a Greg—. Demasiado complicadas para tomar una decisión instantáneamente. Creo que necesito hablar con el fiscal del distrito.

Deborah pensó que no podían esperar, que necesitaban su opinión en ese preciso instante y que involucrar al fiscal no haría más que prolongar la agonía. De repente llamaron a la puerta. Se abrió apenas lo suficiente para que John viera a alguien y se levantara.

—Enseguida vuelvo —dijo mientras salía del despacho y cerraba la puerta tras él.

Deborah cogió la mano de Grace. La tenía helada y la frotó entre las suyas.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Grace.

Deborah miró a Greg, que alzó las manos en un gesto de impotencia.

—Eso de ir a ver al fiscal del distrito es malo, ¿verdad? —preguntó su hija.

Greg se acercó y le tocó el hombro.

—Puede que no. Quizá John solo está pensando en la demanda civil. Si la fiscalía participa ahora en cualquier decisión que se tome, la acusación de encubrimiento no tendrá base alguna.

El problema, pensó Deborah, era que si ahora se involucraba al fiscal, su decisión podría ser más dura, precisamente para evitar la sospecha de un encubrimiento. Greg también lo sabía, lo vio en la mirada que él le dirigió.

Fuera se oían voces amortiguadas. Esta vez, Deborah oyó también el tictac del reloj que estaba colgado de la pared del despacho. Los segundos se hacían eternos. Estaba a punto de chillar cuando por fin se abrió la puerta.

John la cerró y se quedó inmóvil un momento. Sostenía unos papeles y parecía agitado.

—Bueno —dijo al fin—. Esto es increíble. —Se frotó el cuello y luego los miró a los tres—. Al parecer Cal escribió una nota.

Deborah miró a su hija de reojo y luego a John.

—¿Una nota de suicidio?

John asintió y le tendió una hoja de papel doblada en tres. Permaneció cerca con los brazos cruzados sobre el abultado vientre. Una mano sostenía aún el sobre.

Deborah desdobló el papel y lo leyó con el corazón desbocado. Como nota de suicidio, no era demasiado elocuente ni reveladora, más bien era críptica, igual que su autor. «Cuando recibas esto, me habré ido. Lo siento. Simplemente no puedo continuar. Por cada minuto bueno hay cinco malos. Estoy cansado». Estaba escrito con la letra minuciosa que Deborah había visto en los exámenes de historia de Grace.

Abrumada por un cúmulo de emociones —un alivio inmenso, una tristeza infinita, y asombrada por la oportuna aparición de la nota—, Deborah tendió la nota a Grace, que la leyó con Greg mirando por encima del hombro.

—¿Cómo ha llegado a sus manos? —preguntó Deborah a John.

—Acaba de traérmela Tom McKenna. La ha recibido esta mañana de un apartado de correos de Seattle.

Le entregó el sobre.

—Está dirigida a Tom.

—Sí. Con matasellos de la mañana posterior al accidente. Cal debió de echarla al buzón poco antes de salir a correr bajo la lluvia.

—Pero Tom vive en Cambridge —señaló Deborah—. ¿Por qué la envió a Seattle en lugar de mandársela directamente?

—Se lo he preguntado a él. Dice que era muy propio de su hermano. Sabía que Tom la recibiría, puesto que sería él quien se encargaría de recoger toda su correspondencia y sus efectos.

Greg cogió la carta. La estiró y volvió a leerla mientras Grace preguntaba a su madre con los ojos desorbitados:

—¿Qué significa esto?

Deborah cedió la palabra a John.

—Significa —explicó él amablemente—, que no puedo responsabilizarte del accidente. Calvin McKenna se lanzó deliberadamente contra vuestro coche.

—¿Sabía que éramos nosotras? —preguntó Grace, horrorizada.

—Lo dudo. Simplemente necesitaba un coche y el vuestro fue el primero que pasó por allí.

—Pero hay muchos atropellos en los que nadie muere. ¿Cómo sabía que iba a morir?

—Tomaba Sintrom —dijo Deborah—. Supuso que se desangraría si no se lo decía a nadie.

—Eso es horrible —exclamó Grace.

—Todos los suicidios lo son.

John cogió la nota de manos de Greg.

—Tengo que hacer una copia y devolverla. Tom quiere llevarse el original para enseñárselo a la viuda de Cal.

—¿Tom aún está aquí? —preguntó Deborah.

John asintió y se fue. Deborah salió detrás de él. Divisó a Tom junto a la puerta de entrada a la comisaría. Era una figura solitaria, con la espalda muy erguida, los ojos negros y llenos de dolor.

—Lo siento mucho —susurró Deborah acercándose para que nadie la oyera. Quería tocarle, pero no se atrevió.

—¿En qué demonios pensaba para hacer una cosa así? —dijo él con voz tensa, sin apenas mover los labios.

—¿Enviar la nota a Seattle? —preguntó Deborah, sorprendida al percibir su furia.

—Arrojarse al paso de un coche. ¿No sabía que el conductor sufriría, fuera quien fuese? Podrías haber chocado contra un árbol y haber muerto



también. Y sí, ¿por qué envió la nota a Seattle? Si me la hubiera enviado directamente a mí, hace diez días que lo sabríamos todo. Era un cabrón egoísta.

—Sufría.

—¿Y por eso me envía una nota en la que no explica nada? Y encima ahora yo tengo que decírselo a su mujer. —Tomó aire brevemente con ira—. ¿Sabes?, quizá habría encontrado un sentido a su vida si hubiera dejado de compadecerse de sí mismo el tiempo suficiente para darse cuenta de todo lo bueno que tenía.

Deborah le tocó el brazo. No pudo evitar hacerlo, del mismo modo que no había podido evitar ir a verlo el sábado.

—Se ha ido, Tom. Lo único que podemos desear ahora es que esté en un lugar mejor.

—No merecías lo que te hizo —dijo Tom, calmándose al mirarla.

—No fue nada personal. Mi coche pasaba por allí casualmente.

—¿Y puedes perdonarle por utilizarte?

—Sí. Y tú también. —Al ver la expresión dubitativa de Tom, Deborah le sacudió levemente el brazo—. Tú también le perdonarás, Tom. Pero primero, tienes que llorar su muerte.

—Ahí tiene —dijo John, acercándose por detrás para entregar a Tom el sobre con la nota dentro.

Deborah retiró la mano del brazo de Tom. John no dio muestras de haberlo visto, simplemente dio media vuelta y se dirigió hacia su despacho.

—Tengo que irme —susurró Deborah—. ¿Podemos hablar más tarde?

Tom hundió las manos en los bolsillos.

—¿Estás segura de que quieres hablar conmigo después de esto?

Deborah le regañó con la mirada.

—Podrías haber quemado la nota.

—No. No podría haberlo hecho. A ti no.

A Deborah esas palabras le llegaron muy adentro, y volvió a sentir la necesidad de contarle toda la verdad sobre el accidente, pero no era el momento ni el lugar.

—¿Cuándo estarás en casa? —preguntó en voz baja.

—Hacia la una o las dos, supongo.

—Te llamaré. —Deborah volvió a mirarlo antes de regresar al despacho de John.

Una vez allí, se sentó sin hacer caso de las miradas de curiosidad de su exmarido y de su hija. Su relación con Tom le pertenecía exclusivamente a

ella, y seguiría así hasta que lograra dilucidar adónde la conducía. ¿Otra mentira? No, se dijo. Sencillamente en aquel momento no era asunto de nadie más.

—¿Qué ocurrirá ahora? —preguntó a John.

—Buena pregunta —dijo él, rascándose la cabeza—. La nota de suicidio lo cambia todo. Tom se la mostrará a su cuñada, y ella nos la devolverá para que podamos cotejar la letra.

—Es la suya —confirmó Grace con voz trémula.

—Tom está de acuerdo. Solo tenemos que hacerlo oficial.

—Entonces... —dijo Greg, incitándole a continuar.

Pero John guardaba silencio. Estaba claro que intentaba asimilar aquel nuevo giro de los acontecimientos después de que su criterio se hubiera puesto en tela de juicio. Deborah comprendía su dilema.

—No puedo presentar cargos —anunció John finalmente—. Lo que tenemos aquí es una situación en la que la víctima provocó su muerte arrojándose delante de vuestro coche.

Deborah ya lo había insinuado en otro momento —«¿Quién es la víctima aquí?», había preguntado a los inspectores—, pero tras decirlo John, podía aceptarlo definitivamente.

—Entonces, ¿todo ha terminado? —preguntó Grace, temerosa de esperar demasiado.

—Tendré que consultarlo con el fiscal, pero sospecho que sí.

—¿Y qué hay de la cerveza que bebí? —preguntó ella.

John hizo una mueca y se pasó la mano por la nuca.

—El problema es que, si tomo alguna medida oficial, tendré que hacer público todo lo demás. —Miró a Deborah—. Por ese motivo dudo. ¿Queremos que el cuerpo estudiantil tenga que enfrentarse con un nuevo suicidio, esta vez de un profesor, de un modelo? —Miró a Greg—. Considerándolo todo, ¿es realmente necesario? ¿Qué se conseguiría? —Se volvió hacia Grace—. La nota te exonera completamente. La gente no necesita saber que Cal McKenna salió corriendo del bosque para lanzarse al paso de vuestro coche. Pero el equipo de reconstrucción de accidentes tendrá que ponerlo en su informe. Así que, ¿y si concluimos que el señor McKenna se desorientó con la lluvia? En realidad no es mentira. Una persona que quiere suicidarse está desorientada. ¿Qué te parece?

Grace reflexionó un momento.

—Sí —aceptó finalmente.

—En cuanto a la cerveza, después de tanto tiempo no hay forma de probar que bebiste. ¿Qué te parece si hago un informe interno y lo guardo aquí, en mi archivo, y solo lo saco si vuelves a infringir la ley? Si, digamos dentro de tres años, no has hecho nada malo, destruiré el informe. Así que será como si estuvieras en libertad condicional durante tres años, que es lo que seguramente dictaminaría un juez. ¿Te parece bien?

Grace asintió.

—¿Y el hurto? —preguntó en voz baja.

—También se quedará en mi informe interno. Al fin y al cabo, los zapatos no llegaron a salir de la tienda.

Grace emitió un sonido que delataba su vergüenza, pero se irguió en la silla. Deborah sospechaba que nueve décimas partes de la batalla ya se habían ganado simplemente con contarle toda la verdad a John.

—¿Y qué hay del informe falso que presenté? —preguntó, sintiéndose ella también aliviada.

—Lo mismo. Encerrado en mi archivo. Libertad condicional también.

—¿Y la demanda civil? —preguntó Greg—. ¿Debemos suponer que el fiscal no va a continuar?

—Eso depende de él —contestó John, esbozando una sonrisa—. Pero la nota de suicidio arroja una nueva luz sobre el accidente. ¿No creen?

## Capítulo 24

De pie en el despacho de John, Deborah se abrazó a Grace durante una eternidad. Las palabras no eran necesarias; había alivio y amor de sobra en ese abrazo. Cuando John salió, Grace se separó de su madre y se volvió hacia su padre. Deborah percibió su vacilación, la animó mentalmente y se alegró cuando Grace se abrazó también a su padre. Greg había estado a su lado para ayudarlas.

Padre e hija se alejaron juntos para charlar a solas un rato, y Deborah se fue a trabajar, pero no dejaba de mirar el reloj. Tenía una llamada pendiente.

Esperó a duras penas hasta la una antes de llamar a Tom. Sonrió al oír su voz al otro lado del hilo telefónico.

—Hola. ¿Qué tal estás?

—He tenido días mejores —contestó él en tono afable, pero cansado—. Acabo de volver de casa de Selena. Lo está pasando muy mal. Después de leer la nota ya no puede seguir fingiendo.

—¿Fingiendo?

—Que Cal no era desgraciado. Que todo iba bien en su matrimonio. Cuando le he enseñado la nota, no ha dudado de su autenticidad. Era como si la esperara. Se ha venido abajo. Ya no le quedaban fuerzas para seguir luchando. —También él parecía derrotado. Su voz sonaba apagada—. He ido a buscarle un vaso de agua, y cuando he vuelto ha empezado a hablar. Pero ya no estaba histérica, sino vencida; quería comprender lo que había ocurrido contándome lo que había visto.

Tom sabía escuchar; Deborah lo había comprobado personalmente.

—Me ha contado cómo se conocieron —prosiguió él—. Los hechos se parecen mucho a los que me contó la primera vez, pero hoy me ha hablado de los estados de ánimo de Cal. La asustaban, pero estaba enamorada de él, así que decidió seguir adelante con la boda. Luego tuvo que vivirlo las veinticuatro horas del día: los silencios, su expresión meditabunda, los paseos de noche en la oscuridad. ¿Recuerdas lo que te conté sobre su forma de dividir su vida en compartimientos estancos?

—Sí.

—Ella también lo vio. En el instituto Cal era una persona completamente distinta. Y a veces también se portaba con ella estupendamente. Pero tenía siempre un lado oscuro y reservado del cual nunca quería hablar. Selena me ha preguntado qué sabía yo, pero ¿qué podía decirle? No sé por qué estaba deprimido. Ninguno de nosotros conocía sus demonios interiores.

—¿Había empeorado últimamente? —preguntó Deborah, ansiosa también por comprenderlo todo.

Tom no respondió enseguida.

—Al parecer sí —respondió finalmente en tono derrotado—. Selena ya no podía hablar con él. Era como si se le hubiera agotado la reserva de buena voluntad, me ha dicho, como si la empleara toda en el instituto y no le quedara nada para su casa. Cuando Selena le habló de ir al psiquiatra, Cal estuvo tres días sin dirigirle la palabra.

—¿Crees que visitaba a alguno sin decírselo a ella?

—No consta en ningún sitio, que yo sepa. Si recibía alguna terapia, la pagaba al contado para no dejar rastro. No tomaba medicamentos para la depresión, aunque es cierto que podría haberlos dejado de tomar, lo que explicaría por qué acabó desmoronándose.

—Pero no ha aparecido nada en la autopsia.

—Y yo he revisado su historial médico y no he encontrado nada. —Tom hizo una breve pausa—. No puedo culpar a Selena de nada. Ella lo intentó. Su dolor era... es auténtico.

Deborah aceptó sus palabras. Seguía resentida con Selena por haber acudido a la fiscalía, pero lo cierto era que tal vez ella habría hecho lo mismo en su lugar.

—Has sido muy bueno escuchándola —dijo a Tom.

—Oh, no ha tenido nada de altruista. Necesitaba saber lo que tenía que decirme.

—¿Te ha ayudado?

Tom no dijo nada durante un rato.

—Un poco, supongo. Aún me siento culpable por no haber estado más pendiente de cómo le iban las cosas a Cal. Tal vez yo le habría convencido de que debía ir a un psiquiatra. En cualquier caso, ahora tengo las cosas un poco más claras. Selena no es mala persona. Sabía que Cal tenía problemas. Pensaba que ella podía ayudarle.

—Muchas mujeres lo creen —dijo Deborah. No preguntó por la demanda. En ese momento no importaba. Quería saber más cosas de Tom—. En la

comisaría estabas furioso.

—Y aún lo estoy. Entiendo un poco mejor por qué llegó hasta el punto de suicidarse, pero sigo pensando que no tenía derecho a utilizar a personas inocentes. Creo que John Colby lo ha visto del mismo modo en cuanto le he enseñado la nota. ¿Era tu exmarido el que estaba contigo en su despacho?

—Sí. Ha venido para ayudarme con Grace, que lo ha pasado muy mal con todo esto. En realidad, también hemos resuelto algunos resquemores relacionados con el divorcio.

—Eso está bien.

—Sí, muy bien.

Deborah deseaba contarle más cosas sobre el divorcio, sobre Grace, sobre el accidente, pero no era el momento adecuado. Hasta que se retirara la demanda civil, hasta que Deborah supiera qué había entre Tom y ella, hasta que Grace se sintiera cómoda con la idea de que el hermano del señor McKenna supiera que el coche lo conducía ella, Deborah no podía decir nada. Aún quedaban muchas incógnitas por resolver. Simplemente tenía que dejar que el futuro llegara por sí solo.

Claro que ella podía darle un empujoncito.

—Tom...

—Deborah...

—¿Qué?

—¿Cenamos? ¿Un día de esta semana?

Deborah sonrió.

—Me encantaría.

Acababa de terminar con el papeleo del día cuando apareció Greg en la consulta. Deborah miró a su espalda, esperando ver también a Grace.

—La he dejado en la pastelería —explicó él—. He tomado un batido SoMa y aquí estoy. Quería despedirme antes de volver a Vermont.

Deborah agradeció que pasara a despedirse. Quería que su relación fuera mejor a partir de entonces. La paz que sentía ahora se debía en parte a que la herida abierta por el divorcio empezaba a cerrarse.

—¿Qué tal te va con Grace?

—Con altibajos, pero cada vez mejor. Aún sigue preguntándome por qué me fui y qué me da Vermont que no tuviera aquí. Y me hace un montón de preguntas sobre mi relación con Rebecca. Intento explicarle que no hay

comparación posible entre vosotras dos. Rebecca no podría hacer nunca lo que haces tú aquí. Nunca podría ser una madre como tú.

«Pero me abandonaste», pensó Deborah, aunque solo fue un reflejo. Ahora comprendía mejor por qué se había ido Greg. Ya no sentía amargura.

Recogió los papeles y el bolso, se dirigió hacia la puerta y apagó la luz.

—Gracias, Greg —dijo, acompañándolo hasta su coche—. Tu presencia nos ha ayudado mucho.

—A mí también. Volver aquí era como una espada que colgaba sobre mi cabeza. Ahora sé que puedo hacerlo. Y también es bueno para los niños que sepamos mantener una buena relación.

Deborah asintió. Cuando llegaron al Volvo se abrazaron. Fue un gesto cómodo, fácil, otro paso hacia delante.

Deborah preparó una barbacoa aquella noche. Los niños y ella necesitaban comer bien, y la comida recalentada de Livia no bastaba. Juntos prepararon pollo a la parrilla —Dylan empuñaba la espátula— con pan de ajo, una ensalada grande y, de postre, una celebración: *s'mores* a base de malvavisco y chocolate. Deborah había crecido preparándolos en fogatas de campamento, y aunque no era lo mismo en una barbacoa de gas, se le acercaba bastante. Los malvaviscos se derritieron bien, y a su vez fundieron las pastillas de chocolate lo suficiente para que se mezclaran los sabores entre las dos galletas integrales. El malvavisco se escurría por los bordes y goteaba en el suelo enlosado, pero daba igual. Cuando terminaron con el postre, una suave lluvia empezó a caer y limpió las manchas.

—Tú entra en casa —dijo Grace a su madre, disponiéndose a recoger los platos rápidamente—. Ya lo recojo yo todo.

Una semana atrás, seguramente Deborah le habría hecho caso, pero hoy no tenía prisa.

—Estoy bien —dijo, cogiendo la jarra de limonada y los vasos vacíos.

—Detestas la lluvia —le recordó su hija.

Deborah interrumpió lo que estaba haciendo y se irguió. Dejó de nuevo la jarra y los vasos sobre la mesa y cogió la mano de Grace.

—Ven.

—¿Adónde? —preguntó Grace con una mirada de asombro.

Deborah no respondió, simplemente se adentró más en el jardín. Dándose la vuelta para mirar hacia la casa, rodeó los hombros de Grace desde atrás.

—Mamá —protestó ella, poniendo las manos sobre los brazos de su madre.

—Calla —dijo Deborah suavemente—. Escucha. —Las gotas de lluvia caían sobre las hojas del bosque, creando un sonido suave y amortiguado que los habitantes de la ciudad no podían oír—. Muy suave —susurró.

—¿Qué estamos haciendo, mamá?

—Creando nuevos recuerdos.

—¿De qué?

—De ti, de mí. De la vida. —Lentamente, Deborah dejó caer los brazos. Se situó al lado de Grace, deslizó una mano en la de su hija y, cerrando los ojos, volvió el rostro hacia el cielo—. ¿Qué sientes?

—Siento que mi madre alucina —contestó Grace, pero sus dedos se aferraron a la mano de Deborah.

—En serio. ¿Notas la lluvia en la cara?

—Sí —concedió Grace tras una breve pausa.

—¿Qué más notas?

—Que estoy mojada.

—Vale. Respira despacio y profundamente. —Esperó unos instantes—. Despacio y profundamente.

—Ya lo hago.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Libre —aventuró Grace tras una larga pausa.

—¿Algo más? —preguntó Deborah.

—Sí.

—¿Qué?

—Si te lo digo, creerás que soy yo la que alucina.

—No. Dímelo.

Grace tardó un rato en contestar. Finalmente, con asombro, dijo:

—Limpia.

En ese momento Deborah la abrazó con fuerza. Habían sufrido mucho durante las dos últimas semanas y aún les quedaba camino por recorrer. El fiscal del distrito tenía que decidir si seguía adelante con la demanda civil; Grace tenía que volver a encontrar su sitio en el instituto; Dylan tenía que enfrentarse a su problema ocular; Deborah tenía que desarrollar su relación con Tom. La muerte de Calvin McKenna formaría siempre parte de su vida. Pero todo lo demás se había resuelto y habían conseguido superarlo.

—Definitivamente limpias —dijo, abrazando de nuevo a Grace—. Empezamos de nuevo.



—Yo no soy tú —le advirtió su hija, devolviéndole el abrazo.

—Lo sé. Pero eres una buena persona.

Las palabras armonizaban con el sonido de la lluvia, pero entonces otra melodía salió por la ventana de Dylan, que estaba tocando en el teclado. Tras escuchar unos minutos, Deborah empezó a mecerse.

Grace se unió a ella, tarareando. Poco después cantaban las dos entre risas.

—*I'd be sad and blue... if not for your*<sup>[1]</sup>

## **Agradecimientos**

Estoy profundamente agradecida a Bob Delahunt por el asesoramiento legal; a Ellen Gilman por la información sobre enfermedades oculares; a las doctoras Sherry Haydock y Lynn Weigel por la información sobre la práctica de la medicina de familia; y a mi hijo Andrew por la información sobre atletismo.

Muchas gracias a mi ayudante, Lucy Davis, por su exquisita organización; a mi agente, Amy Berkower, por su brillante trabajo; y a mi editora, Phyllis Grann, por su enérgica orientación.

A toda mi familia, siempre, mi agradecimiento y mi amor.



BARBARA DELINSKY (Boston, Massachusetts, 1945). Nació y se crio en Newton, un barrio de Boston, Massachusetts; en 1967 se licenció en psicología y dos años después terminó un máster en sociología. Antes de comenzar su carrera de escritora, trabajaba como investigadora para la Sociedad de Prevención de la Crueldad con los Niños, también fue fotógrafa y reportera del *Boston Herald*.

Su carrera de escritora empezó a raíz de que leyera un artículo en un periódico que hablaba sobre las novelas románticas. Barbara investigó el tema, leyó 40 o 50 novelas y se dispuso a crear la suya. Pronto se dio cuenta de que su formación como psicóloga le era muy útil para trazar los enredos emocionales de sus personajes y afirma haber utilizado «prácticamente todo lo que ha estudiado y vivido personalmente» en sus obras.

En 2001, escribió un libro de no ficción, *Uplift: Secrets from the Sisterhood of Breast Cancer Survivors*. Ella misma era una superviviente del cáncer de mama, y donó las ganancias de ese libro de su segunda obra de no ficción a la caridad. Con esos fondos puso en marcha una unidad de oncología en el Hospital General de Massachusetts donde se forman cirujanos de mama.

## **Notas**

[1] «Estaría triste y abatido, si no fuera por ti». Frase de la canción «If Not for You» de Bob Dylan. (*N. de la T.*) <<